

4. LA PERIODIZACION DE LA EDAD DEL BRONCE DE LA PENINSULA IBERICA

I. INTRODUCCION

La importancia del estudio de las «Primeras Edades del Metal» en la península Ibérica para la Prehistoria europea en general ha sido reconocida expresamente por algunos investigadores (Renfrew, 1979a, p. 94). Es aquí donde se ha supuesto que aparecerían por primera vez en el territorio continental, la construcción de las tumbas megalíticas, la práctica del enterramiento colectivo o el vaso campaniforme, difundándose posteriormente al resto de Europa. Es igualmente en este extremo sudoccidental europeo, donde se dio a conocer, en una fecha muy temprana, la cultura de El Argar, cuyas características resultaron tan llamativas, en relación con lo que se conocía de la Edad del Bronce en la época, que algunos prehistoriadores llegaron a considerar que España podría ser el país «destinado a dar luz sobre las grandes cuestiones de la edad del bronce en Europa» (Van Beneden en Siret y Siret, 1890, p. V).

Todo ello ha determinado que la secuencia peninsular durante el Calcolítico y la Edad del Bronce haya sido objeto, fuera de nuestras fronteras, de una atención que no han merecido otros períodos. Tal circunstancia ha supuesto el incremento de las posibilidades de incorporación de la investigación ibérica a las nuevas corrientes de pensamiento surgidas en los últimos años, fundamentalmente en el mundo anglosajón.

Cabe distinguir dos fases en los estudios. La primera de ellas es la más prolongada. Se inicia con la investigación prehistórica española y llega a la actualidad. Se define por el enfoque histórico-cultural positivista (véase capítulo 1, apartado III.1). Las alternativas atañen a los factores de explicación del cambio cultural (difusionismo de distinto signo, importancia del factor étnico, etc.), al modelo de periodización escogido y, sobre todo, al contenido empírico cuya caracterización es el objetivo principal de la investigación.

La segunda fase se inicia con la introducción de las nuevas orientaciones teórico-metodológicas desde la década de los setenta, desarrollándose paralelamente a la anterior (*cf.* capítulo 1, apartado III.2 y III.5). Se abandona el «empirismo ingenuo» en el terreno epistemológico, asumiéndose en el antropológico-cultural concepciones «integradas» de la cultura. Las dos propuestas teóricas fundamentales son el funcionalismo (Chapman, 1978; Mathers, 1984*a, b*) y el materialismo histórico (Gilman, 1976; Lull, 1983, 1984*a, b*; Lull y Estévez, 1986) con una incursión en el materialismo cultural (Ramos Millán, 1981). Gran parte de la renovación se debe a la dedicación profesional de los prehistoriadores anglonorteamericanos al estudio del Calcolítico y Edad del Bronce peninsulares (Chapman, 1981*a, b* y 1982, 1983, 1984, 1985; Gilman, 1987*a, b*). Dicha dedicación incluye, en ocasiones, la participación en proyectos de investigación conjuntos (Chapman *et al.*, 1987).

El comentario de la bibliografía se estructura atendiendo a las fases indicadas. Comprende obras referidas tanto al Calcolítico y la Edad del Bronce como al período inmediatamente anterior al comienzo de la metalurgia ya que, como es lógico, su conocimiento es imprescindible para valorar los desarrollos posteriores. Me ciño a las de carácter más general y a las concernientes al sureste de la península Ibérica. Al tratarse de la «región clásica» existen frecuentes coincidencias entre unas y otras (*cf.* bibliografía citada).

El examen de las publicaciones se llevará a cabo insistiendo prioritariamente en la «historia interna» de la investigación. No me ocupo, en consecuencia, de todos los autores, ni de todos los títulos publicados de los incluidos sino sólo de una muestra que estimo representativa para su «reconstrucción racional»¹. El criterio para la selección de autores ha sido que existiera un consenso respecto a su influencia en la configuración de la Prehistoria española, deducido de la frecuencia con la que se recurre a sus obras y de la propia información recibida sobre este particular en el curso de mi formación académica y actividad investigadora.

Una segunda consecuencia del enfoque escogido es que la crítica bibliográfica pretende evaluar la coherencia interna de las distintas propuestas elaboradas por los estudiosos de los períodos citados. Así pues, inicialmente, no se considera si tales propuestas se adecúan o no a la información disponible en «el estado actual de la investiga-

¹ *Cf.* nota 13 del capítulo 1 y apartado II de dicho capítulo.

ción». Es decir, se busca averiguar si las conclusiones obtenidas en relación con la clasificación cronológica y cultural se deducen o no de los presupuestos enunciados por los prehistoriadores.

Las observaciones finales del capítulo irán destinadas, en cambio, a poner de manifiesto ese segundo aspecto, así como las cuestiones todavía pendientes a propósito de la aparición de la metalurgia en la Península, el carácter del complejo o complejos campaniformes y las causas de la complejidad social durante el Calcolítico y la Edad del Bronce.

II. EL ENFOQUE HISTORICO POSITIVISTA

II.1. *La Escuela Clásica o Escuela de Barcelona*

A. del Castillo (1975, pp. 500 y 505) en su contribución a la *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, emplea la denominación «escuela clásica» para referirse a Bosch Gimpera y a sus discípulos Luis Pericot y él mismo. Los términos seleccionados expresan fielmente las dos vertientes científicas esenciales de la personalidad de Bosch Gimpera. Por un lado, valoran su figura de gran maestro (Pericot, 1976, p. 23), responsable de la formación directa o indirecta de profesores universitarios, profesionales que trabajan en museos o centros de investigación o personas ajenas a esta dedicación profesional interesadas en la Prehistoria y Arqueología (Tarradell, 1976, p. 40). Este amplio y reconocido magisterio fue ejercido en muy diversos ámbitos (Comas, 1976b): fue catedrático (desde 1916), decano de la Facultad de Filosofía y Letras (1931-33) y rector (1933-39) de la Universidad de Barcelona, director del Museo de Arqueología de la misma ciudad (1923-32) y vicepresidente de L'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria por citar sólo algunos de los cargos más relevantes. Desempeñó, además, una intensa actividad pública derivada de su colaboración con la Generalidad de Cataluña en temas conectados con su dedicación universitaria (reformas universitaria y de la enseñanza primaria) e investigadora (ley catalana de protección del patrimonio histórico-arqueológico-artístico, organizador del Servicio de Excavaciones, Comisario General de los museos arqueológicos, etc.).

La segunda vertiente que se recoge en la expresión citada atañe a

la influencia de la escuela constituida en torno suyo en la investigación prehistórica en su conjunto. En el «Seminario de Prehistoria» (1917) que dirigió se formaron L. Pericot, A. del Castillo, J. Maluquer de Motes, J. Martínez Santa Olalla, así como J. de C. Serrafols. Desde un principio se trabajó «en la sistematización de la Prehistoria peninsular y en el estudio de las relaciones con las culturas mediterráneas y del Occidente de Europa, así como en los problemas etnológicos de la misma región» (Comas, 1976b, p. 10). Tanto las publicaciones a las que estas actividades dieron lugar, como las colaboraciones establecidas con la escuela creada en Madrid por H. Obermaier y con el profesor T. de Aranzadi en el País Vasco (*ibidem*, p. 11), entre las más significativas, configuraron la «visión canónica» del desarrollo de las culturas prehistóricas peninsulares.

El respeto y reconocida veneración (Pericot, 1976, p. 36) que despertó y despierta todavía la honestidad de la trayectoria personal y profesional del doctor Bosch Gimpera hacen extraordinariamente delicada la tarea de revisar su contribución al pensamiento arqueológico. La sensibilización a ese respecto se incrementa por la confluencia de factores extra-académicos que dotan a su figura de un fuerte contenido simbólico (Alcina, 1976, p. 59; Tarradell, 1976, pp. 39-40 y 44). Pero, a mi entender, pobre homenaje se dedicaría a un prehistoriador como él, tan seriamente comprometido con el avance del conocimiento en su disciplina, obviando la historicidad de su obra. En cualquier caso, no parece que tal cosa fuera admisible en un libro como éste y cuando sus publicaciones constituyen punto de referencia inevitable para los interesados por las culturas peninsulares de los períodos comprendidos entre el Neolítico y la Segunda Edad del Hierro.

La magnitud de la obra de Bosch Gimpera requeriría el mismo estudio en profundidad de que ha sido objeto la de otros grandes prehistoriadores europeos (Trigger, 1982; McNairn, 1980) con los que ha sido comparado (Daniel, 1976, p. 63). Algunos de los tanteos preliminares en esa dirección (Comas, 1976a; Hernando, 1988; Martínez Navarrete, 1988a) son la referencia para los míos.

Mis observaciones sobre la escuela de Barcelona se centrarán, como es lógico, en las publicaciones de ese autor, cuyo contenido apenas fue modificado por su principal discípulo, L. Pericot (1934) (Navarrete, 1976, p. 18). A. del Castillo (1975, pp. 505-506) representa un caso especial. Definiéndose como crítico de la «escuela clásica» reproduce, en realidad, sus concepciones con ligeros ajustes de detalle.

Si lo traigo a colación aquí es precisamente por su contribución a esa *Historia de España*, emblemática de la filosofía de la historia nacionalista (Gilman, 1988, pp. 47-49) de la posguerra española. Se trata de un libro de frecuente consulta y, por tanto, de influencia no desdeñable en la configuración de una cierta manera de entender el pasado.

La exposición se inicia con la presentación de los fundamentos arqueológicos de la reconstrucción histórica de Bosch Gimpera. Más tarde, se comentan esta última y los presupuestos teórico-metodológicos que la sustentan. Las objeciones de A. del Castillo y las más propias al «sistema clásico» sirven como conclusión general del apartado.

Las bases para la reconstrucción histórica escogidas por Bosch Gimpera se han considerado «excesivamente esclavas de la metodología extranjera» (Castillo, 1975, p. 505): hasta 1932, siguiendo a Dechelette, clasificaba la Edad del Bronce, «a falta de cosa mejor», «con arreglo a las subdivisiones de Montelius-Kossinna para el Bronce nórdico» (Bosch, 1954b, p. 45).

«En 1932 se intentó ya ordenarla en sus aspectos geográficos, culturales y cronológicos, de acuerdo con lo que parecía desprenderse de los hechos entonces conocidos» (*ibidem*).

En realidad, lo que ocurre es que se introduce un nuevo sistema de periodización de tipo realista que coexiste y se superpone al que ya había de carácter convencionalista (*cf.* capítulo 2, apartados II.3 y II.4). Se inicia así la confusión que lastra la investigación de la Edad del Bronce hasta nuestros días.

En primer lugar, Bosch Gimpera (1932b, p. 145) señala las limitaciones insalvables de la información peninsular de cara a establecer una sistemática convencionalista, como en el centro de Europa, Francia o Inglaterra.

Los hallazgos «no proceden de sepulturas o de lugares de habitación, ni forman conjuntos». Cuando ocurre así, «son de los períodos iniciales según la cronología corriente (la cultura de El Argar) o del momento final correspondiente al Período IV intereuropeo (depósitos gallegos, portugueses, etc., con hachas de talón, y el depósito de la ría de Huelva, con espadas y fíbulas)» (*ibidem*). A ello se añade que los tipos metálicos se apartan de la evolución general por una «tenaz conservación de tipos arcaizantes, cuando en otros países éstos han desaparecido y son sucedidos por evoluciones rápidas que transforman [...] los tipos» (*ibidem*, p. 147).

Ahora bien, eso no supone ninguna objeción, en su opinión, para «tomar como marco dichos períodos [de la secuencia europea] y las subdivisiones del primero» (*ibidem*, p. 145). Por el contrario, resulta conveniente «para poder situar mejor dentro de la cronología general los hallazgos peninsulares». Ni siquiera es necesario «fundamentar esta cronología, que se apoya en los resultados de Montelius, Kossinna, Reinecke, Dechelette, etc., y para la fecha inicial, en H. Schmidt» (*ibidem*)².

A mi entender, lo que se desprende del texto es que Bosch Gimpera no pretende configurar la Edad del Bronce peninsular de acuerdo con un modelo convencionalista³, aunque, contradictoriamente, trata de encuadrarla en un contexto europeo que se ha fundamentado en unas relaciones de contemporaneidad y sucesión, imposibles de contrastar en el caso peninsular. Debido a los escasos elementos disponibles durante ese período en Portugal y España (*cf. supra*) para establecer una cronología cruzada con el resto de Europa, la correlación sólo puede hacerse a muy grandes rasgos (véanse cuadros 1 y 2), por lo que ni los períodos convencionales europeos, ni mucho menos las subdivisiones del primero de ellos pueden tener la utilidad que se pretendía. Eso no fue entendido así por el autor que empleó la comparación entre ambas secuencias como un procedimiento válido para precisar la cronología de la Edad del Bronce peninsular, como veremos, con cierto detenimiento, al final del apartado.

P. Bosch Gimpera estructura los primeros momentos de empleo del metal en la Península en dos grandes períodos, el Eneolítico y la Edad de Bronce, durante los cuales se desarrollan cuatro grupos culturales: «Cultura de Almería», «Cultura de las Cuevas», «Cultura de los megalitos portugueses» y «Cultura Pirenaica», continuadores de sus homónimos neolíticos.

Ese esquema será una constante en la obra del autor, cuyas sucesivas aportaciones al tema se centran en la definición de subfases de número creciente y cronología variable (véanse cuadros 3 a 5).

La periodización propuesta por Bosch Gimpera modifica el es-

² Al final de este apartado se discute la información empleada por Bosch Gimpera para asignar una cronología absoluta a la secuencia.

³ El rechazo expreso del autor (Bosch, 1954b, p. 46; *idem*, 1961, p. 44, n. 1) de las denominaciones «Bronce I» y «Bronce II», propuestas por el primer Congreso Nacional de Arqueología (Pericot, 1950) para referirse al Eneolítico y al período correspondiente a la cultura de El Argar, pone de manifiesto su preferencia por el modelo de periodización realista.

	Periodización peninsular	Periodización europea
C U L T U R A D E A L M E R I A	FASE INICIAL (El Garcel, Tres Cabezos).....	
	<div style="display: flex; align-items: center;"> <div style="margin-right: 10px;"> FASE DE TRANSI- CION A LOS MI- LLARES </div> <div style="border-left: 1px solid black; border-right: 1px solid black; padding: 0 10px;"> ENEOLITICO INICIAL (La Gerundia, La Perneria, Puerto Blanco, Parazuelos, Vélez Blanco). ENEOLITICO DE TRANSI- CION (Campos). </div> </div>	
	FASE ENEOLITICO PLENO. LOS MILLARES.....	1.º PERIODO EDAD DEL BRONCE: 2500-2200 a.C.
EDAD DEL BRONCE	FASE DE TRANSICION DE LOS MILLARES A LA EDAD DEL BRONCE (Lugarico Viejo, Fuente Vermeja).	EDAD DEL BRONCE Ic
	FASE DE EL ARGAR.....	EDAD DEL BRONCE II: 1800-1400 a.C.

CUADRO 2. *Bosch Gimpera, 1932b*

	Europa	España	Propuesta del autor
EDAD DEL BRONCE.....	Ia 2500 a.C.	ENEOLITICO	ENEOLITICO 2500 a.C./2000 a.C.
	Ib 2000 a.C.		LOS MILLARES
	Ic 2000-1700 a.C.	EL ARGAR	FORMACION DE EL ARGAR (Lugarico Viejo, Fuente Verme- ja): c. 2000 a.C.
	II 1700-1400 a.C.	—	EDAD DEL BRONCE. EL AR- GAR
	III 1400-1200 a.C. IV 1200-1100 a.C.	— RIA DE HUELVA	

CUADRO 3. Bosch Gimpera, 1944

CULTURA DE AL- MERIA	} FASE PRIMITIVA.	Grupo 1.º: 2700-2500 a.C.	(Contemporáneo del Campaniforme Estilo I).
		Grupo 2.º: 2500-2300 a.C.	(Se introduce el Campaniforme Estilo II).
EDAD DEL BRONCE.....	} FASE DE PLENO DESARROLLO DE LOS MILLARES: 2300-2100 a.C.	CULTURA PREARGARICA. FASE DE TRANSICION.....	(Lugarico Viejo, Fuente Vermeja).
		Ia: 1900-1600 a.C.	(El Oficio).
		Ib: 1600-1400 a.C.	(El Argar).
		II: 1400-1200 a.C.	(Fuente Alamo).
	ETAPA FINAL DE LA EDAD DEL BRONCE: 1200-900 a.C.		

CUADRO 4. *Bosch Gimpera, 1954b*

ENEOLÍTICO	{ Campaniforme Estilo I. Campaniforme Estilo II. Campaniforme Estilo III.	2500-2300 a.C. 2300-2100 a.C. 2100-1900 a.C.	Inicio C. Los Millares. Apogeo C. Los Millares.
EDAD DEL BRONCE.....	{ 1900-1800? a.C. 1800-1600? a.C. 1600?-1400 a.C. 1400-1100/1000? a.C.	TRANSICION A EL ARGAR ARGAR Ia ARGAR Ib ARGAR II	(Lugarico Viejo, Fuente Vermeja). (El Oficio, todavía arcaico). (El Argar, apogeo). (Fuente Alamo).

CUADRO 5. *Bosch Gimpera, 1975*

CULTURA ALMERIENSE	
NEOLÍTICO	{ Tres Cabezos. El Garcel.
ENEOLÍTICO	{ Parazuelos. Transición a Los Millares. Apogeo de Los Millares.
EDAD DEL BRONCE	{ Protoargárico o Preargárico. Argar I ^a , fase arcaica. Argar I ^b , fase de apogeo. Argar II.
	4300-3500 a.C. 3500-3000 a.C.
	3000-2700 a.C. 2700-2500 a.C. 2500-2300 a.C.
	1800-1600? a.C. 1600?-1400 a.C. 1400-1100/1000 a.C.

quema europeo en el sentido de que prolonga el «Eneolítico» peninsular, durante el período correspondiente al Bronce Ia-b: «En aquel período no hay bronce ni en la Península, ni en el occidente de Europa y sus características culturales son precisamente las de apogeo de las culturas que se inician en el eneolítico, y que toman entonces, coincidiendo con la progresiva generalización del cobre, un mayor vuelo» (Bosch, 1954b, p. 46; también en *idem*, 1961, p. 44, n. 1).

Al ser el cobre el metal empleado durante toda la etapa, «el nombre bárbaro de eneolítico o el filológicamente más correcto de calcolítico [...] tienen la ventaja de la claridad. La adopción del bronce, aunque tampoco cese el uso del cobre y aun de la piedra, comienza con [...] la cultura de El Argar», la verdadera Edad del Bronce (Bosch, 1954b, p. 47).

Conviene considerar ahora, por último, cuáles son las bases sobre las que descansa la secuencia elaborada por el autor: «las culturas eneolíticas del tercer milenio son susceptibles de ser divididas [...] en etapas, en parte por la estratigrafía de la cueva de Somaen [...] y de los castros portugueses, y por las asociaciones de sus rasgos en la cultura megalítica portuguesa y con los sepulcros almerienses» (Bosch, 1975, p. 202) ⁴.

La articulación concreta de estos presupuestos se va a analizar en las culturas «de Almería» y «de las Cuevas», por ser los grupos más directamente relacionados con el tema del libro.

La información que se maneja para el estudio del grupo almeriense (Bosch, 1932a, 1944) procede de excavaciones realizadas por L. Siret tanto en poblado como en sepulturas. Bosch Gimpera (1969, pp. 48 y 52-53) completó «la ordenación cronológica, ya intentada por Siret (1913) en gran parte», mediante las indicaciones orales de este último y «las asociaciones de hallazgos en las distintas localidades». Reconoce que para esta tarea «no tenemos más que la tipología ciertamente; pero ésta, a falta de otras precisiones [...] puede y debe utilizarse» (Bosch, 1969, p. 52). Así, dichas asociaciones «parecen confirmar la existencia de grupos cronológicos sucesivos. La cronología absoluta es estimativa, a falta de fechas de radiocarbono», de las cuales sólo se dispone en algún período (Los Millares) (*ibidem*, p. 53), y queda fijada por «los paralelos con las culturas mediterráneas» (*idem*, 1961, p. 52) ⁵.

⁴ Salvo que se haga constar expresamente, los énfasis en las citas textuales son míos.

⁵ Cf. nota 2.

La situación de la investigación de la «Cultura de las Cuevas» no es muy diferente.

Muchos de los hallazgos «proceden de excavaciones poco metódicas, sin estratigrafías conocidas y sin puntos de apoyo seguros para atribuirles una cronología» (*ibidem*, p. 46).

De nuevo, a falta de referencias estratigráficas, el autor (*idem*, 1954a, p. 149) considera que «la tipología conserva su valor, menos seguro, pero apreciable si se hace uso de ella prudentemente, a reserva de las rectificaciones que impongan ulteriores hallazgos, sobre todo los estratificados».

El problema reside en que difícilmente se puede determinar en qué medida la tipología se está usando con prudencia, cuando se carece de los datos de contexto que son los únicos que permitirían averiguarlo. Ello afecta, lógicamente, a la hipótesis de la complejidad creciente de los tipos decorativos sobre la que Bosch (1961, p. 46) fundamenta en gran parte la secuencia de la «Cultura de las Cuevas».

Otro tanto sucede con las «asociaciones de rasgos o hallazgos» que no son tales, puesto que se desconoce la conexión que realmente existió entre los elementos que aparecen hipotéticamente reunidos. Cualquier cronología cruzada que se elabore en estas condiciones no puede garantizar la contemporaneidad de los rasgos que se correlacionan, ni precisar la seriación de los mismos.

Las propuestas de asignación de datación absoluta carecen también de datos de contraste.

P. Bosch Gimpera (1932b, p. 145) recoge en sus primeras obras la datación del 2500 a.C. que H. Schmidt había asignado al inicio de la Edad del Bronce. Más tarde (Bosch, 1954b, pp. 48-49, n. 11) abandona esta fecha «que representaba el estado de la cuestión en su tiempo», a tenor de los puntos de contacto entre la cultura de Los Millares II y los períodos del Egeo (Minoico Primitivo III, de 2150 a 1950 a.C.) y de Egipto, que habían puesto de manifiesto los Leisner (1943) entre otros investigadores. Como consecuencia de ello, hay un momento en que sitúa el comienzo de Los Millares en el 2300 a.C. (cuadro 3).

La inconsistencia de los fundamentos cronológicos del sistema se evidencia cuando, prácticamente con los mismos argumentos, se vuelve a la primera datación (Bosch, 1961, p. 52): «los paralelos con las culturas mediterráneas [...] valorados especialmente por los Leisner» y «las fechas de radiocarbono» (2340 ± 250 a.C. y 1930 ± 250 a.C. para Los Millares y Navarrés, respectivamente) «comprueban nuestra an-

tigua cronología [...]. Los paralelos arqueológicos comprenden objetos que en Egipto pertenecerían al espacio de tiempo entre 2450 y 1792, en lo que irían de acuerdo la arqueología y el radiocarbono».

El autor escoge entre los paralelos propuestos en el Mediterráneo oriental para los objetos peninsulares, aquel foco difusor que más se ajusta al marco cronológico vigente. Hay que poner en relación este comportamiento con el interés de la investigación de la época en la búsqueda de elementos sincronizadores a larga distancia a partir de semejanzas establecidas, generalmente, sin las debidas garantías.

A su vez, la asignación de la fecha a un momento determinado del desarrollo del período debe realizarse por el mismo procedimiento de adecuar los datos a un esquema temporal previo.

Estos problemas, intrínsecos al método comparativo, se agravan en este caso por la falta de contextos estratigráficos y las debilidades de la tipología al uso. Pueden advertirse también en las cronologías defendidas por Bosch Gimpera para otros grupos culturales como el del vaso campaniforme, u otros períodos como la Edad del Bronce.

En relación con el primero y, dejando aparte las objeciones derivadas de su incorrecta comprensión de la estratigrafía de la cueva de Somaén (Barandiarán, 1975; Cajal Santos, 1981), la datación depende, por un lado, de los paralelos mediterráneos de la cultura de Los Millares, durante la cual se introduce por primera vez en Almería esa especie cerámica y, por otro, de las fechas europeas para los campaniformes de estilos III y IV (Bosch, 1961, p. 52): «puesto que Los Millares no tiene el tipo I, el clásico, sino sólo los II y III, yendo de acuerdo las fechas finales de Los Millares con las fechas del vaso campaniforme III y IV de Holanda e Inglaterra y siendo las iniciales las del vaso campaniforme II peninsular, el estilo clásico resultaría anterior a Los Millares», cuyo inicio se sitúa, como sabemos, «hacia 2500 a.C.».

Nos encontramos ante un argumento circular: precisamente la presencia de los campaniformes de estilos II y III había sido uno de los elementos empleados para establecer la duración de la cultura de Los Millares. En cuanto a la datación del estilo I, parece claro que su ausencia del poblado almeriense no es un hecho que permita por sí solo extraer conclusiones acerca de la posición cronológica de este tipo cerámico, respecto a la cultura de Los Millares. La explicación que se ofrece no se basa en los datos del yacimiento (paralelos mediterráneos o europeos), como parece desprenderse del texto de

Bosch Gimpera, sino en la estratigrafía de la cueva de Somaén, sin la cual tal explicación carece de sentido.

El estudio de la Edad de Bronce adolece de la misma carencia de datos estratigráficos que el Eneolítico. Bosch Gimpera (1954*b*, p. 90) la divide en dos facies: atlántica y argárica. Aquí me ocuparé sólo de la segunda, por ser la más directamente relacionada con el tema del libro.

La duración de la Edad del Bronce argárica no varía significativamente de unas publicaciones a otras (entre 1900-1200 a.C. en unos casos; entre 1800-1100/ 1000 a.C. en otros) (cf. cuadros 3 a 5). Sólo se modifica la fecha inicial que se rejuvenece o envejece de acuerdo con el valor concedido a la datación propuesta por H. Schmidt para el comienzo de la Edad del Bronce (*ibidem*, pp. 48-49, n. 11). Lo que no sufre ningún cambio es la estructura de la secuencia (dos períodos, el primero de ellos con dos fases) que, por otra parte, se ajusta bastante a la sistemática europea (Bronce II y III) (cuadro 2).

La explicación de esa situación se encuentra, en gran parte, en las cuentas de fayenza aparecidas en la necrópolis almeriense de Fuente Alamo que, por documentarse también en otros yacimientos europeos, serán el elemento clave de la periodización.

P. Bosch Gimpera (1932*b*, pp. 146-147) afirma que estas cuentas se conocen en Inglaterra desde el final del Bronce I («*round barrows*») y no llegan al Bronce IV y son muy frecuentes en Egipto en la época de Tell-el Amarna (c. 1400 a.C.), aunque comienzan mucho antes. En su opinión, esto situaría la ocupación de Fuente Alamo «hacia la transición del Bronce II al Bronce III (1400)», sirviendo tal fecha como indicador del inicio de la segunda fase de la cultura de El Argar (*idem*, 1954*b*, p. 50; *idem*, 1975, p. 399).

En realidad, lo que está haciendo de nuevo el autor, como antes otros investigadores, es seleccionar de manera convencional y arbitraria, dentro del amplio margen de empleo del tipo, una fecha que coincida con un período preestablecido de la Edad del Bronce europea. En efecto, las cuentas de fayenza inglesas se conocen durante todo el Bronce II y III, por lo que su paralelo español puede corresponder a la transición entre dichos períodos, tanto como a cualquier otro momento comprendido entre sus límites. Tampoco en el caso de Egipto las piezas se restringen al 1400 a.C., como parece deducirse del modo en que se emplea esa fecha.

Queda comentar, por último, el procedimiento seguido por P. Bosch Gimpera (1932*b*, pp. 146-147) para la datación global de la

Edad del Bronce argárica. Esta se basa en el hecho de que la cultura de El Argar «viene precedida en España por grupos culturales en relación con otros europeos del Bronce I» (cuadros 1 y 2); en el «sincronismo de sus momentos avanzados con la parte central de la Edad del Bronce inglesa», así como en la presencia en cistas argáricas portuguesas de grabados de armas atribuibles al segundo período de la Edad del Bronce europea.

Los argumentos aducidos por P. Bosch Gimpera permiten afirmar que la cultura de El Argar es contemporánea del Bronce II y III europeo pero, como en el caso de las cuentas, no proporcionan ninguna indicación sobre el momento preciso en que tal suceso ocurre. Ya se ha expuesto cómo la fecha del 1400 a.C. que se le asigna depende de una decisión personal del investigador. Ese es el único elemento de sincronización con la periodización europea disponible. A partir de este punto de referencia «bien establecido» la secuencia de El Argar se completa calculando una duración convencional de unos doscientos años a cada uno de los sitios (El Oficio, El Argar, Fuente Alamo) que se han escogido para representar las sucesivas fases de la cultura. El hecho de que la periodización europea se construyera a partir de criterios muy parecidos explica la aparente coincidencia entre esta periodización y la peninsular. Ello produce la falsa impresión de que también esta última es de tipo convencionalista. Ahora bien, la diferencia existente entre la fundamentación de una y otra es importante. La Edad del Bronce europea está estructurada de acuerdo con sincronismos basados en estratigrafías o depósitos cerrados. La secuencia española, por el contrario, lo hace en poblados sin estratigrafía, lo que supone no sólo que su asignación a una fase determinada sea puramente intuitiva, sino que también lo sea la posición cronológica relativa que se les atribuye.

En definitiva, debe matizarse la convicción imperante en la Prehistoria peninsular de la primera mitad de siglo, que tan explícitamente enuncia P. Bosch Gimpera (1969, p. 52), de que es mejor tener una secuencia elaborada sobre bases tipológicas que no disponer de ninguna. En los años en los que este autor inicia su trabajo esto es rigurosamente exacto. Gracias a él, se introduce una lectura histórica comprensiva en lo que previamente no era más que una masa amorfa de restos arqueológicos mudos. Esto convierte al doctor Bosch Gimpera en uno de los principales responsables de que la Prehistoria llegue a ser en España una disciplina con entidad propia y una relevancia social hasta entonces inexistente e inimaginable. Otra

cuestión muy distinta son las consecuencias que tuvo su asunción por los investigadores de la segunda mitad del siglo. Se paralizó la búsqueda de nuevos instrumentos de análisis que reunieran las garantías para la reconstrucción histórica exigidas por el avance del conocimiento. Pero no se puede hacer responsables a «los clásicos» de la falta de sensibilidad crítica y perspectiva histórica de quienes se sirvieron de su obra⁶.

La reconstrucción histórica efectuada por Bosch Gimpera a la que he hecho referencia está contenida fundamentalmente en su *Et-nología de la península Ibérica* (1932a), una síntesis de la Prehistoria peninsular que el autor mantendrá sin cambios muy significativos hasta el final de su vida (*idem*, 1944 y 1975).

La división en grupos culturales del Neolítico final que allí se presenta se conserva en parte incólume, como veremos, incluso hoy, medio siglo después, aun a pesar de que las bases para su definición resultan, en ocasiones, seriamente cuestionables.

Como sabemos, los grupos que el autor establece durante esa fase son la «Cultura de las Cuevas», la «Cultura de Almería», la «Cultura de los Megalitos Portugueses» y la «Cultura Pirenaica». Me ocuparé aquí del análisis de las dos primeras.

La «Cultura de las Cuevas»

Corresponde a los descendientes de los grupos capsenses del África Menor, que habían llegado a la Península desde el final del Paleolítico superior. En el Neolítico final podían considerarse ya plenamente asentados.

Bosch Gimpera define esta cultura por los siguientes rasgos:

1. Localización en cuevas situadas en zonas montañosas.
2. Instrumental lítico pobre. Sus tipos más característicos son las láminas y los microlitos geométricos. Sólo excepcionalmente emplean hachas de piedra.
3. Economía pastoril que no excluye un «cultivo rudimentario» (*idem*, 1932a, p. 70)⁷.

⁶ Mis opiniones previas (Martínez Navarrete, 1988a, pp. 391-392) demuestran una lamentable descontextualización histórica de la cuestión. Debo a los doctores Alonso del Real y Gilman la toma de conciencia acerca de la urgente necesidad de su rectificación.

⁷ El autor no hace ninguna declaración expresa sobre la información que ha ma-

4. Relación con las etapas «seminaturalistas» del arte rupestre (*idem*, 1954a, p. 144).

5. Cerámica a mano de paredes gruesas, decorada primero con digitaciones, unguilaciones y aplicaciones de cordones (a veces digitados) o pastillas y, después, incisa.

Durante la fase que el autor (*ibidem*, p. 149) denomina «Eneolítico inicial», «*por parecer contemporánea de los comienzos del uso del cobre en las localidades de la cultura almeriense*» tiende a desarrollarse «el relieve en la mitad norte de España y la incisión en la mitad sur y en Africa». Al tiempo se complican los motivos y composición de esa última técnica decorativa, lo que «preludia el sistema de decoración clásico de la cerámica del vaso campaniforme».

En una «etapa avanzada» (*idem*, 1944, pp. 64-65; *idem*, 1975, pp. 203-204) y, por razones que no son explicadas, algunos grupos de la «Cultura de las Cuevas» abandonan la habitación en cuevas y la economía pastoril para asentarse al aire libre, en los grandes valles del Guadalquivir, Guadiana y Tajo. Allí desarrollan una agricultura extensiva más o menos avanzada. Durante la colonización de estos territorios, la cerámica de la «Cultura de las Cuevas» se «convierte en la del vaso campaniforme».

En opinión del autor (*idem*, 1975, pp. 203-204): «Probablemente *el lugar de formación de la cerámica del vaso campaniforme fue principalmente el valle del Guadalquivir, aunque al mismo tiempo aparece en la Meseta inferior, en el valle del Tajo (provincia de Toledo), con sus afluentes de la provincia de Madrid [...], así como en otros lugares del centro de España [...] (provincias de Segovia, Zamora y Soria) llegando a infiltrarse*» en zonas donde la «Cultura de las Cuevas» se mantenía en su forma clásica por el aislamiento geográfico (ciertos núcleos en Cataluña y Valencia).

El vaso campaniforme (*idem*, 1944, p. 67) «representa el apogeo de la cultura eneolítica y un período muy largo de relaciones comerciales y de desarrollo de la metalurgia».

La evolución formal y decorativa de esta especie cerámica da lugar a tres tipos sucesivos bien diferenciados, que constituyen autén-

nejado para llegar a esta conclusión. Si reparamos en la carencia de análisis económicos (faunísticos, paleobotánicos, etc.) existente en la época, hay que concluir que aquella debió basarse en la ubicación de los asentamientos, la temática del arte que se atribuye a esta cultura y el material lítico, caracterizado por la escasez de instrumentos como hachas pulimentadas o piezas de sílex, relacionadas con las prácticas agrícolas.

ticos fósiles-guía del período. Todos ellos, conviene insistir en esto, pertenecen al mismo complejo cultural, al parecer (*idem*, 1932a, p. 164) de campesinos, a juzgar por la localización de sus hallazgos en llanuras cultivables y por el hecho de que «apenas aparecen armas (las escasísimas de Carmona y el puñal de Ciempozuelos)».

Ahora bien, la conversión de las cerámicas tradicionales de la «Cultura de las Cuevas» en modelos campaniformes no es la única transformación que dicha cultura experimenta durante el «Eneolítico pleno». En algunos lugares, la expansión de otros grupos culturales determina (*ibidem*, p. 78) la «desaparición» de la «Cultura de las Cuevas» o su «mezcla» con los «invasores», salvo en puntos aislados del territorio ocupado, donde puede llegar a sobrevivir. En otros, en cambio, el aislamiento geográfico permite la «pervivencia» de poblaciones más amplias pertenecientes a dicha cultura (*cf. supra*).

Así, por ejemplo, la «Cultura de las Cuevas» desaparece de Extremadura, Segovia y Salamanca por la «invasión» de la «Cultura Portuguesa» y del valle del Ebro por la de la «Cultura de Almería». Por el contrario, en el «Sur de Cataluña, Bajo Aragón y Reino de Valencia» surgirá una cultura (la de Salamó), como resultado de «una mezcla» de los elementos indígenas capsioses con los importados, por invasión, de la cultura de Almería».

P. Bosch Gimpera (1954a, p. 151) señala que su final es «todavía mal conocido. Después del desarrollo del vaso campaniforme y las complicadas relaciones del eneolítico [...] parece desaparecer de la mayor parte de la península Ibérica, sobreviviendo sólo en zonas de arrinconamiento y renaciendo tardíamente» en grupos catalanes de la primera Edad del Hierro y «en la cultura ibérica del Bajo Aragón y de Cataluña».

La «Cultura de Almería»

Tiene, según el autor, rasgos claramente diferenciables de los de la «Cultura de las Cuevas». Su distribución inicial se restringe a «una pequeña zona litoral en las cuencas de los ríos Almanzora y Antas (Almería) frente a la región de Orán» (*idem*, 1932a, p. 145). Su localización geográfica, unida a sus elementos constitutivos, le llevan a interpretar su aparición como resultado de una invasión de poblaciones de la «Cultura Sahariana». Esta cultura había alcanzado aquella región africana en el Neolítico, atravesando el Mediterráneo para llegar a Almería en una fase avanzada de ese período, sin que el autor

valore su propia afirmación de que «en la región de Orán no se conocen estaciones saharianas» (*idem*, 1944, p. 70), como una posible refutación de tal hipótesis.

La primera definición de la «Cultura de Almería» (*idem*, 1932a, pp. 145-146) comprende una relación de nueve rasgos, que quedaron reducidos a cinco, treinta y siete años después (*idem*, 1969, p. 49), de los cuales sólo los tres primeros se consideraban esenciales:

1. Hábitat al aire libre, en poblados fortificados ⁸.
2. Puntas de flecha de sílex de ciertos tipos (triangulares con pedúnculo o lenticulares y foliáceas) (*idem*, 1932a, p. 146).
3. Cerámica sin decoración ⁹.
4. Brazaletes de pectúnculo.
5. Sepulcros «no megalíticos» ¹⁰.

La narración del desarrollo histórico de las ideas del autor acerca de esta cultura ofrece unas dificultades que no existían en el caso anterior. Tales dificultades son debidas a las modificaciones introducidas por Bosch Gimpera a lo largo de sus investigaciones, tanto en lo que se refiere a la secuencia propuesta, como a la interpretación de las fases más significativas de la misma. Sólo se mantiene inalterada la hipótesis de su origen africano.

El primer problema puede solventarse recurriendo a la elaboración de cuadros (véanse cuadros 1-5) y al empleo de las últimas periodizaciones publicadas, como esquema de trabajo. Para acometer el segundo sin que se resienta el nivel descriptivo que me interesa mantener en esta parte de la exposición he remitido las precisiones críticas a notas, siempre que ha sido posible.

La etología de los grupos «pastores, cazadores, guerreros» saharianos (*idem*, 1975, p. 197), en el momento de su implantación en la

⁸ En otras ocasiones se definen como «estaciones al aire libre» (Bosch, 1954a, p. 140) o «colinas fáciles de defender» (*idem*, 1975, p. 198) sin mencionar la existencia de fortificaciones.

⁹ La afirmación inicial de que la «Cultura de Almería» tiene cerámica «siempre sin decorar» (Bosch, 1932a, p. 149), se verá contradicha con posterioridad al admitirse la posibilidad de que pueda tener «decoraciones distintas» de las de la «Cultura de las Cuevas» (*idem*, 1954a, p. 140).

¹⁰ En su *Etnología de la península Ibérica*, el autor (Bosch, 1932a, p. 146) los define como «fosas u hoyos excavados en tierra, revestidos de piedra que acaban por formar una cista, cubiertas a menudo por un túmulo». En otras ocasiones (*idem*, 1961, p. 46) se admite también que las sepulturas fueran simplemente un lugar donde se depositaban los cadáveres «sobre el suelo», protegiéndolos «con un montón de piedras».

zona costera almeriense, es otro aspecto que queda muy confuso en la obra de Bosch Gimpera. Ello implica un importante grado de indeterminación a la hora de tratar de evaluar su punto de vista a propósito de sus relaciones con los indígenas de la «Cultura de las Cuevas».

El autor en unos casos, afirma que fueron un «pueblo fuerte de guerreros que, al adaptarse a las variadas necesidades de los lugares que ocupan, y a las posibilidades de vida que encuentran, se hacen sucesivamente pastores, agricultores, mineros» (*idem*, 1932a, p. 148). En otros, sostiene que fueron simultáneamente «agricultores y mineros [...] *sumamente belicosos*» (*idem*, 1944, p. 68). Si tenemos en cuenta que estos rasgos del comportamiento de los hombres de la «Cultura de Almería» sólo han podido deducirse de elementos tipológicos¹¹ que ven modificada su posición cronológica de unas publicaciones a otras, comprenderemos los problemas insolubles que plantea averiguar cuál fue la opinión definitiva de P. Bosch Gimpera acerca de la idiosincrasia de dicha cultura, así como del tipo de trato (pacífico o no) que se estableció entre sus miembros y los de la «Cultura de las Cuevas».

La «fase neolítica» de la «Cultura de Almería» corresponde al momento de implantación de los grupos saharianos entre las poblaciones capsienas de Almería (*idem*, 1932a, p. 145). Cabe pensar, por lo tanto, que sea aquélla en la que los rasgos foráneos aparecen con mayor pureza. Sin embargo el autor, además de mencionar los nuevos tipos de sepulcros, asentamientos, cerámicas y adorno, señala a veces la presencia de microlitos geométricos (*ibidem*, p. 148; *idem*, 1969, p. 53) o, lo que resulta más sorprendente todavía, la ausencia de puntas de flecha (*idem*, 1969, p. 53)¹², la cual «indicaría acaso que el es-

¹¹ Como en el caso de la «Cultura de las Cuevas» (*cf.* n. 7) no disponemos de datos económicos. Los rasgos que se emplean como base de la caracterización están, también aquí, implícitos, por lo que no siempre resulta segura su identificación. Así, por ejemplo, parece claro que el autor atribuye la presencia de puntas de flecha o poblados fortificados al supuesto carácter belicoso de los almerienses o la aparición de cobre o escorias de fundición en los yacimientos, a su condición de mineros. Resulta, en cambio, más difícil averiguar las razones que le llevaron a considerarlos agricultores (¿localización del hábitat?, ¿presencia de hachas?).

¹² Este hecho no puede atribuirse a que el autor hubiera reclasificado los yacimientos asignados al Neolítico de unas publicaciones a otras. El de Tres Cabezas, por ejemplo, que se fecha en esa fase en todos los casos, unas veces tiene puntas de flecha (Bosch, 1932a, p. 148; *idem*, 1975, p. 198) y otras no (*idem*, 1969, p. 53).

tablecimiento de los almerienses entre las gentes de la cultura de las cuevas habría sido pacífico».

La aparición de microlitos geométricos podría deberse a la «combinación» de los rasgos típicos de la «Cultura de Almería» con los de las «últimas supervivencias» de la «Cultura de las Cuevas» (*ibidem*, p. 51), que ocupaba el territorio donde se implantaron los recién llegados. Ahora bien, tampoco se excluye (*ibidem*, p. 54) que «ya los almerienses al pasar en África por el territorio del Neolítico de tradición capsiese, del que salió allí la población de la cultura de las cuevas» hubiera adoptado los microlitos.

El «*Eneolítico inicial*» tiene dos fases sucesivas, representadas por los poblados de El Garcel y Parazuelos.

La etapa de El Garcel (*ibidem; idem*, 1975, pp. 231-233) se caracteriza por un desarrollo de la industria lítica tallada (raederas, raspadores, láminas) o no (molinos, hachas pulimentadas), destacando en la primera la riqueza de microlitos y la presencia de puntas de flecha. Hay también nuevos tipos cerámicos (tinajas ovoides con cuello cilíndrico).

La «abundancia de microlitos que se observa» en este período «representaría la fusión» de las poblaciones de la «Cultura de las Cuevas» y «de Almería», en el caso de que la incorporación no se hubiera producido ya, como consecuencia de los contactos africanos entre ambas (*idem*, 1969, pp. 53-54).

La aparición en El Garcel de escorias de cobre y de un ídolo de violín plantea dos problemas interesantes, correlacionados: el posible origen autóctono de la metalurgia y la eventualidad de contactos entre los almerienses y grupos mediterráneos.

P. Bosch Gimpera no es muy explícito a este respecto. Inicialmente (*idem*, 1932a, pp. 146 y 148) afirma que el pueblo almeriense «llega muy pronto» al conocimiento del cobre y «quizá es su descubridor en España». Para ello se basa en las escorias de El Garcel, prueba de que los almerienses «debieron descubrir los filones de cobre superficial» y de que tantearon ya el trabajo del metal. Posteriormente, en cambio, la dificultad de una datación segura de los hallazgos de ese poblado le llevan a prescindir de él en su periodización (*idem*, 1944) o a sugerir la pertenencia de las escorias y del ídolo de violín a «los últimos tiempos de la ocupación del poblado que entrarían en la etapa siguiente» (*idem*, 1969, p. 54).

El hecho de que al autor (*idem*, 1975, p. 233) el ídolo le parezca egeo le lleva a sugerir (*ibidem*, p. 201) que «Acaso entre 3500-3000

comenzó ya una relación mediterránea que buscó el cobre de Almería». Volveré sobre la cuestión del comercio mediterráneo de metal con más detenimiento, más adelante.

Ahora se produce la primera expansión de la cultura almeriense fuera de su territorio, si bien sólo alcanza por el momento el Sudeste y Cataluña (*idem*, 1969, pp. 55-56 y 76). Tal expansión, que proseguirá durante todo el desarrollo almeriense, produce reacciones muy diversas en la población de la «Cultura de las Cuevas», como sabemos (*cf. supra*).

El poblado de Parazuelos (*ibidem*, pp. 55-56; *idem*, 1975, pp. 233-239), que define la segunda fase del «Eneolítico inicial», proporciona la primera información sobre las viviendas de la «cultura de Almería». Se trata de «habitaciones rectangulares hechas de piedras y barro» (*idem*, 1975, pp. 233-234). La industria lítica ve desaparecer los microlitos geométricos. Son novedad los punzones de hueso y las cuentas de calaíta y otras piedras duras.

Hay dos rasgos especialmente significativos de la etapa. El primero es que «son ya muy sensibles las relaciones mediterráneas, y con ellas se recibe el tipo de las cuevas artificiales de Sicilia, abundando los ídolos egeos» antropomorfos «y comenzando a generalizarse el uso del cobre» (*idem*, 1969, p. 56).

Este último se documenta en el poblado en forma de punzones, un puñal sencillo, puntas triangulares (¿de flecha?) y escorias.

La segunda nota destacable es la expansión almeriense «por la zona andaluza inmediata a Almería», lo que provocará unas «relaciones con el resto del sur de España y con la cultura portuguesa» (*ibidem*). Las conexiones con el sur y oeste peninsulares se basan en la aparición en tales regiones de los objetos (ídolos, cerámica pintada) o tipos sepulcrales (cuevas artificiales) de procedencia mediterránea, llegados de Almería. La ausencia de cuevas artificiales en esa provincia no constituye ninguna objeción a esta hipótesis. Cabe atribuirle al escaso desarrollo de la investigación. Por otro lado, el número creciente de estos tipos sepulcrales «en los territorios influidos por» la Cultura de Almería como, por ejemplo, el sudeste de España y Andalucía (*ibidem*, p. 57) sólo puede explicarse en ese supuesto¹³.

Como consecuencia de estos contactos con la «Cultura de Almería» se introduce también en Andalucía y Portugal el uso del metal.

¹³ Repárese en que es precisamente la adecuación de ese presupuesto a la información disponible lo que se trata de comprobar.

Ello nos remite a un tema que ya quedó apuntado en la fase anterior: el carácter de las relaciones mediterráneas durante el Eneolítico inicial.

Según el autor (*ibidem*, p. 56), «se [debieron] acaso a una explotación del Occidente en que se llegó a Almería, descubriéndose los yacimientos nativos de cobre que se comenzarían a explotar por los almerienses, quienes propagarían su uso pronto por Andalucía y entrarían en contacto con la cultura megalítica portuguesa, en cuyo territorio habrían de encontrarse también yacimientos de dicho metal».

El texto parece apuntar a un factor externo (las relaciones mediterráneas) como motor de la metalurgia almeriense. Sin embargo, en otra obra posterior (*idem*, 1975, p. 236), Bosch Gimpera estima que las relaciones mediterráneas habrían producido simplemente «la intensificación de la explotación del cobre —cuyo comercio sería el motivo principal de aquellas relaciones». Este párrafo, al contrario que el anterior, da a entender que la existencia de tal explotación fue la causa que motivó el desarrollo de los contactos mediterráneos.

En consecuencia, no me queda clara la opinión de P. Bosch Gimpera respecto al origen de la metalurgia peninsular.

La siguiente etapa del *Eneolítico* se define como de «transición a la cultura de Los Millares». Está representada por el poblado de Campos (*idem*, 1969, p. 59) con «habitaciones dispersas dentro de doble recinto amurallado», abundante metal (punzones, hachas planas); puntas de flecha y cuchillos sierra de sílex, hachas de piedra, punzones de hueso y una cerámica de formas cilíndricas, de cuenco, o bicónicas y ovoides, a veces con decoración de líneas en ziczac incisas».

No se hace ninguna mención a las relaciones mediterráneas en esta época y las alusiones a la expansión territorial almeriense durante la misma son muy breves y restringidas a Cataluña. Según el autor (*ibidem*, p. 77), a esta etapa y a la anterior «pertenería acaso la mayor parte de los sepulcros catalanes».

«Esta etapa sería paralela de la del gran desarrollo de la cultura portuguesa en que ya están aclimatadas las sepulturas en cuevas artificiales del tipo de Palmella, con gran abundancia de vaso campaniforme» que no penetra en Almería hasta la fase siguiente (*ibidem*, p. 59).

El «*Eneolítico pleno*», última fase de ese período, corresponde al apogeo de la «*Cultura de Los Millares*», ejemplificada en el yacimiento epónimo y en el de Almizaraque.

Bosch Gimpera sostuvo siempre el carácter peninsular de esta cul-

tura, si bien en su formación concedió distinta importancia al factor occidental. En sus primeras obras atribuye su aparición a una «infiltración portuguesa» (*idem*, 1932a, pp. 151-152; *idem*, 1944, pp. 72, 81-82)¹⁴. En cambio, más tarde la definirá como una «cultura mixta de tipo predominantemente almeriense, pero con la adopción de multitud de rasgos portugueses» (*idem*, 1969, p. 61). Esta última versión no excluye los desplazamientos de población: es posible que «portugueses llegasen a Almería y almerienses a Portugal, en relaciones activas de comercio» (*idem*, 1975, pp. 239-240).

La «Cultura de Los Millares» es el cenit de la «Cultura de Almería» por el nivel que alcanzan durante la misma metalurgia (cobre y plata) y las relaciones con el Mediterráneo y el resto de la Península (*idem*, 1944, p. 72) que van a enriquecerla significativamente.

Las influencias portuguesas (*idem*, 1969, pp. 60-61) llegan por dos rutas: «desde Extremadura hacia Córdoba y seguir hasta las extensiones almerienses» y por el valle del Guadalquivir desde donde «posiblemente el vaso campaniforme se introdujo en la cultura de Los Millares».

Pero los contactos portugueses no sólo actúan como intermediarios para la incorporación de ese tipo cerámico. Con ellos llegan rasgos específicos de la cultura occidental como los sepulcros megalíticos de corredor, nuevos tipos de ídolos (placa, falange), objetos rituales (sandalias, cayados) o piezas de sílex (alabardas, puñales, puntas de flecha de base cóncava) (*ibidem*).

Una prueba de la vinculación que se produce entre los distintos grupos peninsulares en este momento es la «decoración en la cerá-

¹⁴ En su *Etnología de la península Ibérica*, Bosch Gimpera (1932a, pp. 151-152) puntualiza la idea de Siret (1913) de que la «Cultura de Los Millares» surge «por la invasión de un pueblo forastero [...] de origen oriental». Está de acuerdo con él en el carácter foráneo de dicha cultura, pero opina que su creadora sería «una cultura netamente occidental y precisamente portuguesa [...]». Lo prueba [...] su extensión geográfica por todos los caminos que de Portugal llevan, a través de Extremadura y Andalucía, a Almería».

En el «Poblamiento antiguo» completa esa tesis (Bosch, 1944, pp. 81-82): «los megalitos que se encuentran a lo largo de esta ruta, con material portugués exclusivamente [...] indican que es todo el complejo de cultura el que avanza y no una mera relación [...]. Posiblemente este "raid" portugués hizo desaparecer la cultura del vaso campaniforme de Andalucía, llevando algunos elementos de población portuguesa hasta Almería, en donde se mezclaron con los almerienses [...] y, como reacción provocó otros "raids" almerienses que colonizaron Sierra Morena y se infiltraron en el Sur de Portugal en la primera etapa subsiguiente».

mica de ciervos esquemáticos [...] común a Almería, Andalucía, Portugal y hasta de la cultura del vaso campaniforme del Centro de España» (*ibidem*, p. 65).

Un tema de especial relevancia para la comprensión del período es el alcance de las influencias mediterráneas. El autor atribuye a

una intensa relación con las islas del Mediterráneo Occidental, en donde Malta es el puerto avanzado de la relación egeo-anatólica [...] el nuevo tipo de ídolo de forma humana de Los Millares [...] y sin duda un perfeccionamiento de la técnica arquitectónica [murallas con torres, orthostatos labrados, generalización de la falsa cúpula] (*ibidem*).

Acaso también la conversión del poblado almeriense [de Los Millares] en una verdadera ciudad, aunque estamos lejos de las urbanizaciones de los países orientales [*idem*, 1975, p. 242].

Otros autores ven en ello una verdadera colonización mediterránea. Bosch (*ibidem*) estima que

es injustificado, pues se trata de rasgos culturales que no transforman la personalidad de las respectivas culturas, introduciendo el conjunto de la cultura forastera —lo que es lo característico de la verdadera colonización. La cultura permanece con sus rasgos propios y sólo se adoptan rasgos singulares que, por muy abundantes que sean, no la desnaturalizan. Parece más verosímil que se trate del resultado de unas relaciones comerciales intensas.

[En su opinión (*idem*, 1969, p. 67), la] cultura representada por los mobiliarios sepulcrales peninsulares es muy distinta —a pesar de los tipos forasteros— que la de Malta, Sicilia o el Egeo [...] los hallazgos revelan una cultura indígena que no deja de serlo a pesar de las transformaciones singulares de sus rasgos, nunca una cultura masiva como la de los lugares de origen de las relaciones e influencias.

Por otro lado, algunos de esos rasgos podrían ser incluso consecuencia de procesos locales, reduciéndose el papel del influjo foráneo a servir de catalizador. Así, por ejemplo, «la misma idea de cubrir un espacio circular [por falsa cúpula] puede producirse en cualquier lugar en que se construyen cabañas de piedra» (*ibidem*, p. 66). Otro tanto ocurre en el terreno urbanístico: «Alcanzada la vida sedentaria normal y comenzada una vida de tipo urbano, lo que es explicable dentro del gran florecimiento de la cultura eneolítica tanto en España, como en Portugal, las fortificaciones primitivas para defensa de

los poblados se convierten *naturalmente* en murallas, y ellos en fortalezas» (*ibidem*, p. 67).

Paradójicamente, en cambio, el autor no acepta que los sepulcros redondos almerienses llevaran por otro proceso natural a los sepulcros megalíticos: «aunque algunos alcancen dimensiones mayores que los propios de los sepulcros individuales y [...] contengan varios esqueletos [...] parten de una idea distinta de la que produjo los sepulcros megalíticos: son propiamente fosas revestidas de una protección de piedras, [...] incluso cuando tienen la forma de cámara o de cistas» (*ibidem*; también en *idem*, 1961, p. 51).

En la etapa de Los Millares se completa la expansión de la cultura almeriense. Se «extiende también hacia el norte por el sudeste», penetrando en el Bajo Aragón a través de Teruel y llegando incluso hasta los límites con la cultura pirenaica (*idem*, 1969, pp. 70-71).

Tras la cultura de Los Millares se inicia *la Edad del Bronce*, dividida a partir de 1954 por Bosch Gimpera (1954*b*, p. 90) en «dos Edades del Bronce esencialmente distintas, la argárica y la atlántica que no aparecían claras» en sus obras anteriores.

Esta «dualidad de procesos culturales hispanos durante la Edad del Bronce [...] que se derivaba a su vez de la valoración de las grandes relaciones exteriores, tanto por la vía mediterránea, como por la atlántica, recibían un importante apoyo por el hecho de que ambas áreas eran mucho mejor conocidas que el resto de las tierras peninsulares por haber sido más intensamente investigadas» (Maluquer de Motes, 1975, p. 129).

Como ya advertí me referiré aquí sólo a la primera de ellas.

P. Bosch Gimpera apenas modificó la secuencia de la Edad del Bronce argárica (*cf.* cuadros 1-5), en el curso de las investigaciones que la dedicó. Siempre consideró la cultura de El Argar como resultado de un proceso local, restringido al Sudeste, pero su interpretación varió, a tenor de la importancia que hubiera concedido al factor occidental en la formación de la de Los Millares. En aquellas obras (Bosch, 1932*a*, p. 166; *idem*, 1944, p. 102; *idem*, 1954*b*, p. 48), donde su aparición se había relacionado con la llegada a Almería de grupos de la cultura portuguesa, la cultura de El Argar se explica por «la absorción o expulsión de los elementos invasores portugueses y el resurgimiento del carácter indígena almeriense» (*idem*, 1932*b*, p. 146). En aquellas otras, donde el factor portugués se interpretaba como una influencia que no implicaba importantes desplazamientos de población, se sostiene que no era «preciso pensar, como se hace

a menudo, en un nuevo pueblo y menos que en ella repercute la cultura centroeuropea de Unètice, separadas ambas por todo el desarrollo de la Edad del Bronce del sur de Alemania, del Ródano y de la zona pirenaica» (*idem*, 1975, p. 396).

Resulta un dato destacable, de cara a la caracterización global de la Edad del Bronce argárica, el poco peso que se concede a las relaciones mediterráneas en la configuración de la cultura, a diferencia de lo que ocurría en el caso de la de Los Millares. Los contactos de este tipo se consideran esporádicos y restringidos a un momento avanzado de la misma (*idem*, 1932b, p. 147). Otro argumento que abunda en este sentido es que las «cuentas vidriadas azules segmentadas, de origen egipcio», que tanta importancia tienen para la datación, como sabemos, se atribuyen a la relación atlántica (*idem*, 1954b, p. 64)¹⁵.

La primera fase de la Edad del Bronce es «de transición» («*protoargárica*» o «*preargárica*») y se identifica en los poblados de Lugarico Viejo y Fuente Vermeja. Allí «desaparece la multitud variada de rasgos de la cultura de Los Millares, volviendo la cerámica a ser lisa sin decoración y con formas que a la vez que dependen de las tradiciones almerienses tienden a estereotiparse en las que luego serán las características de la cultura de El Argar» (*ibidem*, p. 394).

El primer período de la cultura de El Argar se divide en una fase arcaica (Argar Ia) y otra en que se inicia su apogeo (Argar Ib), ejemplificadas en los poblados de El Oficio y El Argar, respectivamente (*idem*, 1944, p. 103; *idem*, 1954b, p. 49; *idem*, 1975, pp. 396 y 398). En ellos perviven elementos anteriores (poblados en altura, hachas, piezas de hoz de sílex) con nuevos tipos de enterramiento (fosa, cista, jarra). El metal predomina, aunque los objetos de bronce son todavía escasos. Aparece la joyería (diademas de plata y oro). Buena prueba de la pujanza de la cultura en este momento es su llegada a Baleares y a la Alta Andalucía para explotar las minas de Sierra Morena, así como su influencia en el sur de Portugal.

El segundo período está representado por el poblado y necrópolis de Fuente Alamo (*idem*, 1975, p. 399), donde «aparecen por primera vez las espadas» y siguen encontrándose diademas «en sepulturas que son sin duda de jefes tribales».

¹⁵ Debo advertir que no me ha sido accesible el trabajo Bosch Gimpera (1967), dedicado específicamente al estudio de las relaciones prehistóricas mediterráneas, por lo que desconozco si allí se rectificaba alguna de las afirmaciones a ese respecto, vertidas en las obras que he manejado.

El autor (*ibidem*) acepta la opinión de E. MacWhite (1951) de que, a partir de este momento, «la cultura argárica pudo persistir todavía bastante, hasta que se establecieron en Almería los fenicios en el siglo VII». Su decadencia estaría en relación con «un cambio del centro de gravedad de las explotaciones metalúrgicas y del comercio del metal, que entonces se hallaría en Andalucía occidental y en la zona atlántica, lo que daría lugar al estancamiento y decadencia de la población almeriense, que había debido su prosperidad a las explotaciones mineras» (Bosch, 1975, p. 399).

No queda para concluir esta parte del estudio, sino hacer referencia a la idea global que tenía el autor sobre el desarrollo cultural de la península durante la Edad del Bronce argárica.

Bosch Gimpera estima en sus distintas obras que estaba en relación directa con la proximidad al Sudeste del territorio que se consideraba. Desde allí, los rasgos típicos de la cultura de El Argar, exclusivamente tipológicos (piezas cerámicas o metálicas) o económicos (minería, metalurgia), se van a difundir con mayor o menor intensidad. Ya hemos citado su expansión hacia Andalucía, Portugal y Baleares. El autor (*ibidem*, pp. 406-409) está dispuesto a aceptar las tesis de Tarradell (1965a) de que las regiones levantinas tienen una cultura con personalidad propia (el «Bronce Valenciano»), pero «en forma menos absoluta» que la que él propone: «hay que admitir que hubo una irradiación argárica sin que ésta represente una verdadera extensión de la cultura completa». Tal irradiación prosigue en Cataluña, incluso hasta «la zona de la persistencia de la cultura pirenaica», así como en la Meseta y la región Cantábrica. En estas zonas marginales, el contacto con el Sudeste se documenta por hallazgos de tipos metálicos o cerámicos argáricos aislados o en contextos que se definen por su conservadurismo (pervivencias de los grupos culturales eneolíticos) o por su relación con las actividades mineras.

Una vez expuesta la reconstrucción histórica es el momento de esbozar las concepciones antropológico-culturales subyacentes en la misma.

La obra de Bosch Gimpera es uno de los mejores ejemplos de la visión normativa de la cultura, propia de la concepción tradición española de la Prehistoria (*cf.* capítulo 1, apartado III.1). Ello es lógico si se recuerda el protagonismo de este autor en su configuración y, sobre todo, si se tiene en cuenta su formación académica (Comas, 1976b, pp. 9-10).

El doctor Bosch Gimpera estudió, durante los años 1911-14 en

Alemania Arqueología Clásica, Historia Antigua y Prehistoria. Sus profesores fueron, entre otros, A. Schulten, H. Schmidt y G. Kossinna, siendo asistente del segundo en el Museo Prehistórico de Berlín (*ibidem*).

Realizó su labor fundamental nada más volver de Alemania entre 1915 y el principio de la década de los treinta (Tarradell, 1976, p. 41), por lo que está muy directamente influida por las enseñanzas allí recibidas. Ya se ha comentado su recurso a la periodización Montelius-Kossinna. Desde una perspectiva mucho más general Daniel (1976, pp. 62-63) indica cómo, «junto con Gordon Childe, fue uno de los primeros pensadores influyentes que defendió una Prehistoria concebida en términos de cultura, no de época» por el fuerte ascendiente que ejercieron sobre él los antropogeógrafos alemanes. Su «humanismo antropológico» (Schobinger, 1976, p. 95) se caracteriza por «tener en cuenta con toda la objetividad posible todos los datos de la propia disciplina para la investigación que se irá realizando» y por «la búsqueda de las grandes síntesis» mediante el método comparativo (*ibidem*). Su interés por una «integración entre Antropología e Historia» (*ibidem*) se refleja en su dedicación al «conocimiento de [la] etnología primitiva [peninsular] como base de la formación histórica de los pueblos de España» (Comas, 1976b, p. 22). Los propios títulos de sus obras expresan tal preocupación de manera inequívoca (Bosch, 1932a y 1944).

Su atención a «todos» los datos —el énfasis es de Schobinger—, producto del empirismo decimonónico alemán, la formación etnológica desde la perspectiva de la escuela histórico-cultural, de la que arranca una referencia constante a esa disciplina, y la sensibilidad nacionalista son algunos de los aspectos de la trayectoria profesional de Bosch Gimpera que reaparecen, veinte años después, en los investigadores españoles que vuelven a estudiar a Alemania (Almagro, 1957). Es una buena prueba del peso de la tradición científica de ese país en la nuestra. Ese factor, capaz de superar significativas diferencias de talante entre prehistoriadores, muestra la relevancia del enfoque internalista en la historia de la ciencia.

Bosch Gimpera (1975, pp. 376-377) expone explícitamente sus concepciones antropológico-culturales en su último trabajo de conjunto sobre la Prehistoria europea. Transcribo en extenso los párrafos correspondientes por su interés para la contextualización del comentario subsiguiente de sus publicaciones:

las culturas de la Prehistoria de Europa [...] representan el *producto de formaciones étnicas* en que ya se puede vislumbrar la raíz de los pueblos históricos. [La personalidad de las comunidades humanas se refleja] no sólo en su organización e instituciones, sino en los productos de cultura material, y aun en la manera de asimilar las influencias de otros grupos. Pronto en la Prehistoria se distinguen *círculos de cultura* en que las formas de habitación, los ritos sepulcrales, las representaciones religiosas, la cerámica, con su manera especial de decorarla cuando esto se hace, y tantos otros rasgos difieren unos a otros y *reflejan una personalidad étnica* más o menos acusada. *Al extenderse el conjunto de la cultura pueden vislumbrarse movimientos de pueblos* y en la manera de instalarse en sus nuevos territorios y en su contacto con la población anterior se observan peculiaridades y matices que contribuyen a una reconstitución de sus vicisitudes [...].

Es preciso distinguir cuándo la adopción de rasgos culturales representa la aparición de un nuevo pueblo o cuándo aquéllos se deben a meras relaciones de vecindad o de comercio [...]. Sólo cuando es el conjunto de la cultura de los colonizadores lo que se halla enclavado en medio de gentes y culturas de otra naturaleza [...] y no por la importación por abundante que sea de productos de otras áreas podemos deducir que las que los han recibido han sido «colonizadas».

La lectura histórica concreta a partir de los datos arqueológicos, sin embargo, enfrenta serias dificultades para satisfacer las propias exigencias metodológicas del autor. Los rasgos étnicos de las culturas «de las Cuevas» y «de Almería» no se jerarquizan, sin indicarse tampoco cuáles de ellos son susceptibles de propagación y cuáles no. No hay criterios cuantitativos o cualitativos para discriminar entre las alternativas enunciadas en el último párrafo: la selección varía según el grupo o rasgo cultural. Así, en unos casos, basta un solo elemento para proponer una «invasión» (puntas de flecha) y, en otros, cinco no son suficientes (elementos mediterráneos en el grupo de Los Millares). La falta de criterios fijos —salvo en relación con la evidencia antropológica (véase *infra*)— se manifiesta en que la adopción de ciertos atributos culturales se interpreta alternativamente de una y otra forma (caracteres occidentales de Los Millares).

Se acepta la eventualidad de que se produzca una convergencia entre grupos con el mismo nivel de desarrollo para explicar unos rasgos (urbanismo de Los Millares y Portugal, como evolución natural del sedentarismo), excluyéndola de otros de parecida índole (transformación de las tumbas almerienses en megalitos).

Desde la perspectiva teórica que enmarca la investigación no sólo

cabe dar diferente tratamiento a esos rasgos estructuralmente análogos sino incluso a otros, como las puntas de flecha y los poblados fortificados, funcionalmente idénticos. Así ambos identificaban la «Cultura de Almería» como pueblo de guerreros. La ausencia de las primeras en su fase neolítica indica que la invasión almeriense fue pacífica. Por el contrario, durante el Eneolítico, precisamente cuando se produce su fusión con los grupos autóctonos, aparecen por primera vez en el Sureste. En ninguna de estas fases el tipo de asentamiento es un dato que se tenga en cuenta para interpretar el carácter de los contactos.

Ocurre a la inversa cuando se trata de narrar la expansión almeriense hacia Cataluña (Bosch, 1969, p. 76). Allí el emplazamiento de los poblados en llanuras, en vez de en «alturas fáciles de defender», así como la inexistencia de fortificaciones, señalan que «la población indígena no [...] ofreció resistencia», aunque sí hay puntas de flecha (*ibidem*).

Otro ejemplo paradigmático del tipo de argumentación de Bosch Gimpera (*ibidem*, pp. 75-78) se refiere al carácter almeriense de los «sepulcros de fosa» catalanes. La sencillez de ajuares y tumba no justifican el recurso a una explicación por convergencia como la que se empleó en relación con rasgos más complejos (*cf. supra* urbanismo de Los Millares y de Portugal). La diferencia en el número de individuos enterrados en los sepulcros de cada región se atribuye a las existentes entre sus respectivas densidades de población. Finalmente «por muchas lagunas que existan en los hallazgos», el desplazamiento de las gentes almerienses a Cataluña no se pone en cuestión.

En otro orden de cosas, también se puede mantener una diferenciación cultural, aunque los rasgos que la fundamentan en cada caso aparezcan «asociados», recurriendo bien a «relaciones de vecindad que introducen elementos de otra cultura», como «infiltración o influencia» en la fase que se estudia o en otras anteriores, bien a «mezcla de culturas en momentos avanzados».

Uno de los pocos criterios firmes para abordar estas cuestiones del contacto intercultural procede de la Antropología física. El autor asocia cada «círculo de cultura» con un tipo humano determinado, de manera que la identificación de cada uno de ellos sirve de testimonio y fundamento para la reconstrucción histórica¹⁶. Así, por ejemplo,

¹⁶ A. Hernando (1988, pp. 85-89) ha planteado adecuadamente esta cuestión que yo abordé de manera radicalmente errónea (Martínez Navarrete, 1988a, pp. 405-406),

el tipo de restos antropológicos encontrados en las sepulturas de la Cultura de Almería es «prueba del establecimiento en el Sureste de España de grupos muy homogéneos de origen africano y que representan los dolicocefalos beréberes saharienses» (*idem*, 1944, p. 73).

La alusión constante a las influencias de unos grupos sobre otros y a los movimientos de pueblos expresan «la preferencia de la difusión sobre la convergencia» (Pericot, 1976, p. 37) por parte de la Escuela de Barcelona. En este sentido, como hace notar A. Hernando (1988, pp. 79-80), el calificativo de «evolucionista» que se viene aplicando a Bosch Gimpera por oposición a los difusionistas orientalistas induce a una seria confusión acerca de la naturaleza de su pensamiento. Su adscripción al particularismo histórico le sitúa en posiciones muy alejadas de la orientación nomotética y materialista del evolucionismo. Su exclusión de un principio general de causación da lugar a la gran variedad de explicaciones del cambio cultural contenida en sus publicaciones. Así el recurso al «desarrollo ampliamente autóctono de la Prehistoria de Iberia sobre la base de continuidades tipológicas y asociativas [...] entre los episodios culturales iniciales y finales» (Gilman, 1976, p. 307) se ve acompañado de la alusión a invasiones extrapeninsulares y migraciones internas.

La aparición de las culturas «de las Cuevas» y «de Almería» es resultado de sendas invasiones sucesivas desde el norte de Africa, producidas durante el Mesolítico y Neolítico, respectivamente, y que tienen su origen en anteriores desplazamientos de población en el Africa Menor (modelo difusionista-invasionista).

A partir del momento de implantación de los recién llegados el modelo se mantiene, aunque progresivamente debilitado, durante el desarrollo eneolítico de la «Cultura de Almería» para desaparecer por completo en los estudios sobre la Edad del Bronce. En el caso de la «Cultura de las Cuevas», por el contrario, se abandona ese marco explicativo desde el Neolítico, de modo que sí se puede hablar aquí de una evolución «ampliamente autóctona».

En opinión de Bosch Gimpera (1932a, p. 149), en el curso del Neolítico los almerienses «debieron recibir nuevos refuerzos o estar en relación constante con sus parientes de Africa, pues en las etapas siguientes [a su llegada] la cultura de Almería evoluciona cada vez más de acuerdo con la sahariana de Africa Menor».

ignorando las advertencias explícitas de Bosch Gimpera (1922, pp. 4-5) contra una identificación entre «grupos étnicos» y «pueblos puros en sentido antropológico».

Durante el «Eneolítico inicial» y «de transición a Los Millares», los cambios producidos en la cultura almeriense no se atribuyen, como antes, a la llegada de nuevos emigrantes norteafricanos o de cualquier otra procedencia, sino a simples relaciones de vecindad y, eventualmente, de comercio¹⁷. Tales relaciones introducen elementos foráneos todavía limitados, por lo que esta fase tiene un carácter local.

La formación de la cultura de Los Millares del «Eneolítico pleno» se explica, en cambio, según modelos difusionistas. En ningún lugar se vincula con un proceso local restringido al Sureste. Se define siempre como una «cultura mixta», almeriense y portuguesa, a cuyos componentes se concede una importancia relativa muy diversa. Así en las primeras obras, la interpretación del factor portugués se ajusta a un esquema difusionista típico, con «raids» e «infiltraciones» de población que provocan el cambio almeriense. Más tarde, ese «occidentalismo» se atenúa al limitarlo a «influencias comerciales» y al definir la cultura de Los Millares como «predominantemente almeriense» (*idem*, 1969, p. 61). Pero, ni siquiera entonces, se excluye la posibilidad de intercambios humanos entre territorios peninsulares.

La única cultura cuyo desarrollo es ajeno a factores externos es la del Argar de la Edad del Bronce. Los contactos atlánticos y mediterráneos son de tipo comercial, a veces indirectos, y nunca tan intensos como para justificar una interpretación difusionista.

La «Cultura de las Cuevas» parece pagar cara su autonomía.

Los «pueblos» pertenecientes a este grupo se definen por su inmovilismo y limitada capacidad de respuesta ante los acontecimientos. Se mantienen al margen de las redes comerciales que vinculan entre sí a las restantes áreas culturales peninsulares durante el Eneolítico y la Edad del Bronce. Este es un dato significativo ya que, como hemos visto, estos contactos se valoraban generalmente como los principales detonantes o catalizadores de los procesos de cambio cultural. Las relaciones que tienen lugar se deben a la expansión territorial de las Culturas de Almería y Megalítica portuguesa, respecto a las cuales la Cultura de las Cuevas mantiene una posición subordinada («absorción», «expulsión», «pervivencia de núcleos marginales»).

¹⁷ Como se recordará, la Cultura de Almería entra en contacto con el grupo portugués como consecuencia de su expansión occidental y quizá se inician también entonces relaciones con grupos mediterráneos interesados en la explotación del cobre.

La excepción a esa regla la constituyen aquellas comunidades que durante el «Eneolítico pleno» modifican su zona de implantación y su economía, transformando además su cerámica decorada tradicional en la del vaso campaniforme. Estas comunidades son las únicas que no se definen por su estancamiento cultural, sino por su dinamismo. Pero, ni siquiera estos grupos progresivos de la «Cultura de las Cuevas» inciden de manera significativa en los demás «círculos culturales». El vaso campaniforme, su rasgo más definitorio, se incorpora a las Culturas «de Almería», «Megalítica portuguesa» y «Pirenaica» e incluso sobrepasa el ámbito peninsular por su amplia proyección europea, sin que sea valorado como un factor de cambio cultural con una trascendencia similar a la que se concede, en otros casos, a las importaciones mediterráneas, almerienses o portuguesas en el Sudeste y Occidente peninsulares. Esa tarea corre a cargo de A. del Castillo.

Una última cuestión de interés, en relación con las concepciones antropológico-culturales de Bosch Gimpera, atañe a su opinión acerca del grado de desarrollo cultural alcanzado por los grupos peninsulares del Eneolítico y la Edad del Bronce.

La información que he encontrado sobre ese tema es bastante fragmentaria. No obstante algún texto (Bosch, 1944, p. 104) conecta la agricultura y el pastoreo con altas y bajas densidades de población respectivamente y habla incluso de «economía ganadera primitiva» o de «población montañesa primitiva de pastores». Si a ello unimos las repetidas veces citada transformación de los grupos campaniformes de la «Cultura de las Cuevas» de pastores montañeses a agricultores en los valles (*ibidem*, pp. 64-65; *idem*, 1975, pp. 203-204) o la afirmación de que los grupos almerienses fueron «sucesivamente pastores, agricultores, mineros» (*idem*, 1932a, p. 148) queda claro, a mi juicio, que Bosch Gimpera atribuía a las comunidades agrícolas un nivel de desarrollo cultural superior al de las comunidades ganaderas. Esos juicios de valor sobre la actividad económica podrían explicar el protagonismo que concede a las «Culturas de Almería» y «portuguesa», durante los períodos que se han estudiado.

Parece subyacer en los textos la «identificación pobreza = arcaísmo = pastoreo, riqueza = progreso = agricultura» que se ha señalado en otras versiones clásicas de los desarrollos prehistóricos (Criado *et al.*, 1986, p. 146). Como indica el equipo gallego (*ibidem*): «esta visión, típica de la etnografía del siglo pasado, y que en su momento fue de gran valor y abrió amplios horizontes, ha quedado superada desde co-

mienzos de este siglo. Actualmente se admite sin discusión que el fenómeno neolítico nace con una economía mixta agrícola-pastoril», y «que la especialización ganadera, como forma político-social, es un producto muy tardío».

La síntesis de A. del Castillo (1947) simplifica la secuencia y los grupos culturales de la Escuela Clásica, manteniendo intactos sus presupuestos teórico-metodológicos y gran parte de su reconstrucción histórica. Ello no es de extrañar dada su reconocida vinculación con la misma.

Este investigador (Castillo, 1975, p. 505) considera que la división cuatripartita («Neolítico final, Eneolítico inicial, pleno y final») que tal escuela propone es «excesivamente esclava de la metodología extranjera». No se ajusta a la información peninsular. «Las variaciones y las vacilaciones que en estas subdivisiones se observan son la mejor prueba de las dificultades que las mismas presentan [...] son insostenibles [...] aleatorias y un tanto caprichosas» (*ibidem*).

La diferencia entre las dos primeras «es, aparte de la evolución propia cultural, la ausencia o presencia del cobre» (*ibidem*). La atribución del poblado de El Garcel al Neolítico final, a pesar de tener escorias de cobre, «puede servir de ejemplo para demostrar cuán difícil y subjetivo es [...] la atribución a uno u otro de los períodos mencionados de la escuela clásica de una estación determinada, *aun cuando* en general, *correspondan*, probablemente, *a un momento anterior* las estaciones incluidas por ella dentro del *Neolítico final* y *a otro posterior* las del *Eneolítico inicial*» (*ibidem*, p. 506).

Sin embargo, no ve «motivo suficientemente poderoso para la fijación de aquellas dos épocas» y prefiere «hacer con ambos períodos una sola fase, que al denominarla neoeneolítica indique que corresponde a un período que tiene, a la vez, un carácter neolítico [...] el cobre no se trabajaba todavía en España, y eneolítico, esto es del principio de la época del metal [...]. En cifras redondas, esta época neoeneolítica iría del año 3000 al 2500 a.C.» (véase cuadro 6 en la página siguiente).

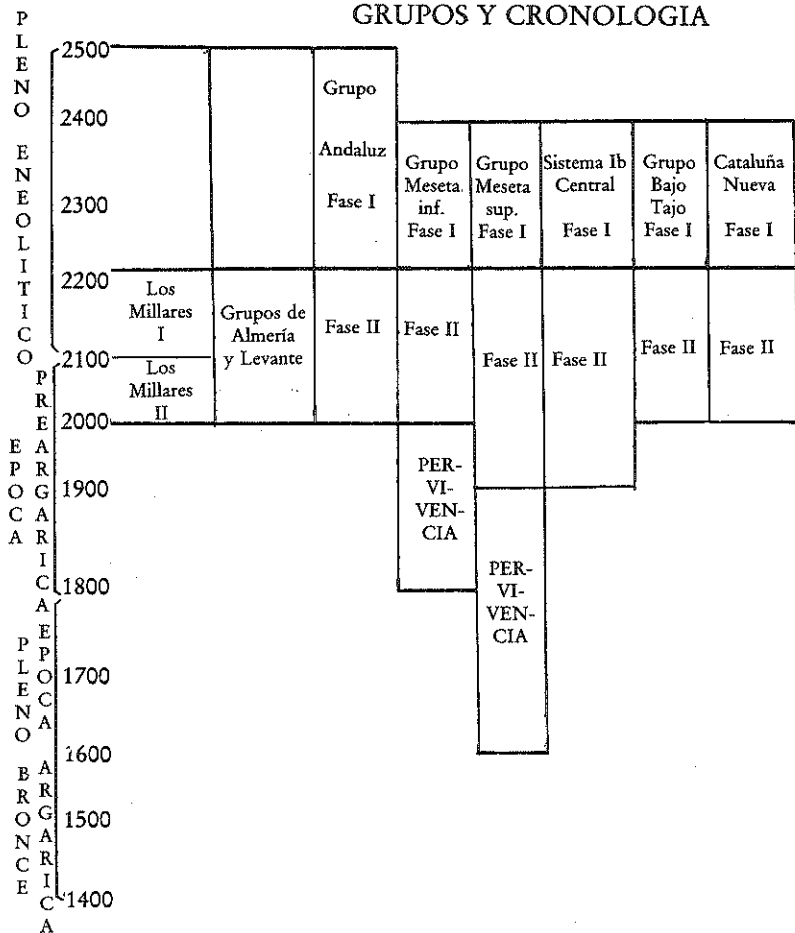
El período siguiente propuesto por la «Escuela Clásica»: la «Edad del Cobre o Eneolítico pleno» se acepta, en cambio, sin discusión, con una cronología muy similar (2500-2000 a.C.), si bien se reconoce (*ibidem*, p. 531) la dificultad de fijar su límite final por la falta de análisis metalográficos y la parcialidad de las excavaciones que obligan «a tomar los resultados obtenidos tan sólo como transitorios».

Los «círculos de cultura» que aquella escuela propone se reducen

CUADRO 6. A. del Castillo 1975

NEONEOLÍTICO 3000-2500 a.C.

CULTURA DEL VASO CAMPANIFORME:
GRUPOS Y CRONOLOGIA



a tres: la «Cultura de las Cuevas, cultura megalítica y cultura de Almería».

La definición de A. del Castillo de la «Cultura de las Cuevas», durante el Neoneolítico, modifica muy poco la propuesta por la «Escuela Clásica» (Navarrete, 1976, p. 20). Un primer cambio reside en que concede cierto énfasis a su variabilidad interna (Castillo, 1975, p. 506):

Se conoce con el nombre de «Cultura de las Cuevas» a una serie de fenómenos culturales esparcidos por toda la Península desde los comienzos del Neolítico, que *aunque no sean totalmente iguales y acusen a menudo técnicas diversas*, responden [...] a idéntica mentalidad, lo que supone la existencia de un mismo ambiente cultural.

La característica más importante de esta cultura es la habitación en cuevas [...]. Esto, no obstante, no quiere indicar que sean únicamente las cuevas las estaciones de esta cultura, sino que aparece también [...] en poblados.

Otro consiste en el abandono matizado del «Africanismo» para explicar su origen. El autor (*ibidem*, p. 511) considera que este «círculo cultural» es «aborigen de la Península, más o menos relacionada con el norte de Africa». Su carácter autóctono se basa en el origen peninsular del vaso campaniforme y en «la larga perduración de sus fenómenos culturales», aspectos ambos reconocidos por la «Escuela Clásica» y, consiguientemente, en absoluto significativos por sí mismos en relación con ese tema.

Un último cambio afecta a la evaluación de las bases cronológicas para su estudio, cuyas posibilidades entiende mucho más limitadas que dicha escuela:

Falta en esta cultura un elemento que sirva de base para conclusiones cronológicas; la mayoría de estas cuevas carecen de estratigrafía, hallándose muchas veces dicho material en la superficie [...]. Por lo tanto, no pretendemos que todas las estaciones reseñadas pertenezcan a un mismo tiempo, sino únicamente a un momento cultural idéntico. En general, creeríamos que las cuevas o poblados con material más pobre serían de un momento anterior al comienzo del Eneolítico, aunque este principio, por tratarse de un dato negativo, no puede aplicarse de una manera absoluta (*ibidem*, p. 517).

Por lo demás, los rasgos característicos (*ibidem*, pp. 506-508) y la división en grupos (*ibidem*, pp. 509-517) son muy parecidos, a veces con párrafos casi textuales de la *Etnología de la Península Ibérica*

(Bosch, 1932a). La opinión de A. del Castillo (1975, p. 508) respecto a la personalidad de sus gentes sistematiza las afirmaciones más bien fragmentarias de Bosch Gimpera al respecto, en la línea de lo que apuntaba al final del apartado anterior:

Tanto los molinos como las hachas de piedra nos hablan de una agricultura rudimentaria, que indudablemente debía practicarse al lado de la pequeña ganadería, que constituiría su principal medio de vida. Es típico de esta cultura la falta absoluta de armas o útiles para la guerra, como serían las puntas de flecha [...] confirmando el carácter pacífico de estas poblaciones, que en un principio ocupan extensísimas zonas de la Península y poco a poco son arrinconadas en los lugares montañosos por sus culturas vecinas, la megalítica y la almeriense, que poseen una organización superior [...]. Es precisamente en los lugares montañosos y de difícil acceso donde desarrollan su cultura que se enriquece con conocimientos exóticos, como la agricultura y la ganadería [...] abandonando el anterior régimen de caza.

Menores cambios, respecto a las posiciones de la «Escuela Clásica», supone la caracterización que propone A. del Castillo de la «Cultura de las Cuevas», durante el Eneolítico pleno. Su rasgo fundamental sigue siendo la presencia del vaso campaniforme, cuyo origen, clasificación, distribución geográfica e incluso, en parte, interpretación cultural se explica según sus presupuestos.

En efecto, A. del Castillo (*ibidem*, pp. 611-612) sitúa su lugar de aparición en el subcírculo meridional de la «Cultura de las Cuevas» y, concretamente, en el valle del Guadalquivir. «La riqueza que supone» la cultura campaniforme «es muy grande y es reflejo de un pueblo originariamente pastor, ahora también agricultor, con relaciones comerciales con otros, que llevaba en sí el germen del progreso». Los intensos contactos con la cultura megalítica explican la incorporación a dicha cultura de la «arquitectura dolménica», ciertos objetos votivos y «sobre todo, el cobre en objetos de tipología relativamente evolucionada». Su conocimiento debió llegar a Huelva desde Almería.

Como Bosch Gimpera, A. del Castillo (*ibidem*, p. 607) interpreta la cultura campaniforme como un complejo unitario, si bien, a diferencia de lo que aquel autor opinaba, la atribuye a un pueblo guerrero y metalúrgico.

[La cultura del vaso campaniforme] se nos presenta en su conjunto uniforme como respondiendo a unas mismas causas [...] imprimiendo una nota común la transformación que implica el tiempo [...] no va adscrita a forma alguna

de estaciones en la Península [...] se tiende a identificar con un pueblo determinado que apoyaba sus actividades comerciales, metalúrgicas, sobre todo, en una fuerza guerrera considerable. En el conjunto, el vaso campaniforme sería un recipiente de carácter simbólico funerario.

A. del Castillo (*ibidem*, p. 613) acepta la secuencia campaniforme propuesta por Bosch Gimpera (Delibes de Castro, 1977, p. 142), si bien rebaja su cronología. Así el tipo I, el más perfecto, «iría aproximadamente del 2500 al 2000» a.C. y el tipo II «del 2200 al 2000» a.C.¹⁸ Durante el primer período el vaso campaniforme «pasaría a la Meseta inferior y Portugal; durante el segundo [...] llegaría a Almería precisamente en la época de Los Millares».

La caracterización de la «Cultura de Almería» de A. del Castillo se aproxima todavía más, quizá, que las referidas a la «Cultura de las Cuevas», a la correspondiente versión de la «Escuela Clásica». Las diferencias se encuentran, durante el Neoeolítico, en la interpretación de la metalurgia y, en el Eneolítico pleno, en la definición de la cultura de Los Millares. Ambos aspectos introducen ciertos cambios en la cronología clásica. Castillo (1975, p. 524) estima que «lo más característico de este círculo es la aparición de la metalurgia desde sus momentos iniciales, técnica que explicará la gran expansión de esta cultura y su posterior importancia».

Ahora bien, frente a la ambigua posición de Bosch Gimpera respecto a su origen, afirma (*ibidem*, p. 525) que «la metalurgia [...] debe considerarse como importada en España desde otros países donde anteriormente era conocida» (Egeo, Egipto).

El hecho de que defina a los almerienses como un «pueblo guerrero, emprendedor» que, a juzgar por «las relaciones con países orientales [...] conocía la navegación y dominaba los caminos del mar», abre la posibilidad inédita de que el contacto con Oriente se produjera por una expansión occidental y no a la inversa.

La cronología de la cultura almeriense se rejuvenece de manera significativa en relación con la propuesta por Bosch Gimpera (1969 y 1975). El poblado de Tres Cabezos que este autor situaba en el «Neolítico» (4000-3500 a.C.) pasa a fecharse en el Neoeolítico, junto con el de El Garcel, «estación que se considera unánimemente como más antigua» (Castillo, 1975, p. 525). El hecho de que en

¹⁸ Según G. Delibes de Castro (1977, pp. 142-143) posteriormente A. del Castillo (1953, p. 150) «rectificará su antigua postura, tornándose partidario de [...] horizontes cronológicos ya próximos al desarrollo de El Argar».

El Garcel «se conozca la técnica metalúrgica, hace sospechar que el comienzo de esta cultura no sea tan antiguo en la Península como venía afirmándose». En consecuencia, el autor propone situarlo en el 3000 a.C.

En su estudio del Eneolítico pleno, A. del Castillo (*ibidem*, p. 533) se atiene a las primeras tesis de Bosch Gimpera que relacionaban la cultura de Los Millares con una infiltración megalítica, si bien andaluza, en lugar de portuguesa:

Dos culturas parecen mezclarse durante el Pleno Eneolítico en [...] Almería. Por una parte, el elemento almeriense típico continúa su evolución cultural enriqueciéndose principalmente con el rendimiento de sus minas y con el comercio exterior [...]. A este momento parece pertenecer el poblado de Campos [...]. Por otra parte [...] quizá al final del Eneolítico llega a la misma Almería la cultura megalítica andaluza, [que introduce el vaso campaniforme.] Este momento está representado por el poblado fortificado y necrópolis de Los Millares [*ibidem*, pp. 570-578].

La ocupación de la cuenca minera de Almería por los grupos andaluces «arruina momentáneamente la cultura de Almería al arrebatarle las minas de cobre». Provoca su expulsión del territorio tradicional y la expansión almeriense por todo el Levante, ya iniciada en el período anterior. Allí «desarrolla en mayor amplitud la agricultura [...]. Robustecida con esta nueva actividad [...] pronto logra imponerse nuevamente en la provincia de Almería» y «se transformará en la importantísima cultura argárica que unifica por primera vez la Península en la Edad del Bronce» (*ibidem*, p. 533).

La posición de la cultura de Los Millares en la periodización (véase cuadro 6) es ambigua. Hemos visto cómo el autor la sitúa en el momento final del Eneolítico pleno. Sin embargo, en otras ocasiones (*ibidem*, p. 532), distingue dos fases de las cuales la primera se asigna a ese período y la segunda al «Bronce I», por «la riqueza de sus materiales» y por «paralelismos tipológicos», concluyendo que el yacimiento de Los Millares «que se supuso anteriormente como típico del período Eneolítico [...] hoy día se tiende a considerar como una perduración Eneolítica dentro ya del primer período de la Edad del Bronce»¹⁹. De todos modos, tanto si se sitúa en un período o en

¹⁹ A. del Castillo puede referirse al estudio de los Leisner (1943) (cf. reconstrucción histórica del apartado II.2).

otro, resulta evidente el descenso de las fechas iniciales de la cultura de Los Millares (2200 a.C.), respecto a las que mantenía la «Escuela Clásica» (2500 a.C.).

Si valoramos ahora en su conjunto las variaciones introducidas por A. del Castillo en los estudios precedentes, veremos hasta qué punto está justificada la inclusión de su obra en el marco de la «Escuela Clásica».

El autor comparte los presupuestos antropológico-culturales de aquélla. Se mantiene la «visión acuática de la cultura», fundamentada en una serie de «hipótesis *ad hoc*» que dan cuenta de cada desviación específica de la norma. Incluso la jerarquización de los distintos grupos es muy similar. Si Bosch Gimpera consideraba más evolucionados los pueblos agricultores y mineros, A. del Castillo concede más énfasis a una u otra actividad según las necesidades de su reconstrucción histórica (expulsión y regreso de los almerienses en el Eneolítico pleno, por ejemplo).

Las advertencias del autor respecto a las limitaciones de la información disponible (falta de stratigrafías, de análisis metalográficos, de excavaciones completas), así como las nuevas fechas propuestas podrían dar la impresión de que es en el terreno de la elaboración de la secuencia donde se produce el verdadero distanciamiento en relación con las tesis clásicas. Sin embargo, una observación más detenida permite apreciar cómo esto no es así. No se ofrece una periodización alternativa. La sucesión de fases y los propios yacimientos asignados a cada una de ellas se mantienen incólumes. Resulta muy expresivo en este sentido que A. del Castillo, tras reconocer que dicha atribución es puramente subjetiva, afirme que en general corresponden a una sucesión real (*cf. supra*, justificación del término «Neoneolítico»). Cuando se introduce algún cambio, como en el caso de los poblados de Tres Cabezos, El Garcel o Los Millares, la actitud de este investigador resulta tan vacilante, lógicamente, como la de la «Escuela Clásica», puesto que los procedimientos de datación son los mismos. En consecuencia, las nuevas fechas no tienen otro valor que poner de manifiesto el carácter «insostenible, aleatorio y caprichoso» de cualquiera de las que puedan llegar a proponerse, basándose en tales procedimientos.

En realidad, lo que ocurre es que A. del Castillo no puede dejar de ser «excesivamente esclavo de la metodología» de su época. Tampoco parece insensible a las circunstancias políticas de la misma. A partir de un contexto intelectual común (la tradición nacionalista de

la Prehistoria europea, las enseñanzas directas o indirectas, según el caso, de Kossinna, el panorama continental de la primera mitad del siglo) Bosch Gimpera y Castillo desembocan en dos nacionalismos con diferencias de énfasis, salvo en su distanciamiento de las connotaciones desenmascaradas por Hawkes (1942). Mientras Bosch Gimpera busca las raíces de los pueblos de España, Castillo indaga el momento de la unificación. Desde su reticencia a unas sistematizaciones dependientes del exterior —pero para las que no se ofrece alternativa más consistente— hasta la unidad peninsular en la Edad del Bronce, pasando por «la expansión de la gran cultura hispánica del vaso campaniforme fuera del territorio peninsular» (Castillo, 1975, capítulo IV), todo coadyuva a hacerle merecedor de un puesto importante en la historiografía nacionalista de posguerra. La «interpretación patriótica» de la difusión del vaso campaniforme es uno de los mejores ejemplos de trasposición de un fenómeno arqueológico al plano histórico (Vicent, 1982, p. 23). Figura en lugar de honor entre la colección de «trucos políticos» comentados por Daniel (1973, pp. 113-114). Más allá del valor anecdótico del caso, queda en evidencia una cuestión más trascendente: la imposible neutralidad de la investigación prehistórica.

Desde la perspectiva actual cabe conceder a las propuestas de la Escuela Clásica un importante valor historiográfico, pero ningún otro. Hace tiempo ya se criticó la publicación de visiones renovadas «sin especial aportación de análisis de materiales» (Almagro y Arribas, 1963, p. 187). No hay que olvidar tampoco las implicaciones que tiene el uso de su terminología. Si los «nombres» no son simples etiquetas sino elementos de un apartado conceptual, como se ha defendido, las expresiones «neo-eneolítico», «Cultura de las Cuevas» y «Cultura de Almería» todavía ampliamente utilizadas, incluso por «los novísimos», deben ser abandonadas. Normalmente ni siquiera se tiene la precaución de definir expresamente el nuevo significado que se las asigna. Pero aunque así fuera,

el mantenimiento de un término con un sentido diferente del originario resulta desaconsejable ya que, aun en el supuesto de que su nuevo significado quedara suficientemente explícito, introduce un elemento de confusión en la investigación no sólo por su inevitable coexistencia con la primera connotación del término, sino también por la dificultad de controlar todos los referentes teóricos y arqueológicos contenidos en el mismo [Martínez Navarrete, 1987, p. 225].

Espero que los comentarios precedentes hayan servido para poner de manifiesto cómo, en el caso que nos ocupaba, habría mucho que controlar.

II.2. *La transición al «modelo colonial»: G. y V. Leisner*

La obra de G. y V. Leisner, a diferencia de la de los investigadores de la «Escuela Clásica» no es de tipo general, de síntesis. Su propósito se concreta en establecer una cronología relativa de los sepulcros megalíticos del mediodía peninsular en el marco de la discusión que se desarrolla en la primera mitad del siglo sobre el origen del megalitismo.

En contra de lo que pudiera hacer pensar la parcialidad de su objeto de estudio, el trabajo de estos prehistoriadores tiene una gran trascendencia para el tema del libro. Su análisis de la arquitectura funeraria del Sudeste ha servido como referencia a los interesados en la sistematización de los períodos comprendidos entre el Neolítico final y la Edad del Bronce en esa zona. Por otra parte, la detallada cronología absoluta de Los Millares que construyeron a partir de los «páralelos orientales» de algunos de sus hallazgos facilitó un esquema de relaciones exteriores que orientaría la búsqueda de los centros originarios de los «colonos orientales» que constituirá el objetivo fundamental de la siguiente fase de la investigación.

La circunstancia de que las publicaciones de G. y V. Leisner (1943, *idem*, 1951; *idem*, 1956; Cerdán y Leisner, 1974) se ocupen sólo de las épocas y sólo de algunas de las regiones en las que aparece la arquitectura funeraria megalítica supone una serie de limitaciones para mi objetivo. En primer lugar, no se consideran otros elementos de los complejos culturales a los que pertenecen las tumbas que no sean la arquitectura y los ajuares. En segundo lugar y, en relación con lo anterior, únicamente de modo tangencial se encuentran declaraciones relativas a aspectos más amplios de la reconstrucción histórica o a las concepciones antropológico-culturales que la sustentan. Ello me obliga a seguir en la exposición un esquema distinto, más simple, que el empleado en el estudio de la «Escuela Clásica». Por otra parte, la enorme dificultad que tal situación entraña de cara a intentar una aproximación a esos temas, unida a mi lamentable desconocimiento del idioma alemán, me ha obligado a restringir el análisis a la obra

capital de dichos investigadores: «Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden» (1943) ²⁰.

G. y V. Leisner (1943, pp. 385-386) tratan de establecer el origen de los distintos sepulcros megalíticos no sólo a partir de la tipología arquitectónica, como pretendía Bosch Gimpera, o de los ajuares, como quería Siret, sino del contraste entre ambas informaciones. En su exposición de intenciones afirman (*ibidem*, p. 389) que intentan conseguirlo, «siguiendo en el análisis de los inventarios la agrupación de las tumbas (los "Stufen") propuesta por Siret».

La cuestión crucial que hay que plantearse es qué sentido daban los investigadores alemanes a los «stufen»: ¿cronológico o cultural? La interpretación tradicional se ha inclinado por la primera alternativa. Así se ha concebido la obra de los Leisner como una puesta al día de la secuencia establecida por Siret, concretada en la introducción de una tipología de las tumbas, así como en la rectificación del contenido de alguna de las fases. Un ejemplo muy expresivo de esta versión lo proporciona el siguiente texto de M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 191).

Respecto al origen y formación de la cultura megalítica, el matrimonio Leisner vino a seguir, modernizándola algo, la clasificación que había dado L. Siret, de la secuencia cultural [...] de las tumbas megalíticas del sur de España. [Los] períodos I y II [...] representan una cultura de tradición microlítica y de ascendencia capsiese que ellos llaman cultura de Almería. El gran momento de Los Millares se alcanza en el período intermedio II y III ²¹, en que los elementos forasteros llegados del Mediterráneo inundan el país con sus puntas de flecha de base cóncava de tipo inicial, usan el vaso campaniforme y conocen el cobre. En el período III el cobre se utiliza ya con profusión; en el IV se pasa a la época del Argar, y en el V ya es de franco predominio argárico.

²⁰ Esta publicación constituye, según M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 191), la primera en la que se dan a conocer «debidamente» los «materiales y plantas de las ricas sepulturas del Sureste, en su mayor parte excavadas por Pedro Flores», el capataz de Siret. Sólo algunas de las pertenecientes a la «Cultura de Almería» habían sido ya publicadas por E. y L. Siret (1890) (Arribas y Molina, 1978, p. 130, n. 20).

La información permanecía, pues, básicamente inédita en la colección que este último investigador conservaba en Herrerías (Almería) (Almagro y Arribas, 1963, p. 191) y fue completada mediante la utilización de sus diarios (Bosch, 1969, p. 48).

²¹ En la obra de referencia (Almagro y Arribas, 1963, p. 191) denomina el período intermedio con las cifras I-II. A juzgar por la obra clásica de Siret (1913) que se comenta y, por otras publicaciones de M. Almagro (1958, p. 194), debe tratarse de una errata. La forma correcta es la que aparece en el texto: II-III.

C. Renfrew (1967, p. 281) parece situarse en esa misma línea: *La subdivisión de la cultura de Almería de Siret*, «seguida por los Leisner y por Blance, es en su totalidad tipológica, sin embargo no está claro si las divisiones tienen un significado cronológico (como fue aceptado ampliamente por los Leisner) o cultural (como fue sugerido por Blance)». A. Arribas y F. Molina (1978, p. 130) sostienen esas mismas tesis que, en su opinión, comparte E. Sangmeister (1975)²²:

G. y V. Leisner (1943, pp. 385 ss., 542 ss. y 599 ss.), siguiendo a Siret, elaboraron un esquema tipológico de la Cultura de Almería, en base exclusivamente a las necrópolis del Sudeste, mostrando la existencia de tres fases evolutivas, de ellas las dos primeras neolíticas. La fase I correspondería a las sepulturas circulares con ajuares sencillos (hachas de piedra, industria microlítica de sílex, etc.). En la fase II tendría lugar la aparición de puntas de flecha de sílex con talla bifacial y de los ídolos planos de supuesta ascendencia cicládica. Los Millares se fundarían en un momento avanzado de dicha etapa. La fase III correspondería al influjo de los focos metalúrgicos de la región sobre el viejo fondo cultural [Arribas y Molina, 1978, p. 130].

Por mi parte, creo que existen suficientes argumentos para sugerir que la función que cumple la clasificación de Siret (los «stufen») en la obra de los Leisner es más la ordenación cultural que cronológica del registro arqueológico²³. El principal argumento para proponer esta interpretación son las propias críticas de los Leisner a Siret. Ellos le objetan haber construido una secuencia unilineal y rígida, sin tener en cuenta que lo que está en juego son los desarrollos de grupos culturales de base étnica, que se interfieren complicando el establecimiento de aquélla. En este sentido, el esquema de Siret se utiliza como un marco convencional de trabajo, a partir del cual se intentan reconstruir estos desarrollos étnico-culturales, fundamentándose precisamente en las anomalías que la realidad presenta respecto a dicho

²² A. Arribas y F. Molina (1978, p. 130) afirman: «E. Sangmeister (1975, pp. 281 ss.) aceptó la periodización de los Leisner, introduciendo en la seriación los poblados al aire libre descubiertos por Siret, entre los que colocaba el de El Garcel ya en un Neolítico Medio.»

²³ E. Llobregat (1966, p. 88) es el único de los prehistoriadores, cuyas obras he manejado, que parece haber abordado el tema desde esa perspectiva. En su comentario al estudio de los Leisner (1956) sobre el megalitismo occidental señala que los «stufen» representan «etapas o pisos culturales», centrando el problema de la interpretación de la periodización en si «todo el conjunto responde al Calcolítico» o hay también otras «etapas culturales».

esquema. Esto es lo que llaman el «método de los desarrollos culturales» (*Kulturablaufs*). Buena prueba de que la versión divergente del problema, que se acaba de exponer, resulta defendible es el hecho de que, estando destinada la mayor parte de la publicación de los investigadores alemanes a la discusión de los «stufen», éstos no se recojan en las conclusiones, en las que sólo aparecen tradiciones culturales.

El «método de los desarrollos culturales» propuesto por los Leisner se basa en los siguientes presupuestos:

- la ecuación etnia-cultura ²⁴,
- la consideración de la tipología funeraria como hilo conductor de la tradición cultural (Leisner y Leisner, 1949d, p. 370),
- el empleo de las interferencias entre los elementos que Siret integra en su «stufen», para definir tanto los distintos grupos culturales como la evolución que cada uno de ellos experimenta a través del tiempo.

Se documenta a continuación esa opinión a partir de los textos de los prehistoriadores alemanes.

Ellos (*idem*, 1949a, p. 78) estiman que, en el estado en que se encontraba la investigación cuando iniciaron sus trabajos, eran las cuestiones étnicas las esenciales. Constituían el «guía más seguro de todo juicio y clasificación» (*ibidem*). Ese principio se expresa en dos rasgos de la obra de los Leisner estrechamente relacionados: la precedencia de los aspectos culturales sobre los cronológicos y la insistencia en el desarrollo de tradiciones culturales paralelas e independientes. La orientación escogida viene impuesta por el hecho de que «por interferencias de distintas corrientes culturales y por aferrarse al patrimonio cultural anterior, las tumbas primitivas coexisten en realidad con las más avanzadas e incluso más modernas» (*idem*, 1949a, p. 78).

Así pues, la sencillez no siempre indica degeneración (*idem*, 1943, p. 387), ni lo más primitivo tiene que considerarse necesariamente como lo más antiguo. No tener en cuenta esto y tratar de interpretar las variaciones en los inventarios y las tumbas como un puro desarrollo temporal puede inducir a error. Por ello, los autores ponen en guardia respecto a la idea de que «el término “stufe” tenga un signi-

²⁴ En mi primer trabajo sobre el tema (Martínez Navarrete, 1988a, p. 419) atribuí injustificada y erróneamente a los Leisner una ecuación raza-cultura que rectifico aquí (cf. nota 16).

ficado realmente cronológico» (*ibidem*, p. 389) y en la cronología relativa que ofrecen al final de su obra (*ibidem*, pp. 557-585) no emplean la periodización de Siret como un marco temporal rígido. Los «stufen» quedan incorporados como «grupos de inventario», cuya datación precisa no siempre ha podido determinarse y que llegan incluso a ser contemporáneos. Generalmente esos «grupos de inventario» integran diversas corrientes culturales. Así, por ejemplo, en el momento más temprano de la arquitectura megalítica del Sudeste se documentan dos «corrientes culturales una al lado de otra», una de «facies africana» y otra vinculada con el «círculo de los pueblos agrícolas» occidentales (*idem*, 1949a, pp. 79-80 y 83). Esta última incluye, a su vez, dos «grupos de inventario» que se corresponden con el primer y segundo períodos de Siret, pero cuya cronología, según afirmación expresa de los Leisner, queda todavía por resolver (*ibidem*, pp. 81-85). A su vez, la Plena Edad del Cobre se define por tres «grupos de inventario, étnicamente distintos» (*idem*, 1949b, 204), de los cuales el de Los Millares es objeto de una subdivisión de contenidos cronológicos y culturales no bien delimitados²⁵. Finalmente la «facies de inventario» argárico se solapa en parte con la anterior, de modo que «el período *final* de enterramiento [de las tumbas de cúpula de la Edad del Cobre] se encuentra de hecho en pleno Argar» (*idem*, 1949d, p. 364).

Todo el esfuerzo de los Leisner se destina a tratar de poner en evidencia las «interferencias» que permiten comprender la realidad de la situación: la existencia de diversos desarrollos étnico-culturales que evolucionan paralelamente a través del tiempo. En último término, esos desarrollos pueden remitirse a una tradición neolítica, otra de la Plena Edad del Cobre y una tercera correspondiente a la Edad del Bronce argárico, que se suceden o coexisten, según las zonas. Para analizar este complejo problema desde el punto de vista cultural y cronológico «junto al procedimiento de los desarrollos culturales (*“Kulturblaus”*) [ponen] especial énfasis, dentro de la secuencia de “stufen” de Siret, en el punto de partida de los nuevos cambios culturales (*“Kulturrgutes”*)», atribuidos a «nuevos influjos étnicos» (*idem*, 1943, p. 389). Los elementos que definen el proceso son: el sustrato peninsular y los distintos estímulos que inciden sobre el mismo.

²⁵ Me ocupo de manera más detenida de este problema en relación con la reconstrucción histórico-cultural.

El sustrato es «siempre conservador» (*idem*, 1949a, p. 76). Sobre él van a actuar tres grupos de relaciones exteriores (*ibidem*, pp. 76-78): las «creto-cicládicas y de Troya II», las «africano-egipcias» y las emprendidas con el «Mediterráneo occidental». Ahora bien, «muchas analogías culturales en las mencionadas culturas del Oriente y de la península Ibérica puede[n] tan sólo descansar sobre un parentesco de raíces más profundas» y corresponder a «un desarrollo cultural análogo de los fenómenos», por lo que se pone de manifiesto de nuevo la importancia del factor étnico (*ibidem*).

La trascendencia que los Leisner conceden a los nuevos influjos étnicos en el cambio cultural, así como la procedencia de los mismos (*cf. supra*), permiten definir su postura sobre el tema como difusionista orientalista. Se trata de un difusionismo matizado que no recurre a esos desplazamientos de población, tan frecuentes en las reconstrucciones históricas de la «Escuela Clásica» (especialmente de Bosch Gimpera), sino a imprecisas relaciones externas étnicas o comerciales (*ibidem*, p. 77)²⁶. La atención que se concede al sustrato no significa que se le considere capaz de innovación («el suelo siempre conservador de la Península»). Refleja su creencia en que los pueblos peninsulares y de otros territorios europeos, minorasiáticos y africanos tienen un origen común. Tal convicción hace imposible precisar qué influencia atribuyen a unos u otros factores externos o a los fenómenos de convergencia en las analogías apreciables entre los distintos grupos culturales y, consiguientemente, definir su concepción del cambio cultural en cada caso concreto.

Como se adelantó, los Leisner articulan la **reconstrucción históri-**

²⁶ Las referencias que he encontrado sobre estos temas han sido siempre indirectas. Daban por sentada la información complementaria. Mi impresión es que los Leisner no vinculaban esos contactos con la llegada de importantes contingentes de población. Esto lo afirman expresamente en relación con la «culturas sudorientales de tumba circular»: dichas culturas «ofrecen menos la imagen de una inmigración uniforme que la de una relación continua y duradera con otros círculos del Mediterráneo [...]. En favor de esto habla también el hecho de que una verdadera toma de posesión del terreno no tiene lugar por parte del pueblo de tumba de cúpula» (*idem*, 1949b, p. 203). No he podido encontrar, en cambio, ni una sola valoración de la respuesta de los indígenas a esta inmigración. Ahora bien, la circunstancia de que se indique que en las relaciones externas «obran coodeterminando las poblaciones autóctonas o traídas por anteriores oleadas culturales» (*ibidem*), así como la facilidad con que adoptan los elementos aportados por el «comercio y las relaciones étnicas», parecen concederles un papel activo y permeable. Ello no concuerda con la interpretación de los Leisner del sustrato peninsular como de carácter «siempre conservador».

co-cultural del desarrollo del Sudeste durante el período de utilización de los sepulcros megalíticos en tres tradiciones culturales que se suceden o interfieren, según las zonas: una neolítica, otra de la Plena Edad del Cobre y otra correspondiente a la Edad del Bronce argárica.

La definición de la *tradición neolítica* resulta bastante imprecisa, tanto por las limitaciones de la información disponible en el momento de la publicación, como por el aparente desinterés de los investigadores en la caracterización en profundidad de los aspectos «étnicos» a los que hacen constante alusión.

En su opinión (*ibidem*, p. 83), «desde el principio» se observan en la arquitectura funeraria megalítica dos «corrientes culturales una al lado de otra», identificadas por la aparición de un «inventario semejante no sólo en cistas de piedra, sino también en tumbas circulares».

Las cistas de piedra (*ibidem*, pp. 79-80) corresponden a una «facies africana» vinculada con estratos culturales «con menor apego al patrimonio cultural de la población agrícola» y que emplean el «enterramiento aislado». Esta tradición africana pervive a lo largo de todos los «stufen» como se deduce de la

continuidad del pensamiento arquitectónico que de [esta] tumba enterrada de la cultura almeriense, a través de la «cista de piedra con corredor» de Laborcillas, va de nuevo a las cistas de piedra de la Edad del Bronce del sudeste y de Portugal, un ciclo evolutivo que representa el elemento indígena desde el neolítico hasta la Edad del Bronce, y cuyas formas, no afectadas por «el elemento a flor de tierra y poligonal», podrían posiblemente seguir siendo construidas todavía en la misma época argárica [*idem*, 1949d, p. 366].

Las tumbas circulares, en cambio, están conectadas (*idem*, 1949a, pp. 79-80) con el «círculo de los pueblos agrícolas» con cabañas circulares y enterramientos colectivos. Esos pueblos agrícolas constituyen un fondo cultural que comparte la península Ibérica con el «círculo occidental de Europa, y de allí hacia el este con el círculo del Danubio», así como con las «islas orientales».

A diferencia de los enterramientos en cista, cuyo origen africano no parece plantear problemas, existen diversas hipótesis para explicar la aparición de la tumba circular:

a. Que proceda del fondo común a los pueblos peninsulares, lo que haría «retroceder las tumbas circulares de la Península a un origen unitario». Se trata del «patrimonio cultural de la Edad de la Pie-

dra que, con variantes locales, es propio de todas las formas sepulcrales sin corredor de la Península (*ibidem*, p. 83), pero no sólo de eso. Los Leisner (1949c, p. 260, n. 1) están de acuerdo, como sabemos, con Paço y Jalhay en que existe un «parentesco racial [...] entre el este y el oeste de la Península, que atribuyen a una “raíz eurafriicana”».

b. Que se deba a «nuevas afluencias del sur, del este o contactos con el círculo cicládico» (*idem*, 1949a, p. 80).

c. Que se relacione con pueblos europeos occidentales. Ahora bien, esta hipótesis parece desechable, porque tales formas sepulcrales están restringidas a una zona de Almería y no hay contactos con la Europa occidental «en el camino».

El desarrollo posterior del enterramiento en tumba circular corre parejo «al de la tumba portuguesa poligonal de corredor [...]. En comparación con esto, es más difícil la cronología relativa de la cultura de sepulcro circular y Los Millares; para los primeros períodos no existe punto de apoyo de ninguna clase para una simultaneidad», que «hasta ahora no puede ser colocada antes de la aparición de la punta de flecha pedunculada y retocada» (período II-III) (*ibidem*).

La tumba circular evoluciona paralelamente a las tumbas del momento pleno de Los Millares y llega incluso hasta la «época del Bronce» (*idem*, 1949d, p. 363).

Un último elemento de la tradición neolítica del Sudeste lo constituye la tumba de corredor. Los Leisner discuten si puede asignarse al primer o segundo período de Siret, inclinándose más bien por la segunda posibilidad. Sin embargo la falta de una datación segura de los elementos que se emplean para sincronizar las tumbas occidentales y orientales, así como la circunstancia de que «el cuadro [de las tumbas de ambos períodos] permanece todavía sin determinar exactamente» (*idem*, 1949a, p. 84) impide considerar definitivas las conclusiones. Da la impresión de que los datos «se fuerzan» para conseguir alcanzar el objetivo que se han propuesto prioritariamente: establecer el origen y evolución de este tipo sepulcral. El resultado es una exposición confusa y contradictoria, tanto en sus aspectos culturales como cronológicos. Ello nos ha llevado a excluir de nuestro estudio la tumba de corredor²⁷.

²⁷ Según los Leisner (1949a, p. 81), Siret adoptó una posición vacilante en relación con su origen: «en las listas clasifica las tumbas de corredor en el primer período», para más tarde afirmar que son «en su totalidad de plena Edad del Cobre». Ellos, por

El enunciado de la definición de la «tradición neolítica» por parte de G. y V. Leisner permite algunas observaciones de tipo general.

En primer lugar, se aprecia con claridad en el texto precedente uno de los presupuestos metodológicos a los que se hizo referencia: la consideración de la tipología funeraria como hilo conductor de la tradición cultural. Ello tiene dos claras implicaciones en la interpretación arqueológica. En primer lugar, se valora más la dualidad morfológica de las tumbas («circulares», «en cista») que la homogeneidad de los ajuares a la hora de establecer la clasificación cultural. En segundo lugar, la incorporación de elementos culturales ajenos de cronología más tardía refuerza su tesis de la existencia de tradiciones conservadas durante largos períodos de tiempo.

La segunda tradición está representada por los «grupos de inventario de Plena Edad del Cobre», que los Leisner (1949b, p. 204) dividen en tres, coincidentes «en lo esencial con la agrupación verificada en la arquitectura»: Purchena, Mojácar-Lineales y Los Millares.

Este período se inicia con una época de riqueza que «dio al pueblo megalítico —como demuestran las innumerables tumbas— un gran aumento de población» (*idem*, 1949d, p. 369). Es la «época del pleno intercambio cultural: en el sudeste, afluencia del acervo cultu-

su parte, estiman que impide ver en los sepulcros de corredor «un período puramente neolítico [...] su pequeño número y el inventario poco uniforme e insuficientemente determinado que, al igual que la industria de pedernal, da la impresión más bien de un empobrecimiento que de un auténtico período cultural lítico». Ahora bien, «lo mismo en el sudeste que en Portugal, el corredor aparece primeramente con un inventario, que no tiene relación de ninguna clase con Los Millares» (Stufe III) (*ibidem*, p. 81), ni presenta «la punta de base cóncava» (Stufe II-III) lo que, junto a la presencia de «ídolos planos» en algunas tumbas, lleva a fecharlas en parte en el período II (*ibidem*, p. 84). Pero si resulta dudosa la datación de este tipo sepulcral, más lo es la identificación de su lugar de origen. Los Leisner parecen inclinarse más por Portugal que por el Sudeste: «El nacimiento del corredor, así como su desarrollo [...] sólo en Portugal puede seguirse» (*ibidem*). Esto parece contradictorio con la aseveración posterior de que en el Sudeste existe «la posibilidad de una cooperación de los pueblos primitivos en el nacimiento de las tumbas de corredor del interior, demostrada por la unión de la tumba de corredor megalítica con la industria procedente del Paleolítico» (*ibidem*, p. 85). Quiero llamar la atención, por último, sobre el hecho paradójico de que se acuda al «empobrecimiento» de los inventarios para desechar una datación en un «período puramente neolítico» del sepulcro de corredor, cuando los Leisner (1943, p. 387) advierten, como sabemos, del peligro de confundir la «sencillez» con la «degeneración». Es esta confusión en la caracterización cultural y cronológica de este tipo sepulcral la que nos ha llevado a excluirlo de nuestro intento de reconstrucción histórica.

ral portugués, en el sudoeste formas sepulcrales orientales», así como del círculo de relaciones culturales atlánticas (galerías cubiertas) (*idem*, 1949c, p. 252).

Los autores (*idem*, 1949b, p. 195) niegan que exista «una dependencia de las culturas costeras sudoriental y occidental, en el sentido de una prioridad absoluta de la una o de la otra». Responden más bien a un «paralelismo cronológico». Esa posición implica el abandono del papel asignado por Bosch Gimpera a las poblaciones occidentales en la formación y desarrollo de la cultura de Los Millares, papel que no volverá a ser tenido en cuenta por la investigación en adelante. Los Leisner estiman que los elementos portugueses descubiertos en el Sudeste no se encuentran «en cantidad para hacerse patente una dependencia cultural de hondo fundamento». En su opinión (*idem*, 1949c, p. 261), «muchas manifestaciones culturales análogas [de ambas zonas] demuestran una íntima comunidad [que] conduce a la misma raíz racial», que se había puesto ya de manifiesto al estudiar la «cultura de tumba circular» neolítica. Su discusión acerca del origen de la punta de flecha «portuguesa» de base cóncava refleja claramente su distanciamiento de las tesis de la «Escuela Clásica» sobre este tema (*ibidem*, pp. 259-261)²⁸.

En cuanto a la estructuración del período de la «plena Edad del Cobre» se trata, como en el período anterior, de una estructuración cultural. Los «grupos de inventario» citados (Purchena, Mojácar-Li-neales, Los Millares) son de base «étnica», no cronológica (*idem*,

²⁸ Los partidarios de la expansión de este tipo de proyectil desde el territorio occidental proponen dos caminos (Leisner y Leisner, 1949c, pp. 259-260): uno «meridional, Montefrío-Priego, y más al norte, al pie de Sierra Morena, Villanueva de Córdoba». Sin embargo, los Leisner creen que no se puede emitir ningún juicio definitivo a ese respecto, mientras se siga desconociendo la distribución de esa pieza en las culturas de tumba de corredor del Alentejo. Pero, además, estiman que los datos disponibles no permiten pensar en un enlace Palmella-Alentejo-Córdoba. «Las formas sepulcrales hablan en contra.» El momento de la aparición de las puntas coincide en ambas zonas. Habría que pensar, pues, bien «en un centro de irradiación en otro sitio», bien en su descubrimiento independiente a partir de «formas primitivas de la industria paleolítica». Aunque los autores (*ibidem*, p. 261) no excluyen tampoco las «relaciones comerciales», vuelven siempre al «parentesco racial» como explicación básica de la presencia de ese tipo de proyectil en las culturas megalíticas portuguesas y occidentales. Contradictoriamente con esta posición, G. y V. Leisner (1949b, p. 205) señalan, en relación con las tumbas de Mojácar de la plena Edad del Cobre, que la aparición de la «punta de flecha cóncava de formas sencillas [...] indica una fuerte relación con el Oeste, que es apoyada por otros hallazgos culturales afines a Portugal».

1949b, p. 204)²⁹, si bien en el grupo de Los Millares se establecen unas subdivisiones, al menos en parte, con ese último contenido.

Los grupos de Purchena y Mojácar-Lineales representan la tradición de la cultura de Almería ofreciendo, además, el segundo «relaciones con la decoración de la cerámica de las cuevas, así como vasijas pintadas» (*ibidem*, pp. 196-197). La pobreza en objetos de cobre de estos grupos contrasta con la «cultura metalúrgica desarrollada y evolucionada de Los Millares» (Cerdán y Leisner, 1974, p. 70), en la que los factores externos tienen mayor importancia. Me centraré en este último grupo por su evidente interés para el tema del libro.

Los Leisner (1949b, p. 203) atribuyen la formación de la cultura de Los Millares a influjos muy diversos.

La «mayoría de las novedades decisivas y sobre todo las que en el sudeste sólo son propias de Los Millares: la arquitectura más perfecta, la cúpula de piedra de abovedamiento más fuerte, las relaciones con la cultura de las cuevas³⁰ y con la punta cóncava alabeada, la metalurgia del cobre, la industria de marfil» habría que explicarlas «por una nueva aportación de África» (*ibidem*).

Junto a estos elementos de origen africano existen otros paralelizados «con las islas orientales» e incluso un tercer grupo atribuido al sustrato indígena. En este último se encuentran «la cerámica almeriense [...], la punta pedunculada» y la tumba circular, de cuyo desarrollo no «se puede desligar la arquitectura de Los Millares» (*ibidem*).

Esta situación les lleva a concluir que

²⁹ Los Leisner en el trabajo realizado en colaboración con C. Cerdán (Cerdán y Leisner, 1974, p. 70) insisten en esa interpretación: «la cultura metalúrgica desarrollada y evolucionada de Los Millares contrasta con el aspecto de las sepulturas de la cultura de Almería, las cuales, con excepción de algunos punzones, no contuvieron instrumentos de cobre». Afirman que en su obra sobre el megalitismo meridional (Leisner y Leisner, 1943, pp. 527 ss.) juzgaron que «estas diferencias podían ser en parte culturales, no cronológicas».

³⁰ A pesar de que estas «relaciones con la cultura de las cuevas» se encuentran incluidas entre las «novedades decisivas, sólo propias de Los Millares» hacen referencia, en realidad, al sustrato indígena que, según P. Bosch Gimpera, estaba constituido desde el Neolítico por poblaciones procedentes de África (cf. apartado II.1): «La relación con la cerámica de las cuevas, por tanto con la capa más antigua frente al vaso campaniforme, la cual al mismo tiempo se une aquí con nuevo acervo cultural traído de África» (Leisner y Leisner, 1949b, p. 206).

Sólo así pueden entenderse las afirmaciones (*ibidem*, pp. 197 y 205) de que el grupo de Mojácar-Lineales tiene «relación con la cerámica de las cuevas», como las primeras tumbas de Los Millares.

las culturas sudorientales de tumba de cúpula en su totalidad ofrecen menos la imagen de una inmigración uniforme que la de una relación continua y duradera con otros círculos del Mediterráneo, relaciones en las cuales obran co-determinando las poblaciones autóctonas o traídas por anteriores oleadas culturales. En favor de esto habla también el hecho de que una verdadera toma de posesión del terreno no tiene lugar por parte del pueblo de tumba de cúpula. Sólo así se explica quizá la imagen cambiante de Los Millares en el lapso de tiempo relativamente corto de su existencia, así como su extinción después de la ruptura de las relaciones exteriores [*ibidem*].

Puede afirmarse, por tanto, que los Leisner no sostienen posiciones «invasionistas», ni «colonialistas» («una verdadera toma de posesión del terreno no tiene lugar») sino, como en otras ocasiones, difusionistas matizadas. El cambio cultural se produce en Los Millares por las relaciones establecidas entre «las poblaciones autóctonas» y diversos «círculos del Mediterráneo». Los autores no especifican las características de unas y de otros, aunque sí la motivación comercial de los contactos que establecen entre sí. El único dato de que disponemos en relación con el sustrato es que incluye tanto «poblaciones autóctonas», como «traídas por anteriores oleadas culturales», así como que se les concede un papel totalmente subsidiario en el proceso de transformación cultural («extinción después de la ruptura de las relaciones exteriores»).

G. y V. Leisner distinguen dos fases en el desarrollo de Los Millares (Los Millares I y II) que han constituido hasta muy recientemente el marco de referencia para la periodización del Calcolítico peninsular. Aquí no hay ninguna duda de que la versión tradicional es correcta y nos encontramos ante una división con valor cronológico. En cambio, resultará problemática, como veremos, la interpretación de las subdivisiones de Los Millares I.

R. J. Harrison (1977a, pp. 72-73) opina que «los Leisner emplearon los campaniformes como un horizonte delimitador en Los Millares, haciendo llegar los campaniformes marítimos al final de Los Millares I y, más tarde, los estilos incisos al final de Los Millares II [...]. La cronología campaniforme no se basaba en la evidencia de Almería, sino de los enterramientos individuales marítimos de la Cañada de Carrascal y Cañada Honda de Gandul G, B».

En realidad, la presencia campaniforme es sólo uno de los elementos que les sirven de base para establecer la secuencia. Como indican A. Arribas y otros autores, también se tuvieron en cuenta «la

progresiva complejidad en la construcción de las tumbas y el carácter de los ajuares» (Arribas *et al.*, 1979, p. 66), así como otros datos como la localización de las tumbas o los paralelos con otras zonas mediterráneas³¹, pero siempre se maneja información tipológica, sin referencias estratigráficas precisas.

La fase de Los Millares I es objeto, como indiqué, de ciertas subdivisiones cuyo sentido cultural o cronológico no me parece del todo evidente. Los Leisner (1949b, pp. 198-199), establecen cuatro (Ia, Ib, Ic, Id), a partir de «variaciones de la forma del hacha [...], comparaciones con sepulcros portugueses», así como por la posibilidad de aislar del conjunto «grupos de hallazgos, que especialmente se encuentran representados de manera más pura en tumbas aisladas de la necrópolis». Para A. Arribas y otros investigadores (Arribas *et al.*, 1979, p. 66) se trata de «subfases» de contenido cronológico. Creo que en los textos de los Leisner se las concede también un sentido «étnico» que prima sobre el anterior, al menos, para ciertos yacimientos o subfases.

El grupo Ia tiene «claras relaciones por una parte con el grupo Mojácar-Lineales, por otra parte con Portugal; aquí con el primer período de las "cuevas artificiales"» (Leisner y Leisner, 1949b, p. 198). Es el que muestra vínculos «más fuertes» con la «costa portuguesa» y, como puede suponerse por sus paralelos con el grupo Mojácar-Lineales, «con la cultura almeriense» (*ibidem*, p. 202) y la «cultura de las cuevas» (*ibidem*, p. 205)³². Como los autores (*ibidem*) sostienen en una ocasión que los contactos del grupo Mojácar-Lineales afectan

³¹ La datación más tardía de la fase de Los Millares II se basa concretamente en los datos que se enumeran a continuación (Leisner y Leisner, 1949b, pp. 201-202): «la situación de este grupo sepulcral lejos de la ciudad». Sus relaciones con los sepulcros argáricos tanto desde el punto de vista arquitectónico, como de «las formas de cobre». La aparición en la tumba G de Gandul de «una sepultura de vaso sin puñal de cobre posterior que la del período constructivo del sepulcro de zócalo mural» de tipo Millares I. La presencia en Los Millares II de la «punta grande más tosca de base cóncava, que en la Andalucía occidental acompaña al vaso campaniforme» y que «en la costa occidental portuguesa» se atribuye «al grupo cultural más joven». «El empobrecimiento del inventario en Millares II, puesto que va ligado con el puñal de cobre» que se considera tardío «es probable que pueda ser valorado solamente como fenómeno» retardado. La comparación con el proceso cultural de Sicilia, donde se pasa de «plantas sencillas a complicadas y del enterramiento colectivo al aislamiento en las sepulturas».

³² Véase nota 30.

a «las primeras tumbas de Los Millares», podemos suponer que el grupo Millares I es el más antiguo.

Los grupos Ib y Ic ofrecen las primeras hachas de cobre: «cronológicamente no pueden estar muy separados». Su «separación tiene que tener lugar sobre una base étnica» (*ibidem*, p. 199). Los Leisner (*ibidem*, p. 206) indican, incluso, que «una separación cronológica segura [...] de los grupos Ib y Ic, no es posible en Los Millares». Si tenemos en cuenta que los cuatro grupos de Los Millares I se han establecido en gran parte por los ajuares, «representados de manera más pura en tumbas aisladas» de esa necrópolis (*cf. supra*), la primera afirmación resulta un argumento concluyente para desechar la idea de que los grupos mencionados sean significativos para la datación. Dudo también que los grupos Ib e Ic puedan separarse «sobre una base étnica», ya que sólo conocemos la del Ic.

El grupo Ic «está caracterizado por metalurgia perfecta y enlace más fuerte con la punta cóncava alabeada [...] y por la forma de sepulcro empalma con el grupo del vaso campaniforme Id» (*ibidem*, p. 202).

La aparición en el grupo Id de hallazgos como el vaso campaniforme marítimo o las puntas de Palmella, entre otros, demuestra «el paralelismo de este grupo sepulcral con el segundo período de las “cuevas artificiales” portuguesas» (*ibidem*, p. 199). Tal paralelismo expresa la posterioridad del grupo Id, al menos, respecto al Ia que se relacionaba con el primer período de dichas cuevas.

Como conclusión del problema de interpretación de las subdivisiones de Los Millares I apunto lo siguiente. Los autores (*ibidem*, p. 202) parecen restringir las diferenciaciones culturales a dos «cuadros de inventario» que «se cruzan en parte» y que, por lo tanto, no son rigurosamente sucesivos. Uno corresponde a una tradición de mayor arraigo local (nexos con la cultura almeriense, de las cuevas y costera portuguesa) y el otro a una cultura que incorpora importantes novedades metalúrgicas (grupos Ia e Ic, respectivamente).

La datación relativa de estos grupos, según propia afirmación de G. y V. Leisner (*ibidem*, pp. 202-203), depende de la solución que se dé a diversas cuestiones cronológicas del sudeste, Portugal y de «un círculo más dilatado», así como de «la posibilidad de lograr valores cronológicos absolutos»³³. Para ellos mismos era, por tanto,

³³ «Con la situación de estos grupos entre sí están enlazadas las siguientes cuestiones: la relación cronológica de Los Millares con Palmella, la prioridad de la tumba

un problema abierto. Los grupos Ia e Id, por sus paralelos respectivos con el primer y segundo período de las «cuevas artificiales portuguesas», son los únicos a los que se concede una clara significación temporal.

La fase de Los Millares II, como no es objeto de ninguna subdivisión, no plantea mayores dificultades. La corresponde un inventario «más pobre». Las piezas metálicas (puñal de empuñadura de lengüeta, cuchillos y sierras) son de «cobre batido en vez de fundido». No hay artículos de importación y sí «restos de vaso campaniforme del segundo período». No he podido encontrar ninguna referencia que les asigne a algún momento concreto del desarrollo de la fase, por lo que no me ha sido posible contrastar la interpretación de R. J. Harrison (1977a, p. 72) (*cf. supra*).

Un aspecto interesante como el del origen del vaso campaniforme no se desarrolla en los textos que me han sido accesibles. El de su difusión se aborda de manera limitada. Se afirma que el primer tipo se distribuye por «tráfico marítimo», por la costa atlántica y el Mediterráneo, pero carezco de información similar respecto al segundo.

Finalizo el comentario al estudio de la plena Edad del Cobre de los investigadores alemanes, aludiendo a la cronología absoluta. Esta se establece a partir de las supuestas analogías apreciables entre cerámicas, ídolos, rasgos arquitectónicos, armas y utensilios de cobre y sílex, hallados en las tumbas de Los Millares y elementos correspondientes de Egipto y el Mediterráneo oriental y occidental (Leisner y Leisner, 1949d, pp. 372-377). Como los autores de la «Escuela Clásica», los Leisner escogen, dentro del margen de duración de cada «paralelo», por otro lado no siempre coincidente, una fecha que aquí es la del 1800 a.C. para delimitar las fases de Los Millares I y Los Millares II.

No se seleccionan expresamente otras dataciones de entre las que se han determinado en el estudio comparativo ³⁴.

con dos compartimentos en el corredor sobre la de tres, la posición de las grandes armas de sílex con respecto a la hacha de cobre y de la punta de flecha cóncava de forma portuguesa con respecto a los tipos alabeados» (Leisner y Leisner, 1949b, pp. 202-203).

³⁴ M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 192) no comparten en absoluto esta opinión, como demuestra el siguiente párrafo: «Todos estos datos dan, según los Leisner, una de las fechas más exactas de la Prehistoria española. Los Millares, Período I, sería de hacia el 2200 y Los Millares, Período II, entre el 1800 y el 1600.» No hay que olvidar, sin embargo, que los mismos autores (*ibidem*, p. 200) reprochan a los Leisner

El tercer período corresponde a la *Edad del Bronce Argárica*. Su valoración por parte de G. y V. Leisner (*ibidem*, p. 363) tiene la notable particularidad de ser claramente autoctonista y coincidente con las primeras tesis sostenidas por P. Bosch Gimpera.

Los autores participan de la opinión, que estiman cada vez más generalizada en su época, de que la cultura de El Argar «debe su nacimiento a desarrollo autóctono». Como el investigador catalán lo ligan «de una manera inmediata a la cultura almeriense», más que a Los Millares «ramificación menos importante para esta evolución». En realidad, excluyen a esta última de su proceso formativo, ya que indican que la cultura de El Argar vive de forma paralela e independiente a la de Los Millares: «Se tiene la impresión de que el centro de la evolución se encontraba en otro lugar y el desarrollo de las formas allí estaba ya acabado, mientras que la cultura Millarensis y las necrópolis montañosas dependientes de ella seguían aferradas todavía al antiguo acervo cultural» (*ibidem*, p. 364).

A su juicio (*ibidem*, p. 377), hasta Los Millares II no se introduce en el interior el «pleno Argar».

Hay diversos elementos que apuntan hacia un origen autóctono de El Argar. En primer lugar se encuentra la ya citada «continuidad del pensamiento arquitectónico que de la tumba enterrada de la cultura almeriense, a través de la «cista de piedra con corredor» [...] va de nuevo a las cistas de piedra de la Edad del Bronce del sudeste y de Portugal» (*ibidem*, p. 366).

En segundo lugar, cabe señalar la «evolución ininterrumpida de la mayoría de las formas [cerámicas] de la cultura almeriense», con una posible influencia de otras culturas peninsulares como la del vaso campaniforme de la que derivaría la «escudilla plana y transformación de éste en copa [...] con más probabilidad [...] que de Los Millares», o la cultura portuguesa de tumbas de corredor, cuyo «vaso

haber intentado establecer «un período de la cultura de Almería arcaico y otro de Almería avanzado, que no se atrevieron a datar con claridad». Sin llegar tan lejos, P. Bosch Gimpera (1954b, pp. 48-49, n. 11) rejuvenece, en un momento determinado, la fecha que había mantenido para el inicio de Los Millares (del 2500 al 2300 a.C.) (cf. apartado III.1 del cap. 4, cuadro 3) por los estudios de las «relaciones mediterráneas» realizados, entre otros, por los Leisner en la obra que comento. R. J. Harrison (1977a, p. 72) recoge puntualmente, por último, la versión de M. Almagro y A. Arribas: «Las fechas de los Leisner para LM I eran 2200 a 1800 a.C., y para LM II, 1800 a.C., sobre la base de supuestos paralelos «egipcios» para algunos hallazgos de marfil, metal y piedra.»

aquillado» podría constituir quizá un «eslabón cronológico» de las formas argáricas correspondientes (*ibidem*).

«A iguales conclusiones se llega a base de las puntas de cobre», en las cuales «es palpable una continuidad del Eneolítico a El Argar.» Sólo el «puñal remachado» carece de precedentes (*ibidem*, pp. 366-367).

A pesar de que, como acabamos de ver, los posibles antecedentes de los elementos argáricos no se encuentran sólo en el Sudeste, es aquí donde los autores se inclinan a situar el origen de la cultura de la Edad del Bronce, si bien reconocen que no pueden «averiguar dónde tuvo lugar en el sudeste esta formación de la cultura argárica»:

la sucesión inmediata de El Argar sobre la facies más autóctona sería un argumento fuerte para una constante que llevaría en el interior de la cultura almeriense a El Argar. [Pero] no existe ningún período preparatorio. [El Argar] aparece de pronto en todo su tesoro de formas, [por lo que] se tiene más bien la impresión de que una cultura ya completamente formada entra en un vacío precisamente en esas zonas marginales de la cultura de tumba de corredor, que apenas están afectadas por las corrientes de Plena Edad del Cobre procedentes de Portugal y la costa meridional [*ibidem*, pp. 365-366].

La definición de la Edad del Bronce se ajusta al esquema empleado por los Leisner en los períodos anteriores. Se insiste de nuevo en la simultaneidad de tradiciones culturales distintas que aquí resulta especialmente llamativa, pues supone la coexistencia desde un momento no determinado de Los Millares I y, durante el curso de Los Millares II, de la «plena Edad del Cobre» («stufe III») y El Argar («stufe IV»). A mi juicio, ya lo comenté, es una de las pruebas más claras de que dichos prehistoriadores efectúan, en gran medida, una lectura cultural de la secuencia de Siret.

La adopción de una explicación no difusionista a propósito de la aparición de la cultura de El Argar es, en cambio, un aspecto novedoso y exclusivo. Ahora bien, está lejos todavía de las posiciones más recientes sobre el tema por desechar cualquier eventual intervención de la cultura de Los Millares en el proceso.

El enjuiciamiento de la obra de los Leisner ha sido amplio y diverso.

En términos generales, se valora muy positivamente el impresionante aporte de documentación primaria que reunieron (mapas de distribución, reproducción de la arquitectura funeraria y los ajuares)

(Renfrew, 1967, p. 282; Savory, 1968, p. 86; Almagro y Arribas, 1963, pp. 192-193; Muñoz, 1982, p. 12). Esa documentación proporciona la primera base objetiva para el estudio del megalitismo peninsular, convirtiendo sus monumentales volúmenes en «la obra cumbre» sobre el tema (Delibes de Castro, 1987a, p. 6). No ha habido posteriormente una tentativa similar.

En relación con la periodización se elogian los «intentos de establecer una secuencia evolutiva de los monumentos megalíticos con el análisis comparativo de sus ajuares [por] ser un método más adecuado que el basado en la simple tipología de sus estructuras» (Muñoz, 1982, p. 12). Pero los hipotéticos períodos tipológicos no resultan satisfactorios (*ibidem*) al fundamentarse en «juicios tipológicos inciertos» y en cronologías «de ningún valor real» (Almagro y Arribas, 1963, pp. 200-201).

Ahora bien, la idea bastante extendida de la inconsistencia de la periodización de los Leisner no impide, paradójicamente, que se emplee como instrumento de análisis. Un ejemplo muy expresivo de esta actitud lo proporciona E. Llobregat (1966, p. 90) en su reseña a la obra de G. y V. Leisner (1956). En ella se propondría «una periodización hecha desde unas bases tipológicas estrictamente, *sin fundamento en datos reales*». Supone «una esquematización cultural excesiva». Detalles como la serie tipológica de las puntas de flecha «no resisten la comparación con series convenientemente estratificadas. *Con todo [...], hasta que se disponga de estratigrafías garantes [...], la estructuración tipológica propugnada por los Leisner nos es válida*».

En todo caso, el empleo de la periodización no ha estado exento de restricciones de diversa índole.

Los rasgos arqueológicos aislados, cuyo origen y difusión sirve de punto de partida a los Leisner para identificar las tradiciones culturales que centran la preocupación de la Escuela Histórico-cultural alemana, se transmutan en parte en indicadores cronológicos cuando la investigación se reorienta hacia nuevas formas de particularismo.

La década de los sesenta supone un impulso significativo a la búsqueda de «estratigrafías garantes». Pero, como el panorama de las necrópolis no es «casi nunca clarificador» (Ferrer, 1987, p. 11) y la intensidad de la investigación es desigual, la periodización de los Leisner sigue siendo un marco de referencia para la sistematización de los hallazgos (*El megalitismo*, 1987). Ello resulta especialmente evidente en el caso de la secuencia que propusieron para la cultura de Los Millares. Según Ramos Millán (1981, p. 219), las versiones pos-

teriores de la misma publicadas por Blance (1961) y Almagro y Arribas (1963) se limitaron a sustituir algunos elementos de cada fase en función de comparaciones con el Mediterráneo oriental distintas a las establecidas por los investigadores alemanes. Desde entonces consolidada su naturaleza «canónica», a reservas de ciertos cambios relativos al momento de aparición del vaso campaniforme³⁵.

A lo largo de las dos últimas décadas la definición de sólidas estratigrafías en los hábitats coetáneos a los sepulcros megalíticos (Ferrer, 1987, p. 11) y la generalización de las fechas absolutas (Delibes de Castro, 1987a, p. 6) proporciona medios más seguros para la datación que la «búsqueda de los orígenes» que definió la Prehistoria de la primera mitad de siglo.

La explicación de ese registro arqueológico renovado desde las perspectivas teóricas de fines de los setenta y la presente década hace posible que la primera crítica sistemática a la secuencia clásica de Los Millares alcance eco (Chapman, 1981c). Han tenido que pasar cuarenta años desde la publicación de los Leisner acerca del megalitismo del mediodía peninsular para que llegue a aceptarse que «la clasificación de los Leisner no puede seguir aplicándose por mucho tiempo» (*ibidem*, p. 76).

En la actualidad, las interpretaciones teóricas contenidas en las obras de los Leisner han sido abandonadas. Su información arqueológica tampoco resulta ya imprescindible de una manera generalizada para abordar el estudio del megalitismo. Sin embargo, sigue siendo una documentación complementaria insoslayable y, puntualmente, insustituible. Pocos prehistoriadores habrá cuyo trabajo descriptivo merezca tal consideración.

II.3. *El «modelo colonial»*

II.3.1. Definición y primeras modificaciones

El término «colonia» aplicado a los poblados calcolíticos de la cultura de Los Millares fue introducido por L. Siret (1913) (Vaz Pinto y Parreira, 1979, p. 136; también en Kalb, 1975, p. 383). Según F. Kalb (*ibidem*), «dicha aportación terminológica se justificó por una doble causa: primera la afinidad de materiales entre Almirazque

³⁵ Se aborda esta cuestión en extenso en el epígrafe IV.2.

—lugar de sus excavaciones— y otros países orientales, entre ellos Egipto. En segundo lugar, porque las fuentes escritas hablan de colonias fenicias en la Península».

No hay que olvidar tampoco la racionalidad del «modelo colonial» en el contexto histórico general y en el específico de la investigación prehistórica en que se propone (véase capítulo 3, epígrafe II). La potencialidad del colonialismo como motor de transformación cultural es bien conocida por los europeos cuya expansión territorial extracontinental, ininterrumpida desde la Edad Moderna, les permite entrar en contacto con grupos con niveles muy distintos de complejidad socio-económica (Almagro y Arribas, 1963, p. 198). En el caso español, «las prehistorias [...] que se escribieron a lo largo de un siglo, desde el primer trabajo de los hermanos Siret [1890] hasta prácticamente el momento actual, son recapitulaciones de las colonizaciones griega y fenicia o de las invasiones árabes para explicar los rasgos traídos a la península Ibérica, y de los tercios de Flandes para explicar los rasgos exportados desde Iberia» (Gilman, 1988, p. 49).

Existía, además, una preadaptación al modelo colonial en nuestra Prehistoria derivada del recurso a las relaciones orientales, por parte de la Escuela Clásica (Martínez Santa Olalla, 1946, p. 53, por ejemplo) o los Leisner, para explicar determinados rasgos de las culturas neolíticas y calcolíticas. Esta sensibilización es mucho mayor, lógicamente, en los autores difusionistas orientalistas. En sus textos se encuentran las mejores expresiones de la combinación, normalmente implícita, entre la idea de un *continuum* histórico y la creencia en que la interacción intersocial es la clave de la interpretación histórica. Así, Almagro y Arribas (1963, p. 198) creen factible «visto el conjunto de sus manifestaciones arqueológicas, explicar [por ejemplo] el complejo fenómeno megalítico como un hecho histórico que podemos paralelizar, hasta un cierto punto, para su mejor comprensión, con la llegada de los españoles a América en 1492».

Tampoco es casual que el modelo colonial fuera definido como «fenómeno de significación y alcance similar al de la posterior colonización fenicia» por «especialistas adscritos en su mayoría a la escuela alemana, tales como Sangmeister, B. Blance, H. Schubart, W. Schüle y Ph. Kalb» (Molina, 1983, p. 57). Hay que recordar la larga tradición de los estudios orientales en la Arqueología alemana y la dedicación concreta de varias de las personalidades citadas a la investigación de las colonizaciones fenicia y griega en la península Ibérica desde mediados de este siglo (Schüle, 1969, p. 16).

Todos esos factores explican el arraigo del modelo colonial en la Prehistoria peninsular.

F. Kalb (1975, p. 383) atribuye a B. Blance (1961) el papel de impulsora de la idea de la existencia de «colonizadores y colonias de la península Ibérica en la época del Bronce inicial». Esta última investigadora (Blance, 1961, p. 192) define las «colonias» como «asentamientos aislados, fuertemente defendidos, situados en un medio culturalmente extraño. Sus mejores paralelos se encuentran en el área del Mediterráneo oriental» y «pueden ser considerados como ejemplos primitivos de los tipos de colonias establecidos más tarde por los Fenicios y los Griegos».

Esos asentamientos «no pueden ser relacionados directamente con las culturas neolíticas anteriores». Por el contrario, muestran un «estrecho contacto» particularmente con las Cícladas y Anatolia Occidental (*ibidem*, p. 200) en rasgos como «arquitectura y objetos de cerámica, piedra, hueso y metal» (*ibidem*, p. 196). La presencia de este último demostraría el papel jugado por los colonos orientales en la introducción de la metalurgia (incluyendo «el conocimiento de la fusión en un molde cerrado») (*ibidem*, p. 199) en la Península.

Las diferencias regionales reconocidas entre los principales asentamientos coloniales son atribuidas por B. Blance (*ibidem*, p. 200) a factores funcionales («hallazgos funerarios o domésticos»), al aislamiento de las colonias de su metrópoli y posiblemente también unas de otras, así como al hecho de que «cada colonia tiene un origen diferente en el Mediterráneo Oriental». La autora es muy explícita a este respecto. Estima que probablemente sería erróneo considerar la influencia de las Cícladas, de las islas de Anatolia occidental o de Anatolia, como únicas responsables «del establecimiento de todas las colonias en la península Ibérica». Hay mayores posibilidades de que «cada uno de los principales asentamientos en la Península fuera colonizado desde un área diferente del Mediterráneo oriental».

Las relaciones entre ambos extremos del Mediterráneo «necesariamente» tuvieron que establecerse por mar, lo que supone implícitamente que los habitantes de las áreas Cícládicas o de Anatolia occidental «debieron ser capaces de emprender largos viajes, como la ruta hasta España» (*ibidem*).

Como a algún lector le puede resultar «a primera vista [...] sorprendente que esta fase no sea tan evidente en Sicilia, Lípári o Malta», pasos obligados en las travesías mediterráneas, la autora sugiere «que los colonos prefirieran navegar a lo largo de la costa del Medi-

terráneo meridional» o que «temieran exponerse al riesgo de la piratería por parte de los isleños», evitando por ello las islas (*ibidem*).

El «modelo colonial» que se acaba de exponer se fundamenta en el procedimiento de «los paralelos». Ahora bien, la propia B. Blance (*ibidem*, p. 196) reconoce que «éstos no siempre han sido fáciles de trazar». A veces, la información acerca de la morfología de la cerámica peninsular es incompleta (*ibidem*, p. 197) y la existente no confirma la semejanza establecida, a partir de la técnica y motivos decorativos, con modelos orientales. En otras ocasiones éstos se encuentran tan extendidos (Grecia, Lípari, Creta, sudoeste de Anatolia, etc.) (*ibidem*, p. 198) que difícilmente pueden ser útiles para reconocer la procedencia precisa de los recién llegados. Por otra parte, ciertos objetos peninsulares «de hueso o marfil [...] son demasiado simples para poder demostrar paralelos inmediatos en el Mediterráneo oriental» (*ibidem*, p. 199).

C. Vaz Pinto y Rui Parreira (1979, p. 137) atribuyen a E. Sangmeister la profundización y especificación del concepto de *colonia* planteado por B. Blance. En su opinión (*ibidem*), dicho autor (Sangmeister, 1964, p. 552) «las daba un carácter de factorías, donde habría habido gran participación de las comunidades indígenas en el proceso de producción, si bien afirmaba claramente que actuando “como un cuerpo extraño en un medio indígena” van a llevar a un proceso de aculturación, fundamental para el posterior desarrollo de la prehistoria peninsular».

A juicio de C. Vaz Pinto y Rui Parreira (1979, pp. 137-138), las modificaciones que se introducen en la tesis colonial continúan en esta línea de dar progresiva importancia al sustrato peninsular. Las excavaciones en Zambujal fueron fundamentales a este respecto, al poner de manifiesto «la ausencia, puede decirse total, de objetos directamente importados de Oriente» en relación con los productos indígenas, en un contexto que había permanecido intacto. Ello lleva a V. Leisner y H. Schubart (1966, p. 47, n. 77; cit. por Vaz Pinto y Parreira, 1979, p. 138) a advertir que la expresión *colonias* para aludir a poblados como Los Millares, Zambujal y Vila Nova de San Pedro debería emplearse «con un cierto cuidado»:

Estos lugares ciertamente no deben haber sido colonias en el sentido de las fundaciones de fenicios y griegos del I milenio a.C. con una población exclusivamente extranjera. La proporción de objetos directamente importados entre la totalidad de los hallados es demasiado pequeña para eso. La función

de estos establecimientos pudo haber sido diferente por tanto a la de las colonias posteriores.

Años más tarde H. Schubart (1971, p. 191) precisará ésta:

Estos poblados fueron atribuidos, en virtud de sus evidentes relaciones con la región del Mediterráneo oriental, a antiguos prospectores de metales, que habrían inmigrado directamente, en pequeños grupos (Blance, 1961; Sangmeister, 1964) por lo menos. Así, esas denominadas «factorías» ocuparon, sin duda, un lugar importante como puntos de tráfico del mineral, y probablemente intensificaron decisivamente la extracción y el empleo del cobre. Tales fortificaciones, en forma de ciudadelas, debían haber sido los lugares, defendidos de un modo especial, de preparación del metal precioso, antes de su transporte a los compradores de la región del Mediterráneo oriental y al mismo tiempo un refugio para un pequeño grupo de personas [...] los «colonizadores».

P. Kalb y H. N. Savory modifican el foco originario de la cultura millarensis. Para la primera (Kalb, 1975, p. 385) éste se encuentra en Chipre, único lugar «donde la casa circular se conserva hasta el tercer milenio», combinada con fortificación. El segundo tiene en cuenta esos mismos rasgos constructivos para apuntar a Palestina (Savory, 1968, p. 158)...

H. N. Savory introduce otras novedades en el modelo propuesto por B. Blance. Atribuye las variaciones culturales apreciables en los distintos yacimientos sometidos a un mismo influjo a la desproporción existente entre la población autóctona y los recién llegados (*ibidem*, p. 160). Además interpreta el carácter de sus relaciones y en general, todo el desarrollo socio-económico de los grupos calcolíticos peninsulares por referencia al que se conocía en el Próximo Oriente.

Como B. Blance, sostiene que las diferencias entre las «colonias» peninsulares son atribuibles a sus variadas conexiones, «mientras la cultura del Tajo [más antigua] parece deberse en su mayoría a contactos con Anatolia y el Egeo, la cultura millarensis, como la cultura de Almería de la que surgió, parece estar más bien en deuda» con el sudeste mediterráneo, a través de relaciones intermitentes emprendidas «presumiblemente a lo largo de la costa meridional intermedia» (*ibidem*, pp. 140 y 158).

El autor expone con más detalle que aquélla las características de los recién llegados. Se trata «de una familia noble o real y sus raros

y valiosos artesanos dependientes» (*ibidem*, p. 140) que defienden mediante las fortificaciones «su autoridad frente a una población mucho más numerosa indígena» «Almeriense» o «del Tajo». La desproporción entre ambos grupos humanos está sugerida «por las muchas diferencias de detalle entre las culturas asociadas con los fuertes y tumbas millarenses en las áreas a las que se extienden desde el centro original. Además la existencia de un nuevo elemento en la población de Los Millares que ejerció un poder religioso y militar está sugerida por su simbolismo mágico distintivo» (*ibidem*, p. 160).

La transposición del desarrollo histórico del Próximo Oriente a la península Ibérica queda expuesta todavía con más claridad en el siguiente párrafo:

Los fuertes amurallados y con bastiones de Almería y del Tajo inferior, sea cual fuere su origen preciso, son un reflejo distante de una fase de organización social y militar altamente desarrollada en el Mediterráneo oriental, representada sobre todo por el Imperio Antiguo de Egipto. Este Imperio sucumbió finalmente c. 2200 a.C., bajo los ataques de tribus nómadas y la misma suerte corrió la segunda ciudad de Troya por la misma época. Parece que la cultura millarensis corrió una suerte similar [...] en el último cuarto del tercer milenio [por la intervención de los] nómadas campaniformes [*ibidem*, p. 165].

Las precisiones a las tesis de B. Blance que se acaban de exponer no implican cambios sustanciales del «modelo colonial» que ella había definido. No se cuestiona su núcleo fundamental: la creencia en que los grupos calcolíticos peninsulares se constituyen en torno a inmigrantes orientales con conocimientos metalúrgicos. Los investigadores se limitan a recalcar la importancia de una determinada zona de influencia respecto a otras o a matizar el anacronismo implícito en la comparación de los poblados peninsulares del tercer milenio con los establecimientos fenicios y griegos del primero, insistiendo básicamente en el peso del sustrato indígena en la configuración que adoptará, *una vez implantada*, la cultura foránea. Ahora bien, no renuncian por completo a él, como ejemplifica la sugerencia de un mercado internacional de metales durante el III milenio por parte de Schubart y, sobre todo, la idea de Savory de que el desarrollo calcolítico peninsular es un reflejo de la organización social y militar del Imperio Antiguo egipcio. Son actitudes que recuerdan enormemente las de V. Gordon Childe.

El modelo colonial se convierte a partir de los años sesenta en el paradigma para la interpretación del Calcolítico. Las contadas voces que se habían levantado en la primera mitad del siglo en defensa de una metalurgia del cobre autóctona (Schmidt, 1915; Veiga Ferreira y Viana, 1956) parecen definitivamente acalladas. Su continuidad se ve favorecida por haberse incorporado a través de las obras de síntesis de temas peninsulares a la docencia universitaria (Arribas, 1967, p. 91; Delibes de Castro, 1976, pp. 77 y 83; Maluquer de Motes, 1972, pp. 36 y 39-40).

La situación no excluye la consciencia, por parte de algunos prehistoriadores peninsulares, de la debilidad del mismo. En primer lugar, se reconoce la «dificultad de establecer los orígenes y caminos precisos de los colonos» (Savory, 1968, p. 89; también en Blance, 1961, p. 196 y Kalb, 1975, p. 384). En segundo lugar, se hace notar la heterogeneidad de la cultura material y de las fortificaciones de las «colonias», así como el hecho de que «varios tipos considerados de "importación" se encuentran en lugares a los que se cree típicamente indígenas, por ejemplo cuevas, tumbas megalíticas, etc.» (Kalb, 1975, p. 384). Tampoco hay que olvidar que, al no conocerse «aún lo suficiente la estructura» de los poblados coloniales, «fuera poco lo que pudieran decir los restos hasta entonces estudiados» (Almagro y Arribas, 1963, p. 203)³⁶. Todo ello lleva a P. Kalb (1975, p. 384) a concluir que «el concepto de colonias no es un concepto perfectamente claro». Pero es Arribas (1967, p. 86) quien pone de manifiesto la objeción fundamental que se le puede hacer: no se expresan sus condiciones de aplicación.

Si queremos obtener una perspectiva amplia de lo que representa la sociedad de la Edad del Bronce en la Península será preciso conocer las bases de la sociedad del Bronce en Próximo Oriente, los jalones terrestres y marítimos que puedan poner en relación Occidente con Oriente; la implantación de este tipo de cultura en nuestro solar y a los portadores de la misma en sus características fundamentales. Cuestión previa el asentamiento de los recién llegados, deberá ser el planteamiento de las sociedades que habitaron nuestro país a la llegada de las nuevas gentes y los contactos existentes entre indígenas e inmigrantes. Finalmente, deberemos obtener un panorama de las con-

³⁶ Los autores se refieren a su «valoración cronológica» pero, por el contexto del párrafo, cabe ampliar su sentido a los elementos arquitectónicos y urbanísticos cuyos caracteres suelen emplearse como prueba de contacto con el Mediterráneo oriental.

secuencias que representó la nueva cultura —si cultura fue y no sólo avance tecnológico— en su asentamiento en Iberia [*ibidem*].

Paradójicamente, la declaración —que resultaría progresiva incluso hoy día, cuanto más en el contexto en que se efectuó— se ve acompañada de una simultánea profesión de fe en un «modelo colonial» (*ibidem*, pp. 97-98) que no afronta esas cuestiones previas.

Encontramos parecida actitud en P. Kalb (1975, pp. 384-385) para quien la falta de claridad del concepto «colonia» se reduce al fin y a la postre al hecho de haber escogido como paralelo el tipo de fortificación en vez de la planta de las viviendas.

II.3.2. Concepción actual

La constatación de que el modelo colonial adolecía de imprecisión y falta de claridad no llevó aparejada la reflexión sobre el propio modelo. Esta sólo llega cuando los resultados de los análisis radiocarbónicos ponen de manifiesto la «falla» cronológica existente entre ambos extremos del Mediterráneo. Como sabemos (*cf.* capítulo 3, apartados II y III.3), las consecuencias de este hecho afectan, en último término, al ámbito metodológico, al propiciar la puesta en cuestión del difusionismo como explicación única del cambio cultural en Europa occidental. El papel jugado por C. Renfrew en el replanteamiento del tema es básico y de especial relevancia en el caso del Calcolítico peninsular, cuyo «modelo colonial» es objeto de una detenida revisión por su parte.

C. Renfrew (1967, p. 278) sitúa la fundamentación principal del mismo en la idea de que «no hay humo sin fuego [...]: mientras unos paralelos individuales con el Egeo puedan no resultar impresionantes, en conjunto, a menudo parecen convincentes».

En primer lugar, los tres rasgos más importantes del Calcolítico ibérico: «fortificación, metalurgia y tumbas edificadas, no resultan sorprendentes en una cultura protourbana, fundada como lo estaba en un Neolítico muy floreciente con el que no hay discontinuidad aparente [...]. La segunda objeción a la colonización egea es la dispersión geográfica y cronológica tanto en Iberia, como en el Egeo, de los paralelos citados que, por sí mismos, no siempre son impresionantes» (*ibidem*, p. 279).

En tercer lugar, critica el núcleo mismo del modelo: la idea de los

prospectores metalúrgicos. Tal idea «está debilitada [...] por la relativa abundancia de cobre en el Mediterráneo oriental, por la localización de los yacimientos de estaño de Iberia en el noroeste (donde los rasgos "coloniales" son raros), y por la total ausencia de estaño en los artefactos metálicos locales. Esto sería extraño si Los Millares fuera un intermediario en el comercio de estaño de Galicia».

A su vez, el modelo no ofrece una sola importación indudable del Egeo, ni acierta a explicar, por un lado, muchos otros rasgos exóticos (*ibidem*, p. 280) y, por otro, la gran antigüedad del megalitismo en ciertos territorios europeos (*ibidem*, pp. 285-286).

Concluye (*ibidem*, p. 287) que «la creencia en que el desarrollo calcolítico de Iberia [...] fue instituido por colonos del Mediterráneo oriental [...] puede ser totalmente errónea y ciertamente parece sumamente difícil de probar hoy día mediante documentación independiente y detallada».

Sugiere entonces la hipótesis alternativa de que «el Calcolítico de Iberia se desarrollara localmente, con la invención local de la metalurgia y un mínimo de influencia exterior» (*ibidem*).

La decisión definitiva se deja a la obtención de una cronología relativa y absoluta fiable. Años más tarde el incremento de las dataciones radiocarbónicas en Europa y la corrección dendrocronológica de las mismas (*idem*, 1979b) le llevan a considerar insostenible el «modelo colonial» y a desarrollar una teoría evolucionista del cambio cultural que dé la réplica al difusionismo hasta entonces hegemónico (*idem*, 1979a).

Quizá haya que atribuir a la «falta completa de una cronología relativa fiable» (*idem*, 1967, p. 280) y de fechas absolutas en la Península en el momento de publicación de su primera obra, así como a la circunstancia de que el «factor oriental» fuera una de «las piedras angulares tradicionales de la Prehistoria europea» (*ibidem*, p. 277) y, desde luego peninsular, la escasa incidencia de las tesis de C. Renfrew entre nosotros. Sea como fuere, el dato no deja de resultar llamativo y digno de meditación detenida si se desea llegar a comprender la situación actual.

Probablemente sea A. Arribas (1977, p. 71) el prehistoriador español que recoge con mayor fidelidad las tesis de C. Renfrew. Tras una breve exposición de las mismas sostiene:

Si reconocemos que las fechas de C-14 de Los Millares corresponden a una fase posterior a la construcción de la muralla y tomamos en cuenta las de

Zambujal, no parece arriesgado situar el inicio de Los Millares en el 2500 a.C., es decir antes que las fortificaciones semejantes del Egeo.

Naturalmente, al negar la influencia de los colonos del Egeo hay que comenzar a pensar que la metalurgia del cobre en la Península Ibérica proceda de un origen local, independiente.

Coherentemente con esa idea, Arribas (*ibidem*, p. 72) desestima el «rastreo en busca de motivaciones exteriores [...], ya sea egipcias, palestino-sirias o egeas» para los objetos calcolíticos muy elaborados (en este caso un ídolo de marfil). «Los paralelos son muy amplios y lejanos, los problemas cronológicos son grandes y la necesidad de acudir a un origen nebuloso y lejano tampoco se necesita si es posible elaborar unos argumentos que permitan aceptar unos estímulos locales, aun cuando tengamos que aceptar que cuando menos la materia prima hubo de ser traída de fuera.»

La importancia del cambio conceptual en el replanteamiento del período, advertida por Arribas, tiene otras connotaciones en el de Maluquer de Motes (1975a, p. 137). El autor, partidario poco antes de la colonización del Occidente (*idem*, 1972, pp. 36 y 39-40), recurrir a la datación radiocarbónica para revitalizar su fidelidad a la vertiente occidentalista de la Escuela de Barcelona y hacer notar el papel del modelo colonial en el reforzamiento del difusionismo orientalista. Así, la hipótesis colonial (*idem*, 1975a, p. 137)

sin duda es bonita y lógica, [pero a la vez] difícil de sostener en serio [porque] no se apoya en razones convincentes, ni en datos estratigráficos. Savory ha mostrado que en Vila Nova de San Pedro existen tres horizontes cronológicos y que el inferior al que corresponderían los supuestos materiales de importación, es anterior a la construcción de bastiones defensivos. Con ello los datos sobre la supuesta colonización pierden color y sólo queda la presencia de unas cerámicas [...] dichas «importadas» [...] que [...] «recuerdan» el *urfirnis* del Egeo. Dato absolutamente insuficiente para crear toda una colonización de Occidente. Por otra parte los autores que siguen la mencionada hipótesis se ven obligados a distinguir en unos lugares una orientación más propiamente cicládica y en otros minoica, etc., es decir, que los datos son tan tenues y subjetivos que no se sostienen con lo que hoy sabemos. Mucho nos tememos que la formulación sobre la presencia de colonias exóticas egeas, responda en realidad a un deseo más o menos inconsciente de mantener los criterios orientalistas de difusión para la cultura dolménica, en un momento en que la aplicación del radiocarbono ha provocado una profunda crisis en lo más corrientemente aceptado, subrayando el interés y acierto de las viejas hipótesis occidentalistas que en buena parte se revitalizan.

Por su parte, R. de Balbín (1978) y M. Fernández-Miranda (1985) vuelven por pasiva —con diferencias de énfasis— la argumentación de Arribas. Así creen innecesario aceptar estímulos locales cuando existen razones para acudir a otros lejanos. Representan la posición más generalizada.

El primero (Balbín, 1978, pp. 77-78) entiende que el envejecimiento de las «cronologías arqueológicas habituales [...] conlleva una gran cantidad de problemas de entendimiento cultural, de los cuales el primero sería la *existencia probada de paralelos formales con el oriente mediterráneo*, que a pesar de las novedades cronológicas no conviene olvidar».

Además, la suposición de Piggott o Renfrew de «una anterioridad al occidente europeo, no solamente para el conjunto megalítico, sino también para la metalurgia [...] no [le] parece por el momento suficientemente probada. Aun admitiendo la preeminencia occidental para los fenómenos antedichos» se plantearía otro problema: el riesgo de una excesiva regionalización del fenómeno megalítico (*ibidem*, p. 78). Esto «parece contraindicado cuando se observan relaciones materiales y formales. Se trata a [su] modo de ver de una tendencia regionalista hoy muy vigente [...] que no es imposible, pero todavía no está bastante clarificada» (*ibidem*).

Esa sólida convicción difusionista del autor, que le impide concebir paralelos formales que no impliquen contacto, le lleva incluso a sugerir que si se confirmaran las fechas carbono 14 corregidas, «habría que admitir [...] una anterioridad y preeminencia absoluta del megalitismo y de la metalurgia occidentales, e *incluso la posibilidad de un reflujo hacia oriente*» (*ibidem*, pp. 78-79).

Las solas objeciones que, a su juicio, cabrían a esa idea serían el eventual «conflicto con las cronologías derivadas de la historia egipcia» y el hecho de que la «única apoyatura para tal afirmación se basa en la cronología radiocarbónica» (*ibidem*, p. 79).

M. Fernández-Miranda (1985) comparte esa misma forma de entendimiento cultural. Su ponencia al XVIII Congreso Nacional de Arqueología expresa bien la posición de la plana mayor del mundo académico sobre el tema y la trascendencia de las cuestiones que se están movilizandando en el debate. Por ello y por la claridad en la exposición doctrinal, creo útil su transcripción en extenso.

La Geografía histórica mediterránea sirve al autor para una defensa de la difusión:

Pero no una difusión masiva de elementos, que sólo se produce en ciertos puntos y en determinados momentos, sino una difusión *punteada*, una transmisión de objetos o ideas que a veces están demostrando la existencia de relaciones directas —o indirectas— de carácter comercial, y otras simplemente, pero no con menor importancia, una comunicación de fórmulas trascendentes o materiales que sirven para propagar, a su vez, elementos plásticos cuya similitud formal corrobora tal clase de contactos [énfasis del autor].

Los fenómenos susceptibles de ese tipo de explicación que más nos interesan ahora son la metalurgia, los rituales funerarios colectivos y los modelos de fortificación tipo Millares-Kalandriani. Centrándonos en la primera se abandona el modelo colonial:

No porque las fechas absolutas [...] no coincidan entre dos puntos concretos [...], sino porque carecemos de evidencias que puedan probar el trasiego [...]. Pero si se niega cualquier tipo de relación cultural, de transmisión, al menos, de ideas, resulta también difícil creer que en menos de dos siglos se vaya a descubrir en toda la mitad oriental del Mediterráneo el proceso de fundición de los minerales de cobre y su transformación posterior en útiles formalmente muy similares en toda ese área. La coincidencia es con frecuencia defendida como suprema explicación por muchos investigadores poco dados a admitir mecanismos difusores, por moderados que sean. Tal vez sea la hora de empezar a pensar si tales presupuestos pueden ser tenidos en cuenta dentro de un razonamiento histórico serio [*ibidem*].

La ponencia redactada por A. M.^a Muñoz Amilibia (1982, pp. 18-19) para el XVI Congreso Nacional de Arqueología contenía críticas análogas a una sobrevaloración de las dataciones absolutas que negaba toda posibilidad de relación con el Mediterráneo oriental, cuando se estaban desarrollando allí procesos con manifestaciones arqueológicas comparables. La Geografía histórica («como en tiempos más recientes para nuestra Península») pesaba también. En su caso, en cambio, la metalurgia «podría admitirse como un “invento” autóctono muy a la moda». No ocurre lo mismo con «el sentido de comunidad agraria con fuertes lazos tribales o de clan, con unas creencias en la divinidad oculada, y la organización social suficiente como para llevar a cabo grandes construcciones arquitectónicas, que revelan una capacidad técnica y una tradición común, [que] por ahora no se ras- trea en lo que sabemos de nuestro neolítico» (*ibidem*).

El abandono del modelo colonial³⁷ por otro «mixto» según el

³⁷ La defensa a ultranza del modelo colonial por Schüle (1980, y 1986) es un ana-

cual en las culturas del comienzo de la metalurgia «convergiéron un sustrato indígena [...] y un componente foráneo» (Chapa y Delibes, 1983, p. 332) pasa a convertirse en la versión canónica de los ochenta a través de la publicación de diversos manuales coordinados, dirigidos o escritos por figuras muy significadas del mundo académico (Nieto, 1985; Pellicer, 1986). En ella, la «transmisión de ideas» no se refiere «solamente a estructuras de poblados, sino a otros elementos, como puedan ser las estructuras de enterramiento en "tholos" o cueva artificial, la diversidad iconográfica peninsular de los ídolos y otros elementos más imprecisos, pero siempre recibiendo transformaciones y modificaciones, tanto en la trayectoria como en el lugar de impacto» (Pellicer, 1986, p. 217).

El vehículo de difusión habrían sido los «movimientos comerciales» a través de los cuales «se intercambian, no sólo los productos materiales, sino las ideas» (*ibidem*, p. 123).

Posiciones similares en relación con lo que debe ser un razonamiento histórico serio sostiene el equipo de investigación más significado en el estudio del Calcolítico en la región clásica:

la proliferación de hallazgos en los últimos años de sistemas de fortificación con bastiones y torres circulares, cuya cronología puede remontarse [...] a comienzos del tercer milenio [...] obligan a poner en duda la existencia de múltiples fenómenos de convergencia paralelos y a plantear la posibilidad de un fenómeno de difusión de estos modelos de fortificación [...] conectando quizá con el conocimiento de la metalurgia, sin que por ello tengamos que pensar [...] en contactos directos [y menos aún] en un fenómeno de colonización [Arribas *et al.*, 1983, p. 160; también en Arribas y Molina, 1984a, p. 1040 o Schubart, 1989, p. 29].

Los carteles de nuestros museos arqueológicos están llenos de explicaciones de la variabilidad del registro en exhibición por «intercambios de bienes e ideas».

El «modelo colonial» se ha abandonado pero los presupuestos teórico-metodológicos que hicieron posible su vigencia durante casi veinte años no han sufrido menoscabo apreciable.

cronismo injustificable, en contra de su opinión (Schüle, 1980, p. 55), «en el estado actual de la investigación». En consecuencia, no tiene cabida en la presente discusión (Cf. Hernando, 1988, pp. 193-216; Martínez Navarrete, 1988a, pp. 447-449).

II.3.3. Conclusión

El análisis previo ha tratado de poner de manifiesto cómo en la Prehistoria española la crisis del «modelo colonial» ha sido tardía. A diferencia de lo ocurrido en la investigación anglosajona, la alternativa que se le ha opuesto no tiene el carácter de una auténtica «reacción». La importancia asignada a la transmisión directa o indirecta de ideas en amplias áreas del Mediterráneo a través del comercio o por contactos no precisados queda reflejada en los estudios especializados y en aquellos otros dirigidos a un público más amplio.

Arribas y Molina (1984b, p. 65) atribuyen la general aceptación de la colonización del Occidente por prospectores metalúrgicos orientales a que «la tesis estaba bien construida» y «el prestigio de sus propugnadores era grande». En realidad, si se recuerdan las inconsistencias advertidas en el modelo, incluso por sus propios propugnadores, hay que pensar que esa solidez no está conectada con su articulación arqueológica. Tiene que ver con su coherencia con la tradición historiográfica de la investigación española en la que, en efecto, el modelo de ciencia alemán siempre ha tenido un peso fundamental.

Los autores (*ibidem*, p. 66) son conscientes de que «la intranquilidad y zozobra que cada nueva datación [absoluta] aportaba a [los] postulados básicos» del difusionismo orientalista no implicaron la puesta en cuestión del mismo. Como indica Fernández-Miranda (1985), la razón por la que se abandona el modelo colonial no es el desajuste cronológico entre ambos extremos del Mediterráneo. Esa objeción puede salvarse invirtiendo la dirección del movimiento difusor (Balbín, 1978, pp. 78-79) o buscando paralelos más antiguos en el Mediterráneo oriental (Arribas *et al.*, 1983, pp. 159-160; Muñoz, 1982, pp. 18-19).

El «colonialismo» del III milenio a. de C. deja de considerarse una explicación convincente por la confluencia de factores muy diversos. Las dataciones absolutas y la falta de pruebas de contacto a larga distancia, puesta en evidencia por las aplicaciones de la ciencia en Arqueología, coinciden con el conocimiento más o menos preciso de las orientaciones nuevo-arqueológicas y con una nueva perspectiva historiográfica desde la cual el modelo resultaba anacrónico.

La alternativa no deja de ser paradójica. Como la evidencia arqueológica disponible no basta «para hablar de un proceso de difusión apoyado en contactos seguros y relativamente regulares, no que-

da más remedio» que explicar la similitud de procesos en el ámbito mediterráneo durante ese período «como un característico ejemplo de difusión punteada, a través de la transmisión de una idea» (Fernández-Miranda, 1985). La difícil demostración empírica de tal proceso se compensa, en este caso, por la creencia en que la difusión es el único mecanismo aceptable, dentro de un razonamiento histórico serio, para dar cuenta de la coincidencia (*ibidem*). Se trata de una posición arraigada en principios filosóficos y políticos profundos que, evidentemente, quedan fuera del ámbito de contraste del registro arqueológico.

La incapacidad del particularismo histórico para abordar la causalidad cultural ya se ha expuesto en otro lugar (capítulo 1). La determinación histórica es objeto de atención en los últimos años en la península Ibérica de la «corriente de investigación que considera inadecuada la línea de teoría cultural que ha venido existiendo desde el comienzo de los estudios» (Arribas y Molina, 1984b, p. 75; Arribas *et al.*, 1983, p. 149). Dicha corriente «cuestiona ahora el valor de la cronología como sistema de explicación» y pone de relieve que las semejanzas entre elementos arqueológicos «no representan necesariamente una interacción entre comunidades [...] o que los cambios formales [...] pueden mostrar la continuidad de los procesos de cambio social» (*ibidem*). Esta corriente se comenta en el marco del enfoque integrado de la cultura (apartado III de este capítulo).

II.4. *La cuestión campaniforme*

II.4.1. Introducción

Se entiende por «cuestión campaniforme» la discusión clásica en la Prehistoria europea en torno a la definición e interpretación de la asociación tipológica designada con los términos «complejo» o «cultura» campaniformes. Esta asociación incluye esencialmente un vaso cerámico en forma de campana con profusa decoración acompañado, a partir de un cierto momento, de puñales de cobre con empuñadura de lengüeta, botones de hueso con perforación en V y muñequeras de arquero de piedra³⁸.

³⁸ El enfoque paneuropeo de la investigación hace inevitable que me refiera en esta introducción, al menos, a las líneas más generales del panorama extrapeninsular. Sin esa contextualización no se entendería la investigación específica.

La cuestión campaniforme queda configurada, en primer lugar, por la hipótesis de que «el fenómeno campaniforme tiene una causa única [...] y] por tanto es susceptible de tratamiento global» (Gallay, 1979, p. 232). Eso se expresa en el enfoque comparativo paneuropeo que ha caracterizado (Castillo, 1928) y caracteriza su estudio (Chapman, 1976, p. 135; *idem*, 1987a, p. 64; Shennan, 1986; Sherratt, 1987).

Dado el marco histórico-cultural de la investigación y su consiguiente identificación entre conjuntos arqueológicos y movimientos de población o fenómenos de difusión cultural (Chapman, 1987b, p. 1), no resulta sorprendente que la amplia distribución de esta cerámica diera «pie al reconocimiento de una civilización campaniforme que unificaba tan vasto territorio e incluso a que se hablara bastante frívolamente de un pueblo y hasta de una raza campaniforme» (Delibes de Castro, 1985, pp. 44-45).

En ese marco «el problema se convierte en el de “los orígenes”» (Clarke, 1976, p. 460). Los intentos de explicar cómo, cuándo y dónde apareció por primera vez la cerámica campaniforme se basan en el empleo del método comparativo tipológico, así como en las evidencias cronológica y de distribución disponibles en el momento (*ibidem*).

En segundo lugar, las cerámicas son la clave para la comprensión del tema (Harrison, 1977a, p. 6). Por ello y, desde la perspectiva citada, se considera legítimo su aislamiento de los contextos culturales en los que aparecen (*ibidem*) y su comparación con otras procedentes de cualquier territorio europeo o norteafricano.

En tercer lugar, se asume la existencia de dos complejos distintos (*ibidem*): el Cordado-Marítimo-Mixto, más antiguo, de origen occidental (holandés o portugués, según los casos) y el Inciso de origen centroeuropeo.

La cuestión campaniforme, tal como se acaba de delimitar, satisfacía muchas de las expectativas de precisión cronológica de la investigación prehistórica. La amplia distribución de los vasos campaniformes llevó a creer desde Aberg (1921, en Harrison, 1977a, p. 1) «en una aparición de duración muy corta, lo que permitía utilizarlos como horizonte cronológico» (Sangmeister, 1963, p. 25). Su vinculación con la metalurgia proporcionaba también una referencia cultural. En efecto, «su llegada a Europa occidental [se conectaba] con la extensión del uso del cobre y oro a sociedades donde previamente eran desconocidos o escasamente explotados», así como con el recurso de una nueva tecnología donde dichos metales ya se manejaban, con el em-

pleo de nuevos productos de lujo y con el desarrollo de relaciones comerciales intereuropeas. Todo ello sentaría las bases de las jefaturas de la Edad del Bronce Antiguo (Harrison, 1980, p. 9).

La utilidad de la cerámica campaniforme como elemento sincronizador a larga distancia y referencia cronológico-cultural no es lo único que explica el arraigo de la concepción clásica. Intervienen también una serie de factores vinculados tanto con el marco histórico concreto en el que se desarrolla la investigación prehistórica, como con los presupuestos teóricos que la fundamentan.

Recordemos cómo G. Daniel (1973, p. 114) llama la atención sobre la utilización con fines políticos en la España de los años cuarenta de las tesis de Bosch Gimpera (1940) y Castillo (1928) acerca de la difusión del vaso campaniforme desde la península Ibérica al resto de Europa.

Representa, además, uno de los mejores ejemplos de aplicación del enfoque histórico-cultural de la Arqueología europea (Chapman, 1987b, p. 1), así como de la vertiente historicista de la misma (Gillman, 1988, p. 50). Es difícil no encontrar nexos entre «la idea de una gran *koiné* comercial, es decir política, abriendo comunicaciones entre los pueblos, creando un mercado internacional, difundiendo la práctica de la metalurgia» que lleva consigo la cuestión campaniforme (Guilaine, 1984a, p. 1) y el sentido unificado de un pasado europeo (Rowlands, 1984b, p. 154).

Su configuración particular no puede entenderse, por último, sin tener en cuenta la vinculación entre difusionismo y particularismo histórico por la cual, «ciertamente, no se puede admitir la formación de dos hogares campaniformes independientes en dos zonas geográficamente alejadas. Cualesquiera que sean los lazos que los unen, esos lazos siempre existen» (Treinen, 1970, p. 302, n. 199).

Una vez identificado el lugar donde se encuentra la forma cerámica más parecida a la del vaso que se estudia, se «deben suponer» los caminos a través de los cuales se ponen en relación ambos tipos cerámicos, «aunque ese trayecto no pueda ser definido con ayuda de hallazgos intermedios» (Sangmeister, 1963, p. 51).

La atención primordial a la caracterización de la evolución tipológica de las cerámicas se expresa en las preguntas de cómo, cuándo y dónde surgen, preguntas que sustituyen a la mucho más interesante en términos históricos de por qué (Clarke, 1976, p. 985). Por otra parte, los intentos de responder a las tres interrogantes tradicionales se ven abocados al fracaso por «la confusión semántica

acerca de si la explicación se relaciona con el origen y expansión de gente diferente que usó campaniforme, con un pueblo campaniforme, simplemente con las vasijas campaniformes para beber o con un conjunto cultural total» (*ibidem*, p. 461). La despreocupación por lograr una precisión sobre esas alternativas de significado cultural tan distinto es otra indicación más del carácter fundamentalmente «arqueológico» del marco tradicional de la cuestión campaniforme.

El replanteamiento del tema tiene lugar por la interrelación de factores de naturaleza tanto teórica como arqueológica. El interés por los aspectos interpretativos por parte de la investigación actual ha favorecido los estudios regionales. Ello ha traído consigo dos implicaciones prácticas. Se abandona la orientación tipológica tradicional que sustituía al examen de los contextos de aparición de las cerámicas por el de la cronología y el de los mapas de distribución de las mismas. Se presta atención a los datos ecológicos y los contextos socioeconómicos hasta entonces poco valorados (Guilaine, 1984a, p. 1).

La consecuencia de este cambio de perspectiva es que «las investigaciones recientes han opuesto la extrema heterogeneidad de los grupos con campaniforme a la antigua noción de una cultura única, cara a Alberto del Castillo» (*ibidem*). En efecto, al integrar los campaniformes en la evolución propia de los grupos regionales «se hace cada vez más difícil interpretarlos como elementos de una gran cultura monolítica. Percibidos a través de las excavaciones de los hábitats, los campaniformes no resultan muy frecuentemente más que un aspecto particular de las civilizaciones autóctonas» (*ibidem*; también en Criado y Vázquez, 1982, p. 82).

Clarke (1976, p. 641) recoge diversos datos expresivos de esa extrema heterogeneidad del fenómeno campaniforme. En lugares bien investigados hay desde miles de sitios campaniformes, como en Gran Bretaña, a unas pocas docenas de hallazgos, como en Dinamarca. Los porcentajes de esa cerámica van de uno o dos fragmentos en el conjunto a más de un 30%. Los elementos asociados con ella varían según las áreas y dichos elementos se encuentran, a su vez, con otros conjuntos cerámicos (*ibidem*). Por otra parte, hay que tener en cuenta que todos estos factores intervienen de una manera diferente según se trate del conjunto Cordado-Marítimo-Mixto o Inciso.

En opinión de G. Delibes de Castro (1985, p. 48; también en Chapman, 1987b, p. 1), «el primer intento serio de interpretar tales diferencias y de buscarles una explicación científica» se debe a Sangmeister (1963). Sin embargo, hasta el Simposium de Oberried de 1974

no se introducen los cambios que definen las versiones renovadoras de la cuestión campaniforme. Las nuevas perspectivas teóricas defendidas por Clarke (1976)³⁹, la caracterización de la secuencia holandesa por parte de Lanting y Van der Waals (1976) y la revisión de la documentación antropológica por Gerhardt (1976) aparecen en la consulta de la bibliografía específica como las iniciativas fundamentales a ese propósito.

Para Clarke (1976, p. 460), la solución del problema campaniforme no depende exclusivamente, como se pretende, de la consecución de una clasificación más refinada o de una cronología más detallada. Dicha solución «ha sido inminente desde hace medio siglo y está todavía lejos de nuestro alcance. En realidad, el problema no es un asunto de datos sino [...] de teoría». Desde esta perspectiva, la preocupación clásica por la identificación de los orígenes de las cerámicas campaniformes es «un problema irreal [...], insoluble [...] que no merece el intento de solución» o, al menos, de importancia secundaria (*ibidem*). El propósito de la investigación debe ser la formulación de «modelos más realistas [...] de la conducta económico-social implicada en la manufactura, distribución, uso y deposición de todo el conjunto cerámico y sus artefactos, sitios y contextos asociados» (*ibidem*).

El primer paso para lograrlo es poner en cuestión la presunción subyacente a los estudios del campaniforme de que los cacharros «son simple y exclusivamente un producto doméstico, barato, hecho por cada ama de casa» (*ibidem*, p. 461). Así, hay que tener en cuenta «las redes de intercambio prehistórico» previas y contemporáneas a las del campaniforme, la evidencia «de analogías experimentales directas [...], de modelos etnográficos de base amplia [...] y la evidencia física directa de los propios campaniformes de calidad y de sus sitios domésticos» (*ibidem*, p. 462).

A la luz de esa información, las cerámicas campaniformes finas eran «muy caras de producir, tanto en horas-hombre como en términos de valor contemporáneo» (*ibidem*). A su juicio (*ibidem*, p. 467),

una pequeña proporción [de las mismas] era intercambiada [...], en parte, porque era menos caro en tiempo y energía [...] importar[las] de centros con bue-

³⁹ El carácter «fundacional» de este texto, marco directo o indirecto de las propuestas actuales (Sherratt, 1982 y 1987; Shennan, 1986) (cf. *supra*, pp. 213-214), me anima a dedicarle especial atención.

nas arcillas, próximos al mar o a comunicaciones fluviales y, en parte, por razones sociales que implican alianzas personales, prestigio, simbolización de estatus y conducta de exhibición [...]. En un período en el que el mejor transporte de volumen a larga distancia era [...] la canoa [cabe atribuir a las rutas marítimas y las redes fluviales un importante papel] en la distribución campaniforme, particularmente las del Rin, Ródano, Danubio con sus cabeceras convergentes y las cadenas litorales e islas del Mediterráneo occidental y Atlántico septentrional.

Esto introduce importantes cambios en la interpretación de la distribución campaniforme. Ahora puede ser no tanto la de «sociedades campaniformes cuanto la de grupos que deseaban importar campaniformes. Bajo esta perspectiva el “grupo campaniforme” debería ser llamado con más propiedad “red campaniforme”», sin que se excluya la intervención regional de muchos otros factores (*ibidem*, p. 468). Entre ellos se encuentran «la distribución diferencial de arcillas adecuadas, combustible, agua, las facilidades de comunicación y otros elementos sociales, económicos y ambientales» (*ibidem*, p. 474). No excluye tampoco contados movimientos de población «durante períodos prolongados de tiempo y asumiendo continuidad indígena» (*ibidem*).

Clarke (*ibidem*, p. 475) vincula la trascendencia de estas redes comerciales con la situación demográfica y social de la época. El reducido tamaño de los asentamientos campaniformes y de sus cementerios familiares, su dispersión y los artículos que contienen indican:

una situación de baja densidad en la que interconexión y apoyo recíproco tienen seguramente que haber sido vitales. [En tal caso,] el papel jugado por las redes comerciales en el anudamiento de alianzas puede haber sido de tan crucial importancia para el mantenimiento de la identidad y de las relaciones comunes de los grupos dispersos como su papel económico en los intercambios recíprocos de alimentos, recursos, metal y tecnología [*ibidem*].

Sugiere que el valor simbólico de la cerámica campaniforme en esas redes socio-económicas se debiera a su circulación junto con las mujeres y los tejidos (*ibidem*, p. 471). Los textiles pudieron desarrollar temas específicos que identificaran y simbolizaran un emblema heráldico (por ejemplo, como los tartanes escoceses): «Si las mujeres que se casaban usaban los tejidos y también hacían y decoraban los campaniformes finos para intercambio entonces sería fácil comprender cómo unos influyeron en los otros, llevando un simbolismo es-

table y explícito.» Se explicaría así «el conservadurismo que se observa en algunas de las tradiciones campaniformes regionales» (*ibidem*).

El texto define lo que está siendo la concepción del fenómeno campaniforme de los ochenta. La interpretación histórico-cultural (el «pueblo» o «cultura» campaniforme) es sustituida por otra de naturaleza funcionalista (la «red» campaniforme) manteniéndose, en cambio, el enfoque paneuropeo. De hecho la «red campaniforme» se convierte en un caso para la aplicación del modelo de interacción entre unidades políticas paritarias (Shennan, 1987, p. 376). Las cerámicas pasan a ser objetos de prestigio, símbolos de poder, estatus y rango y, al propio tiempo, transmisores de un mensaje de integración cultural.

Esta versión fundamenta la última gran obra de conjunto publicada sobre el campaniforme europeo (Harrison, 1980) y, en general, todas las que se ocupan del tema. En nuestro país se ha incorporado recientemente a las obras de síntesis (Delibes de Castro, 1985, p. 51; Nieto, 1985, pp. 335-336; Pellicer, 1986, p. 252) y no sólo a las especializadas (Delibes de Castro, 1987*b*).

Gran parte de la investigación se dedica a la definición e interpretación de las «redes campaniformes». Guilaine (1984*b*, p. 247), cita la propia comunicación de Clarke (1976) al Simposium de Oberried y el trabajo posterior de Gallay (1979) como los principales intentos en ese sentido.

El primero propone un modelo núcleo-periferia que tiene en cuenta únicamente la densidad y aparición de los campaniformes con absoluta desatención a los aspectos cronológicos (Clarke, 1976, p. 474). Defiende

una correlación tosca entre sitios domésticos con una elevada proporción [...] de campaniformes decorados (tipo A) y regiones que tienen densidades muy altas de sitios (principalmente enterramientos) con hallazgos aislados de campaniformes decorados, raramente muchos sitios domésticos campaniformes y evidencia de una tradición cerámica campaniforme local considerable (300-500 años) (tipo I). Esas áreas tipo I/A parecen constituir focos regionales dentro de algún tipo de área nuclear que incluye Gran Bretaña, Holanda, los Países Bajos, Alemania occidental y, con más dudas, ciertas zonas de Francia, Galicia y la Meseta. Más allá de este núcleo hay un «halo periférico [constituido por] regiones que tienen unos cuantos sitios dispersos, con muy pocos campaniformes en contextos domésticos, e incluso campaniformes en número muy pequeño, tanto absoluta como relativamente, con otras tradiciones cerámicas no campaniformes. [Se trata de] Noruega, Dinamarca, Polonia,

Checoslovaquia, Hungría, Austria, Italia, Almería, Valencia y el norte de Africa» [*ibidem*].

En opinión del autor, si esta evidencia no fuera modificada por el desarrollo de la investigación, sugeriría

un área nuclear de la red campaniforme hecha de nudos o focos regionales con un intercambio de larga vida, intrincado, recíproco y regular de artículos y parentesco, un agrupamiento cultural que abraza presumiblemente el área de los orígenes campaniformes. En torno a esos núcleos sería tentador interpretar el borde periférico de [...] 256-320 Km [...] como exactamente lo que esperaríamos del intercambio exterior y copia de cerámicas campaniformes en redes no campaniformes, [una vez hechas las correcciones oportunas a tenor de los factores sociales, económicos y ambientales ya citados] [*ibidem*].

Por su parte, Gallay (1979, p. 232) acepta las tesis de Clarke (1976), según las cuales el fenómeno campaniforme no es una cultura sino un complejo funcional («package») difundido por contacto y comercio. El objetivo de su trabajo es averiguar la delimitación espacial y cronológica de las redes campaniformes y la intervención en su desarrollo del «tipo braquicraneano con planoccipitalia [...] en relación con la idea de un «pueblo campaniforme» de grandes posibilidades migratorias (Gerhardt, 1976)» (Gallay, 1976, p. 231).

Maneja los datos regionales de ocho zonas clave: los Países Bajos, Gran Bretaña, península Ibérica, Bretaña, Mediodía de Francia, Europa central, Suiza, el Jura, cuenca del Saona e Italia septentrional.

Las cuestiones que aborda son muy expresivas de la nueva orientación de la investigación (*ibidem*, pp. 247-248). Caracteriza la cerámica fina campaniforme en relación con la presencia o ausencia de tipos cordado y marítimo y la existencia o no de una influencia del sustrato (cerámica cordada u otras). Además investiga si la cerámica doméstica es propia del complejo funcional campaniforme, relacionable con fases tardías del complejo Vucedol (Begleitkeramik) o de tradición estrictamente local. Indica si aparecen o no hachas de combate de piedra, signo de relación con el tipo cordado. Contempla también «si hay culturas contemporáneas refractarias a la intrusión del complejo funcional campaniforme, dejando aparte las influencias parciales o la intrusión de elementos aislados». Finalmente, establece si «el conjunto en el que se inserta da lugar a una civilización del Bronce

Antiguo claramente caracterizada, (sobre todo, por su metalurgia del bronce)» (*ibidem*).

La dinámica histórica arranca de la hipótesis de Lanting y Van der Waals (1976) de una derivación directa cerámica cordada-campaniforme marítimo en los Países Bajos (el «Modelo holandés»). Allí se situaría el lugar de origen único del «package» campaniforme (Gallay, 1979, p. 251).

Desde el punto de vista cronológico cree posible «distinguir dos períodos sucesivos. La fase arcaica corresponde a la difusión por vía comercial de los prototipos campaniformes europeos (cordados y, después, marítimos)», definitorios de las redes 1 y 2 respectivamente, así como «al desarrollo de centros locales de producción» (*ibidem*). El área alcanzada por la difusión de los vasos cordados «engloba Gran Bretaña, Bretaña y alcanza el Mediodía de Francia por el corredor Rin-Saona-Ródano. Estos elementos aislados se insertaron en contextos locales, sobre todo en el megalítico» (*ibidem*, p. 248). La red 2, «mal individualizada de la precedente, se distingue por la aparición [de los nuevos vasos marítimos] y una difusión geográfica un poco diferente. El eje principal se sitúa en la fachada atlántica de Europa con los tres centros privilegiados de los Países Bajos, Bretaña y Portugal (Estremadura). El eje Rin-Ródano pierde algo su importancia. Como anteriormente, Europa central queda aparte. Esos elementos aislados se incorporan a contextos estrictamente locales» (*ibidem*).

La fase reciente comprende tres complejos culturales distintos con elementos campaniformes (*ibidem*, p. 251). Cada uno de ellos da lugar a una red aproximadamente sincrónica, manifestación de la diferenciación regional del complejo (*ibidem*, p. 248).

El primero es «el conjunto Países Bajos/Gran Bretaña. Corresponde a la única verdadera cultura campaniforme de ascendencia cordada. Es posible considerar sobre esta base una cierta colonización de Gran Bretaña por poblaciones originarias de los Países Bajos» (*ibidem*, p. 251). Este núcleo evolutivo y «una zona de difusión secundaria que engloba el eje Rin-Ródano y la Europa central» constituyen la red 4 o «complejo campaniforme septentrional» (*ibidem*). El núcleo evolutivo se caracteriza por «un “package” campaniforme relativamente homogéneo vinculado con una cerámica doméstica específica» (*ibidem*, p. 250). En la zona de difusión «está asociado con elementos de la red 3 (*Begleitkeramik*)» (*ibidem*, p. 251).

El segundo complejo cultural es el de Europa central, «próximo al complejo Vucedol tardío. La población relacionable con esta cul-

tura es, pues, originaria de la cuenca carpática y se extiende progresivamente por una vasta zona centrada en el arco alpino en sentido amplio, desde Checoslovaquia al Mediodía francés» (*ibidem*). La cerámica característica es la *Begleitkeramik* que define la red 3 y, secundariamente, se asocia al *package* campaniforme de la red 4 (*ibidem*, p. 248). Estos elementos se definen por su carácter intrusivo, «salvo quizá en Suiza» y porque tienden a «encerrarse» en ellos mismos, de donde resultan oposiciones espaciales con los grupos cordados tardíos, por una parte, y con el Calcolítico mediterráneo, por otra (Calcolítico provenzal y civilización de Remedello) (*ibidem*, p. 250).

El tercer complejo cultural o «complejo campaniforme meridional» es identificable en la península Ibérica, donde se «inserta directamente en el viejo fondo mediterráneo sin cambio importante en el mosaico de poblamiento subyacente» (*ibidem*, p. 251). La cerámica campaniforme deriva, como en el complejo 1, «del sustrato marítimo y se diversifica regionalmente». Constituye la red 5. «La zona más dinámica parece ser la Meseta española» (*ibidem*, p. 250).

En cuanto a la influencia del fenómeno campaniforme en la aparición de las culturas del Bronce Antiguo, salvando los elementos británicos del primer conjunto cultural que «aparentemente [...] evolucionan hacia una verdadera civilización» (Wessex) (*ibidem*, p. 251), dicha aparición «parece unida a la difusión del complejo cultural 2, asociado a Vucedol, y no al campaniforme». La ilusión de una relación campaniforme-Bronce Antiguo se debía a que el «complejo Vucedol-*Begleitkeramik* constituye un medio ampliamente abierto al *package* campaniforme», al contrario de lo que, paradójicamente, si se recuerda el origen del campaniforme, ocurre con «las prolongaciones recientes del cordado» (*ibidem*).

En el caso de la península Ibérica, la situación varía según el conjunto cultural de que se trate. Cree posible una influencia del complejo Vucedol-*Begleitkeramik* en la eclosión de la cultura del Argar (*ibidem*, p. 250), pero sostiene que los elementos del «complejo campaniforme meridional» «no juegan un papel determinante» en su aparición o en la del Bronce del Suroeste⁴⁰.

La integración de los datos biológicos aporta luz a la definición

⁴⁰ Hoy en día tanto Delibes de Castro (1985, p. 57) como Fernández-Posse (1986) valoran la influencia de los grupos Ciempozuelos (red 5) en la configuración de la cultura de Cogotas I del Bronce Pleno-Final.

de la dinámica histórica que se propone en la medida en que las fronteras interculturales están marcadas por un mínimo de comunicación de bienes, mujeres y mensajes (*ibidem*, p. 234). La restricción cultural a las alianzas matrimoniales afecta los intercambios genéticos, creando un aislamiento relativo que favorece la individualización de particularidades biológicas fenotípicas (*ibidem*, p. 235). La prelación del determinismo sociocultural sobre el ecológico es admisible en este caso, «ya que los medios ecológicos naturales son relativamente homogéneos (la Europa templada) y el período comprendido relativamente corto (un milenio como máximo)».

La admisión de esta hipótesis biocultural tendría tres implicaciones. La primera es que «el primer conjunto, próximo al tipo antropológico cordado, debería encontrarse en los Países Bajos e Inglaterra» (*ibidem*, p. 251). El segundo conjunto que debería corresponder al tipo antropológico supuestamente campaniforme (*ibidem*), en realidad, se vincula con los componentes biológicos del complejo Baden-Vucedol. En consecuencia debería identificarse entre los de las culturas del Bronce Antiguo de Europa central (*ibidem*). El tercero sería «puramente mediterráneo y característico de la península Ibérica» (*ibidem*).

La evidencia antropológica disponible para la confirmación o refutación de estas hipótesis es poco resolutoria (*ibidem*, p. 252) (véase *infra*). Los datos de las islas Británicas «son muy limitados» y los de los Países Bajos «casi nulos (por condiciones de conservación)». En cuanto a la segunda, «los datos sobre las poblaciones balcánicas de los complejos Baden-Vucedol son insuficientes». Finalmente, «no poseemos prácticamente ninguna información utilizable para el Bronce Antiguo mediterráneo» (*ibidem*).

Esas restricciones no impiden, a su juicio, confirmar los dos últimos pronósticos. Los resultados del estudio de R. Menk (1979) apoyarían la idea de que la región nuclear del tipo individualizado por Gerhardt (1976) «se relaciona orgánicamente con la *Begleitkeramik*» (Gallay, 1979, p. 252). En cambio, en contra de lo propuesto en la segunda hipótesis, «los componentes biológicos de la civilización de Unětice se relacionan [...] claramente con el tipo cordado y no con las poblaciones» con *Begleitkeramik* (*ibidem*, p. 253). En la península Ibérica el tipo de Gerhardt «no parece totalmente ausente», apareciendo «en los contextos campaniformes mediterráneos un componente nuevo representado por individuos meso-dolicocráneos de muy grandes dimensiones craneanas». Sería bien una «eventual

especiación mediterránea» del tipo de Gerhardt, bien resultado de «contactos con Africa del Norte (?)», conocidos a nivel comercial (*ibidem*).

Estas versiones de la red comercial campaniforme paradójicamente, considerando que el propio Clarke se encuentra entre sus definidores, dejan de lado la respuesta a la cuestión del «por qué» sin salir del viejo problema de los orígenes. Este parece haberse dado por resuelto aceptando el «Modelo holandés» citado (Harrison, 1980; Shennan, 1986; Sherratt, 1987). Lanting y Van der Waals (1976) lo definieron a partir de datos contextuales y dataciones radiocarbónicas. Tuvieron en cuenta la continuidad de las prácticas funerarias y la alfarería entre los grupos neolíticos y campaniformes, la dispersión geográfica de unos y otros, además de las series radiocarbónicas de la cuenca inferior del Rin, para proponer una secuencia ininterrumpida en dicha zona desde los tipos PFB a los cordados y, después, marítimos (Waals, 1984, pp. 3 y 5). Ahora bien, como advierte Clarke (1976, p. 481):

si tuviéramos una evidencia detallada con el mismo grado de precisión en todas nuestras áreas focales, ¿no llegaríamos a similares conclusiones en las mismas, y no aparecería de nuevo el mismo problema? [...]. Obviamente *tiene* que haber habido continuidad de población en todas las áreas, excepto bajo circunstancias excepcionales, por tanto en todas [...] cabe esperar encontrar eventualmente una relación gradual como la que se ha demostrado [...] en la cuenca baja del Rin [énfasis del autor].

A su juicio, la mejor de las condiciones probatorias es la cronología «y eso causa ya una ligera dificultad al esquema de Lanting-Van der Waals, dadas las antiguas fechas de Francia y España» (*ibidem* y Guilaine, 1984c).

Los problemas cronológicos del «Modelo holandés» son muy diversos. Dejando de lado los de carácter general, intrínsecos al radiocarbono y su aplicación (Fernández Martínez, 1984), derivan de la heterogeneidad de la muestra de dataciones la gran antigüedad de otros tipos cerámicos y la imposibilidad de lograr una precisión cronológica durante el III milenio a. de C. cuando se recurre a la calibración (Case, 1987, p. 115).

Las dataciones radiocarbónicas son escasas, si se tiene en cuenta el marco espacial y temporal implicado, y están muy desigualmente distribuidas tanto en relación con ese marco como con las variedades campaniformes afectadas (véase *supra* Clarke).

Por otro lado, las dataciones de las cerámicas de estilo marítimo de Zambujal (Portugal), mediodía español, centro-oeste francés, Normandía y la cuenca de París hacen posible, en opinión de Case (*ibidem*, pp. 116-117),

que los campaniformes marítimos del bajo Rin estén al final de una serie amplia de conexiones desde el Mediterráneo occidental donde la serie se originó al menos en una fecha tan antigua como la de los campaniformes renanos A.O.O. [...]. La posibilidad añadida de que los campaniformes marítimos del Mediterráneo occidental sean más antiguos [...] queda abierta por [...] las fechas asociadas con el grupo pirenaico de campaniformes.

Finalmente las dificultades, hoy por hoy insalvables, de la corrección calendárica impiden contar con la precisión cronológica exigida por los períodos de mutación rápida con los que se trabaja (Guilaine, 1984c, p. 184). Dicha precisión debe proceder de las fechas relativas (Harrison, 1988, pp. 467 y 471).

Se llega así al punto del que partía la crítica de Clarke al «Modelo holandés».

El último tema clásico pendiente es la existencia o no de un componente humano específico asociado al campaniforme. El factor antropológico debe servir, como en tantos otros problemas de difusión, como dato probatorio de una cierta hipótesis a propósito del centro originario y vías de difusión de los campaniformes.

Los obstáculos principales para llegar a conseguirlo derivan de las limitaciones de la evidencia disponible tanto como del modo como se han emprendido los estudios. En el primer caso, no se trata únicamente de que en muchas zonas carezcamos por completo de datos (Gallay, 1979, p. 252). Además, muchos de los existentes son de dudosa fiabilidad. Los comentarios de M. Antón (1897, p. 468) a propósito de la importante colección antropológica de Ciempozuelos (Madrid) describen, probablemente, un caso extremo de las deficiencias de la documentación primaria procedente, en gran parte, de la primera investigación: «tal cual llegaron al laboratorio no eran ya cráneos [...], sino compleja confusión de restos [...] tan deleznable, que se reducían a cenizas que volaban en pavesas al más suave contacto o al más débil movimiento».

Harrison (1980, pp. 159-164), por su parte, pone en cuestión «los métodos tradicionales de medida y los estudios analíticos simples» que han solido emplearse.

En definitiva, la «red campaniforme» aboca al mismo callejón sin salida que la «cultura campaniforme».

Los apartados que siguen están destinados a exponer el desarrollo de la investigación de la «cultura campaniforme» en la península Ibérica. El comentario de las propuestas acerca de la «red campaniforme» (Harrison, 1980) se enmarca dentro del enfoque integrado de la cultura.

II.4.2. Las tesis clásicas

«La Teoría Clásica se desarrolla a partir de las ideas de Schmidt (1913) y sus alumnos de 1913 en adelante» (Harrison, 1977*a*, p. 1). La tesis de Castillo (1928) estructura en un modelo plausible el material conocido y las ideas corrientes hasta la fecha. Marca el final de la fase formativa de las investigaciones campaniformes, alcanzando casi el rango de una teoría «monopolio» (Harrison, 1977*a*, p. 1).

Como se indicó, P. Bosch Gimpera (1944, pp. 64-65) estima que los creadores de la cerámica del vaso campaniforme son algunos grupos de la Cultura de las Cuevas que transforman su cerámica decorada tradicional en ese nuevo tipo, durante una etapa avanzada del Eneolítico. Este cambio se ve acompañado por otros dos estrechamente relacionados y de gran interés cultural. En primer lugar, se produce el abandono de las cuevas situadas en las zonas montañosas, donde habían vivido hasta ese momento, para asentarse en los grandes valles fluviales (Guadalquivir, Guadiana, Tajo). En segundo lugar, se sustituye la economía pastoril por la agricultura extensiva. Según Bosch Gimpera (1975, pp. 203-204), el lugar de formación del vaso campaniforme es «principalmente» el valle del primer río, lo que no excluye su aparición «al mismo tiempo» en los valles del Tajo y sus afluentes, así como en Segovia, Zamora y Soria.

La evolución formal y decorativa de esa cerámica da lugar en la península Ibérica a tres tipos bien diferenciados y sucesivos: el tipo I inciso (Palmela I-Carmona-Ciempozuelos-Somaen), el II menos clásico (Palmela II-Somaen II) y el III puntillado o cordado (Bosch, 1954*b*, pp. 48-49, n. 11).

El autor se sirve para establecer la secuencia, por un lado, de la estratigrafía de la cueva de Somaen (tipos I y II) y, por otro, de los paralelos mediterráneos de la cultura de Los Millares —durante la cual se introduce por primera vez esa especie cerámica (tipo II) en

Almería—, así como de las fechas europeas para los campaniformes de estilo III y IV (extrapeninsular) (Bosch, 1961, p. 52). (Véase *supra*, p. 236.)

Tras los trabajos de Bosch Gimpera las variedades campaniformes se interpretan como fases de un mismo proceso de evolución temporal autóctona. Su difusión a la distintas regiones peninsulares y extrapeninsulares no se atribuye a «una migración de pueblos» —salvo en el caso de los grupos pirenaicos, de Holanda y el Danubio— sino a «transmisiones indirectas», mediante las relaciones entre los distintos grupos (Bosch, 1944, pp. 66-67). Por último, no asigna ningún valor catalizador del cambio cultural al campaniforme, como se hará en otras ocasiones (Delibes de Castro, 1977, p. 164), ni en la Península, ni fuera de ella. En la primera simplemente «coincide» con él (modificación de la economía de los grupos de la Cultura de las Cuevas implicados).

A. del Castillo (1975, pp. 611-612) mantiene la filiación, el centro originario y la sucesión de los tipos cerámicos, propuestos por P. Bosch Gimpera, si bien rebaja su cronología. Su principal aportación al estudio del tema en la península consiste en enfatizar el carácter metalúrgico y guerrero de los grupos creadores del vaso campaniforme. La adquisición de los conocimientos metalúrgicos, producida al entrar en contacto en sus desplazamientos con la cultura de Almería-Millares, «se convierte en la razón de ser de la continua expansión campaniforme desde el sudeste de España» (Harrison, 1977a, página 2).

Como señala Harrison (*ibidem*, p. 1), la investigación subsiguiente se preocupó fundamentalmente de lograr una determinación de la antigüedad relativa de los Complejos Marítimo e Inciso. Las primeras publicaciones sostuvieron las tesis clásicas de la precedencia del campaniforme inciso respecto al marítimo y, las más tardías, lo inverso.

Igualmente relevante, para explicar la configuración posterior de la «cuestión campaniforme», es la discusión acerca de si la difusión de estas cerámicas se debía al desplazamiento de un pueblo o a una moda o intercambio comercial. Esas hipótesis se manejan de modo alternativo y excluyente. No obstante, como en tantas otras ocasiones, puede encontrarse una posición más matizada cuando, en el manejo de la obra de un mismo prehistoriador, pasamos del enunciado general del problema a cualquier estudio particular del mismo (cronológico, cultural, regional).

Para M. Smith (1955, p. 285), la interpretación ofrecida por los

Leisner de los enterramientos campaniformes descubiertos en el sepulcro megalítico de la Cañada Honda G introduce en la teoría original «la noción de que los fabricantes de dicha cerámica eran un pueblo distinto de tipo físico diferenciado» (Harrison, 1977a, p. 2).

En realidad, el recurso a las «explicaciones étnicas» no es un rasgo exclusivo de los Leisner, quienes tampoco lo restringen a su interpretación del vaso campaniforme. Se trata también de una de las notas definitorias de la concepción antropológico-cultural de la Escuela Clásica. La diferencia entre la obra de Bosch Gimpera o Castillo y la de los Leisner reside en que los primeros atribuyen la presencia campaniforme en contextos propios de la cultura megalítica a intercambios que no suponen desplazamientos de población, mientras los segundos las sugieren claramente en Gandul. Ahora bien, tanto unos como otros creían en la existencia de un «pueblo campaniforme», como en uno «almeriense» o «de las culturas portuguesas o pirenaica». Todos coinciden asimismo en identificar al primero con «los restos de la población neolítica de las “cuevas”» (Smith, 1955, p. 286, citando a los Leisner)⁴¹. En ese sentido, no hay que confundir, como dice (Martínez Navarrete, 1988a, p. 456) y como quiere Smith (1955, p. 290), el componente racial que incluye la noción de «etnia» característica del primer tercio de siglo, con un simple «artificio» para explicar la distribución de la cerámica y la variedad de contextos campaniformes. Por otra parte, me parece que ese componente pasó a jugar un papel importante en relación con la interpretación de la distribución del vaso campaniforme por influencia de la obra de V. Gordon Childe⁴², más que por la de los Leisner.

Según el investigador australiano (Childe, 1973, pp. 274-275),

la gente enterrada con los vasos campaniformes en Ciempozuelos [...] y casi invariablemente en Europa central y Gran Bretaña son de cabeza redondea-

⁴¹ Mi lectura de la obra de Bosch Gimpera, según la cual el autor sostiene la existencia de un pueblo campaniforme en los centros de creación de esta cerámica —los grupos de la Cultura de las Cuevas desplazados a los valles fluviales— y una difusión de la misma por simple intercambio a casi todas las demás zonas, no es compartida por G. Delibes de Castro (1977, p. 158): «Bosch se muestra reservado respecto al alcance social del campaniforme, y aun reconociendo áreas de influencia y rutas seguidas por esta cerámica, nunca desvela claramente si dichos vasos están respaldados por un pueblo o simplemente por un comercio que satisface una moda».

⁴² Por el contrario, H. N. Savory (1968, p. 168) sostiene que este autor «jugó un papel importante en la extensión de dudas acerca [...] incluso de si hubo realmente un “pueblo” campaniforme».

da, y esqueletos braquicraneales. Se han encontrado en casi todas las tumbas colectivas que contenían vasos campaniformes, incluso en regiones tan predominantemente mediterráneas como Cerdeña y Sicilia. En Alemania, aunque no representan una población estrictamente homogénea, los esqueletos de los cementerios campaniformes comprenden de modo regular un nuevo tipo racial, mejor conocido en la península Ibérica y en último término del *stock* Mediterráneo oriental. En este caso, por tanto, *parece como si cultura y raza coincidieran y uno puede legítimamente hablar de una raza campaniforme.*

B. Trigger (1982, p. 53) interpreta ese tipo de afirmaciones como prueba de que, si bien Childe «laudablemente rechazaba el mucho más contundente racismo de los años veinte, no resultaba del todo inmune a la práctica correlativa de interpretar cada pauta de conducta concreta como una característica específica de pueblos particulares».

La versión, según la cual el campaniforme Ciempozuelos fue fabricado por un tipo racial braquicéfalo, tuvo una gran aceptación de especial arraigo en nuestro país (Guilaine, 1967, pp. 105-112; cit. por Delibes de Castro, 1977, p. 160). Podemos encontrar manifestaciones muy claras a ese respecto en la obra de G. Delibes de Castro, uno de los especialistas más prestigiosos en la «cuestión campaniforme». En su opinión (Delibes de Castro, 1978, p. 83), la falta de solidez y consistencia del «contexto campaniforme —elemento intrusivo en lugares de habitación, componente de ajueres funerarios singulares, cuyos hábitats raras veces son identificados— «ha contribuido ocasionalmente, en etapas de crisis, a que se diluya en parte el concepto de cultura aplicado a este mundo, hasta el punto de llegar a elucubrarse sobre si tan sólo fue una moda más que el exponente de un pueblo, de cuyo paso, por otro lado, existen evidencias irrefutables, por ejemplo de orden antropológico»⁴³.

La prueba de que esa convicción en un «pueblo campaniforme» no es tanto «un artificio para explicar la distribución de la cerámica y la variedad de contextos campaniformes», como sugería Smith

⁴³ Fuste (1960, pp. 377-378) entiende, en cambio, que la pretendida uniformidad racial de las gentes del vaso campaniforme en Europa central, la península Ibérica y otros países mediterráneos está «desprovista de todo fundamento». El estudio tipológico de los restos humanos asociados con dicha cerámica permite: «afirmar de manera categórica que la difusión de elementos braquicéfalos planooccipitales y la del vaso campaniforme parecen haber sido fenómenos independientes, por los menos en el Mediterráneo Occidental» (*ibidem*).

(1955, p. 290), como la expresión de una determinada concepción antropológico-cultural, queda clara en la evolución experimentada por la posición del propio G. Delibes de Castro en relación con el tema. En su importante trabajo sobre el vaso campaniforme en la Meseta Norte, sostiene:

Los fabricantes [de vaso campaniforme] fueron seguramente los auténticos y únicos grupos campaniformes, en el sentido cultural y antropológico más extenso. La aparición en poblados indígenas de esta cerámica [...] sólo nos permitiría hablar de «yacimientos con vaso campaniforme, nunca de yacimientos campaniformes», puesto que la aparición de esta cerámica en los mismos no llegó a suponer una transformación o una revolución en el desarrollo cultural de los mismos, como verdaderamente debía exigirla la incorporación del nuevo sustrato étnico (Delibes de Castro, 1977, p. 160).

Estas tesis se han repetido, en su forma más clásica, en una de las últimas obras publicadas por el autor sobre el tema (Chapa y Delibes, 1983, p. 383):

Hoy [...] se admite plenamente la idea de que los campaniformes «derivados» del grupo oriental [...] llegaron al sur y oeste de Europa [...] como consecuencia del movimiento de un pueblo, cuyo tipo craneal —meso/braquicéfalo y de aspecto alpinoide— contrasta con la dolicocefalia de las poblaciones indígenas precedentes; un pueblo [...] que acaso pudo haberse beneficiado de un precoz aprovechamiento del caballo como montura y de una consumada habilidad en el uso del arco para llegar a dominar tan vasto territorio.

Esa caracterización, que puede encontrarse casi repetida en trabajos muy recientes al respecto (Shennan, 1986, Sherratt, 1987) contrasta con la posición actual de G. Delibes de Castro (1985, pp. 44-45):

[La amplia dispersión de esta cerámica] nada sorprendentemente, dio pie al reconocimiento de una civilización campaniforme que unificaba tan vasto territorio e incluso a que se hablara bastante frívolamente de un pueblo y hasta de una raza campaniforme. Es ésta una impresión, sin embargo, forzada y ficticia, pues basta ojear con algún detenimiento las páginas de la obra del mismo Castillo para percibir matices diversificadores en múltiples regiones, como muestras inequívocas de diferencias de índole cultural o, simplemente, cronológica [*ibidem*; también en *idem*, 1987b, p. 23].

En realidad, lo que está en juego es el valor de prueba que se concede a cada elemento de la explicación difusionista (el componente

racial, las cerámicas, los objetos metálicos, las muñequeras de piedra), así como la versión concreta que se adopta («pueblo», «moda», «comercio»). La idea de una cultura, vinculada o no con un tipo físico diferenciado, puede ser sustituida o combinada, según momentos o autores, por otra relativa a las coincidencias en muy parecidos gustos de las elites de la época (Delibes de Castro, 1987b, p. 24) o a intercambios intercontinentales de objetos de prestigio denotadores y creadores de estatus y rango por la vigencia de una ideología común. En cualquier caso, la coincidencia siempre es significativa. La estructura de la «cuestión campaniforme» se mantiene inalterada.

II.4.3. La «Teoría del Reflujo»

La «Teoría del Reflujo» enunciada por Sangmeister (1963) ha merecido calificativos tan diversos como «intento audaz» (Harrison, 1977, p. 4) o «infortunada teoría» (Savory, 1968, p. 169). Estaba destinada a integrar en el modelo clásico la variabilidad cronológica y espacial advertida por el avance de la investigación en los elementos definitorios de la cultura campaniforme (Delibes de Castro, 1985, p. 48).

Sangmeister (1963, 1966-67) distingue dos movimientos difusores del vaso campaniforme, sucesivos y de dirección inversa. El más antiguo o «flujo» llevaría el campaniforme marítimo desde el estuario del Tajo a Bretaña y los Países Bajos y, en menor grado, por el Mediterráneo hasta el Ródano. Ello provocaría la aparición en los Países Bajos del tipo cordado y en Bohemia-Hungría del campaniforme oriental. La proyección hacia el Sur de esas dos nuevas modalidades recibe el nombre de «reflujo». Comprende elementos puros orientales, elementos occidentales (internacional y mixto cordado) y otros salidos de la mezcla de los grupos oriental y occidental. En la península Ibérica, el movimiento Este-Sudeste introduce la inhumación individual, los puñales de lengüeta, leznas de cobre, adornos de alambre y chapa de oro, brazaletes de arquero y botones con perforación en V, elementos asociados con los campaniformes incisos (Ciempozuelos, Palmela) (Treinen, 1970, p. 300; Chapa y Delibes, 1983, pp. 381-382).

Esa dualidad campaniforme constituye hoy un *a priori* de la investigación y sirve de base a la obra de conjunto más conocida (Harrison, 1977a).

En el momento en el que se elaboró la teoría, la cronología ab-

soluta y relativa, así como las asociaciones tipológicas de los vasos campaniformes, no estaban bien establecidas, sobre todo en Europa occidental. Allí, según Sangmeister (1963, p. 27),

a excepción de las Islas Británicas [...] conocemos los vasos campaniformes en condiciones de descubrimiento tales [tumbas colectivas] que no podemos decir indiscutiblemente qué otros objetos les corresponden, de suerte que podamos hablar de una cultura de los campaniformes [...], las relaciones son muy vagas. [En cambio,] en Europa oriental podemos reencontrar juntos los mismos elementos culturales, ligados en una cultura.

En esa segunda zona (*ibidem*, p. 29), la cronología relativa ofrecería mayores garantías, ya que se establece «por la estadística de los hallazgos y la comparación de conjuntos cerrados, que comprenden unas mil tumbas de Bohemia y Moravia». Sin embargo, aquí, como en las demás regiones, «las fechas faltan hasta el momento» (*ibidem*, p. 53).

La reconstrucción histórica se basa en la opinión del autor (*ibidem*, p. 51), según la cual, «los diferentes elementos de ornamentación» del vaso campaniforme oriental «se parecen demasiado a los principios [decorativos] del vaso campaniforme paneuropeo» para que puedan responder a una invención autóctona, así como en su conformidad con las tesis del origen del tipo marítimo en Portugal. La hipótesis de la mayor antigüedad de dicho tipo respecto al cordado estaría «basada sobre una sola observación estratigráfica (la tumba D de Barnenez, Bretaña). Si [...] se demostrara falsa, debería iniciarse una discusión para saber si el campaniforme paneuropeo no pudiera ser una forma tardía secundaria del campaniforme del grupo oriental que formara parte del reflujo» (*ibidem*).

Una vez localizado el centro originario y, de acuerdo con los principios difusionistas, «se deben suponer» los caminos a través de los cuales se ponen en relación ambos tipos cerámicos, «aunque ese trayecto no pueda ser establecido con ayuda de hallazgos intermedios» (*ibidem*).

La interdependencia entre difusión de elementos arqueológicos-movimientos de pueblos se combina con otros mecanismos compartidos por las corrientes de «flujo» y «reflujo» campaniformes (*ibidem*, p. 53): «el comercio y la difusión de elementos individuales tipológicos de una parte y, de otra, la emigración de grupos humanos cerrados y su establecimiento» (caso de los grupos Carmona y Ciem-

pozuelos). Allí donde esto último ocurre, los recién llegados «en contacto con otros grupos étnicos, han formado grupos locales separados que han desarrollado incluso ritos funerarios propios» (*ibidem*, y p. 51).

La significación del factor etnológico en la teoría podría resultar incrementada si tenemos en cuenta que los «maridajes», «hibridaciones» y «mezclas» que, a juicio del autor, acompañan los reiterados fenómenos de contacto entre tipos campaniformes sugeridos en el modelo del Reflujo, parecen atribuirse al entrecruzamiento entre sus fabricantes⁴⁴. Ahora bien, es imposible sopesar la importancia relativa concedida por Sangmeister al comercio y la emigración en cada fenómeno de difusión. Los elementos (formales, técnicos y decorativos) pueden ser adoptados «en combinaciones variables o en formas intermedias, o incluso individualmente» (*ibidem*, p. 51). La tipología empleada no permite una correcta discriminación entre esas alternativas.

La investigación posterior ha puesto en cuestión el origen portugués del campaniforme marítimo y «la breve cronología de Sangmeister (1700 a 1500 a. de C. para todo el movimiento de Reflujo) [que] une todos los rasgos del Reflujo centroeuropeo cuando Clarke (1970) y Guilaine (1967) pueden separar tres o cuatro grupos cronológicos para los elementos de "reflujo" en la región Ródano-Languedoc con poca dificultad» (Harrison, 1977a, p. 5). Ello no empañaría uno de sus principales méritos: «haber sacado a la luz muchísimas regularidades de las secuencias regionales implicadas» (*ibidem*, p. 94). De hecho, como adelanté, el dualismo de tradiciones campaniformes consagrado en el «modelo del Reflujo» es un componente esencial de la cuestión campaniforme. Su trabajo estimuló «una investigación tanto a favor como en contra de sus proposiciones individuales» que a la larga llevaría a replantear el modelo histórico-cultural en el que se basaba (Chapman, 1987b, p. 1). Por mi parte, me interesa recalcar su valor como ejemplo paradigmático de dicho modelo. En ninguna otra publicación resulta tan evidente el interés por la dimensión espacio-temporal de la cultura, ni está tan arraigado su enfoque «acuático» (flujos, reflujos y corrientes).

⁴⁴ Se afirma, por ejemplo: «la civilización de Adlerberg [...] parece haber tomado prestados sus motivos (y quizá una parte de las poblaciones)» (Sangmeister, 1963, p. 40).

II.4.4. Tesis de la continuidad VNSP

Según R. J. Harrison (1977a, p. 5), Siret (1913) fue uno de los primeros investigadores abiertos a una explicación por convergencia de la similitud entre los campaniformes. Al advertir que los parecidos entre las cerámicas impresas ibéricas y los campaniformes podían deberse a la circunstancia de que unas y otras fueran modeladas sobre cestas de esparto, dejaba abierta la vía para que el proceso se repitiese «en cualquier lugar en el que hubiera cestos y cerámicas».

Esto le llevó a decir: «Sin negar la posibilidad de una influencia ibérica, admitimos para el grupo del Centro el principio de un origen local, independiente» (Siret, 1913, p. 224; cit. por Harrison, 1977a, p. 5).

Ahora bien, en opinión de Harrison (1977a, p. 5), J. Palliardi (1919) es el único prehistoriador que consideró realmente este punto de vista: «sugirió un Grupo Meridional, basado en Iberia, y un Grupo Septentrional emergente de Bohemia, aunque no está claro si el grupo bohemio realmente es independiente, o un "reflujo" de algún tipo» (Harrison, 1977a, p. 5).

En todo caso, la influencia de los trabajos de Siret y Palliardi en la investigación fue limitada. Hay que atribuir a R. J. Harrison la popularización de esas ideas. Su primer enunciado del «Modelo Dualista» (*idem*, 1974a, p. 107) defiende un origen múltiple para el vaso campaniforme: en el estuario del Tajo (cultura de Vilanova de San Pedro = VNSP) para los tipos marítimos y en los grupos húngaros de Vučedol para los centroeuropeos, mientras los ejemplares cordados (AOC) pueden ser una imitación de estos últimos surgida en la zona renana. Anteriormente (Blance, 1960; Savory, 1968; Gonçalves, 1971, p. 158) se menciona o insinúa «la posibilidad de que los campaniformes estén conectados con y deriven de la cultura de VNSP, en torno al estuario del Tajo» (Harrison, 1977a, p. 5). Sin embargo, el desarrollo completo de la hipótesis llega con la tesis doctoral de este autor de la que constituye el núcleo central.

La obra de Harrison, *Bell Beakers cultures of Spain and Portugal* (1977a), le ha convertido «en la primera figura de la investigación del campaniforme ibérico» (Pellicer, 1986, p. 253). Esta valiosa síntesis de datos primarios es la referencia de los estudios recientes sobre el tema (Chapman, 1985, p. 158; *idem*, 1987a, b; Shennan, 1986, pp. 146-147).

La articulación arqueológica de la misma no ha sido modificada

en estudios posteriores (Harrison, 1980) por lo que pienso que merece un comentario detallado.

El autor emplea el concepto de «área cultural» en lugar del de «ciclo cultural» (*Kulturkreis*) (véase *supra*, p. 30) como «instrumento conceptual para la resolución de problemas relacionados con la aparición, desarrollo y eclipse de las culturas campaniformes» (*idem*, 1977a, p. 7).

Crítica el uso tradicional de la cerámica campaniforme como único elemento definitorio de grupos culturales, proponiendo la valoración completa de «los complejos campaniformes y de sus relaciones culturales». Sin embargo, buena parte de su argumentación se apoya, quizá por insuficiencias de la información contextual, en «elementos seleccionados divorciados de sus matrices culturales» (*ibidem*, p. 6).

Mantiene el Modelo Dualista⁴⁵, obteniendo de esta forma puntos de referencia para la construcción de la tipología cerámica⁴⁶ y la cronología relativa de los diversos grupos campaniformes peninsulares. En su opinión (*ibidem*, pp. 98-99), las limitaciones de la información disponible para sostener dicho Modelo —«falta de buenas fechas C-14 de los complejos campaniformes más antiguos en Portugal y Checoslovaquia», así como de «*corpus* ilustrados de los campaniformes de Europa central», predominio de datos «secundarios (patrones de distribución) más que primarios (depósitos cerrados)»— no son determinantes. La falta de una relación estratigráfica entre complejos se suple con el análisis de «los patrones de distribución y asociación [que] juegan un papel crucial en [la] interpretación» del autor (*ibidem*, p. 25). La justificación de este modo de proceder se expresa con claridad en un párrafo que podían haber escrito Treinen (1970, p. 301, n. 199) o Sangmeister (1963, p. 51): «las regularidades observadas requieren algún intento de explicación, y no podemos ignorar

⁴⁵ El siguiente párrafo resulta bastante expresivo a ese respecto: «La mejor forma de explicar la dicotomía [entre los Complejos Marítimo y Ciempozuelos en la Península] es tener en cuenta los datos de regiones cada vez más distantes, hasta que lleguemos a Europa central. Si la dualidad campaniforme puede ser identificada también en todas partes, entonces posiblemente pueda ser explicada por un modelo dual de orígenes» (Harrison, 1977a, p. 95).

⁴⁶ Esto se efectúa de dos modos. En primer lugar, se incluyen variedades en el Complejo Marítimo que permitan examinar con más precisión los contactos extrapeninsulares (Harrison, 1977a, p. 23). En segundo lugar, la validez de cada tipo cerámico peninsular se comprueba «por comparación con otros tipos mejor conocidos en Bretaña o Languedoc» (*ibidem*, p. 9).

los patrones observados simplemente porque no estemos totalmente satisfechos con la calidad de los datos» (Harrison, 1977a, p. 25).

Otro de sus presupuestos metodológicos es la adopción de las hipótesis de Binford (1972a; también Winters, 1968) (véase *supra*, p. 39), según los cuales los artículos realizados a partir de materias primas selectas «son recursos sociotécnicos designados para confirmar el estatus social preeminente de algunos individuos». De este modo, «junto con la complejidad sociotécnica incrementada podemos postular una creciente diferenciación de estatus, posiblemente conectada con el control de recursos de cobre» (Harrison, 1977a, p. 36).

El papel de «recurso sociotécnico» desempeñado por la cerámica campaniforme explicaría su amplia distribución.

A partir de todos los elementos citados, efectúa una reconstrucción histórica del desarrollo de los complejos campaniformes en la península Ibérica. Distingue cinco complejos principales: Marítimo, Palmela, Ciempozuelos, Salamó y Carmona. Si bien no hay fechas absolutas, ni evidencia estratigráfica que demuestre su antigüedad relativa (*ibidem*, p. 9), los «contactos externos de los Complejos Marítimo y Ciempozuelos muestran que son cronológicamente distintos y sustentan la prioridad de la serie marítima en la Península» (*ibidem*, p. 10).

El Complejo Marítimo «representa la fase final de la cultura VNSP y, en cualquier otro lugar, en España o Portugal puede demostrarse que es intrusivo, sin antecedentes locales». La distribución de los vasos campaniformes de este tipo «ha sido interpretada de acuerdo con el modelo de la continuidad VNSP» (*ibidem*, p. 95).

En ausencia de material estratificado⁴⁷, el modelo ha debido ser fundamentado en «patrones de asociación recurrentes, continuidad tecnológica, persistencia de redes de obtención de recursos y explicación de un antepasado razonable para la cerámica campaniforme» (*ibidem*, p. 29).

La investigación efectuada por el autor para determinar el grado de coincidencia entre la cultura de VNSP y el Complejo Marítimo (CM) constituye el esfuerzo más serio que conozco, en relación con la determinación del origen de una variedad campaniforme peninsu-

⁴⁷ Sin embargo, el autor (*ibidem*, p. 30) señala también: «Hay algo más que una fuerte coincidencia estadística entre los sitios VNSP y el Complejo Marítimo. Por las estratigrafías de Olelas, Rotura, Vilanova de São Pedro y Zambujal, podemos estar seguros de que la cerámica decorada VNSP es más antigua que la cerámica campaniforme».

lar. Sus resultados se resumen gráficamente (*ibidem*, p. 31, fig. 20) en una figura que reproduzco (véase fig. 1).

La continuidad en los asentamientos se fundamenta en dos series de datos (*ibidem*, pp. 29-30 y 33).

En primer lugar, existe una correlación porcentualmente significativa entre sitios VNSP y con campaniforme (92%) —en su mayoría marítimo—, por un lado, y entre la proporción de cerámica decorada de VNSP y la del CM, en los castros. Ese mismo fenómeno se da entre metalurgia del cobre, cerámica decorada VNSP y cerámica decorada CM.

En segundo lugar, las estratigrafías de Olelas, Rotura, Vilanova de São Pedro y Zambujal ⁴⁸ demuestran que la aparición del campaniforme no se relaciona con ningún abandono o destrucción. Tampoco hay ruptura en la tradición arquitectónica.

La continuidad en las prácticas funerarias (*ibidem*, p. 33) queda en evidencia por la similitud entre los contenidos de las tumbas con campaniforme marítimo y los castros de VNSP, la arquitectura de aquéllas y éstos y el propio ritual de enterramiento (culto a los muertos, ausencia de inhumación individual).

Subsisten las antiguas redes comerciales que hacían llegar al Tajo la calaíta y jadeíta desde Bretaña y Languedoc, el marfil del Magreb y el cobre de un lugar no determinado pero, en todo caso, fuera de las penínsulas de Lisboa y Setúbal (¿quizá la costa de Morbihan en Bretaña?) (*ibidem*, pp. 35-39).

El mantenimiento y ampliación del repertorio de artículos no utilitarios sugiere que, «durante todos los períodos VNSP-CM, existió la misma jerarquía que hacía uso de materias primas similares para reforzar su estatus privilegiado y monopolizar los importantes recursos metálicos y agrícolas» (*ibidem*, p. 36).

Por último, en la cultura de VNSP «están presentes todos los elementos para formar un vaso campaniforme marítimo: forma, color, pasta, decoración y técnica puntillada» (*ibidem*, p. 47). En consecuencia, «el campaniforme marítimo pudo haber aparecido localmente, porque todos los rasgos estaban a mano», aunque no sea posible todavía precisar las circunstancias exactas que intervinieron en su desarrollo (*ibidem*).

El panorama que ofrecen los restantes complejos campaniformes es muy distinto: «existe una separación más profunda entre el Com-

⁴⁸ Véase nota 47.

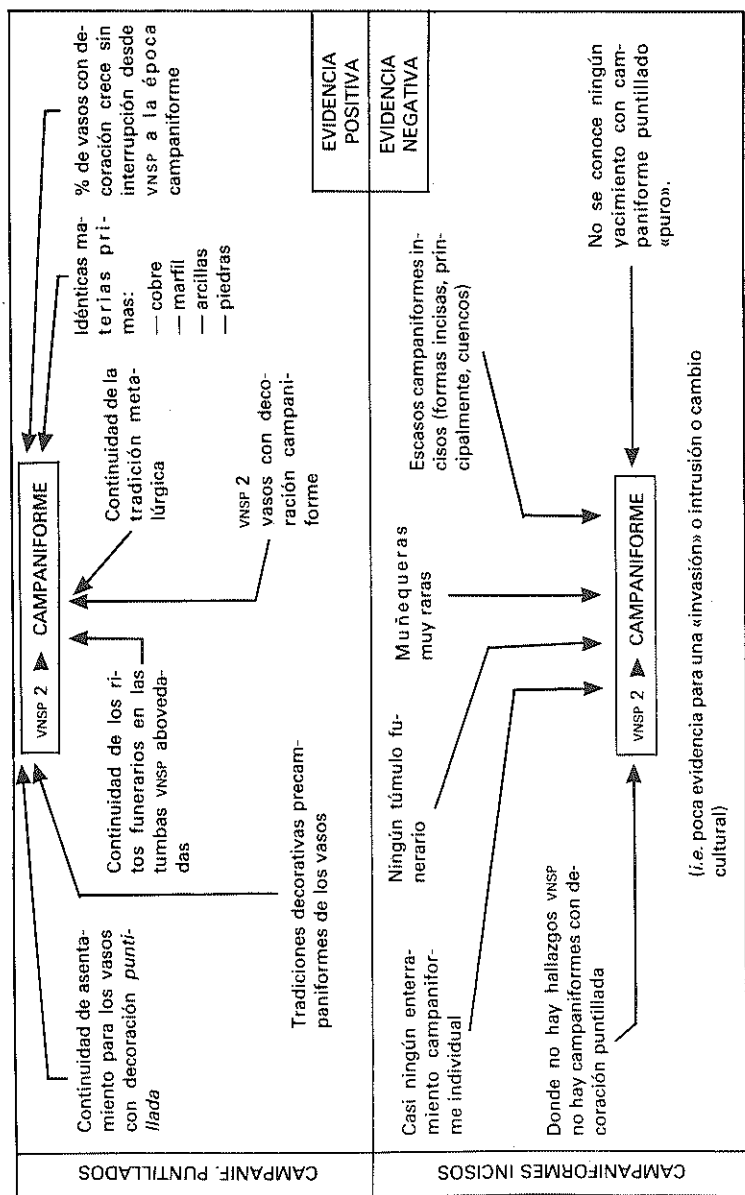


FIGURA 1. Cuadro lógico del Modelo Continuidista VNSP-Campaniforme Marítimo, según R. J. Harrison (1977a)

plejo Marítimo y los demás, que entre las culturas VNSP-marítima o entre los complejos tardíos entre sí» (*ibidem*, p. 95). Estos últimos «son culturas campaniformes distintivamente ibéricas limitadas a una u otra región de la Península con pocas interconexiones entre ellas» (*ibidem*).

No obstante, esas interconexiones bastan para establecer la contemporaneidad entre los Complejos Palmela y Ciempozuelos y la posterioridad de los grupos Salamó y Carmona respecto a los anteriores (*ibidem*, p. 10).

Hay que tener en cuenta que para Harrison (*ibidem*, p. 95), los campaniformes tardíos «son más que variantes regionales preferidas, ya que está implicado un complejo de material y no sólo una vasija selecta o un artículo de lujo».

Una diferencia importante entre ellos reside en que, mientras el Complejo Ciempozuelos tiene conexiones «particularmente sobresalientes» con Centroeuropa, éstas pueden ser trazadas en menor medida en los Complejos Palmela y Carmona (*ibidem*) y están ausentes del de Salamó, que «carece de rasgos claramente foráneos» (*ibidem*, p. 90)⁴⁹.

Para no extenderme demasiado, excluyo los grupos de Carmona y Salamó del comentario. Este se restringirá a los de Ciempozuelos y Palmela, que son los que ofrecen mayores posibilidades para un análisis de la metodología del autor y son los más directamente relacionados con el tema del libro.

La diferenciación entre los Complejos Marítimo y Palmela en Portugal se efectúa, también, atendiendo a los patrones de distribu-

⁴⁹ Si se tiene en cuenta que la difusión de rasgos centroeuropeos a la Meseta se efectúa vía Languedoc y Cataluña, esa afirmación sorprende.

El grupo Salamó se caracteriza por la «elevada proporción de cerámicas «domésticas» de buena calidad», la aplicación de la decoración en zonas amplias, el predominio de los cuencos hemisféricos, la «tendencia al gigantismo» y los perfiles sinuosos de los vasos (hay garrafas). La decoración recuerda la del grupo de Ciempozuelos, pero con más énfasis en la pseudoescisión y en el uso de diferentes tipos de impresión (conchas, palos). «Son comunes la decoración basal y las bases con ónfalos e incluso planas» (Harrison, 1977a, p. 20). Ocasionalmente la cerámica está acompañada de botones piramidales con perforación en V.

En cuanto al Complejo Carmona, tiene como nota identificativa «una colección mixta de rasgos importantes y menores, idiosincrasia estilística y ciertos tipos de vasos exclusivos» del sitio epónimo. Los motivos suelen comprimirse en una sola zona. Son complejos y ejecutados preferentemente con impresión de peine. La incisión es rara. Tiene cerámica doméstica, decorada de modo similar a la de calidad (*ibidem*, p. 22).

ción y asociación, ya que «en ningún caso están los complejos estratigráficamente relacionados uno con otro, en el mismo sitio» (*ibidem*, p. 25). Ahora bien, a mi juicio, esos procedimientos resultan aquí más imprecisos, porque la definición del complejo Palmela adolece de inconsistencias de fondo. En efecto, como sabemos, el autor (*ibidem*, p. 95) advierte «una separación más profunda entre el Complejo Marítimo y los demás, que entre las culturas VNSP-marítima o entre los complejos tardíos entre sí». Ello sitúa la ruptura cultural entre los Complejos Marítimo y Palmela vinculando, en cambio, este último con el de Ciempozuelos, interpretado como un complejo «intrusivo» centroeuropeo (*ibidem*, p. 66). Sin embargo, según Harrison (*ibidem*, p. 49), «no es necesario considerar intrusivo el complejo Palmela, porque hay muchos rasgos localmente distintivos, y hay evidencia suficiente en la fase inicial puntillada para fundamentar un origen local a partir del Complejo Marítimo. Lo que parece ser innovadora es una variedad de nuevos artículos y costumbres tomados prestados del Complejo Ciempozuelos».

Entre ellos se encuentra la adopción ocasional de la inhumación individual o la presencia de muñequeras de arquero, puñales de lengüeta y botones con perforación en V. «Ninguno de esos tipos es especialmente numeroso en torno al Tajo, ni parece estar conectado con el Complejo Marítimo» (*ibidem*).

Dejando de lado las observaciones del propio autor en sentido contrario⁵⁰, el problema reside en que los «patrones de distribución y asociación» del complejo Palmela se establecen a partir de la cerámica⁵¹, el elemento que ofrece mayores puntos de contacto con el

⁵⁰ Los «puñales de lengüeta aparecen tanto en los Complejos Marítimo como Palmela, por lo que no pueden ser considerados como un rasgo especialmente tardío» (Harrison, 1977a, p. 49). Por otra parte, «no está claro si [los puñales VNSP] pudieron o dieron lugar a las formas de puñales de lengüeta» (*ibidem*, p. 43).

Los botones con perforación en V, en unos casos se incluyen entre los artículos implicados en el comercio de la caláita, durante el período del campaniforme marítimo (*ibidem*, p. 38) y, en otros, entre los elementos centroeuropeos llegados a la Península, vía Languedoc (*ibidem*, p. 50). Su atribución a la «fase Palmela inicial» (*ibidem*) evidencia también la dificultad de separarlos del Complejo Marítimo.

En cuanto a las muñequeras de arquero, se asocian «al menos en cuatro sitios al campaniforme Palmela puntillado, en uno al campaniforme inciso y en ocho [a cerámicas] con predominio de este último» (*ibidem*, p. 49), sin indicar cuáles son los restantes (¿Palmela puntillado o marítimo?). No hay que perder de vista, en todo caso, la difícil diferenciación de la cerámica puntillada de ambos complejos (véase nota 51).

⁵¹ Véanse por ejemplo, las figuras 6 a 19 (Harrison, 1977a, pp. 26-30), donde se

complejo anterior⁵². Así, por ejemplo, los tipos morfológicos que inicialmente parecían propios del mismo «están representados por una, o quizá media docena de especímenes. Hay también una gradación más continua de un tipo al próximo que en los Complejos Marítimo o Ciempozuelos» (*ibidem*, p. 17), tanto en las formas como en las técnicas decorativas⁵³. Ello unido a la «densidad de hallazgos y a su distribución limitada sugiere una maduración local, larga del estilo» cerámico Palmela (*ibidem*), a la que cabe atribuir su difícil diferenciación del Marítimo.

Los elementos compensatorios que, según Harrison (*ibidem*), «hacen el complejo reconocible» son la presencia casi exclusiva de cuencos de los cuales «el cuarenta por ciento de los restaurados o completos tienen decoración basal», así como la aparición de cerámica doméstica decorada con los motivos de la cerámica fina, y de bordes decorados, en las formas tipológicamente más complejas.

La relevancia de los criterios de clasificación empleados quedaría evidenciada por los resultados de los patrones de distribución y asociación:

Quando las clases de material se disponen según el tipo de sitio donde fueron encontradas, las diferencias entre los complejos aparecen con claridad. El Complejo Marítimo está abrumadoramente representado en los castros fortificados de VNSP y en las tumbas de cúpula y cuevas artificiales de la misma época. Con la excepción del tholos de Charrino, los campaniformes marítimos forman en torno a un 75% de cada población campaniforme, e incluso más.

[Paralelamente,] si se sitúan los materiales de las principales cuevas naturales y pequeños asentamientos al aire libre [...] en torno a un 75% de todos los campaniformes son tipos del complejo Palmela [*ibidem*, p. 27].

Por otra parte, esos asentamientos no tienen signos de la meta-

expone el número de tipos campaniformes puntillados e incisos, presente en los yacimientos que sirven de base a la diferenciación de los complejos portugueses.

⁵² Entre ellos se encuentra la presencia de ónfalos de pequeño tamaño (simple), la concentración de la decoración en casi todos los cuencos, en una sola banda dispuesta inmediatamente bajo el borde y el solapamiento de los motivos «en gran parte con los del Complejo Marítimo de los que aparentemente derivan». Además «los colores son casi siempre oxidantes —una moda que continúa la de las series marítimas más antiguas» (Harrison, 1977a, p. 17, y también p. 45).

⁵³ «El puntillado es gradualmente reemplazado por incisión con espátula en los cuencos» (Harrison, 1977a, p. 17).

lurgia del cobre concomitante con los de las culturas VN-SP-M (*ibidem*, p. 35).

Si se tiene en cuenta el número de sitios alterados, saqueados o sin estratigrafía, el solapamiento de 20-25% entre los dos complejos refleja un patrón «armónico de desarrollo». Dicho patrón estaría confirmado significativamente, además, por los hallazgos de las distintas unidades arquitectónicas del castro de Penha Verde (*ibidem*, p. 27).

Un tema fundamental es, por último, el de las razones que explican esa dicotomía entre los Complejos Marítimo y Palmela. Según Harrison (*ibidem*, p. 35), «son culturales y cronológicas y no están producidas por una especialización económica de una subcultura de los complejos VN-SP-Marítimo. Tanto los sitios Palmela como marítimo ocupan la mejor tierra agrícola y tienen acceso a los mismos recursos en la región del Tajo».

Veamos ahora cómo define el autor el Complejo Ciempozuelos. Se trata del más característico del campaniforme tardío peninsular, sólidamente implantado en la Meseta y con extensiones a los territorios colindantes. En la Meseta «están presentes, al menos, [los] dos complejos [Marítimo y Ciempozuelos,] cada uno de los cuales puede ser aislado en depósitos cerrados y mutuamente relacionado por la estratigrafía del Cerro de la Virgen» (*ibidem*, p. 55).

Los resultados del estudio del campaniforme portugués (*ibidem*, p. 57) confirmarían además esas conexiones.

En realidad, ateniéndonos a la documentación aportada ni la estratigrafía de Orce⁵⁴, ni los datos del estuario del Tajo⁵⁵ permiten establecer de modo fehaciente la antigüedad relativa de los Complejos Marítimo y Ciempozuelos. Por otra parte, si bien el origen del campaniforme marítimo podría quedar resuelto mediante el recurso a las «redes comerciales» portuguesas (*ibidem*, p. 60), el del complejo Ciempozuelos es de determinación más problemática.

Como señala Harrison (*ibidem*, p. 64), «abordar esta cuestión con éxito requiere realmente disponer de alguna información acerca de las culturas inmediatamente precedentes a la aparición de los campa-

⁵⁴ El propio autor (Harrison, 1977a, p. 9) señala cómo en Orce los campaniformes marítimos y de tipo Ciempozuelos «estaban mezclados en cada nivel y la prioridad del complejo marítimo sobre los materiales Ciempozuelos no está demostrada».

⁵⁵ Recordemos que la datación de los elementos del complejo Palmela se efectúa por su relación con otros del de Ciempozuelos.

niformes en la Meseta. Desgraciadamente, hay poco material que estudiar, y el que hay está en gran parte sin estratificar».

Su conciencia expresa de lo poco que se sabe del Neolítico meseteño contrasta de modo llamativo con la afirmación enunciada a continuación: «es claro que la llegada del complejo Ciempozuelos fue un cambio importante en los patrones previos» (*ibidem*).

Los argumentos para proponer tal cambio residen en la aparición de «la costumbre de la inhumación individual con artículos funerarios que incluyen la muñequera de dos perforaciones, puñales de lengüeta, botones con perforación en V y baratijas de oro» (*ibidem*). Tales elementos tienen buenos antecedentes locales en Centroeuropa lo que, de acuerdo con el Modelo Dualista, permite definir el Complejo Ciempozuelos como una intrusión desde aquella región (*ibidem*, p. 66).

La vía de penetración de esa «constelación completa de rasgos centroeuropeos extraños» (*ibidem*, p. 95) es el corredor del Ródano. Tal apreciación se fundamenta en los enterramientos individuales campaniformes de Soyons (Ardeche), Le Petit Chasseur (Ginebra), Niederhergheim (Alto Rin) y otros en Alsacia-Lorena, jalones en el camino del Rin medio al Languedoc, así como en las fechas de carbono 14 del campaniforme francés: «las más antiguas disponibles para campaniformes incisos e impresos proceden de Provenza [...] 2150+100 a.C. (las dos fechas de Somaen [...] no concuerdan bien con las fechas C-14 de los campaniformes provenzales, ligures o granadinos)» (*ibidem*, p. 65).

Harrison no propone ninguna interpretación de todo este desplazamiento de elementos de Centroeuropa a la Meseta. Ahora bien, por ciertas declaraciones a las que ya se ha aludido ⁵⁶, parece pensar más en la llegada de una nueva cultura que en simples contactos comerciales. En cualquier caso, las implicaciones en términos «culturales» —no puramente arqueográficos— de todo el cuadro permanecen inéditas.

En el curso de la exposición previa he hecho algunas precisiones críticas a las tesis de Harrison sobre el desarrollo del campaniforme

⁵⁶ Harrison (1977a, p. 64) sostiene que su introducción en la Meseta supone un «cambio respecto a los patrones previos», así como que los complejos campaniformes tardíos «son más que variantes regionales preferidas, ya que está implicado un complejo de material y no sólo una vasija selecta o un artículo de lujo» (*ibidem*, p. 94).

en la península Ibérica. Las recapitulo ahora insertándolas en un marco más amplio que comprende aspectos todavía no comentados.

En primer hecho que llama la atención en la consulta de su obra es la contradicción entre sus objetivos y la metodología empleada para lograrlos. De ahí que los resultados no satisfagan las declaraciones de principios expresadas en el texto. En las primeras páginas (*ibidem*, p. 6) se afirma, por ejemplo:

Trataremos de restaurar alguna de las dimensiones ignoradas hasta ahora en trabajos previos para ver los campaniformes, no como un grupo inconfundible de jinetes extranjeros, sino como una cultura como otras culturas de la Península, con sus modelos de asentamiento concomitantes, cerámica doméstica y sistemas de obtención de recursos.

Más adelante se advierte (*ibidem*, p. 44):

Tomada como un todo, la evidencia de continuidad social y tecnológica, [entre los Complejos Marítimo y Palmela, por ejemplo,] no debe ser distorsionada simplemente porque aparezca un pequeño número de nuevos tipos de metal, coincidiendo con una forma diferente de la cerámica de lujo preferida. Cuando se examina la matriz cultural, la presencia o ausencia de piezas individuales no debe sobrevalorarse a expensas del patrón de asociación general.

Ahora bien, el interés del autor no se centra en el estudio del campaniforme en cuanto «cultura, como otras culturas», ni tampoco en el análisis de la «continuidad social y tecnológica» entre sus distintas manifestaciones. Por el contrario, la mayor parte de su obra se destina al aislamiento de su matriz cultural de piezas individuales entre las cuales la cerámica ocupa un lugar prioritario. Se trata fundamentalmente de lograr una definición de sus tipos y variedades, una determinación del lugar de origen de cada uno de ellos, distribución europea, vías de difusión y catálogo de hallazgos, datos todos esenciales para fundamentar el Modelo Dualista.

Es verdad que los datos socio-económicos relacionados con esa especie cerámica son escasos y que el estudio del vaso campaniforme marítimo en Portugal se afronta desde esas dimensiones ignoradas, mencionadas. Sin embargo, la ausencia de información cronológica y estratigráfica de las cerámicas campaniformes se suple con el análisis de sus patrones de distribución y asociación. El esfuerzo invertido en la distinción de complejos por ese procedimiento podía haberse destinado a la determinación de eventuales regularidades en rasgos

como emplazamiento y dimensiones de asentamiento o tumbas, cálculos demográficos, organización del territorio, recursos económicos potencialmente aprovechables (tierras cultivables, montes, materias primas, agua, etc.). Por otra parte, el hecho de que los datos socioeconómicos sólo se aludan en relación con el campaniforme marítimo portugués sugiere que se entienden más como exigencia para la salvaguardia del Modelo Dualista, que de una investigación prehistórica, como la de Harrison, que reivindica una orientación cultural.

El segundo rasgo definitorio de la tesis es el empleo del Modelo Dualista como teoría consolidada que determina los criterios para la construcción de la tipología cerámica y la cronología relativa de los diversos complejos campaniformes⁵⁷. Ello tiene una consecuencia muy clara: la imposibilidad de contraste empírico del modelo.

Harrison (*ibidem*, p. 23) advierte que «no se han usado criterios idénticos en la definición de cada tipo o variedad, porque los requerimientos que se hacen al esquema cambiarán» en función de su ámbito de difusión (local, europeo). La exigencia de una tipología diversificada vendría dada además, «porque los datos base para cada complejo campaniforme difieren en cualidad y cantidad» (*ibidem*).

Las variedades en el Complejo Marítimo son incluidas para que los contextos extrapeninsulares puedan ser examinados con más precisión —una necesidad ausente de otros complejos que son manifestaciones distintivamente locales con poca popularidad fuera de un área particular [*ibidem*].

Paralelamente, la validez de cada tipo se comprueba «por comparación con otros tipos mejor conocidos en Bretaña y Languedoc» (*ibidem*, p. 9).

Este procedimiento de construcción tipológica determina *a priori* los resultados de la investigación. Como consecuencia de su aplicación, el Complejo Marítimo siempre tendrá conexiones internacionales, mientras los restantes manifestarán *necesariamente* un marcado carácter local, sin que sea posible calibrar la incidencia respectiva de la evidencia empírica y del instrumento clasificatorio en esos resultados.

A su vez, en el estudio comparativo, la falta de jerarquización entre los rasgos tipológicos manejados determina que la relevancia de unos y otros cara al establecimiento de similitudes o diferencias en-

⁵⁷ Véanse notas 45 y 46.

tre ejemplares campaniformes, así como a la clasificación de un contexto arqueológico concreto como campaniforme —y de qué tipo— o no-campaniforme quede al libre arbitrio del investigador.

La fundamentación de la cronología relativa de los dos complejos campaniformes tiene limitaciones parecidas.

La carencia de fecha absolutas en los posibles centros originarios del campaniforme en Portugal y Checoslovaquia y de «*corpus* ilustrados de los campaniformes de Centroeuropa» (*ibidem*, pp. 98-99), junto con la falta de una relación estratigráfica clara entre complejos se suple, como sabemos, con el análisis de los patrones de distribución y asociación (*ibidem*, p. 25).

Dejo de lado, de momento, la discusión acerca de las conclusiones obtenidas de su aplicación, para llamar la atención sobre varias cuestiones previas.

En primer lugar, si bien el análisis puede diferenciar dos o más complejos tipológicos, no informa, lógicamente, de su carácter (factores cronológico, cultural, funcional, alternativos o simultáneos). Este viene dado por las teorías que sirven de referente para la interpretación. En este caso se trata, como sabemos, de la idea de que los complejos campaniformes corresponden a dos fases cronológicas distintas, perteneciendo el marítimo a la más antigua de ellas. Ahora bien, tales hipótesis se reconocen poco contrastadas (*cf. supra*). Su justificación reside en varias presuposiciones interrelacionadas: la típica identificación difusionista entre rasgos homólogos y análogos y la ausencia de cualquier criterio que restrinja la generalización.

Las implicaciones son dobles. Todos los ejemplares que al prehistoriador, intuitivamente, le parecen similares se incluyen en una misma categoría. En segundo lugar, la datación absoluta más antigua disponible o los datos estratigráficos obtenidos en cualquiera de las regiones, integrantes del área de distribución del fenómeno, son susceptibles de servir de referencia para la asignación cronológica de los hallazgos ocurridos en las demás.

Existen diversos factores que hacen muy aventuradas tales implicaciones. La tipología no está estructurada para discriminar la similitud o identidad entre elementos supuestamente campaniformes. No se especifica el número o tipo de elementos atribuidos a un complejo campaniforme que deben estar presentes en un contexto arqueológico para que este último pueda ser incluido en el mismo (*cf. supra*). El desarrollo de las cerámicas campaniformes cubre un período de tiempo lo suficientemente amplio en la península Ibérica (al menos

1300 años en Harrison 1977a, p. 95; unos 550 años en *idem*, 1988, p. 471) como para que pueda haber experimentado cambios.

Incluso dando por buenas las clasificaciones, conviene tener en cuenta que las anomalías tipológicas o cronológicas (fechas de Somaén, por ejemplo) sólo lo son en términos estadísticos. En consecuencia, la consideración aislada de esos factores hace depender la solución de los problemas de la intensidad de la investigación en las diferentes regiones, más que de la comprensión de la dinámica cultural que les es propia. Una dificultad añadida deriva de la importancia respectiva que se conceda a la cronología relativa y absoluta. Ello queda patente en la evolución de las opiniones del propio autor. En su síntesis europea (*idem*, 1980, cap. 2) sitúa el origen del campaniforme marítimo en el Rin por ser allí más antiguo que en Portugal. La datación radiocarbónica prevalece sobre el «Modelo de la Continuidad VN-SP-CM» (*idem*, 1977a). Hoy invierte los términos valorando más la cronología relativa que la radiocarbónica, al menos, en relación con los sucesos de todo el final del III milenio a. de C. (*idem*, 1988, p. 471).

Una vez enunciados los problemas metodológicos, a nuestro juicio, inherentes al análisis de los patrones de distribución y asociación, manejados en la obra de dicho investigador, comento ahora los resultados de su aplicación concreta a la diferenciación de los Complejos Marítimo y Palmela. Recorro para ello a las figuras 6 a 19 de su obra (*idem*, 1977a, pp. 26-30), donde se expone el número de tipos campaniformes puntillados o incisos, descubiertos en los dieciséis⁵⁸ poblados y tumbas que sirven de base para su distinción. En los demás casos, estima que «los datos publicados son demasiado imprecisos para una tabulación más fina» de las proporciones entre los distintos tipos (*ibidem*, p. 30) que la simple apreciación subjetiva. En realidad, las cifras de los dieciséis sitios-tipo no ofrecen posibilidades mejores.

Zambujal y Montes Claros son los únicos yacimientos que superan los 100 fragmentos campaniformes decorados (104 y 392, respectivamente), oscilando en los demás entre 57 y 10 ejemplares (28,3 de media). En los dieciséis aparecen tipos incisos y puntillados en proporciones muy diversas. Los incisos están representados desde por uno

⁵⁸ Las unidades arquitectónicas del castro de Penha Verde (casas, muralla, calzada, etc.) se contabilizan como sitios independientes, ya que el autor (Harrison, 1977a, p. 27) las considera conjuntos cerrados, cuyos hallazgos corroboran la dicotomía Marítimo-Palmela, establecida mediante los patrones de distribución y asociación.

(Zambujal, Pedra do Ouro, calzada de Penha Verde) a 325 ejemplares (Montes Claros) y los puntillados desde por uno (muralla de Penha Verde, Casa Pía) a 67 (Montes Claros). Sitios como Parede ⁵⁹, Ponte do Laje ⁶⁰, São Pedro do Estoril I ⁶¹ o Quinta do Anjo ⁶² tienen proporciones similares de uno y otro.

Con estos datos, tan variados en representatividad y composición, sería imprudente, como advierte honestamente el propio Harrison (*ibidem*, p. 68), llevar la hipótesis de la distinción de los Complejos Marítimo y Palmela demasiado lejos. Hay que tener en cuenta, también, que el reducido tamaño de los fragmentos añade un obstáculo más a la identificación de los tipos marítimo y Palmela, ya de por sí difícil (*cf. supra*).

Estoy de acuerdo con el autor (*ibidem*, p. 25) en que «las regularidades advertidas requieren algún intento de explicación, y no podemos ignorar los patrones observados». Lo que me pregunto es, primero, si tal «regularidad» (dualismo campaniforme) existe. Los datos no siempre parecen concluyentes. En segundo lugar, cabe plantearse si ese dualismo responde a factores cronológicos y no de otro tipo y, finalmente, si no podríamos volver por pasiva ciertos comentarios de Harrison (*ibidem*, p. 48), en relación con la diferenciación de las culturas VNSP-CM: ¿por qué cuando nos encontramos ante un depósito con elementos de los complejos Marítimo y Palmela debemos reconocerlo como un «conjunto recurrente, político que tiene una aparición altamente regular y patrón asociativo», como sugiere, en vez de interpretarlo como un depósito «mixto»?

Gran parte de las observaciones hechas hasta el momento pueden hacerse extensibles también al tratamiento del campaniforme Ciempozuelos. Este merece, además, otras específicas.

Las inhumaciones individuales con elementos campaniformes bien del tipo marítimo, bien del de Ciempozuelos encontradas en el interior de la Península sugieren que ambos complejos fueron independientes, al menos, ocasionalmente. Otra cuestión es, como en el caso anterior, su interpretación.

Los datos estratigráficos disponibles en la Meseta para la seriación campaniforme son inexistentes, lo mismo que los relativos a la

⁵⁹ 14 puntillados y 13 incisos.

⁶⁰ 10 puntillados y 19 incisos.

⁶¹ 9 puntillados y 3 incisos.

⁶² 24 puntillados y 30 incisos.

cronología absoluta de los hallazgos del tipo marítimo. Las fechas publicadas para los de tipo Ciempozuelos no son suficientes todavía para apreciar regularidades. En consecuencia, la explicación del aislamiento de los dos complejos por recurso al factor cronológico no es susceptible de contraste.

La afirmación de que la llegada del complejo Ciempozuelos supuso un «cambio importante en los patrones previos» (*ibidem*, p. 64) resulta difícilmente sostenible cuando, como en este caso, se reconoce, por un lado, la carencia de información sobre el Neolítico meseteño y, por otro, se ofrecen datos que sugieren una continuidad entre los dos complejos campaniformes.

Como se recordará, los rasgos del complejo Ciempozuelos que, según Harrison, permiten su definición como una intrusión de origen centroeuropeo son la inhumación individual, muñequera de dos perforaciones, puñales de lengüeta, botones con perforación en V y baratijas de oro (*ibidem*).

Ahora bien, la inhumación individual se conoce en el arenero de Miguel Ruiz, asociada a campaniforme marítimo y puñal de lengüeta (*ibidem*, p. 56). Tanto ese tipo metálico como los botones con perforación en V⁶³ o el oro (*ibidem*, p. 42) existían en la Península, antes de la aparición del campaniforme Ciempozuelos. Las muñequeras de arquero que acompañan en la Meseta a algunos enterramientos campaniformes, siempre se asocian al tipo Ciempozuelos, pero en Portugal cabe la posibilidad de que fueran empleadas ya durante la fase más antigua⁶⁴.

En consecuencia, podemos encontrar precedentes en la península Ibérica para todos o casi todos los elementos de «origen centroeuropeo» del complejo Ciempozuelos. A estas dificultades para aceptar la procedencia propuesta se añaden otras, una de las cuales fue reconocida por el propio autor (*ibidem*, p. 65). «El equipo Ciempozuelos de dos cuencos y un vaso campaniforme y la forma y decoración de los cacharros son rasgos únicamente españoles.»

Veamos ahora la numerosa evidencia que, según Harrison (*ibidem*, pp. 96 y 98), «documenta la fuerte presencia de campaniformes centroeuropeos en la cabecera del corredor del Ródano, proporcionando una buena idea del camino por el cual los elementos centroeuropeos se extendieron al Languedoc e Iberia».

⁶³ Véase nota 50.

⁶⁴ *Ibid.*

Ya quedó indicado que las tumbas que sirven de hito en este camino se concentran en las cabeceras del Ródano y Rin (tumbas de Alsacia-Lorena, Niederhergheim, Le Petit Chasseur), muy próximas todavía al área de distribución del campaniforme centroeuropeo, cuyo depósito más occidental es precisamente Le Petit Chasseur. El único hallazgo intermedio sería el de Soyons (Ardeche) con piezas «estrechamente paralelizables en Cataluña pero no en la Meseta» (*ibidem*, p. 65)⁶⁵.

Finalmente los campaniformes sudorientales franceses «tienen muchos de los rasgos de los vasos Ciempozuelos», pero «no pueden ser paralelizados exactamente con ejemplares de contextos centroeuropeos» (*ibidem*).

La cuestión que queda pendiente, en cualquier caso, es el alcance que se puede conceder a las eventuales similitudes observadas entre los diversos conjuntos campaniformes europeos. Su resolución está estrechamente ligada, por un lado, al perfeccionamiento del método comparativo en el sentido antes expuesto, por otro a la obtención de nuevas fechas de carbono 14 y de asociaciones tipológicas bien documentadas y, finalmente, a la revisión crítica de los presupuestos teóricos del Modelo Dualista.

II.4.5. Conclusión

Los modelos teóricos que se han propuesto para el estudio del vaso campaniforme son estructuralmente similares. Comparten los supuestos de que «todos los campaniformes están relacionados, de que los Complejos Marítimo y Ciempozuelos son distintos y de que las cerámicas son la clave para la comprensión» del tema (Harrison, 1977a, p. 6).

La «cuestión campaniforme» implica, pues, la adopción de un «enfoque comparativo paneuropeo» (Chapman, 1976, p. 135), como nota más obvia, pero también una determinada concepción de la cultura y unos presupuestos metodológicos particulares.

En primer lugar, se estima relevante el estudio de «elementos seleccionados de sus matrices culturales» (Harrison, 1977a, p. 6). Tales elementos se desplazan de un sitio a otro, completos o representados

⁶⁵ Esa afirmación contradice la de que el complejo Salamó «carece de rasgos claramente foráneos» (Harrison, 1977a, p. 9) (véase nota 49).

sólo por alguno de sus componentes, como consecuencia de intercambios o desplazamientos de la población. Sea cual sea la razón que se aduzca —en los casos en los que se aduce— se trata de una «hipótesis *ad hoc*» exigida por una concepción difusionista que niega la posibilidad de creación de «dos hogares campaniformes independientes en dos zonas geográficamente alejadas» (Treinen, 1970, p. 301, n. 199) o defiende la existencia de «regularidades», a partir de piezas individuales definidas por tipologías variadas e intuitivas (Harrison, 1977a, p. 23).

Paneuropeísmo y normativismo están estrechamente imbricados, proporcionando el segundo la justificación teórica del primero. La articulación empírica se efectúa a través del «método comparativo». Ahora bien, se trata de un «método comparativo» destinado a «salvar» las hipótesis previamente establecidas respecto al origen y difusión del campaniforme, más que a servir como instrumento clasificatorio neutral. Además los rasgos seleccionados no se jerarquizan, ni se establece ningún criterio de cantidad. En consecuencia, se carece de instrumentos de discriminación entre lo homólogo y lo análogo y, correlativamente, de procedimientos para controlar la generalización.

Se manifiesta ahora la tercera propiedad de la «cuestión campaniforme»: su «nominalismo» potencial. En efecto, la práctica de la investigación conduce a manejar los «nombres» como «datos», sobre todo, si resulta conveniente para argüir una determinada cronología o vía de difusión. Basta entonces la simple mención de la palabra «campaniforme» en un texto para incluir esa cerámica en el contexto problemático.

Las deficiencias del «método comparativo» no son las únicas razones para actuar con prudencia a ese respecto. Existen otros períodos de la Prehistoria donde se fabrican cerámicas decoradas de características similares a las de las cerámicas campaniformes (*ibidem*, p. 62). Se reconoce expresamente la dificultad de diferenciación de tipos y variedades a los que se atribuye un contenido cultural y cronológico muy diverso (Criado y Vázquez, 1982, pp. 49 y 67-68; Delibes y Municio, 1981, p. 70; Harrison, 1977a, pp. 17 y 45). Por último, se trabaja con más frecuencia con fragmentos de pequeño tamaño, cuyos motivos y técnicas decorativas pueden resultar confusos, o incluso no identificables, que con formas completas.

Cabría decir, reinterpretando una afirmación de Criado y Vázquez (1982, p. 72), que la forma en que se usan esos «nombres» su-

pone una simplificación que oculta más que aclara la «cuestión campaniforme».

La alternativa pasa por un refinamiento del método comparativo y una consideración de los contextos culturales en las que aparecen las cerámicas campaniformes. Ahora bien, la adopción de esa estrategia de investigación lleva consigo la disolución de la «cuestión campaniforme», como problema. «Lo que debe ser explicado» no es ya la eventual semejanza entre unos tipos cerámicos ampliamente distribuidos, sino los procesos actuantes en cada uno de los grupos en los que aparecen. Ello implica que los supuestos de la relación entre todos los complejos campaniformes, la distinción entre los Complejos Marítimo y Cienpозuelos y la relevancia de la cerámica para la investigación, dejan de ser un *a priori* de la misma para convertirse en hipótesis de trabajo que deben someterse a prueba en cada ámbito local y regional. El centro del problema se desplaza de la determinación del origen y mecanismos de distribución (migración, comercio) a la indagación de los procesos económico-sociales, actuantes en las culturas calcolíticas europeas. La atención destinada a los datos relativos a la cerámica campaniforme está en función de su significación para la comprensión de dichos procesos. La modificación de la perspectiva de estudio supone, pues, la desaparición del problema.

II.5. *La Edad del Bronce*

II.5.1. Introducción

M. Tarradell (1965a, p. 423) señala cómo en los primeros ensayos de síntesis de la Prehistoria española (Bosch Gimpera, 1932a) «se supuso que la península Ibérica durante la Edad del Bronce constituía esencialmente una unidad cultural. Dicha unidad venía impuesta por la cultura de El Argar, que desde su foco del sudeste peninsular se suponía que irradiaba con considerable fuerza a todo el resto del territorio». Así, «se consideró que el nombre de cultura de El Argar era idóneo como etiqueta válida para todo el conjunto» (Tarradell, 1965a, p. 423).

Al mismo tiempo, se sostuvo una duración extraordinariamente prolongada del período, al que se hizo perdurar hasta la llegada de los colonizadores «fenicios en el siglo VII a.C.» (*idem*, 1975, p. 399).

La investigación posterior ha puesto en cuestión ambos supues-

tos. Se diferenciaron un «Bronce Mediterráneo» y un «Bronce Atlántico» (Maluquer de Motes, 1975a, p. 129). J. Martínez Santa Ollala (1946) los interpreta como dos fases sucesivas, siendo la más antigua la correspondiente al primero y P. Bosch Gimpera (1954b), como dos facies contemporáneas. Se distinguieron diversas áreas culturales, restringiendo la implantación de la cultura argárica a una determinada zona del Sudeste y matizando el grado de influencia que ejerció sobre las restantes (Tarradell, 1950 y 1965a). En este esquema desaparece la noción «Bronce Mediterráneo», mientras el «Bronce Atlántico» se convierte en una facies más del período, tal como propuso Bosch Gimpera.

Además se destinó un gran esfuerzo a precisar la cronología de la cultura de El Argar limitando, a su vez, su desarrollo temporal.

Las discusiones acerca del origen de dicha cultura se han superpuesto a las anteriores. Existen dos posturas diferenciadas por su contenido, su momento de aparición y su influencia en los prehistoriadores. La primera, de carácter difusionista con distintas modalidades, tiene un arraigo e influencia tan amplio que puede considerarse la explicación-tipo a ese respecto. Posteriormente se propone otra indigenista, minoritaria.

En la actualidad, el estudio de la Edad del Bronce se encuentra determinado por diversas circunstancias interrelacionadas.

La investigación se ha generalizado a todo el territorio peninsular, siendo difícil no establecer una vinculación entre este hecho y la reorganización administrativa del Estado en Comunidades Autónomas. Una consecuencia ha sido que «el contenido, distribución y cronología de nuevos conjuntos culturales todavía está definiéndose, y áreas que se creían desprovistas de ocupación en este período», como la Meseta, han resultado densamente pobladas (Chapman, 1985, p. 150).

Además el peso de la tradición investigadora de la cultura de El Argar y, en general, del propio enfoque histórico-cultural en la Prehistoria española, unido a ese carácter preliminar de los estudios en el resto del país —comparativamente con menos secuencias estratigráficas crono-tipológicamente bien definidas— coadyuvan al mantenimiento de la secuencia de la región clásica como referencia inevitable para el estudio del período (Chapa y Delibes, 1983, p. 436).

El marco tiene diversas manifestaciones. M. Ruiz-Gálvez (1984, p. 324) señala cómo «en muchas publicaciones nacionales el término «Argar» es sinónimo de Bronce Medio», al argumentarse «parentes-

cos formales o semejanzas de algún elemento de cultura material de otros grupos culturales con El Argar».

En casos extremos se llegan a identificar los principales problemas de la cultura de El Argar —«el de su cronología, el de su origen, y el de su expansión» (Torre, 1978, p. 145)— con los de la investigación de la Edad del Bronce en la península Ibérica. En los más moderados, aquellos parentescos, no siempre bien distinguibles de los existentes con el Bronce Valenciano, sirven para la identificación de los factores foráneos que confluyen con el sustrato en la aparición de los grupos de la Edad del Bronce del valle del Ebro (Rodanés, 1987, p. 26). Explican ciertos tipos metálicos de los grupos del Bronce Valenciano (Gil-Mascarell y Enguix, 1986, p. 418). Dan cuenta, además, de formas cerámicas, ritos de enterramiento, patrones de asentamiento o urbanismo en los grupos manchegos de «las motillas» (Nájera, 1984), «morras» (Martín Morales, 1983) y los «poblados de altura» o «castillejos» (Nájera, 1984; Nieto y Sánchez Meseguer, 1980)⁶⁶ o de la agricultura al sur del Sistema Central (Valiente, 1987, p. 166).

El difusionismo puede expresarse también, indirectamente, al insistirse en «los fenómenos de perduración cultural» (Jimeno, 1984, p. 212) para caracterizar ciertos desarrollos en la Meseta norte. Tiene incluso manifestaciones radicales como «la tesis [...] del reparto de la península Ibérica desde comienzos del II milenio, por parte de pueblos con intereses comunes que desde el Mediterráneo oriental planificaron la explotación de las minas peninsulares» (Nieto y Sánchez Meseguer, 1980, p. 136).

Se esté o no de acuerdo con esos supuestos, lo que es evidente es que el planteamiento de la «cuestión argárica» ha condicionado —y condiciona en gran medida— la definición del «contexto problemático» de las demás áreas culturales de la Edad del Bronce. En consecuencia, si se logra aislar la estructura de aquella, se estará en condiciones de efectuar una evaluación crítica de los principales *a priori* de la investigación del período. Las páginas que siguen están destinadas a intentar lograr la consecución de ese objetivo.

⁶⁶ Abordo en extenso el problema de la definición de áreas culturales durante la Edad del Bronce en la Submeseta sur en otro lugar (Martínez Navarrete, 1988a, pp. 695-727, e *idem*, 1988b).

II.5.2. La tesis difusionista acerca del origen de la cultura de El Argar

Todos los prehistoriadores conceden a la obra de los hermanos Siret un valor extraordinario para la investigación de la Edad del Bronce, ya que «constituye hasta la fecha la base de todos los trabajos e interpretaciones de la cultura de El Argar» (Schubart, 1976, p. 331). En su primera publicación, estos autores valoran todas sus innovaciones (metalurgia del bronce y plata, enterramiento en jarra, copa, alabarda, espada, etc.), como demostración de la capacidad de progreso del «civilizado» y admirable pueblo «argaro» (Siret y Siret, 1890, pp. 323-333). Más tarde (Siret, 1913, pp. 78-330) ese entusiasmo inicial, quizá atribuible a la espectacularidad de los descubrimientos, es moderado hasta el punto de que las relaciones exteriores pasan a ser responsables de la aparición de tales innovaciones. Se inaugura así el enfoque difusionista que caracterizará, a partir de entonces, el estudio de la cultura argárica.

El parecido entre las formas metálicas y cerámicas de El Argar con las de la cultura de Aunjetitz, así como la diferencia que el autor apreciaba entre la cultura argárica y la de Los Millares, le llevaron a pensar que El Argar se originó «por una extensión de los pueblos del centro de Europa que él creyó célticos» (Bosch, 1932a, p. 165).

J. Martínez Santa Olalla y sus colaboradores (1947, pp. 121-122) desestiman, en cambio, toda influencia centroeuropea en la formación de la cultura argárica. La definen como segunda fase de esa unidad que es su «bronce mediterráneo hispánico», unidad

expresada por la cultura iberosahariana, expresión a la vez geográfica y étnica de sus ingredientes culturoológicos.

La expresión cultura iberosahariana no es casual y epidérmica, sino honda y razonada, hija de una *concepción monogenista, de un mecanismo difusionista*, que [...] afirma todos los supuestos concernientes al *centro secundario que es España respecto al Creciente Fértil y sus aledaños*. Lo sahariano queda en segundo término, porque lo operantemente activo y dinámico es lo ibérico, mediterráneo y oriental.

Al mismo tiempo, otras declaraciones vertidas en el texto indican que «lo mediterráneo y oriental» es lo verdaderamente actuante y que la «unidad» entre las dos fases del bronce mediterráneo, ni siquiera se entiende como tal: «tiene una comunidad de origen en lo geográ-

fico y se mueve dentro de una *línea económica idéntica* [...]. Es en cambio, *fundamentalmente distinto*, en tal forma que la dualidad I y II es mucho más honda, no sólo ergológica y animológicamente, sino también social y económicamente» (*ibidem*, p. 123).

En realidad, la interpretación de la segunda fase, como algo «fundamentalmente distinto», resulta totalmente coherente con el difusionismo militante de la autodenominada «Escuela de Madrid», expresado no sólo en sus declaraciones explícitas a este respecto (*cf. supra*), sino también en su insistente crítica a los «eternos repetidores» de la «feliz síntesis» de Bosch Gimpera (1932a) (Martínez Santa Olalla *et al.*, 1947, p. 142)⁶⁷.

Suponemos que pronto, siguiendo cuando no la razón, el mimetismo que gana a ciertas gentes, se abandonarán todos esos evolucionismos y tipologismos [*ibidem*, p. 139, n. 52] al uso: no se olvide la filiación megalítico-cista, el frutero o copa de estilo campaniforme y la copa algaríense, el perder progresivamente el gusto por el adorno alfarero y tantas deliciosas afirmaciones arqueológicas más [*ibidem*, p. 139]⁶⁸.

La crítica a lo que los autores (*ibidem*, p. 141) definen como «pucherologismo a ultranza de los arqueólogos» se concreta en la

increíble naturalidad con que [...] recibe afirmaciones auténticas y verdaderas, como la del inolvidable L. Siret al decirnos que los algaríenses enterraban intramuros de sus poblados. Parecía natural que una afirmación casi insólita, y que es gran parte del meollo histórico de nuestro II bronce mediterráneo, hubiese merecido insistentes consideraciones.

Como es obvio, aceptar simplemente la presencia de enterramientos urbanos sólo es algo insólito si se parte, como los autores, de una concepción monogenista y de la idea de que tal práctica funeraria «no ofrece precedentes» en España (*ibidem*, p. 152). Lo natural es, en ese caso, destinar insistentes consideraciones a la búsqueda de paralelos. El resultado, al que se llega, es que los enterramientos urbanos

⁶⁷ «Mi maestro, P. Bosch Gimpera, bastante trabajo tuvo con poner orden, por primera vez, en la arqueología española, dándonos su fecunda primera síntesis» (Martínez Santa Olalla *et al.*, 1947, pp. 141-142).

⁶⁸ La crítica al tipologismo y pucherologismo no es extensible, por lo que se ve, a sus aplicaciones al difusionismo orientalista.

se centran [...] en el Creciente Fértil y tierras adyacentes [El] país más típico [es] Anatolia, desde donde irradian por la Troade hacia Europa continental, y hacia el mundo helénico de islas y tierra firme [...]. En el tiempo, [...] tienen su creación en la Mesopotamia neolítica. Desde allí irradian y [...] aparecen en Anatolia en [...] un calcolítico tardío, durando ininterrumpidamente hasta 1200 [*ibidem*, pp. 149-150].

La «razón de la llegada de anatólios y su colonización de España, apoyada en la ocupación militar del país» se encuentra en la «busca del cobre y, sobre todo, de la plata» (*ibidem*, p. 158), minerales bien conocidos «de los orientales por las frecuentes relaciones a lo largo de todo el iberosahariano I» (*ibidem*, p. 154). Esta llegada se produjo «de una sola vez, pues ofrece una homogeneidad sin fisura, una vigencia relativamente corta en su expresión ergológica pura, y no hay posibilidad [...] de rastrear oleadas» (*ibidem*).

La vía de acceso fue marítima, «ya que faltan las referencias continentales en Africa y el Sur de Europa más acá de Creta» (*ibidem*, p. 153).

La cronología se sitúa entre 1400-1200 a.C., aceptándose su perduración hasta el 1100-1000 a.C. (*ibidem*, p. 158). Los argumentos que se emplean para su defensa son de tipo histórico y arqueológico. Por un lado, se propone una fecha anterior al 1400 a.C., ya que entonces existe un control marítimo aqueo, «ejercido desde Creta, que impediría la llegada de anatólicos a las playas españolas» (*ibidem*, p. 154). Por otro, los paralelos de la copa argárica de pie alto y de alguna espada permiten pensar que las relaciones amistosas entre los aqueos y los hititas facilitarían «el paso más allá de Creta de gentes de Anatolia», con posterioridad al 1400 a.C. (*ibidem*, pp. 155-157).

La cláusula de la amistad salva la contradicción con la primera hipótesis.

En conclusión, J. Martínez Santa Olalla y sus colaboradores interpretan, como Siret, la cultura argárica de acuerdo con un modelo invasorista típico. Pero lo vinculan con prospectores metalúrgicos anatólios que realizan una penetración «rápida y profunda», respondiendo «a unas necesidades militares de ocupación de España por la fuerza» (*ibidem*, p. 153). Todo el territorio peninsular queda unificado por esa cultura de gran homogeneidad, dado que responde a una sola oleada, producida en un período de tiempo breve.

Esta idea de «unidad nacional» remontada a la Edad del Bronce por A. del Castillo y J. Martínez Santa Olalla es puesta en cuestión desde el exterior (Evans, 1958) y en la propia Península (Tarradell,

1950) y no volverá a retomarse. A partir de entonces la investigación trata de aislar los componentes que intervienen en la formación de la cultura argárica, así como de definir su periodización y zonas de influencia.

Para Evans (1958, pp. 64 y 52) «la cultura de la Edad del Bronce argárica [...] surgió como una combinación de elementos e influencias traídos de áreas muy divergentes que forman una unidad aparente sólo, porque la mayoría de ellas tienen un origen remoto en las tradiciones egeo-anatolias», dominante durante el Neolítico Final y la Primera Edad del Bronce en las costas mediterráneas.

Esta versión refleja un normativismo cultural más acentuado que el de los autores anteriores, al entenderse El Argar como agregación de rasgos de diversa procedencia.

Otra novedad es la introducción de diferencias en la caracterización de los territorios del Sudeste. El «argárico» de Valencia es «una cultura de afinidades básicamente del noroeste (catalanas e italianas), que quizá adquirieran nuevos elementos, a partir del contacto con las culturas del noroeste de la Península» (*ibidem*, p. 67). Entre las primeras cita «las formas carenadas típicas [que] pueden derivarse en su origen de la tradición de Polada, en el noreste de Italia» (*ibidem*, p. 64) o el uso de botones con perforación en V, prismáticos o piramidales» (*ibidem*, p. 65). Entre las segundas señala «los puñales de bordes casi rectos y hasta de seis remaches» (*ibidem*, p. 66).

En cambio, esas relaciones no satisfacen «totalmente la explicación de la cultura argárica de Murcia y Almería, puesto que estos lugares tienen elementos exóticos que deben haber alcanzado esta parte de España por el sur, probablemente una ruta marítima desde Sicilia, que siguió quizá la costa norteafricana» (*ibidem*, p. 67).

La distinción de áreas culturales en la Edad del Bronce peninsular en función de las influencias externas será sustituida por los prehistoriadores españoles por otra basada en el ascendiente de la propia cultura argárica. Almagro Basch (1961, pp. 53-54), por ejemplo, le circunscribe al Sureste, Levante y Cataluña, mientras el resto de los grupos permanecen sin cambios radicales.

Este autor recupera el monogenismo de las posiciones previas de sus compatriotas (*ibidem*, p. 52): «la cultura de El Argar ofrece una clara personalidad. Es un complejo nuevo de formas culturales: sepulcros, poblados, cultos, armas y útiles de metal, cerámicas, etc., que nada tienen que ver con los propios de los períodos anteriores y posteriores que la Prehistoria española nos ofrece».

Crítica doblemente a Evans. En primer lugar, por su «análisis aislado de sólo algunos paralelos de determinadas formas argáricas» (*ibidem*), ya que si bien «el origen de una determinada forma cultural puede estar en [los] círculos culturales [del Bronce Medio del centro y del occidente de Europa] y de él irradiar a los otros, *nada significa en cuanto al origen y formación total* de tan personales culturas. Desde el Bronce Medio en general, estas relaciones y préstamos fueron frecuentes» (*ibidem*, p. 53).

En segundo lugar, encuentra paradójico proponer

un origen centroeuropeo de la cultura argárica ⁶⁹, [cuando] en su camino hacia el Sureste de España [no ha dejado] ni una sola necrópolis típica [...] Lo certero es ver a los elementos mediterráneos de esta cultura avanzar desde la Anatolia costera a través de [...] Lípári, [...] Sicilia y, sobre todo, [...] Grecia continental, donde hallamos enterramientos en jarras [...] a partir del 1600 a.J.C., fecha que [da] al comienzo de [la] cultura de El Argar [*ibidem*].

Como en el caso de los Leisner, el sepulcro vuelve a ser el hilo conductor de la tradición cultural. Además, sostiene (*ibidem*) que esas culturas mediterráneas «ayudan a comprender cómo tales elementos anatólios atravesaron el Mediterráneo, aunque *no formaran en ninguna parte un círculo cultural tan personal como en el Sureste de España*».

Es claro que la obra de Almagro no estaría exenta de las mismas críticas que él había dirigido a la de Evans.

Schubart (1976, p. 331) hace notar cómo hay que agradecer a los estudios de M. Tarradell (1950, p. 74; *idem*, 1965) la restricción espacial del concepto de cultura de El Argar, a la que antes se aludía. A partir de ellos, la zona clásica queda limitada al Sudeste, señalándose además una zona de «influencia argárica» y otra de «perduración del Bronce I». La sincronización de esta última con las anteriores se basa en el hallazgo de objetos metálicos y cerámicos aislados de tipología «argárica».

La obra de M. Tarradell abre camino al desarrollo de los estudios regionales —en parte emprendidos por él mismo (*idem*, 1962, 1963,

⁶⁹ Otros autores no atribuyen a Evans la defensa de un origen centroeuropeo de El Argar, sino que se limitan a señalar que los influjos de Europa central y norte de Italia indicados por él, «aunque existieron sin duda» no fueron tan importantes como los mediterráneos (Schubart, 1976, p. 342, n. 79; en parte también Arribas, 1967, pp. 106-107).

1965b, 1969)— que han permitido la delimitación de las distintas áreas culturales peninsulares durante la Edad del Bronce (culturas de El Argar, del Bronce Valenciano, de las Motillas, del Bronce del Sudoeste, de Cogotas I, del Bronce Atlántico, etc.) (*idem*, 1980, pp. 88-90; Balbín-Behrman, 1978, p. 96 y, sobre todo, Chapa y Delibes, 1983, pp. 443 y 480-488).

P. González Marcén y V. Lull (1987, p. 9), por su parte, consideran a Arribas (1968) «el primer investigador de la Edad del Bronce preocupado por el paleoambiente y las formas urbanísticas de los asentamientos de la cultura».

Reservan González Marcén y Lull (1987, p. 9), en cambio, a B. Blance (1964) el mérito de haber fijado la periodización de la cultura que, todavía hoy, sirve directa o indirectamente como marco de referencia para la investigación. Fue elaborada a través del análisis estadístico de los «hallazgos menores» (Schubart, 1975, p. 80) (cerámica, adornos, tipos de tumba) de los ajuares cerrados de las necrópolis clásicas (El Oficio, Fuente Alamo y, especialmente, el yacimiento epónimo). La autora (Blance, 1964, p. 133) identifica dos fases que define como sigue: «El Argar A, la fase más antigua, está caracterizada por el enterramiento en cista [...], muñequeras de arquero, botones con perforación en V, tipos de puñal de reflujo, etc., que indican conexiones con el movimiento de reflujo campaniforme. Es probable que otros hallazgos como alabardas, oro, etc., también lleguen como resultado» del mismo.

La asociación del movimiento de reflujo «con las culturas de Alemania meridional del Reinecke A.1» permiten datar esta fase «en torno al 1700 a.C.». «El Argar B, la fase más tardía, está caracterizada por enterramientos en pithoi [...], espadas, puñal de tipo pithos, diademas de plata, cuentas de hueso y fayenza segmentadas, hachas, etc. Las conexiones de este grupo son orientales» y su fecha se establece principalmente «por las cuentas segmentadas de fayenza, posiblemente entre 1500-1400 a.C.»

La aparición de las dos fases se atribuye a movimientos de población. En la primera, se trata de los grupos campaniformes que, en su búsqueda de nuevas fuentes minerales, habían llegado a Centroeuropa. Allí, rechazados probablemente por la cultura de Vuucedol, regresan a Europa occidental, dando lugar a los campaniformes tardíos y a la cultura de El Argar (*ibidem*, pp. 130-131). La notoria diferencia entre unos y otra no merece especial comentario.

A su vez (*ibidem*, p. 132), la llegada de «gente practicando la cos-

tumbre del enterramiento en pithos es, como Evans (1958, p. 68) ha señalado ya, sólo una extensión occidental de un movimiento que fue responsable del establecimiento» de otras culturas, en las islas mediterráneas.

Según la autora (Blance, 1964, p. 139), esta llegada «interrumpe» la fase del Argar A, si bien «la gente del Argar A original sobrevivió junto a los recién venidos». Por otro lado (*ibidem*, p. 140), los rasgos culturales propios del Argar B subsisten «sin interrupción hasta la época de los Campos de Urnas».

La tesis de Blance aúna, pues, las dos teorías difusionistas acerca del origen de la cultura de El Argar. Ello lleva aparejado el abandono de la concepción unitaria de la misma, hasta entonces imperante, sustituida por la defensa de una «ruptura en el desarrollo cultural» (*ibidem*, p. 140), entre una y otra fase.

Esta defensa concuerda mal con su alusión simultánea a la «supervivencia de la gente de El Argar A original» en la fase B, única justificación, por otra parte, para el mantenimiento del concepto «cultura de El Argar». Ello evidencia la mayor preocupación de la autora por los aspectos cronológicos de la periodización que por las implicaciones culturales de la misma.

En realidad, esa preocupación por la delimitación temporal de la cultura de El Argar puede considerarse el rasgo más característico de la investigación de las últimas décadas. V. Lull (1983, p. 51) señala dos aspectos íntimamente relacionados de la misma. En primer lugar, valora la elaboración de unas propuestas tipológicas destinadas a reconocer algunos útiles o armas como fósiles directores (Almagro Gorbea, 1972; Schubart, 1973; cit. por Lull, 1983, p. 51), más que a la simple ordenación de los materiales (Cuadrado, 1950). En segundo lugar (Lull, 1983, p. 156), destaca la elección de los ajueres funerarios como base del estudio tipológico y estadístico. Así el esquema original publicado por B. Blance (1971) fue corregido, precisado y ampliado por H. Schubart (1975 y 1979) y M.^a L. Ruiz-Gálvez (1977). Como resultado de todo ello, la cultura de El Argar queda reducida a un inventario funerario que se supone fuertemente normalizado y, por tanto, susceptible de generalización.

Esa «obsesión cronológica», tan propia de la orientación historiográfica de la Prehistoria española, no impide la publicación paralela de diversos artículos que abordan los problemas de interpretación cultural de El Argar. El más significativo es, sin duda, el que H. Schubart (1976) dedica a la consideración de sus relaciones medite-

ráneas. En él mantiene la opinión tradicional de que «la explotación de minerales y el comercio de metales parecen haber sido [...] los motivos que originaron el nacimiento y florecimiento de la cultura de El Argar» (*ibidem*, p. 332).

El «cambio, asombrosamente brusco» que representa respecto a la cultura calcolítica —sustitución de cerámica decorada por otra de aspecto metálico con otras formas, «final del rito de los ídolos» y del enterramiento colectivo—, su localización costera y

su parentesco con formas y costumbres de la zona del Mediterráneo oriental dejan traslucir una fuerte influencia exterior, cuyo núcleo podría posiblemente estar constituido por un grupo muy pequeño de mercaderes y especialistas en metales, forasteros, llegados por mar, que, *en el amplio sentido de la palabra [...], podrían ser también designados como «colonizadores»*. Su relación con el Mediterráneo oriental, que tenía una base comercial [...] permanece, [...] como lo manifiestan las influencias posteriores [de dicha zona que] permiten subdividir la cultura de El Argar en dos períodos, hasta ahora [*ibidem*, p. 342].

Se vuelve de este modo a la concepción unitaria de la cultura, hoy vigente, sólo interrumpida por la influencia de B. Blance. El modelo difusionista gana así coherencia. No se excluyen eventuales relaciones con Europa central o el norte de Italia, pero se estima más significativa la continuidad apreciable en poblados, costumbres funerarias y formas cerámicas y metálicas que «con relación a otras culturas [dan] una impresión de unidad», que no conduce «a una división entre un período más antiguo centroeuropeo y otro más tardío mediterráneo» (*ibidem*, y n. 84).

Según H. Schubart (*ibidem*, p. 342), la «idea de un movimiento comercial [...] hace aparecer superfluo el recurrir a motivos históricos especiales para cualquier movimiento de pueblos», en la línea seguida en la primera mitad de siglo (*cf. supra*, J. Martínez Santa Olalla)⁷⁰. Por el contrario, resulta imprescindible reivindicar un despla-

⁷⁰ La adopción de un modelo difusionista no implica, desde luego, el recurso a motivos históricos especiales para cualquier movimiento de pueblos. Sin embargo, tampoco hay que olvidar que la coherencia de ese modelo está en función de los motivos históricos que puedan ser aducidos como explicación —en este caso, de la influencia atribuida a las culturas orientales, en el desarrollo del Sudeste español—. Cuanto más específicos sean dichos motivos, mayor credibilidad y precisión alcanza la reconstrucción histórica difusionista. M. Botella y C. Martínez (1977, p. 41) emplean ese tipo de argumentos en su interpretación de la decadencia argárica.

zamiento de población —cualesquiera que sean las personas implicadas— si se defiende una tesis colonial, en el amplio sentido de la palabra. De ahí que, la distinción que se establece entre «movimiento comercial» y «emigración de pueblos» (*ibidem*, p. 332, n. 3) deba entenderse como un rechazo a la idea de «migraciones *masivas* de pueblos por el mar» (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 24).

La última formulación de las tesis difusionistas, debida a H. Schubart y O. Arteaga (*ibidem*)⁷¹,

no descuida la *valoración preeminente de un poblamiento básico*, seguramente mayoritario, derivando del propio de la Edad del Cobre, pero tampoco ignora la posible proyección de elementos extraños hacia Occidente, promoviendo en gran medida *relaciones exteriores*, dentro de las cuales *no se deben colocar en segundo término* y por una mera reacción pendular de las modas interpretativas las que conectaban con Oriente.

Que esas relaciones se sitúan, en realidad, en primer término queda claro en el siguiente párrafo:

Lo complicado sigue estando, en el trasfondo de las coincidencias culturales, intentar graduar las infiltraciones de elementos extraños en el poblamiento argárico, definir la importancia que las mismas pudieran haber alcanzado y explicitar las condiciones en que se pudo haber facultado su integración [*ibidem*].

Lo que debe ser explicado son esas coincidencias culturales mediterráneas e infiltraciones de elementos extraños, no el sustrato.

Yendo bastante más lejos que las últimas versiones del «modelo colonial» calcolítico sostienen que

no se puede negar que los préstamos mediterráneos pudieran haber sido promovidos por la afluencia de mercaderes, especialistas en metales y otros grupos de elementos forasteros dispuestos a hacer vida en la región.

[Ello es innegable, aunque] no se pueda asegurar de manera tajante [y]

⁷¹ El artículo publicado en el *Homenaje a Siret* (Schubart y Arteaga, 1986) explica el desarrollo de la cultura argárica desde perspectivas próximas al materialismo histórico y sin una sola referencia a los factores mediterráneos. No se ocupan del «problema del origen», pero en relación con su posición a propósito de «las discusiones teóricas y planteamientos críticos más recientes» (*ibidem*, p. 290) remiten al artículo que comento (*idem*, 1983a, véase *infra*, p. 440) Schubart (1989, p. 36) acaba de ratificar su contenido.

todas las evidencias hasta ahora existentes, sin embargo [parezcan] inclinar la balanza en favor de la importancia básica que los elementos indígenas tuvieron en la formación [...] de la Cultura de El Argar (*ibidem*, y p. 25).

Lógicamente, tampoco aquí la justificación del modelo es arqueológica, sino dependiente del mismo concepto de racionalidad histórica. De acuerdo con él, hay mayores similitudes del mundo argárico «con otras formas culturales contemporáneas del Mediterráneo [...] que con la generalidad peninsular» (*ibidem*, p. 24). Negarlo «equivale a considerar que el Sudeste se encontraba completamente aislado de su mundo contemporáneo, encerrado en sí mismo durante la [época en que] [...] se encontraba especialmente abierta al mar» (*ibidem*).

Desde esa perspectiva, parece dudoso que las futuras investigaciones en el Egeo o en el Próximo Oriente (Schubart, 1976, p. 336) o los estudios antropológicos (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 24)⁷² sirvan para confirmar de forma decisiva la explicación difusionista. Se ha progresado mucho en los últimos años en la búsqueda de intercambios comerciales entre ambos extremos del Mediterráneo durante la Edad del Bronce (*cf.* capítulo 3, apartado III.4.2) sin encontrar apoyatura arqueológica que los fundamente. Pero, aun en el caso de que todos los estudiosos de la cultura argárica aceptaran la integración del sudeste de la península Ibérica en el comercio mediterráneo, incluso la llegada de un grupo de población oriental tan nutrido como se quisiera, subsistiría la cuestión fundamental: ¿qué papel debe concederse a esos factores en su formación y desarrollo?

Como se ha visto los investigadores difusionistas no han dado una respuesta precisa. Los partidarios de un desarrollo local, por su parte, no creen que la pregunta sea relevante.

⁷² Es realmente posible que los estudios antropológicos se conviertan en «la única fuente de información» para determinar la afluencia de grupos foráneos (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 24), como la investigación difusionista clásica ya daba por supuesto. Sin embargo, para llegar a ello, hay que elaborar tipologías que reflejen la variabilidad significativa dentro de una población y no las selecciones intuitivas de listas aditivas de rasgos que han caracterizado la antropología prehistórica (Harrison, 1980, pp. 160 y 162). Ahora bien, a tenor de las dificultades de conservación de los restos esqueléticos, cabe dudar que se llegue a contar alguna vez con muestras lo suficientemente amplias de las culturas mediterráneas como para resultar representativas de sus respectivas poblaciones.

II.5.3. La cultura de El Argar como desarrollo local

Los prehistoriadores españoles que han defendido un origen autóctono para la cultura de El Argar desde la perspectiva histórico-cultural tradicional son minoritarios y restringidos a la primera mitad del siglo. Posteriormente se inicia un larguísimo período, todavía en curso, representado por la alternativa difusionista.

Desde mediados de los setenta y, como consecuencia, en buena medida de las excavaciones estratigráficas en poblados, dicha alternativa se empieza a poner en cuestión.

Este proceso continúa en nuestra década durante la cual puede decirse que la consideración de la cultura argárica como desarrollo del sustrato calcolítico tiene tanto o incluso más eco que la versión difusionista.

P. Bosch Gimpera es el más significado representante de quienes, en la primera mitad de siglo, conciben la formación de la cultura argárica como un proceso local, restringido al Sudeste, en el que los contactos mediterráneos o atlánticos no juegan ningún papel relevante (véase *supra*, p. 249). A su juicio (Bosch, 1932a, p. 165), es «uno de los momentos culminantes de la evolución indígena transparentándose en la cerámica y formas de habitación y sepultura la continuidad del pueblo de la cultura de Almería».

El aspecto nuevo (*idem*, 1954, p. 48) le viene dado por «la sustitución del utillaje de piedra por el de bronce [...] pero en sus tipos, como en los de la cerámica, se acusa el carácter conservador de la cultura de Almería, que continúa dichos tipos sin apenas modificaciones sensibles. Este es el caso, sobre todo, de las hachas planas».

Incluso un elemento tan característico de la metalurgia argárica, como las espadas, se interpreta como una «prolongación del tipo de los puñales» (*idem*, 1975, p. 399).

Su vinculación con esa actividad es la responsable de su prosperidad y capacidad de expansión territorial (véase *supra*, p. 250). El nivel cultural alcanzado por los distintos territorios peninsulares se relaciona directamente con su proximidad al Sureste. Desde allí se difunden tipos cerámicos y metálicos o actividades como la minería y la metalurgia, pero nunca la cultura completa.

Como se sabe (véanse *supra*, pp. 237-239), la periodización de la cultura argárica se establece atribuyendo la representación de las distintas fases a una serie de poblados cuya sucesión no reposa en cri-

terios consistentes. Además, como indica H. Schubart (1975, p. 80), la consideración de «yacimientos o necrópolis enteros como característicos de cada una de las fases [...] limita sus propias posibilidades de conocimiento. Los tres yacimientos mencionados: El Argar, El Oficio y Fuente Alamo estuvieron poblados durante toda la época de El Argar».

J. de Mata Carriazo (1975, p. 763), en la ya citada *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, mantiene posiciones similares a las de Bosch Gimpera en lo que se refiere al origen de la cultura de El Argar y a la influencia de los grupos del Sudeste en los de los restantes territorios peninsulares: «El ajuar de las estaciones argáricas, tomado en su conjunto, presenta las mayores analogías con el de otras estaciones neolíticas y eneolíticas de la misma región, demostrando, precisamente contra la teoría de Siret, que la nueva cultura es una evolución *in situ* de la anterior, sin solución de continuidad.»

Así las hachas, cuchillos-puñales y alabardas derivan de los homónimos de diorita y sílex, de modo directo o a través de los correspondientes ejemplares eneolíticos (*ibidem*, pp. 764-765), mientras los punzones «deben proceder de los de hueso» (*ibidem*, p. 767). Un arma, que juega un papel importante en las argumentaciones difusionistas como la alabarda, se define como «genuinamente hispánica» y confirmación rotunda de «la evolución del Eneolítico a la cultura de El Argar» por su morfología, «análoga a las de pedernal». Sólo las espadas podrían responder a influjos externos, ya que son raras, tardías: «acaso contemporáneas de las magníficas espadas fundidas de la plena Edad del Bronce, suscitadas por las necesidades de la lucha con el pueblo que las introdujo en la Península».

La continuidad entre la cultura de El Argar y la del Eneolítico se aprecia también en la cerámica, incluso en tipos tan característicos o convencionalmente «exóticos» como la tulipa y la copa. La segunda procede, según el autor (*ibidem*, p. 771), «de la copa ricamente decorada del Eneolítico andaluz». El hecho de la ausencia de decoración «sorprende» precisamente por tratarse «de una cultura estrechamente relacionada con la eneolítica» (*ibidem*, p. 772).

Se estima que todo lo «consignado, a base de la estación de El Argar, puede generalizarse a las demás de la misma cultura y de la misma zona estudiadas por Siret». Al mismo tiempo, como ya indicaba P. Bosch Gimpera, su presencia se reconoce, más o menos matizada, en el resto de la Península: «La cultura argárica, genuina representa-

ción de la primera Edad del Bronce española, se difunde desde la zona explorada por los Siret a las regiones vecinas, hasta alcanzar los opuestos confines de la Península. La densidad e interés de los hallazgos disminuye a medida que nos alejamos del foco de origen» (*ibidem*, p. 773).

La duración de la cultura se considera prolongada pero no tanto, como quería el investigador catalán:

Mientras la cultura argárica [...] permanece [en la península Ibérica] estacionaria, la industria del bronce evoluciona ampliamente en el centro, norte y occidente europeos, que a su vez reaccionan sobre la Península y nos envían los productos finales y más perfectos de esa evolución. De esta manera, la solución de continuidad que presenta nuestra Edad del Bronce obedece, no a un *hiatus* o a insuficiencia de conocimiento, sino a una verdadera sustitución de cultura. La nueva la traen, al parecer, los celtas [*ibidem*].

Así pues, la defensa de un desarrollo autóctono de la cultura argárica por estos autores se compagina con una interpretación difusionista de las demás culturas peninsulares de la Edad del Bronce.

Esta posición desaparece prácticamente de la investigación, como se indicó retomándose, sobre todo, «gracias a la realización de excavaciones sistemáticas modernas a partir de la efectuada en el Cerro de la Virgen de Orce (Schüle y Pellicer, 1966)» (Martínez Padilla, 1986, p. 308). Dichas excavaciones, emprendidas en la inmediata periferia del área clásica, permitieron apreciar los puntos de contacto entre las fases preargáricas y argáricas, sentando algunas de las bases para el replanteamiento global de la cuestión.

Sin embargo, durante las dos últimas décadas existe un notable desajuste entre las posiciones defendidas por los prehistoriadores españoles en los estudios particulares relativos a un yacimiento o una zona y los libros de texto.

J. Maluquer de Motes (1975b, p. 299), por ejemplo, sostiene en su trabajo acerca del poblado de Hornos de Segura (Jaén) que la presencia de cerámica campaniforme y argárica

constituye un poderoso elemento contra la tendencia excesivamente generalizada de interpretar toda la cultura argárica como una intrusión mediterránea. En Hornos, como en todo el Sudeste, resulta bien clara una continuidad en los yacimientos de habitación *entre lo preargárico y lo argárico*, pese al

matiz peculiar de la cultura argárica que puede asimilar ideas y técnicas exóticas, pero cuyo sustrato dominante en esencia es indígena [*ibidem*].

En cambio, en una publicación algo anterior del autor, esta vez de síntesis, sólo se alude al sustrato para indicar el extraordinario cambio que supone la cultura de El Argar. La presencia de estaño y plata probaría

la existencia de un nuevo estímulo mediterráneo en las costas almerienses, cuya procedencia tiende a buscarse [...] en el sudoeste de Anatolia [...]. A consecuencia de este nuevo estímulo se desarrolla la cultura de *El Argar*, [la cual] ofrece un *contraste muy notable con todo lo anterior*, tanto con la antigua cultura megalítica como con la población del vaso campaniforme [...]. La transformación es notable. [Incluso] es indudable la presencia de elementos [antropológicos] exóticos renovadores en conexión con el Mediterráneo oriental [*idem*, 1972, pp. 50 y 52].

Por los mismos años G. Delibes de Castro (1976, p. 89) indica cómo «el foco cultural del Sudeste, profundamente renovado en relación con la cultura de Los Millares» ve «la aparición de [la cultura argárica] estrechamente vinculada a diversos focos del Mediterráneo oriental, especialmente de Anatolia, Creta y Grecia continental».

El desajuste comentado puede atribuirse a factores muy diversos. Como es lógico, la propia naturaleza de las publicaciones condiciona en gran parte su alcance. Sería difícil abordar la síntesis de una cultura a partir de una monografía arqueológica. Además la versión difusionista, como se sabe, está sólidamente arraigada en la tradición investigadora europea. Ofrece la posibilidad de una lectura más comprensiva y unitaria que el indigenismo que está justificada, además, por la influencia actualista de la geografía histórica mediterránea. Expresa la «racionalidad académica» y, por tanto, existen presiones disciplinares, más o menos intensas según el contexto, encaminadas a su mantenimiento. Todo ello me lleva a pensar que, además, sin la incorporación a la discusión de prehistoriadores con otros presupuestos, los resultados obtenidos en las excavaciones citadas no habrían bastado para abrir un espacio a la alternativa indigenista.

La síntesis de la Edad del Bronce europea publicada por Coles y Harding (1979, p. 216) es un claro exponente de esta última.

En general, la continuidad entre el Eneolítico y la Edad del Bronce Antigua sugiere que la explicación de la Edad del Bronce [peninsular] requiere poca

influencia externa o movimiento importante de pueblos. [En el caso concreto del Sudeste] La totalidad del complejo de equipamiento y actividades de los sitios argáricos no sugiere estímulo o contacto externo. La autosuficiencia en un medio lleno de muchos recursos útiles, completada con el control y conservación de aquéllos restringidos en cantidad, sean agua o metal, es probable que hayan sido el elemento dominante en la vida de las comunidades de la Edad del Bronce Antiguo [*ibidem*, p. 225].

El gran contraste apreciable, entre las sociedades que preceden a la cultura argárica en el Sudeste y dicha cultura, puede atribuirse a factores locales: «Una especialización creciente en la metalurgia, la aparición de armamento de gran calidad, el desarrollo de nuevas fortificaciones y, sobre todo, el cambio del enterramiento colectivo al enterramiento individual, acompañado de un ajuar personal, variable, sugieren una evolución social y económica interna» (*ibidem*, y p. 226).

El nuevo contexto problemático afecta tanto al tema específico de la cultura argárica, como a toda la estructuración de la Edad del Bronce. El énfasis en los procesos locales implica no sólo la posibilidad de defender una explicación evolucionista en sentido estricto en relación con el origen de la misma, sino también con los de las demás culturas peninsulares, algo hasta entonces inédito. Pero lo que resulta todavía más importante es que tal énfasis conlleva, en último término, la revisión del enfoque histórico-cultural tradicional.

Sin llegar todavía tan lejos, A. M.^a Muñoz (1982, p. 21) da a conocer en su ponencia al XVI Congreso Arqueológico Nacional lo que, a su juicio, era el estado de la cuestión sobre el tema:

Actualmente creo que todos estamos de acuerdo en que la cultura argárica tiene su base en el sustrato del cobre del Sureste. Prácticamente todos los instrumentos más o menos característicos de la cultura aparecen en yacimientos preargáricos, desde la metalurgia a las técnicas cerámicas, los brazales de arquero o los botones con perforación en V. Algunas formas originales como la copa tiene paralelos [...] en formas de cerámica campaniforme [...]. La evolución de la industria del sílex [...] no es más que una adaptación tecnológica a los nuevos tiempos [...]. La transformación del tipo de casa [...] no es más que la simplificación y adaptación de técnicas constructivas a las necesidades de una sociedad cuyas pautas han desbordado los estrechos límites de la choza familiar, hacia viviendas más confortables [...]. En cuanto al nuevo ritual funerario de inhumación individual [...] tiene fácil explicación en el evidente cambio de estructura social que nos ofrece la cultura argárica.

El texto, enormemente expresivo, es una respuesta puntual a casi todos los argumentos aducidos por los prehistoriadores difusionistas para justificar el origen foráneo de la cultura. Refleja una posición que, en contra de la opinión sostenida por la autora, tenía partidarios tan significados (Molina, 1983, p. 90) como sus detractores (Schubart y Arteaga, 1983; Schubart, 1989, pp. 33-36), sin olvidar las soluciones de compromiso (Chapa y Delibes, 1983, pp. 442 y 480). Pero, incluso si hubiera habido ese consenso respecto a la formación local de la cultura argárica, no hubiera bastado para explicarla de acuerdo con tesis evolucionistas (Molina, 1983, pp. 90-91). De hecho, ello requiere un cambio teórico que se emprenderá por los mismos investigadores que reorientaron el estudio de la cultura de Los Millares (Chapman, 1978; Gilman, 1976) y por otros peninsulares (Lull, 1983).

II.5.4. Conclusión

La prehistoria española afronta la interpretación de la Edad del Bronce desde una perspectiva más marcadamente difusionista que la de otros períodos. Los factores específicos son diversos. Es fundamental la identificación entre «Edad del Bronce» y «cultura de El Argar» y la inserción de esta última en el contexto del presumido comercio metalúrgico entre ambos extremos del Mediterráneo durante el II milenio a. de C. Esta versión no quedaba tan desajustada con las dataciones radiocarbónicas como el modelo colonial del III milenio a. de C. y resultaba menos vulnerable que él a las descalificaciones por anacronismo. Al propio tiempo descansaba en paralelismos con el Mediterráneo oriental más claros e, incluso, en auténticas importaciones que sólo más tarde se sabrían de otra procedencia (cuentas de fayenza).

Puede decirse, sin mucho riesgo de error, que la tradición investigadora de la cultura de El Argar ha aportado casi la mitad de la información disponible acerca de la Edad del Bronce en todo el territorio peninsular. Ello afecta la configuración global del estudio del período en un doble sentido: por la consiguiente importancia que se concede a los factores foráneos (básicamente mediterráneos) y por la dependencia que se establece entre la dinámica de las demás áreas culturales peninsulares y la del Sudeste.

La jerarquización cultural, implícita en todo enfoque difusionista, ha determinado que la investigación se centrara en esta región. Su

evolución ha estado fuertemente condicionada por la ingente cantidad de materiales, en su mayoría inéditos, procedentes de los trabajos de E. y L. Siret, depositados en museos nacionales y extranjeros. Las asociaciones tipológicas facilitadas por los ajuares funerarios sirvieron de base a las propuestas de periodización de El Argar que se suceden a partir de los sesenta (Blance, 1964; Schubart, 1975 y 1979; Ruiz-Gálvez, 1977; Lull, 1983) e incluso a la última síntesis publicada sobre el tema (Lull, 1983). Todavía hoy el estudio de la colección Siret no ha concluido, habiendo varias iniciativas encaminadas a ese fin (Ulreich, 1986; Schubart, 1989, p. 32). De hecho, hasta el inicio de las excavaciones en Fuente Alamo (1977) (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 18), parecía considerarse innecesario emprenderlas en el área nuclear argárica de cara a una profundización en el conocimiento de esta cultura, en tanto que habían comenzado casi veinte años antes en sitios de la periferia granadina como el cerro de la Virgen de Orce (1960), el de la Encina (1968), Los Castillejos de Montefrío o la Cuesta del Negro (1971) (Arribas, 1976, pp. 140, 143 y 145).

Fuera de la «región clásica» el interés de los prehistoriadores se ha centrado en esos territorios limítrofes, a los que se suponía directamente influidos por el desarrollo ocurrido en aquella y, sólo en último extremo, en los grupos «marginales». Los problemas que tenía planteados el estudio de la Edad del Bronce, en esos casos, han sido puestos de manifiesto por R. de Balbín-Behrman (1978, p. 95).

[Vienen] siempre derivados de [...] la insuficiente documentación que poseemos [...] y [de] las diferencias regionales que cada vez con más fuerza se vienen manifestando [...].

Nos encontramos también con la aparente dificultad de establecer subdivisiones culturales bajo procedimientos arqueológicos [...], por lo que las relaciones son difíciles de establecer, e incluso las fechas de C-14 se incluyen dentro de secuencias poco clarificadas.

La tradición investigadora ha actuado aquí primando los rasgos «argáricos» sobre los de carácter local en la definición de las periodizaciones regionales. Así, como indica M. Ruiz-Gálvez (1984, p. 324),

resulta relativamente frecuente ver cómo en zonas, incluso geográficamente alejadas del SE, se denomina argárico, entre comillas, un puñal porque lleva remaches, o una cerámica porque presenta carena, argumentos que, no obs-

tante el entrecomillado, sirven muchas veces para situar tales materiales y a la facies cultural de la que forman parte en un Bronce Medio.

El panorama que presentaba en la introducción es indicativo del marco difusionista en el que está teniendo lugar la investigación regional.

Al lado de estos rasgos inmovilistas se advierten dos tendencias muy positivistas promovidas, en buena medida, por las excavaciones estratigráficas modernas. Una va encaminada a mostrar la vinculación de la cultura argárica con los sustratos calcolíticos. La otra introduce restricciones en la concepción monolítica que la ha caracterizado hasta hace poco.

La diversificación se introduce en la secuencia cada vez mejor precisada (Schubart y Arteaga, 1986). Afecta también a su distribución territorial. La regionalización de la península Ibérica durante la Edad del Bronce (Tarradell, 1950 y 1965) es completada ahora con el estudio de la variabilidad entre las distintas comarcas del Grupo Argárico (Arribas y Molina, 1979a, p. 138) (véase *infra*). Sin embargo, en mi opinión, el cambio de perspectiva más trascendente atañe al reconocimiento de que la diversidad formal del material arqueológico no puede conectarse automáticamente con determinaciones cronológicas o culturales. Desde hace unos años se valoran también las de carácter funcional identificables a través de la localización horizontal de los hallazgos (Schubart y Arteaga, 1986, p. 294) o del contexto doméstico o funerario de los mismos (Schubart, 1975, p. 89). La prudencia al manejar la tipología cerámica de las necrópolis, base como se sabe de la periodización argárica, debe extremarse «cuando los “tipos sepulcrales” se quieran confrontar con manifestaciones propias de sitios de habitación, localizados fuera de la zona en que aquellos aparezcan» (Schubart y Arteaga, 1986, p. 295).

Por otra parte, la cerámica doméstica se estima un indicador menos sensible del paso del tiempo que la funeraria (Schubart, 1976, p. 337 y n. 42), advirtiéndose así las variables correlaciones entre los factores funcional y cronológico.

En definitiva, se advierte «la necesidad de diferenciar, en cada región y en cada siglo del segundo milenio, el complejo material de lo estudiado como argárico: para evitar generalizar linealmente conocimientos que puedan ser parciales en el tiempo y en el espacio» (Schubart y Arteaga, 1983c, p. 58; también en *idem*, 1986, p. 294).

Ahora bien, la asunción de ese punto de vista supone una seria

objeción a los presupuestos teórico-metodológicos que guían la investigación. En estos años se está abriendo un debate sobre las conexiones teoría-práctica en Prehistoria hasta ahora inexistente. Sin embargo, no tengo la impresión de que se proponga una reconsideración del enfoque histórico-cultural, ni de su empirismo epistemológico. Se comenta, por ejemplo, en un texto inusual por la claridad en la exposición doctrinal, «lo peligroso que resulta querer *teorizar a la moderna* sin contar previamente con el apoyo de un trabajo de campo organizado en la búsqueda y documentación de datos apropiados» (énfasis de los autores) (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 19). Se advierte la falta de contraste empírico de las tesis evolucionistas propuestas (Gilman, Chapman, Lull) (Molina, 1983, p. 91), dada la configuración del registro arqueológico a tenor de «preguntas y finalidades programáticas distintas a las actuales» (Schubart y Arteaga, 1983a, p. 20).

Si se recuerda el contexto en que se hacen estas declaraciones su sentido queda mejor precisado. Schubart y Arteaga (*ibidem*, p. 24) apuntaban una posible «afluencia de mercaderes, especialistas en metales y otros grupos de elementos forasteros» para explicar la formación de la cultura argárica. Ello indica que, al definir como finalidad programática actual una mayor preocupación «por el hombre en sociedad, que por las evidencias materiales de su existencia» (*ibidem*, p. 20), su referente es muy distinto al de los autores evolucionistas citados que, sin embargo, suscribirían ese enunciado.

Además, y puesto que «todavía no [están] en condiciones de reseñar resultados decisivos» concernientes a su hipótesis (*ibidem*, p. 24) podríamos encontrarnos aquí también con «castillos edificadas en el aire, más que nada por haberse fundamentado en datos insuficientes» (*ibidem*, p. 20).

Como ya hizo notar Gilman (1981, p. 18) en su día: «Es fácil ser crítico con los datos arqueológicos, denunciar conclusiones por especulativas, dar rienda suelta al pesimismo metodológico *pro forma*. Sin embargo, muchos prehistoriadores son selectivos en su conservadurismo. Cuando la evidencia les lleva a conclusiones que les gustan, hasta los más moderados especulan.»

Es difícil determinar en qué medida intervienen componentes personales, de competencia profesional, ideológicos o nacionales en el debate. Como en cualquier polémica científica es seguro que están presentes. La alternativa, en todo caso, procede de tradiciones investigadoras ajenas al modelo de ciencia alemán hasta ahora exclusivo.

III. EL ENFOQUE INTEGRADO DE LA CULTURA

III.1. *Introducción*

El término «integradas» referido a las teorías socio-culturales puede resultar confuso. Harris (1979, p. 450) precisa, por ejemplo, que el contraste entre ellas «no gira en torno a la cuestión de si los sistemas culturales tienen partes integradas con otras [...], sino [...] qué partes son [...], qué frecuencia tiene la influencia de unas sobre otras y de qué tipo es y cuánto dura».

Sin embargo, se puede hablar de enfoques no contextuales de la cultura (Hodder, 1982, p. 11) (véase *supra*, p. 62) cuando se sostiene que «no hay y no puede haber coincidencia entre los aspectos materiales y no materiales de la cultura» (Daniel, 1962, p. 130). Esa «creencia en la falta de integración entre los diferentes aspectos de una sociedad y cultura» (Hodder, 1982, p. 11) suprime de forma deliberada cualquier tratamiento sistemático y, por tanto, la posibilidad de inteligibilidad del pasado (véase *supra*, p. 48). Supone, pues, un notable alejamiento respecto a las posiciones materialistas (ecología cultural, materialismos cultural e histórico) que comparten una postura clara en torno a la causalidad en la cultura, así como una orientación nomotética.

Esa disyuntiva me ha servido para delimitar las dos fases en la investigación de la Edad del Bronce peninsular.

Chapman (1978) y Gilman (1976) inician, como ya se ha dicho, la segunda de ellas, con «una nueva toma de posición que busca asentar las bases de una alternativa teórica cuyo objeto es el estudio de la evolución social de carácter indígena y autónomo enfocando como campo de análisis la secuencia cultural del área del Sudeste desde el Neolítico hasta la etapa de El Argar» (Arribas y Molina, 1984*b*, p. 75).

Sus tesis evolucionistas se completan a partir de esta década con otras publicaciones sobre el mismo tema debidas a ellos mismos, a Lull (1983) (Molina, 1983, pp. 90-91), Ramos Millán (1981) y Mathers (1984*a, b*), además de con los primeros trabajos de campo llevados a cabo explícitamente en ese nuevo marco (Gilman y Thornes, 1985*a*; Chapman *et al.*, 1987)⁷³.

⁷³ La inclusión de Harrison (1980, pp. 164-166) en este apartado se debe a su declaración de que en su libro sobre el campaniforme europeo proporciona una expli-

A grandes rasgos, se pueden identificar dos enfoques en relación con el concepto de «integración» sociocultural: uno funcionalista (Chapman, Mathers, Harrison) y otro materialista histórico (Gilman, Lull) o cultural (Ramos Millán) ⁷⁴.

El «paradigma funcionalista» «se ha propuesto para reemplazar la explicación *ex oriente lux* de la elite de la Edad del Bronce europea» (Gilman, 1981, p. 2). Renfrew (1967) dejó sentados los puntos críticos fundamentales y las líneas de investigación alternativas en el caso peninsular. Los estudios de Chapman, Mathers y Ramos están conectados, en mayor o menor medida, con ellas. Los emprendidos por los dos primeros responden bastante bien al «modelo de desarrollo comercial» descrito por Brumfiel y Earle (1987a) (véanse *supra*, pp. 206-208).

Este enfoque está caracterizado por una «visión integrada» de la cultura en sentido estricto, en la medida en que los aspectos particulares de la misma «se explican como si fueran adaptativos» (Gilman, 1981, p. 2) (véase *supra*, p. 39). Consiguientemente, la investigación de los mecanismos de equilibrio y consenso va encaminada a su justificación, lo que carga al funcionalismo de connotaciones sociopolíticas conservadoras (Fontana, 1982, p. 168) (véanse *supra*, pp. 34-35).

La alternativa materialista histórica (véanse *supra*, pp. 50-52), por el contrario, defiende una concepción cultural que sitúa el conflicto en la base de la sociedad («modelo político» de Brumfiel y Earle, 1987a) (véanse *supra*, pp. 209-211). En palabras de Gilman (1981, p. 20), «la creencia en que los sistemas sociales están integrados no implica necesariamente que un aspecto particular de una sociedad [...] venga exigido por la supervivencia de esa sociedad (y de sus miembros)».

cación funcionalista. En realidad, como expresa el subtítulo del mismo, en su mayor parte está dedicado a la «arqueología de la Edad del Cobre en Europa occidental». Los presupuestos teórico-metodológicos no difieren sustancialmente de los ya analizados (apartado II.4.4). Lo tengo en cuenta aquí para profundizar en su comentario dado que se ha convertido en obra canónica e introduce ciertas novedades que clarifican aquéllos. Debe entenderse que queda al margen de las observaciones contenidas en esta introducción. Por la misma razón, las precisiones críticas se hacen en el apartado correspondiente a la exposición de sus puntos de vista (el III.2.2), en lugar de en las conclusiones (apartado III.4) como en el caso de los demás autores.

⁷⁴ La amplitud de la categorización lleva implícita una simplificación de los puntos de vista de los autores que espero quede subsanada en el comentario específico de sus obras. Harrison (1984b, p. 288) define estas alternativas como «Escuela Funcionalista» o «Empresarial» (Renfrew, Sherratt) y «Escuela Estructuralista» (Gilman).

Esta advertencia adquiere todo su sentido si se tiene en cuenta que la evolución socio-económica que se trata de investigar en el Sudeste se define por una creciente complejidad social abocada a la aparición de una minoría dirigente de transmisión hereditaria (*ibidem*).

Un común denominador de todas las publicaciones, con independencia de la perspectiva desde la que están elaboradas, es la atención preferente a la producción social.

La investigación de campo emprendida en los últimos veinticinco años, promovida por el impacto de la «ciencia en Arqueología» (véanse *supra*, pp. 69-70), había proporcionado información relevante para el estudio de las prácticas de subsistencia, «pero el estudio de los restos faunísticos y botánicos no se [había] integrado en estrategias globales de investigación» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 16). Estos autores se encargarán de lograrlo, si bien —por circunstancias administrativas que, obviamente, no les son achacables— sólo últimamente han estado en condiciones de aportar nueva documentación arqueológica en ese ámbito (Chapman *et al.*, 1987).

Otra cuestión es su contribución a los estudios ambientales.

En general, la significación concedida a la interrelación cultura-medio ambiente y la premisa de partida de Chapman, Gilman y Mathers (*ibidem*, pp. 95-104) de que «el clima ha permanecido aproximadamente estable durante los pasados 6000 años en el Sudeste español» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 13) les ha llevado a recalcar las *significativas* condiciones de aridez de la región que habían pasado desapercibidas a más de medio siglo de investigación difusionista.

A su vez, Gilman y Thornes (1985a) publican la primera y, hasta la fecha, más amplia información específica sobre la relación yacimientos-recursos potencialmente explotables.

En contra de mi opinión anterior (Martínez Navarrete, 1988a, p. 504), que ignoraba el panorama de la Prehistoria continental, creo que la influencia de estos autores sobre los prehistoriadores españoles no ha sido desdeñable. Transcurren casi diez años desde la aparición del primer artículo «alternativo» (Gilman, 1976) y su inclusión en una obra de síntesis (Molina, 1983; Arribas y Molina, 1984b). No es mucho, si se tienen en cuenta diversos factores estructurales, como el arraigo del enfoque histórico-cultural o el peso del argumento de autoridad en el mundo académico, u otros de carácter más circunstancial. Me refiero al alejamiento de estos investigadores de los centros de decisión e influencia nacionales (universidades, publicaciones), así como a la edición de sus trabajos en revistas no siempre ac-

cesibles (Gilman, 1976; Chapman, 1978), sin olvidar, claro está, «la pena del inglés...».

Este contexto resalta todavía más la apertura de los miembros del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada a otros posibles conceptos de racionalidad histórica. Publican los primeros artículos escritos en español desde la perspectiva evolucionista (Chapman, 1981c; Ramos Millán, 1981) y las primeras alusiones a las nuevas tendencias aparecidas en obras de síntesis (*cf. supra*) por lo que he podido ver. Esa sensibilidad queda más patente si se considera, por un lado, que esto no ocurría en otras editadas en esos años y, por otro, las fechas de las nuevas traducciones (Gilman y Thornes, 1985b; Gilman, 1987a, c y 1988).

En la actualidad, la crisis del concepto de Prehistoria tradicional (capítulo 1, apartado III) está abriendo paso a estos nuevos enfoques. Pienso que la contraposición de sus propuestas a propósito del desarrollo socio-económico ocurrido en el Sudeste durante los milenios III al II a. de C. con los enmarcados en la perspectiva histórico-cultural dejará en evidencia las posibilidades, limitaciones e implicaciones de cada uno de ellos de cara a un estudio crítico del pasado que sea relevante hoy.

III.2. *Las alternativas funcionalistas*

- III.2.1. El acceso diferencial a recursos críticos escasos, los contrastes ecológicos y las redes de intercambio/alianza como explicaciones del desarrollo del Sureste: R. W. Chapman y C. Mathers

R. W. Chapman (Chapman *et al.*, 1987, p. 95) sitúa el arranque de su investigación general de «la interrelación constante entre los cambios económicos y sociales y las prácticas mortuorias» en la interpretación de Renfrew (1976) de los megalitos como «expresión del comportamiento territorial de las sociedades segmentarias relacionado con la presión demográfica»⁷⁵.

Esa idea alcanzará amplia difusión gracias a su libro *Before civilisation: the radiocarbon revolution and prehistoric Europe* (Renfrew,

⁷⁵ La influencia de las posiciones de Renfrew puede advertirse en el proyecto gallego de estudio del megalitismo (véanse *supra*, pp. 80-81).

1979a). Como alternativa al «modelo colonial» de desarrollo de la metalurgia y la arquitectura funeraria megalítica en la Europa prehistórica (*idem*, 1967) (véanse *supra*, pp. 291-292), concede a la organización social autóctona el papel crucial que tradicionalmente se ha venido asignando a la tecnología en el progreso cultural (*idem*, 1979a, p. 130). La presión demográfica promoverá los cambios en la ordenación de la economía y las nuevas formas de funcionamiento social (*ibidem*, p. 128).

Ahora lo que interesa saber, en relación con los sepulcros megalíticos por ejemplo, es «qué tipo de organización social pudo haber permitido la construcción de tales monumentos en comunidades bastante pequeñas con una economía relativamente indiferenciada. Ello [...] lleva a considerar en qué medida estas primeras sociedades incorporaban una jerarquía social, y el grado en el que los jefes eran capaces de movilizar mano de obra y recursos» (*ibidem*, p. 131).

Para determinar el tipo de sociedad, se debe averiguar el carácter temporal o permanente de los hábitats correspondientes, los patrones de distribución de las tumbas, el emplazamiento específico de cada una de ellas (lugar visible o no) y la relación existente entre éste y la tierra arable disponible (*ibidem*, p. 146), entre otros aspectos.

El desarrollo de esta línea de trabajo ha permitido la interpretación de los megalitos de algunos territorios europeos más que como tumbas, «como centros sociales permanentes para el grupo en cuyo territorio se encuentran y cuyos muertos reciben» (*ibidem*, p. 155).

El estudio de la metalurgia tiene como objetivo prioritario determinar si existían condiciones técnicas y sociales para su desarrollo autóctono. Entre las primeras se encuentra la disponibilidad de mineral de cobre o cobre nativo (*ibidem*, p. 187), así como de una pirotecnología suficientemente avanzada para la fusión de minerales. Esa última se relaciona inicialmente y deriva de la alfarería (*ibidem*, pp. 191-192). C. Renfrew cita entre las segundas la especialización artesanal (*ibidem*, p. 206) y el desenvolvimiento, tanto de un comercio de objetos atractivos y deseables (*ibidem*, p. 208) como de una intensa ritualización y gusto por lo ceremonial (ídolos, adornos sofisticados, objetos votivos diversos) (*ibidem*, p. 209). Ese desarrollo da lugar a la aparición de nuevas formas que evolucionan continuamente, favoreciendo la aceptación de la innovación.

Chapman (1975) investiga desde la redacción de su tesis doctoral a la actualidad esa conexión entre prácticas funerarias y el amplio marco socio-cultural (*idem*, 1983, p. 39). El extenso párrafo que trans-

cribo a continuación expresa con claridad su posición doctrinal (creencia en la excepcionalidad del desequilibrio y en la percepción social del riesgo) ⁷⁶

El enterramiento en cementerios o monumentos aparecerá en *períodos de desequilibrio* entre sociedad y recursos críticos. Tal desequilibrio puede presentarse de muchas formas pero, en todos los casos, *la sociedad percibe* que la variación espacial y/o temporal en recursos importantes se ha aproximado a un nivel crítico y, [en consecuencia], *proyecta* nuevos mecanismos para regular el acceso a tales recursos. La aparición de grupos de descendencia de base territorial, sean restringidos o no, exógamos o endógamos, es una respuesta a este proceso y el nuevo orden social puede estar simbolizado, en general, para la comunidad por el uso de áreas de deposición formalizada, a través de las cuales se establece una reivindicación permanente del uso y control de recursos críticos por la presencia de los antepasados [*idem*, 1981a, p. 80].

El campo de aplicación de su teoría es el desarrollo cultural del Sudeste y Sudoeste peninsulares del IV al III-II milenios a. de C. Chapman (1981a, pp. 78-79; también en Chapman *et al.*, 1987, p. 95) interpreta el incremento de tamaño y complejidad de las construcciones megalíticas en el período citado, «la adopción de la metalurgia del cobre y la construcción de asentamientos fortificados» como indicadores de «la emergencia de una estructura social más compleja».

Combina las teorías que atribuyen el origen de la complejidad social al acceso restringido a recursos críticos («teoría de la circunscripción de recursos») y a la gestión de los mismos («teoría de gestión de recursos»), considerando «la provisión de agua, cobre y otros materiales prestigiosos comerciados inter-regionalmente» (Chapman, 1982, p. 50).

El primer recurso es relevante para el Sudeste español, «el área más seca de toda Europa» (*ibidem*, p. 48) pero no para el Sudoeste portugués, donde el clima es húmedo y se localizan «los suelos más fértiles» de todo el país (*ibidem*, p. 49). Además, en la Edad del Bronce la diferenciación social no se advierte en el área de la cultura de Vilanova de San Pedro, sino en el Sur, donde se hallan «las principales menas de cobre» (*ibidem*). Esto contrasta con la situación del Sudeste español, donde la tendencia a la complejidad social no se in-

⁷⁶ Agradezco al doctor Gilman haberme hecho notar que el texto tenía estas otras posibilidades de comentario.

terrumpe, ni se advierte una reorientación tan drástica de la sociedad hacia el control del acceso al cobre como en Portugal (*ibidem*).

Coincide con Gilman (1976) en que en el Sudeste «la provisión de agua era un recurso mucho más crítico que el cobre en el tercer milenio» (Chapman, 1982, p. 49). En ambas regiones, «la significación social [del cobre] como indicador de estatus tiene preferencia sobre cualquier ventaja tecnológica propuesta» (*ibidem*, p. 50). Sin embargo, también en ambas: «como la organización social en rangos⁷⁷ crece del III al II milenio, resulta cada vez más importante que la elite social se asegure el acceso a las fuentes primarias de metal. Es una relación de retroalimentación que relaciona la creciente complejidad social con el control de producción y recursos» (*ibidem*).

Posteriormente, Chapman se centrará en el Sudeste peninsular⁷⁸, haciendo girar todo el desarrollo cultural en torno a la irrigación (*idem*, 1975, 1978, 1981a). Como Gilman (1976), propone unos sistemas a pequeña escala (zanjas, presas) destinados a anegar los campos. La evidencia arqueológica es «todavía muy limitada», pero no cabe esperar otra cosa dadas sus características y la modificación del paisaje en los últimos 4000 años (Chapman *et al.*, 1987, p. 97).

La intensificación agrícola fue precedida por una «agregación de las poblaciones», la cual «favoreció el surgimiento de especialistas parciales con diferentes *status* y, por otro, necesitó nuevas disposiciones en relación a la posesión y herencia de la tierra, al acceso a los recursos vitales y al liderazgo. Todo ello se concretó en un contexto de fuertes grupos corporativos, cuya expresión más visible fueron las tumbas megalíticas» (*ibidem*, p. 95).

El metalúrgico sería uno de esos especialistas a tiempo parcial. La limitada distribución de los artículos que producía y el carácter prestigioso y simbólico de los mismos sugieren que la actividad estaba so-

⁷⁷ Una sociedad organizada en rangos («ranked») es «aquella en la que las posiciones de rango estimable están de alguna manera limitadas, de modo que no todos aquéllos con suficiente talento para ocupar tales rangos, puedan alcanzarlos realmente» (Fried, 1967, p. 109; cit. por Chapman, 1977, p. 28). Según Chapman (*ibidem*), «tales sociedades tienen mayores densidades de población, comunidades residenciales y redes de parentesco más formalizadas (por ejemplo, aparición de grupos de descendencia), que las sociedades igualitarias. También muestran redes distributivas y un sistema de liderazgo que da prestigio y autoridad, pero no poder coercitivo, a individuos particulares. La división del trabajo se basa todavía sólo en la edad y el sexo y puede no haber especialización artesanal».

⁷⁸A. Gilman (1987b, pp. 23 y 25) volverá más tarde sobre los contrastes entre las culturas de Vilanova de San Pedro y de Los Millares, apuntados por Chapman.

cialmente «restringida a los centros principales de población en cada área» (Chapman, 1984, p. 1147). Su «posición preeminente en las jerarquías locales de poblamiento estaba basada en el control de recursos tales como tierra y agua» (*ibidem*; también en *idem*, 1982; Gilman y Thornes, 1985a, b).

Su estudio sobre la necrópolis almeriense de Los Millares (Chapman, 1977 y 1981c) pretende el contraste empírico de su tesis acerca de la existencia de una sociedad compleja ⁷⁹ en la región a través de la identificación de una distribución formalizada de las tumbas y una diferente concentración de «riqueza» en los ajuares.

M. Almagro y A. Arribas (1963, p. 46; cit., por Chapman, 1977, p. 26) «aseguran que no hay evidencia ni en el poblado, ni en la necrópolis de Los Millares, que sostenga la existencia de nada que no sea una estructura social igualitaria» ⁸⁰.

Por el contrario, según R. W. Chapman (1977, pp. 26-27), las variaciones en

el número de individuos enterrados en las tumbas, [en el] gasto de energía reflejado en tumbas distintas y la variación y frecuencia de artículos funerarios «de prestigio» [manifiestan] la existencia de diferencias sociales en la comunidad. En particular, la evidencia de que los artículos funerarios de prestigio se concentran en tumbas o áreas particulares del cementerio puede reflejar la existencia de una sociedad organizada en rangos [...] en la cual había un acceso diferencial a la riqueza y al rango, en este caso posiblemente, según el grupo de filiación de los individuos.

⁷⁹ En la última obra de Chapman que he manejado (Chapman *et al.*, 1987, p. 95) se sostiene que «los ajuares son indicativos de una organización social más bien clasista que igualitarista (1977)». Ignoro si el autor ha modificado sus puntos de vista. En la obra citada se presumía una diferencia de rangos no económica (véase nota 77). El término «riqueza» aparecía entrecuillado lo que, unido al contexto y al referente arqueológico (piezas de marfil, metal, etc.), hacía pensar que aludía a objetos cuyo valor está social y culturalmente adscrito («primitive valuables»).

⁸⁰ La posición de Almagro y Arribas es muy confusa, porque junto a la declaración que recoge Chapman (1977, p. 26) o la de que falta «el sentido de una autoridad preeminente» (Almagro y Arribas, 1963, p. 46) añaden: «se trata de una sociedad basada en la fuerza de sus creencias religiosas [...] y en la de su técnica del metal, que les impele a la búsqueda de las tierras mineras y les da supremacía sobre sus vecinos. Pero a la vez hay que ver junto a esta especie de aristocracia, que arrastra al poblado entero, una gran masa de gente dedicada a las faenas de la agricultura, recolección y pastoreo [...] que sólo se pone en marcha cuando la aristocracia del metal ha abierto nuevos caminos» (*ibidem*).

La buena definición de la necrópolis de Los Millares y «su asociación con un poblado y recursos de agua críticos pero restringidos» sostiene, en opinión del autor (*ibidem*, p. 29), «la correlación entre recursos cruciales pero limitados [...] alcanzados o legitimados por medio de una descendencia lineal del muerto y el mantenimiento de "áreas formalizadas de deposición"».

Ahora bien, reconoce (*ibidem*, p. 28) que «dadas las limitaciones de la evidencia específica y contextual del cementerio de Los Millares sería claramente imprudente llegar a conclusiones demasiado detalladas, a partir de [los] análisis empleados».

En este sentido, hay que recordar que las deficiencias del registro arqueológico del yacimiento afectan por igual a la interpretación de la variabilidad en términos cronológicos que critica (*idem*, 1981c) y a la lectura alternativa en términos sociales y económicos que propone (Mathers, 1984a, p. 23).

Como contribución al logro de una evidencia concluyente, acerca del marco sociocultural del megalitismo, sugiere tener en cuenta tres niveles de análisis: regional, del territorio del asentamiento local y de la tumba individual (Chapman, 1983, p. 39). El objeto del primero es

provocar una reflexión sobre la distribución regional de las tumbas en Iberia y sobre el grado, en el que puede considerarse totalmente representativa de la distribución original, en el quinto al tercer milenio a. de C. Tal valoración es esencial cuando [se analiza] la intensidad del poblamiento prehistórico y la importancia relativa de las tumbas megalíticas en las diferentes regiones (*ibidem*, p. 34).

A escala regional amplia, se trata de determinar «qué factores guiaron la localización espacial de las tumbas megalíticas, en relación con las actividades diarias de los miembros supervivientes de la comunidad local» (*ibidem*, p. 36). El autor cree de especial interés averiguar «la parte jugada por el desarrollo social, la creciente jerarquización de asentamientos y el control de los recursos críticos», en la aparición de grandes cementerios (*ibidem*, p. 38).

«El último nivel de análisis atañe a la forma, dimensiones, división interna y contenidos de las tumbas individuales, su diseño y la secuencia de actividades que tuvieron lugar en su interior» (*ibidem*)⁸¹.

⁸¹ Chapman (1977, p. 27) indica algunos datos prácticos para evaluar el contenido

En definitiva, R. W. Chapman (*ibidem*, p. 39) sustituye el tratamiento tradicional de las tumbas como entidades aisladas, comprensibles por sí mismas, por otro que convierte al contexto en el que se insertan, en el marco de referencia para su interpretación. Dicho contexto (*idem*, 1977, p. 29) queda definido por las «complejas interrelaciones entre enterramiento, organización social, economía, tecnología y medio ambiente». Lo que resulta significativo no es ya la determinación de la eventual procedencia de un rango arquitectónico (puertas perforadas, falsa cúpula, etc.), un tipo de planta (sepulcro de corredor, dolmen, etc.) o un elemento del ajuar (ídolos antropomorfos, sandalias de piedra, etc.), sino la del «efecto de la subsistencia (por ejemplo, recursos de suelo y agua disponibles, dadas unas densidades de población) y topografía locales, en la formación de cementerios bien definidos y la relación entre modelos de intercambio, jerarquías de asentamiento y cementerios» (*ibidem*).

C. Mathers amplía el marco de estudio desde similares presupuestos teóricos. Valora la conexión entre la variabilidad ecológica interna del Sudeste y los procesos socio-económicos desde el Neolítico a la Edad del Bronce. Su explicación se basa, por un lado, en la consideración de la inversión en los sistemas de control de agua propuesta por Chapman (1975, 1978) y Gilman (1976) (Mathers, 1984a, p. 18). Por otro, valora las redes de intercambio regional. En un primer momento serían, como quieren Halstead y O'Shea (1982) (véanse *supra*, pp. 208-209), vehículo de información, bienes —algunos con el carácter de formas de almacenamiento social— y poder (Mathers, 1984a, pp. 20-21 y 29). A comienzos del II milenio a. de C. quedaría configurada una «economía de artículos de prestigio» (Friedman y Rowlands, 1978 en Mathers, 1984b, p. 1186).

Unos y otras permiten definir la complejidad social advertible del V al II milenio a. de C. en la región como un mecanismo amortiguador de impredecibles riesgos económicos (Hernando, 1988, p. 278). Dicha complejidad es consecuencia de «la interacción de la estabilidad y variabilidad de los ecosistemas locales, la intensidad de las estrategias económicas, las oportunidades para diversificar asentamientos y uso de la tierra; y el crecimiento de un control socio-político centralizado» (Mathers, 1984b, p. 1190).

En función de la naturaleza de las presiones selectivas considera-

de las tumbas (cálculo del número de individuos inhumados, enumeración de objetos indicadores de estatus o rango, etc.).

das, Mathers (*ibidem*, pp. 1188-1189) distingue tres áreas: el nordeste de Almería y sur de Murcia (núcleo argárico), la zona semiárida del sur de Almería (núcleo millarense) y «las tierras altas más húmedas del Sudeste, Andalucía occidental y Levante». Cada una tiene su propio ritmo e intensidad de transformación.

El autor propone la siguiente valoración del registro arqueológico.

El Neolítico antiguo se documenta en las tierras altas de la región en el V milenio, mientras las primeras comunidades agrícolas del interior de Almería aparecen en el III milenio (*idem*, 1984a, p. 7). La ocupación de las zonas bajas de alto riesgo pero potencialmente productivas pudo producirse, alternativamente, antes o después del conocimiento de las tecnologías de control del agua. En el primer caso, serían consecuencia de las presiones ecológicas experimentadas en el nuevo medio. En el segundo, su adquisición sería una respuesta a la necesidad de «estabilizar o complementar la producción existente» (*ibidem*, pp. 19-20) ante la presión incrementada sobre la tierra y los recursos, provocada por la introducción del arado a fines del IV milenio (Sherratt, 1981).

Mathers (1984b, p. 1176) asume que la evolución del poblamiento y las prácticas funerarias que sugiere está limitada por el hecho de que la larga tradición de investigación arqueológica en el Sudeste español —a pesar de los valiosos programas de la Universidad de Granada— no haya dado lugar a cronologías fiables y trabajos de campo sistemáticos completos. Aun así cree posible el reconocimiento de ciertas tendencias generales.

Durante el III y II milenios a. de C. advierte un cambio del patrón de asentamiento lineal a un sistema más diversificado que incrementa la densidad total de población y las estrategias económicas disponibles (*ibidem*, p. 1177). El primero, basado en agrupamientos en torno a fuentes seguras de agua, amplio espacio entre sitios y desocupación de los interfluvios (*ibidem*, p. 1179), se abandona casi por completo. Continúa, en cambio, la ocupación en la zona de colinas más bajas que bordea el fondo del valle, iniciándose prácticamente la de las tierras altas (*ibidem*, p. 1177). En ambos casos son «localizaciones con mayor variabilidad ecológica y, quizá, mayor estabilidad» (*ibidem*, p. 1181). Estas tendencias tienen diferente impacto en cada área. Son «más pronunciadas en las tierras bajas costeras semiáridas que en las tierras altas más húmedas del interior» (*ibidem*) o «en las regiones de tierras bajas del sur de Almería» (*ibidem*, p. 1180).

El cambio gradual que habrían experimentado los patrones de

asentamiento tiene un carácter aparentemente discontinuo en el caso de las prácticas funerarias (*ibidem*, p. 1191).

Mathers (1984a, p. 21) asume, como Chapman, la interpretación de Renfrew (1976) acerca de la arquitectura funeraria megalítica pero tiene en cuenta, además, otras formas de enterramiento (cuevas naturales y artificiales, abrigos) (*idem*, 1984b, p. 1170). Su objetivo es explicar el paso de las prácticas colectivas calcolíticas a las individualizadas de la Edad del Bronce sobre una base comparativa lo más amplia posible.

El Calcolítico se caracteriza por un continente y un contenido funerarios extraordinariamente variables a nivel interregional, regional y en sitios individuales (*ibidem*, p. 1174). Esta situación es exactamente la inversa durante la Edad del Bronce.

En el primer período, el tipo, tamaño, elaboración y técnicas constructivas de las tumbas —en las que están sobre tierra— (*idem*, 1984a, p. 24), así como la localización —visible o no, próxima a los poblados o no— de los cementerios (*idem*, 1984b, p. 1174) es muy diversa. Las diferencias en tratamiento y disposición de los cuerpos (*ibidem*) van acompañadas de otras en el tamaño, forma y composición de los elementos del ajuar. En principio, éstos sólo se distinguen de los artículos domésticos por su elaboración artesana. Después se acompañan de materiales exóticos como marfil y huevo de avestruz (*idem*, 1984a, p. 24).

Las prácticas funerarias argáricas son uniformes en grandes zonas del Sudeste español (*idem*, 1984b, p. 1174). Esa normalización afecta a todos los rasgos anteriormente citados, así como a la correspondencia entre tipo específico de tumba y ajuar (*ibidem*, p. 1172). Por otro lado, el escaso impacto visual de las primeras sugiere que los artículos funerarios fueron cada vez más importantes en los rituales. Entre ellos destacan los metálicos que representan una riqueza concentrada y transportable y, por ello, insegura (*idem*, 1984a, pp. 25-26).

Los procesos concretos que ponen en marcha esta dinámica en las tierras bajas almerienses se explican, como se indicó y, análogamente a Chapman, a tenor de las teorías de circunscripción y gestión de recursos.

«La gestión, inversión económica/tecnológica y sistemas más permanentes de toma de decisiones» son la respuesta intracomunitaria a una inestabilidad que se afronta a escala intercomunal mediante una amplia red de contactos y alianzas (*ibidem*, pp. 20-21). Su operatividad por gran parte de las tierras bajas de Almería y Murcia durante

el III y II milenio a. de C. (Harrison y Gilman, 1977) indica la uniformidad general del riesgo.

La diferenciación social corresponde a una organización en rangos, no estratificada. La prueba de que en asentamientos individuales ningún grupo «había alcanzado un nivel de control social suficiente para establecer “reglas” de competición claramente definidas» se halla en la variabilidad de las pautas funerarias y la propia expresión colectiva del estatus (Mathers, 1984*b*, p. 1183; 1984*a*, p. 24). Ahora bien, el autor, siguiendo a Shennan (1982*a*), advierte que esas pautas pueden estar enmascarando o diluyendo un cambio social ya producido (Mathers, 1984*b*, p. 1175). La aparición al final del Calcolítico de un cierto «acuerdo» a nivel local y regional sobre la exhibición de rango (segmentación interna de las tumbas, vasos campaniformes o simbólicos, ciertos ídolos) (*ibidem*, p. 1184) es relevante a ese respecto. Reflejaría «incrementos continuos relativamente menores en el nivel de control social (debidos a inversión acumulada o incrementada, mayores riesgos en la producción de subsistencia, etc.)» (*ibidem*, pp. 1175-1176).

En cuanto a los patrones de asentamiento, la «regresión lineal» del final del Calcolítico fue promovida por las consecuencias a largo plazo del sistema de explotación agrícola y la necesidad de conectar su expansión con importantes inversiones de trabajo o avances tecnológicos (*ibidem*, p. 1181). En consecuencia, la ocupación de las colinas era la forma de mantener o extender la producción frente a densidades de población incrementadas. La explotación de estos nuevos ecosistemas fue factible por el potencial de las técnicas ya conocidas (*ibidem*, p. 1182). Tampoco hay que olvidar las barreras logísticas que la linealidad planteaba al desarrollo del intercambio (*ibidem*, p. 1181) en un momento en que aumentan los asentamientos fortificados, los intercambios de materias primas y la diferenciación en los sistemas socio-políticos (*ibidem*). El carácter más pronunciado de la «regresión» en las zonas con mayores limitaciones ecológicas (*ibidem*) explicaría la decadencia del área nuclear millarensis durante la Edad del Bronce. Los grupos allí asentados no habrían podido competir con éxito por el control de recursos a escala interregional con los asentamientos más activos y logísticamente más eficientes de su periferia (*ibidem*, p. 1189).

De acuerdo con el modelo de Gilman (1981), cree que estos cambios del comienzo del II milenio dan mayores oportunidades a las elites de control sociopolítico y favorecen la aparición de una economía de prestigio (Mathers, 1984*b*, p. 1190). En este marco, la indivi-

dualización y normalización de las tradiciones de enterramiento de la Edad del Bronce expresa cómo los individuos accedieron a la autoridad y rango regulando la competición por prestigio a escala local y regional. «Una vez alcanzado un cierto umbral de control, las elites estuvieron en posición de promover cambios estructurales importantes en la organización social, es decir, la eliminación de las prácticas funerarias colectivas y gran parte de su parafernalia ritual» (*ibidem*, p. 1191).

Así pues, siguiendo a Shennan (1982a), se entiende que la «normalización fue un agente en el cambio social más que simplemente su reflejo» (Mathers, 1984b, p. 1184).

III.2.2. El vaso campaniforme: un objeto de lujo puesto de moda y una «cultura arqueológica»: R. J. Harrison

R. J. Harrison publica tres años después de su tesis (Harrison, 1977a) (apartado II.4.4) *The Beaker folk*, un libro que, como suponía el editor, ha configurado al estado de la cuestión sobre el campaniforme europeo en esta década⁸². Resulta claro, pues, el interés de su comentario.

El autor (*idem*, 1980, p. 14), «en 1974 había concebido el funcionamiento de los campaniformes como culturas arqueológicas, más que como una especie de pueblo andariego que recorría Europa»⁸³. En cambio, en 1980 abandonaría el enfoque histórico-cultural, considerándolos «objetos conectados con el estatus y rango sociales»⁸⁴. En consecuencia, ya «no implican ni una cultura separada, ni un pueblo» (*ibidem*). Su prestigio les sería conferido, «quizá, por una bebi-

⁸² Véase nota 73.

⁸³ Tal como lo expresa Harrison (1980, pp. 9-10) ambas versiones no se oponen: «todavía es una forma válida de reflexionar sobre el pasado en términos humanos» concebir «una cultura arqueológica [como] un grupo especial de artefactos que aparecen juntos en un área limitada, durante un cierto tiempo». El «movimiento de [esos] conjuntos de artefactos puede verse como el movimiento físico del pueblo que los hizo». Se volverá sobre esta noción de cultura.

⁸⁴ La concepción del campaniforme como «recurso sociotécnico» está ya en su tesis donde se reconoce la deuda con Binford (1972a) y Winters (1968) al respecto (Harrison, 1977a, p. 36). Sin embargo, en el libro que comento (*idem*, 1980, p. 67), la idea de la función «primariamente social» de esos vasos se atribuye a Shennan (1976, 1977) (*cf.* Shennan, 1986, p. 137).

da especial que contuvieran, o por las atractivas baratijas y metal que los acompañaban» (*ibidem*, p. 15) ⁸⁵.

Shennan (1986, p. 137) indica cómo esta interpretación de los campaniformes y otros artículos muy difundidos como artículos de prestigio «ha llegado virtualmente a ser una nueva ortodoxia», gracias a la obra de Harrison. Dicha ortodoxia se expresa en los siguientes términos:

La razón por la que los campaniformes parecen haber aparecido tan repentinamente, haberse extendido tan rápidamente, y haber sido preferidos tan ampliamente descansa, seguramente, en la acrecentada diferencia de estatus que se produce en las sociedades de la Edad del Cobre. Fue el grado más elevado de ordenación social en rangos, no unos movimientos de mercaderes o nómadas, lo que convirtió a la cerámica campaniforme y a sus baratijas en símbolos deseables de riqueza, y lo que llevó a su adopción por toda Europa casi al mismo tiempo, en torno al 2100-2000 a.C. La «expansión» campaniforme es probable que fuera, por tanto, el resultado de la competencia entre elites vecinas que se esforzaban por mantenerse al corriente de las últimas modas en riqueza o en su exhibición, de cara a controlar todavía más recursos que los que tenían [Harrison, 1980, pp. 164-165].

La adopción de tal interpretación como línea argumental del libro (*ibidem*, p. 7) tiene diversas implicaciones:

1. La organización de las sociedades calcolíticas europeas en rangos.
2. La expresión de los rangos y estatus mediante la exhibición de los mismos elementos materiales y, entre ellos, precisamente los integrantes del complejo campaniforme.
3. La existencia de relaciones intercontinentales estables (de Hungría a Portugal y de Escocia al norte de África). «Áreas que previamente no mantenían contacto entraron en relaciones muy estrechas» (*ibidem*, p. 9). Salvo en el caso de las anudadas con el norte de África (Harrison y Gilman, 1977), en los demás «tipos de intercambio o comercio [...] había una simetría entre las regiones y los productos que se comerciaban» (Harrison, 1980, p. 157).
4. La vigencia de los cuatro supuestos citados, durante todo el período de uso del campaniforme («unos 500 a 800 años», *ibidem*, p. 7).

⁸⁵ La segunda posibilidad no explicaría la presencia de vasos campaniformes aislados, tan frecuente en el caso de los estilos antiguos.

El propio autor introduce restricciones temporales y espaciales, en esa visión unitaria y totalizadora del fenómeno campaniforme. Así, por ejemplo, distingue dos momentos que interpreta de modo anti-tético: «lo que tenemos es algo que en sus fases iniciales no es una cultura en absoluto, sino un conjunto de unos pocos tipos especiales de cerámica [...]. Más tarde [...] muchos de los grupos campaniformes adquieren un fuerte sabor regional» (*ibidem*, pp. 11-12; también en p. 114).

Según precisión de Harrison ⁸⁶ ello debe entenderse en el sentido de que lo que, en principio, fue una «moda» pasa a convertirse en «una cultura arqueológica nueva».

En cuanto a la restricción espacial, reconoce que la interpretación del campaniforme como objeto de prestigio, propuesta por Shennan (1976, 1977) para Centroeuropa, «es atractiva, pero es necesaria alguna precaución, ya que [...] este modelo no se ajusta totalmente a las Islas Británicas y, menos todavía, a la Provincia Campaniforme Meridional en el Mediterráneo, donde tienen que considerarse otros factores» (Harrison, 1980, p. 69).

En las primeras, «la llegada de los campaniformes y la primera aparición de individuos que podemos reconocer como curtidores, metalúrgicos, arqueros y gente más rica, van unidas» (*ibidem*, pp. 10-11).

Aquí se habla, incluso, de que «la cerámica campaniforme y los nuevos rituales funerarios fueron llevados posiblemente por un grupo físicamente distinto de gente» (*ibidem*, p. 70). Se trata de una versión no bien diferenciable de la concepción tradicional del vaso campaniforme, como producto de «un grupo de gente físicamente identificable [...], invasores móviles [...], diestros artesanos del cobre» (*ibidem*, p. 11).

En la Provincia Campaniforme Meridional, la situación es muy diversa. El autor (*ibidem*, p. 112) destaca la ausencia en Bretaña de «ricos enterramientos individuales, que pudieran ser los de los recién llegados que introdujeron los campaniformes y sus asociaciones de ori-

⁸⁶ Quiero dejar aquí constancia expresa de mi agradecimiento al doctor Harrison. Tuvo la amabilidad de responder con toda celeridad a las cartas que le dirigí durante el mes de julio de 1984 a propósito de las opiniones mantenidas en su libro. Yo entendía que se defendían concepciones culturales contradictorias entre sí y quería estar segura de que no malinterpretaba su posición. Quedó claro que simplemente teníamos puntos de vista distintos. Por mi parte, pienso que una conversión como la que sugiere sólo tiene cabida dentro de la Prehistoria-Arqueología positivista que traspone los tipos arqueológicos al plano cultural o histórico (Vicent, 1982, p. 23).

gen centroeuropeo». Concluye que los campaniformes «se añadirían simplemente a los símbolos de estatus que ya estaban en uso» (*ibidem*, p. 120), como una nueva moda.

La presencia del campaniforme marítimo en Portugal central recibe una explicación similar (*ibidem*, p. 110), si bien se sugiere el funcionamiento de un centro alfarero secundario:

La interpretación más coherente es considerar los campaniformes marítimos como resultado de una producción local en cantidad, por ser la cerámica de lujo preferida de la última fase de la cultura VNSP, siendo añadida como un grupo más de novedades a uno ya existente. Casi cabría decir que la cultura de VNSP estaba preparada para recibir el campaniforme marítimo y las ideas que llegaron con él, dado el éxito con el que se implantaron [*ibidem*, p. 129].

En cambio, los dos grupos campaniformes (antiguos y finales) catalanes

parecen representar [...] aspectos bastante diferentes de la sociedad calcolítica, a pesar de su inclusión en *el mismo fenómeno cultural* [...]. Los campaniformes marítimos dan la impresión, como en el Languedoc, de que fueron aceptados como nuevos objetos de prestigio y puestos en tumbas preexistentes, junto con otros locales. Sin embargo, las tumbas de Amposta muestran también [...] que algunos recién llegados, quizá sólo unos cuantos de una vez, arribaron a Cataluña. Después de todo, *si sólo estuviera implicada una moda, entonces todos los campaniformes marítimos serían encontrados en contextos calcolíticos locales y, como no es ése el caso, es probable que se produjera algún pequeño movimiento de gente con nueva cerámica y artefactos de cobre* [*ibidem*, pp. 146-147].

Pienso que el párrafo transcrito refleja con claridad la confusión, honestamente reconocida por R. J. Harrison (*ibidem*, p. 71), acerca de cuál sea la interpretación más adecuada de los elementos campaniformes: «Si los cambios en rituales y cultura material fueron producidos o no por migraciones o modas, no es algo que pueda ser contestado ya, o fácilmente».

Parece aconsejable, pues, dejar en suspenso las declaraciones previas de que los campaniformes «no implican ni una cultura separada, ni un pueblo» (*ibidem*, p. 14) o estas otras: «ya no es necesario, en absoluto, hablar del “Pueblo Campaniforme”, ni en términos arqueológicos, ni como un tipo físico separado [...] el “Pueblo Campaniforme” no tiene esencia, como un grupo especial de población» (*ibidem*, pp. 164-165).

Entiendo que no cabe concluir que «las directrices del fenómeno campaniforme están razonablemente claras» (*ibidem*, p. 166), cuando no es discernible su carácter de «moda» o «pueblo» y, a pesar de ello, se concibe como «un mismo fenómeno cultural».

Hasta aquí he intentado poner en evidencia la quiebra de la línea argumental del libro, en lo que se refiere a sus implicaciones espaciales y temporales. Ni durante todo el período de empleo de los elementos campaniformes, ni en todo el territorio de Europa occidental en el que aparecen se puede adoptar una interpretación unitaria. Considero ahora la idea de que las sociedades calcolíticas europeas estaban organizadas en rangos y que sus correspondientes elites competirían entre sí para «mantenerse al corriente de las últimas modas», en aquellos símbolos de riqueza y prestigio, a través de los cuales exhibían su poder (*ibidem*, pp. 164-165).

Harrison vuelve a hacer restricciones a escala regional. En el centro de Portugal (*ibidem*, pp. 110 y 137), Bretaña y las Islas del Canal: «La forma en la que [los elementos campaniformes] fueron introducidos en ciertas tumbas sugiere que fueron pensados para su uso por la clase más rica del Neolítico tardío [...], a diferencia de Gran Bretaña o el Sur de Francia, donde eran de circulación común» (*ibidem*, p. 114).

En consecuencia, en esos dos últimos territorios, dichos elementos carecen del valor simbólico al que se está haciendo alusión. Pero eso mismo parece ocurrir en Europa central, Alemania oriental, occidental y noroccidental y Holanda, si bien ahora por falta de una clara diferenciación social⁸⁷.

Según Shennan (en Gilman, 1981, p. 15), «referirse a los campaniformes [centroeuropeos] como un estilo de elite da una impresión equivocada [...]. Los enterramientos campaniformes no sugieren más que un mínimo grado de ordenación en rangos».

Igualmente, en la cuenca alemana del Saale, las tumbas sólo muestran «ligeras diferencias de riqueza» (Harrison, 1980, p. 40). En cuanto a Holanda y las regiones occidental y noroccidental de Alemania,

nada [...] hasta el momento sugiere que hubiera ninguna ruptura significativa entre los grupos PFB y AOO [...]. Un vistazo al inventario de los primeros

⁸⁷ La cuestión básica aquí es si la diferenciación es tal que justifica la asunción de una competencia entre elites a escala europea.

campaniformes muestra que todavía son fundamentalmente parte del mundo cordado en estilo y uso [*ibidem*, p. 21].

[Por otro lado, los poblados] contienen esencialmente los mismos tipos cerámicos que las tumbas [...] mostrando que la cerámica empleada como ofrenda funeraria era seleccionada entre las mejores clases de cerámica, usadas en la casa [*ibidem*, p. 23].

Esa continuidad de los patrones neolíticos y la pertenencia de los campaniformes a la «vajilla doméstica», tampoco abonan una organización en rangos de las sociedades renanas.

En resumen, no se tiene la impresión de que ese modelo organizativo se pueda proponer más que, en todo caso, para los grupos calcolíticos de Portugal central, Islas Británicas e Islas del Canal, si nos atenemos a la propia documentación aportada por el autor.

Se revisa ahora la idea de que el vaso campaniforme es un objeto que confiere prestigio a sus poseedores.

R. J. Harrison (*ibidem*, p. 22) sitúa el centro creador de la primera moda campaniforme en una amplia región renana (Holanda y áreas adyacentes). Dicha moda comprende exclusivamente dos tipos cerámicos, el AOC y el marítimo. Son una producción más de los grupos neolíticos de cerámica cordada y representan dos fases sucesivas de una misma evolución (*ibidem*, p. 21). No parece que su prestigio pudiera proceder de la calidad del vaso, ya que no difiere de la de la vajilla doméstica mientras, por ejemplo, los tipos más tardíos centroeuropeos se estiman realizados por «especialistas a tiempo parcial» (*ibidem*, p. 68). Se sugiere que ese prestigio les viniera dado por su contenido, quizá una bebida alcohólica (*ibidem*, pp. 15 y 71), para la que existe alguna documentación arqueológica en Escocia y Dinamarca (*ibidem*, p. 104; también en Sherratt, 1987). Sin embargo, la posibilidad de una identificación de rasgos locales en los vasos permite poner en duda su interpretación como recipientes de una mercancía ampliamente comercializada, y ello sin entrar en temas relativos a la infraestructura técnica (volumen de producción, vías de comunicación, transporte, etc.), requerida por una actividad de difusión europea.

Hay otro aspecto del asunto que apunto aquí, aunque será desarrollado más adelante. La «distribución marcadamente diferente de los dos estilos campaniformes iniciales» no concuerda con su caracterización como producciones del mismo centro alfarero, sin apenas desfase cronológico entre ellos (Harrison, 1980, p. 21). A su vez, el

contraste entre la concentración de campaniformes marítimos en Portugal central —la mayor de Europa (*ibidem*, p. 128)— y en Europa noroccidental —donde es «realmente muy raro» (*ibidem*, p. 21)— hace difícil vincular su presencia en la península Ibérica con una moda importada. Además, como en tantos otros ejemplos de aplicación del modelo difusionista, hay importantes vacíos de hallazgos campaniformes en los territorios intermedios (*ibidem*, pp. 18-19, figs. 5-6).

La asociación entre los vasos campaniformes y los componentes no cerámicos del conjunto clásico campaniforme plantea problemas similares. No se explica la falta de reciprocidad en el intercambio de objetos de prestigio entre los grupos noroccidentales y centroeuropeos. En efecto, los puñales metálicos y muñequeras de arquero de piedra pasan a los primeros, mientras no hay tipos AOO y marítimos en Checoslovaquia, Polonia o Hungría (*ibidem*, p. 45).

Finalizo esta primera parte del comentario refiriéndome a la información cronológica que maneja Harrison para la estructuración de la red campaniforme.

Como se indicó, el autor sitúa el origen de los estilos campaniformes en Holanda y áreas adyacentes. Allí se encuentra «la mejor cronología europea para el período campaniforme» (*ibidem*, p. 15), así como buenos prototipos para los vasos AOC que, según las fechas radiocarbónicas, son los más antiguos de la serie y punto de arranque de «la evolución de los estilos campaniformes que se inicia con los [...] marítimos» (*ibidem*, p. 21)⁸⁸. La aparición de estos dos tipos antiguos se debe al «desarrollo continuo de prácticas funerarias y modas», ocurrido en la región renana, «en torno al 2200-2000 a.C.». Su distribución por la totalidad del área y su extensión a la Baja Sajonia y Westfalia ocurre bastante rápidamente (*ibidem*, p. 22). En cambio, no llegan a la Provincia Campaniforme Oriental, correspondiente a una fase posterior (*ibidem*, p. 45).

⁸⁸ El origen de los tipos más tardíos resulta confuso. En unos casos se afirma: «Alguno de los motivos [del tipo Veluwe...] pueden ser de origen centroeuropeo, lo que es una forma de explicar por qué los campaniformes finales parecen cambiar más rápidamente que los estilos iniciales. De otro modo es difícil ver cómo todos esos motivos pueden ser totalmente locales» (Harrison, 1980, p. 25). Simultáneamente, en el caso del tipo centroeuropeo «es posible ver una fuente [...] en el grupo Rhin-Main de Alemania occidental, de modo que lo que ahora llamamos Estilo Oriental realmente haya llegado a Checoslovaquia desde el oeste más que desde la cuenca carpática» (*ibidem*, p. 45).

Hacia Occidente, los tipos AOC y marítimo cruzan el Canal de la Mancha, alcanzando las Islas Británicas entre 2100-1950 a.C. Aquí,

a pesar del intensivo trabajo realizado durante las pasadas décadas, las mejores y más claras pruebas de que los campaniformes AOC son los estilos iniciales [...] proceden de los Países Bajos, donde la secuencia de fechas de carbono 14 confirma su posición tipológica. En el terreno puramente arqueológico, casi no hay hallazgos que demuestren que el tipo AOC es realmente el más antiguo en Gran Bretaña [*ibidem*, pp. 73-74].

Bretaña y el Languedoc ⁸⁹ reciben los tipos AOC y marítimo a través de

dos líneas de *penetración*, que se originan en los cursos inferior y medio del Rin, respectivamente. *La septentrional está marcada por una débil distribución de hallazgos* [...]. La línea oriental sigue el corredor del Saona-Ródano que lleva al Golfo de León, donde los grupos campaniformes están bien establecidos a todo lo largo de la costa, desde Liguria [...] a los Pirineos y más allá al Oeste [*ibidem*, p. 109].

En Bretaña, algunas dataciones radiocarbónicas sitúan los campaniformes AOC «entre 2300-2200 a.C.» (Campo de Alarico, Aslonnes), fecha «muy antigua pero no fuera del margen de campaniformes similares, en Holanda» (*ibidem*, p. 113). Ahora bien, a la hora del establecimiento de una secuencia global, «en ausencia de una buena cronología radiocarbónica, las fechas tienen que ser extrapoladas de las secuencias mejor conocidas en los Países Bajos y Suiza, pero es improbable que la primera cerámica campaniforme apareciera mucho antes del 2200 a.C.» (*ibidem*).

En el Languedoc, el asentamiento de La Balance (Aviñón, Vaucluse) permite fechar, por carbono 14, «bastante cerámica campaniforme inicial, incluyendo muchos campaniformes marítimos», entre «2200-2100 a.C.» (*ibidem*, p. 114) ⁹⁰, márgenes muy similares a los que se proponen para el grupo de tipos AOC y marítimos de la región (2200-2000 a.C.) (*ibidem*). Harrison hace notar, no obstante,

⁸⁹ En Provenza, «no se conocen campaniformes AOC y marítimos en absoluto» (Harrison, 1980, p. 114).

⁹⁰ En concreto, proporcionaba «la fecha más antigua para el campaniforme marítimo en Francia [...] 2155±120 a. de C.» (Delibes de Castro, 1978, p. 93, n. 18).

que faltan todavía muchas fechas radiocarbónicas para tales campaniformes (*ibidem*, p. 126).

Los estilos citados que aparecen en la península Ibérica «hay pocas dudas de que proceden del Languedoc y llegan a España, a través de los Pirineos orientales» (*ibidem*, p. 128). Sin embargo, la tesis de un origen francés —sólo en última instancia renano— para esos tipos no concuerda con su reconocimiento de que, según «la fecha de carbono 14 en torno al 2100 a. de C. para los campaniformes marítimos [de Zambujal] ⁹¹ [...] son, al menos, tan antiguos en Portugal como en cualquier otro lugar de Europa occidental» (*ibidem*, p. 132).

En suma, la argumentación resulta endeble por su circularidad. Su punto de partida es la asunción de un origen único para los campaniformes antiguos y su localización en la región renana por la supuesta mayor antigüedad de las dataciones absolutas en esa zona. A partir de ahí, cuando se carece de fechas radiocarbónicas «tienen que extrapolarse» las holandesas (*ibidem*, p. 113). Si, por el contrario, existen y son más antiguas o, en todo caso, tan antiguas como aquéllas, pasan a encontrarse en su margen estadístico (*ibidem*, p. 113).

Me he referido hasta aquí a la interpretación del campaniforme como moda pero, como se sabe, Harrison cree que da lugar a una cultura arqueológica nueva cuando los demás elementos del conjunto campaniforme clásico, tales como «puñales de lengüeta, punzón, muñequera de arquero o botón [...] llegan a formar parte [del mismo], en un estadio final, después de que los campaniformes [...] de estilos más tardíos hayan aparecido y se hayan establecido contactos con Centroeuropa» (*ibidem*, p. 22). Este equipo normalizado constituye la «cultura arqueológica campaniforme» ⁹².

El mecanismo que determina la conversión de lo que, en principio, era una «moda» en «cultura», es el siguiente:

el interés en la adquisición de [...] innovaciones [para ganar prestigio y estatus, como el puñal de lengüeta, la muñequera y quizá incluso] el caballo doméstico ⁹³, por parte de la gente que vivía en Europa noroccidental les llevó

⁹¹ La fecha es 2100±40 a. de C. (Harrison, 1977b, p. 7). Hay otra del 2045±35 a. de C. (Delibes de Castro, 1978, p. 85; también en Schubart y Sangmeister, 1984, p. 33).

⁹² Se define en la nota 83.

⁹³ En otro lugar lo ve más improbable: «aunque se ha intentado ver la amplia y rápida expansión de los campaniformes en relación con la [...] de los caballos domésticos [...], no hay prueba de que ese fuere realmente el caso [...]. En realidad, sólo con

a establecer relaciones con las regiones de donde procedían, de modo que mientras esas novedades se movían hacia occidente, la cerámica campaniforme más fina era adoptada en Europa Central [*ibidem*, p. 69].

No voy a reseñar todavía los presupuestos teórico-metodológicos que subyacen en esa concepción de cultura, sino sólo a comentar los datos arqueológicos manejados.

La fundamentación arqueológica de esta reconstrucción es problemática. Falta una base sólida para la periodización campaniforme en la Provincia Oriental, debido a la carencia de «una cronología radiocarbónica independiente y de un catálogo adecuado de campaniformes» (*ibidem*, p. 47). Esto último, unido a la ausencia de tipos AOC y marítimos, puede explicar las dificultades para el establecimiento de una cronología relativa a partir de filiaciones no siempre inequívocas⁹⁴.

Un obstáculo suplementario para aceptar sin reservas el carácter tardío de los elementos centroeuropeos deriva de su asociación en Europa occidental con campaniformes AOC o marítimos, por un lado, y de las fechas antiguas que existen allí para algunos tipos campaniformes supuestamente finales, por otro. Tales asociaciones se interpretan alternativamente como prueba de perduraciones de vasos tipológicamente antiguos en épocas avanzadas (*ibidem*, p. 111) o, realmente, como un conjunto antiguo si las fechas radiocarbónicas así lo indican. Es el caso del asentamiento citado de La Balance (Aviñón, Vaucluse) con vasos de estilo marítimo y un par de punzones y puñal de lengüeta fechados entre el 2200-2100 a.C. (*ibidem*, p. 114).

La segunda cuestión se plantea en sitios como la Grotte Murée (Provenza), «una típica ocupación campaniforme tardía pura» fechada por carbono 14 «en torno al 2100-2000 a. de C.» (*ibidem*, p. 118) y, por tanto, perfectamente incluíble en el margen de desarrollo de los tipos AOC y marítimos del Languedoc (2200-2000 a.C.) (*ibidem*, p. 114). La datación provenzal sería válida porque «aunque es antigua [...] está apoyada por otras fechas de sitios similares» (*ibidem*, p. 118).

Lo que se refleja aquí es el hecho, ya conocido, de que los «campaniformes fueron usados durante unos 500 a 800 años» (*ibidem*,

el Bronce Final [...] está justificado considerar al caballo como un nuevo e importante elemento de tracción, transporte y guerra» (Harrison, 1980, p. 154).

⁹⁴ Véase nota 88.

p. 7). No tiene mucho sentido por razones de fondo (*cf. infra*), pero también de evidencia disponible (apenas hay dataciones absolutas o materiales estratificados), hacer consideraciones sobre la antigüedad relativa de determinados objetos, como cuando «se pensaba, que los campaniformes iban y venían en un par de siglos» (*ibidem*).

No quiero dejar de dedicar ciertas observaciones a la relación establecida por Harrison entre campaniforme y metalurgia del cobre. En su opinión (*ibidem*, p. 68), «el elemento realmente importante en el movimiento del complejo campaniforme a través de Europa era la posesión de habilidades técnicas para explotar los minerales de cobre más complejos que son encontrados normalmente en el Oeste [...]. Esta era una de las características del complejo campaniforme que le diferenciaba de las culturas de la cerámica cordada».

De nuevo, los datos regionales le llevan a matizar. Así, por ejemplo, en Europa central «es con la aparición de la cerámica cordada, no de los campaniformes, cuando se puede ver una dislocación real de los patrones culturales más antiguos» (*ibidem*, p. 68). Además, «apenas un 5% de tumbas campaniformes en el Bajo Rin —u otros grupos campaniformes de la Provincia Occidental— tienen algún tipo de metal» (*ibidem*, p. 27). En la cuenca del Saale se da el caso de que sólo hay unos «pocos campaniformes encontrados con cobre», que son «normalmente de estilos tardíos» (*ibidem*, p. 40).

En realidad, esta limitada difusión de la metalurgia se ajusta mucho más a las tesis del autor sobre la significación social de esta actividad:

el varón llegó a ser más importante en la sociedad campaniforme que en las anteriores. Posiblemente eso se debe a una mayor importancia del trabajo del cobre entre los grupos campaniformes, y a un *monopolio masculino de los secretos* del comercio de la nueva tecnología. Después de todo, se sabe que la tradición del trabajo del cobre es una de las innovaciones llevada por el complejo campaniforme a la Provincia Occidental, de modo que *una concentración de habilidades en las manos de unos pocos hombres enterados* no sería improbable [*ibidem*, p. 41].

Se puede sostener una cierta relación entre campaniformes tardíos y metalurgia del cobre en Centroeuropa que llega a ser concluyente en las Islas Británicas —donde «la orfebrería y la metalurgia fueron nuevas introducciones [que] no pueden ser datadas antes de la fase media de la cultura campaniforme» (*ibidem*, p. 80)—. No es ése el

caso de la Provincia Campaniforme Meridional. En «la península Ibérica [...] la metalurgia del cobre estaba ya instalada en ciertas partes del oeste y del sur, hacia el 2500 a.C.» (*ibidem*, p. 110). Igualmente, en el Languedoc, «la metalurgia del cobre era ya conocida antes que los campaniformes aparecieran» (*ibidem*, p. 120). Pero si no cabe estimar determinante el papel jugado por estos últimos en la aparición de la metalurgia, tampoco aceptar la relación establecida entre ésta y los estilos cerámicos tardíos. En efecto, en Portugal se afirma expresamente que «al tiempo que la cerámica campaniforme [marítima] aparecen puñales de lengüeta y quizá botones» (*ibidem*, p. 129).

Hay que tener en cuenta, además, que mientras en el Languedoc la existencia de cobre nativo (*ibidem*, p. 118) podría apoyar la idea de que la metalurgia del complejo campaniforme tardío introduce mejoras tecnológicas, en Portugal, éstas aparecen ya con el campaniforme marítimo. Los puñales, punzones, hachas y puntas de Palmela que se le asocian son de cobre deliberadamente aleado con arsénico e, incluso, de bronce (*ibidem*, pp. 129-130).

La conclusión es clara: tampoco se puede establecer un modelo paneuropeo de las conexiones entre metalurgia del cobre y campaniformes tardíos.

Una vez expuestas las objeciones manifestadas, expresa o implícitamente por el propio Harrison, a su concepción globalizadora de un hecho arqueológico tan extendido espacial y temporalmente como el complejo campaniforme, estamos en condiciones de introducirnos en el problema de fondo del libro. Me parece que es el recurso a dos conceptos de cultura contradictorios entre sí: el histórico-cultural y el funcionalista. Es verdad que la descontextualización de elementos arqueológicos está presente en todas las versiones de «la cuestión campaniforme» con independencia de su orientación teórica. En apariencia, a la vista de las últimas propuestas al respecto de autores funcionalistas o de las relativas a la ideología (Shennan, 1982a), no habría muchas diferencias entre las que tienen como referente uno u otro concepto. Sin embargo, creo que pueden advertirse.

Según Harrison (1980, pp. 9-10), una «cultura arqueológica es un grupo especial de artefactos que aparecen juntos en un área limitada durante un cierto tiempo». Sin embargo, esas restricciones espaciales y temporales no actúan en el tema campaniforme: elementos aislados (cerámica, puñal, muñequera, etc.) hallados en toda Europa occidental y parte de la oriental, durante 500 u 800 años.

Los artefactos que constituyen la cultura representan ideas cuya

llegada lleva aparejada la sustitución de las normas culturales tradicionales por otras nuevas:

Es importante darse cuenta de que estamos tratando con el movimiento no sólo de objetos, muchos de los cuales eran hechos localmente, sino también de ideas [*ibidem*, p. 68].

La llegada de los materiales campaniformes tuvo un considerable impacto también en otros aspectos de la sociedad [...], hubo una modificación en la estructura de las aldeas, así como de las tumbas [...]. Esta transición de la colectividad del Neolítico final a la individualización de la Edad del Bronce Antiguo parece haber ocurrido bastante rápidamente, provocada por la llegada de nuevas ideas, así como de las baratijas que acompañaban a la cerámica campaniforme [*ibidem*, p. 58].

Todavía no está claro exactamente cómo los campaniformes contribuyeron a la aparición de las jefaturas de la Edad del Bronce Antiguo en Wessex y Bretaña [*ibidem*, p. 114].

La combinación de estas nuevas ideas llevó a cambios sociales que marcan una ruptura con los patrones neolíticos establecidos y que claramente anticipan las jefaturas de la Edad del Bronce Antigua que les suceden [*ibidem*, p. 114].

Los párrafos dedicados a exponer cómo la «moda» campaniforme se convierte en «cultura» (cf. *supra*) expresan, a su vez, ese carácter aditivo de la concepción cultural normativista. No sólo se hace referencia a la incorporación de rasgos de significación muy variada (puñal, botón, muñequera, caballo doméstico, etc.), sino también de procedencias muy diversas. «En otras palabras, no una, sino varias áreas parecen haber contribuido a la formación del grupo campaniforme» (*ibidem*, p. 15; también en p. 166).

Suponer que la incorporación de un vaso o un puñal de lengüeta provoca el tránsito del enterramiento colectivo al individual, por ejemplo, carece de sentido desde otros presupuestos. Recordemos cómo el propio Harrison (*ibidem*, p. 137) propone otras alternativas como su adición a los símbolos de rango que ya estaban en uso (*ibidem*, p. 120) en los ajuares de las tumbas colectivas portuguesas o bretonas (*ibidem*, pp. 110-120).

El hecho de que ese dato no implique una puesta en cuestión del supuesto inicial, sino solamente, la elaboración de otro nuevo de muestra, como en otras ocasiones⁹⁵, el peso de las hipótesis *ad hoc*

⁹⁵ Recordemos cómo se salvaban las «excepciones» temporales y espaciales a las

en su obra. Quizá uno de los casos más llamativos sea su interpretación del campaniforme marítimo en Portugal central. Como sabemos, el núcleo crucial de la tesis de Harrison (1977a) es el «modelo de la continuidad VNSP-campaniforme marítimo» destinado a demostrar, mediante un estudio detenido del registro arqueológico portugués, el origen de ese estilo cerámico en el estuario del Tajo. La consideración de la cultura de VNSP, en el libro que comento, como un centro secundario a partir de los datos que, previamente, habían servido para proponer dicho modelo, a mi juicio, lo invalida.

Otro aspecto definitorio de los presupuestos teórico-metodológicos del libro es la contradicción entre el tipo de problemas históricos que se dicen relevantes y la evidencia que se maneja. Así declara que, para hacer llegar su obra a los lectores que sienten curiosidad por el período campaniforme y «desean algo más satisfactorio que un largo catálogo de piezas bonitas», la línea argumental «tiene que ser la concentración de riqueza privada en las manos de poca gente, la ascensión de los jefes y consortes, y las conexiones entre cambio social e innovación tecnológica» (*idem*, 1980, p. 7).

Las «explicaciones funcionalistas que se ajustan bastante bien a esos modelos de cambio social» son, a su juicio, la de David Clarke (1976) y A. Gilman (1976) que valoran «el control e intercambio de productos de lujo [...] entre los estratos más ricos de la sociedad» y «la importancia del nuevo capital invertido en la agricultura», respectivamente (Harrison, 1980, p. 165).

El problema reside en que parece servirse de esos modelos estructurales como modelos de aplicación. Así, como se sabe, reconoce que la tesis propuesta por Shennan (1976, 1977) para Centroeuropa «es atractiva pero es necesaria alguna precaución», si el modelo se pretende extrapolar a otros territorios (Harrison, 1980, p. 69). Igualmente se advierte que los modelos funcionalistas «requieren tener alguna idea sobre los elementos básicos de la población local, como tamaño y estructura de la misma, su dieta, mortalidad y grupos de edad» (*ibidem*, p. 166) y «no tenemos todavía más que ideas muy confusas sobre el tamaño de la población o los patrones de subsistencia en la mayoría de la Edad del Cobre europea» (*ibidem*, p. 7). Sin embargo, la tesis de Shennan se generaliza a todo el continente durante casi un milenio.

tesis del carácter socio-económico del vaso campaniforme y elementos asociados o de la vinculación metalurgia del cobre-campaniforme, por ejemplo.

En la línea de ruptura con la concepción tradicional del tema, advierte que «la mayoría de los nuevos descubrimientos campaniformes que se han hecho [...] sirven para aumentar el corpus total de hallazgos sin extender mucho la calidad o amplitud de nuestro conocimiento» (*ibidem*, p. 15). Ahora bien, creo que la exposición previa puede haber dejado en claro cómo la evidencia crucial se ajusta a las coordenadas tipológicas y cronológicas de la «cuestión campaniforme». Son las dataciones radiocarbónicas y no esos datos relativos a los patrones de subsistencia y demográficos, básicos para las interpretaciones funcionalistas, las que configuran el tema.

La primacía que Harrison (1988, p. 478) concede hoy a la cronología relativa sobre la radiocarbónica supone un reconocimiento de los problemas de aplicación del «Modelo holandés» (véanse *supra*, pp. 309-310), escogido en esta obra (*idem*, 1980).

Pienso que los siguientes párrafos pueden sugerir qué habría en el fondo de la reivindicación funcionalista: «Hoy seguramente debe ser posible decir algo más interesante acerca de las sociedades europeas en el tercer milenio [que un catálogo de cerámica y objetos diversos], incluso si es muy difícil comprender qué significan realmente los cambios de moda en la cerámica y adornos prehistóricos» (*ibidem*, p. 15).

La opinión de que el campaniforme es un objeto de prestigio o prueba de un «cult package», quizá conectado con beber cerveza son, al menos, «explicaciones funcionales», aunque sean «difíciles de argumentar y más difíciles de probar» (*ibidem*, p. 71).

En definitiva, se adoptan las reconstrucciones funcionalistas del pasado, porque dan unas versiones «más al día» de los grupos campaniformes, que las antiguas ideas de jinetes, herreros, buhoneros o guerreros, aunque sean difíciles de comprender, argumentar y, más todavía, probar.

Esta posición que trivializa la trascendencia del marco teórico-metodológico en la investigación prehistórica, convirtiendo las diversas alternativas en modas modernas (Muñoz, 1982, p. 18; Molina, 1983, p. 90; Schubart y Arteaga, 1983a, p. 19) no es privativa del autor. Sin embargo, lo verdaderamente importante no es la explicación concreta —en este caso funcionalista— que se proponga, sino las potencialidades intrínsecas de las concepciones no idealistas de la cultura y el cambio cultural para la explicación del pasado, frente a las también intrínsecas incapacidades del normativismo para lograrla. Por otro lado, aquéllas favorecen el desarrollo de modelos estructurales

con líneas de investigación interdependientes que permiten un mayor control de las hipótesis por la evidencia empírica. Cuando, como en el caso que nos ocupa, se generalizan los resultados de una investigación que tiene su razón de ser en el estudio de unos procesos socio-económicos concretos, en un tiempo determinado, a grupos diversos extendidos por un amplio territorio, durante casi un milenio, se tergiversa totalmente el sentido de las interpretaciones materialistas. Estas resultan, entonces, «argumentos tan ambiguos y vagos» (Harrison, 1980, p. 71) como las tesis clásicas de los metalúrgicos braquicéfalos a caballo o los movimientos de flujos y reflujos, tan influyentes todavía en *The Beaker folk*.

III.3. *Las alternativas materialistas*

III.3.1. La irrigación y el policultivo mediterráneo, como factores de cambio de la organización social almeriense y argárica: el enfoque materialista histórico de A. Gilman

A. Gilman (1976, p. 317) defiende la tesis de que «las transformaciones de las culturas prehistóricas en el Sudeste de España [...] son el resultado dinámico de su desarrollo interno, siendo innecesario el recurso al estímulo de Oriente».

Desde una perspectiva materialista histórica ortodoxa centra su atención en las fuerzas productivas y, en concreto, en la intensificación agrícola (regadío, policultivo mediterráneo). Comparte con Chapman y Mathers la evaluación de las ventajas adaptativas de la irrigación en un medio árido como el Sudeste, pero difiere significativamente de ellos en lo que atañe al papel de la presión demográfica, la circunscripción de recursos o la función gerencial de las elites en la promoción de la complejidad social (Gilman y Thornes, 1985a, p. 186). A su juicio, la tecnología —entendida como variable independiente— es el factor fundamental. Por otro lado, su investigación de la variabilidad interna de la región destaca la aceleración del cambio socio-económico en las zonas más áridas, cuestión en la que coincide con Mathers.

Según Gilman (1976, p. 311), la principal dificultad para emprender un estudio de la economía del III al II milenio a. de C. en el Sudeste español reside en el arraigo del paradigma difusionista, que res-

ponsabiliza a los prehistoriadores de otras regiones de la explicación de la secuencia cultural, reduciendo la tarea de los peninsulares al hallazgo de artefactos con rasgos estilísticamente distintivos de las relaciones que se proponen. «Para probar tales proposiciones, la información económica era innecesaria» (*ibidem*). Se llega así a una situación paradójica. «Según los principios arqueológicos clásicos, se supone que se puede reconstruir mejor la tecnología económica de una sociedad extinta, que su ideología o su organización social» (*ibidem*, y p. 312). Sin embargo, en el caso del Sudeste, son los aspectos superestructurales (mundo funerario, «aristocracia dirigente y guerrera», cultos orientales, etc.), los que concitan todo el interés.

La información acumulada proporciona, a pesar de todo ello, «indicaciones razonablemente convincentes de que del 4000 al 1000 a.C. la sociedad del sudeste español se vuelve más militarista y estratificada» (*ibidem*, p. 312). Los cambios en las condiciones técnicas de producción a los que, según Gilman, cabe atribuir ese proceso son «el desarrollo de la metalurgia, de sistemas de irrigación y la introducción del cultivo de vid y olivo» (*ibidem*).

La metalurgia se desestima como factor crucial del incremento de la producción total, porque no se conocen útiles agrícolas de metal. El valor de los objetos de metal consiste «más en lo que representan que en lo que realizan» (*ibidem*). Por otro lado, «la producción no parece estar muy especializada» (*idem*, 1987a, p. 32). Hay restos de fundición «en casas ordinarias cuyos contenidos también reflejan producciones y actividades de carácter doméstico y agrícola». Esto es importante, ya que «la especialización a tiempo parcial no crea dependencia, que es la raíz del modelo de intercambio de mercancías» para la explicación de la complejidad social (*ibidem*). En consecuencia, esta actividad «pudo haber reforzado el poder de las elites ya existentes», pero no provocó su creación (*idem*, 1976, p. 313).

La irrigación y el policultivo mediterráneo, por el contrario, intervinieron decisivamente en el cambio social:

Ambas incrementan y estabilizan los rendimientos agrícolas, aumentando la capacidad productiva de los grupos que las adoptan [...]. El intento de acrecentar la seguridad de la producción [por parte de esos grupos] pudo haber provocado una inseguridad social mayor, la vulnerabilidad de esas comunidades a los ataques de sus enemigos y las insistencias de sus amigos. Los beneficios de una agricultura intensificada sólo se pueden disfrutar dentro de un nuevo marco de relaciones productivas. Es el logro de ese nuevo marco,

lo que está reflejado en la transición cultura almeriense-argárica [*ibidem*, p. 316].

Gilman (*ibidem*, p. 313) cree que las ventajas intrínsecas de la agricultura de regadío en las condiciones climáticas subdesérticas del Sudeste y la simplicidad de los dispositivos tecnológicos (terrazas en las ramblas, boqueras, etc.) con las que se pudo acometer (*ibidem*, p. 314), justifican por sí mismas su introducción:

Sea cual fuere el máximo nivel de población en los períodos finales de la Prehistoria, apenas pudo haber afectado de forma crítica la disponibilidad de recursos. La gran expansión del cultivo paleotécnico de todo tipo a lo largo del período histórico y hasta época reciente muestra claramente que, en las Edades del Cobre y del Bronce [cuando los niveles de población habrían sido menores], habría habido abundancia de tierra irrigable o de otro tipo [...] el desarrollo de desigualdades sociales y guerra tiene que conectarse con otros mecanismos causales distintos al hambre de tierra [Gilman y Thornes, 1985a, p. 187].

Siguiendo la sugerencia de Renfrew (1972) evalúa también las posibilidades del olivo y la vid de incrementar la producción agrícola. «No compiten con las cosechas de cereales preexistentes ni por el trabajo que requieren, ni por los lugares en que se plantan» (Gilman, 1976, p. 315). Son «los clásicos bienes adecuados para almacenamiento y venta» (*ibidem*). Además tienen otra utilidad incluso más importante que Renfrew no valoró: plantarlos representa una inversión muy significativa», ya que los rendimientos no se obtienen hasta tres (vid) o doce años (olivo) después, como mínimo (*ibidem*).

Así pues, «para que un contexto social permita la planificación transgeneracional requerida para el policultivo mediterráneo, la seguridad de las familias tiene que estar garantizada y tienen que contar con una producción que, en gran parte, exceda los valores de uso» (*ibidem*).

Como se recordará (pp. 209-211), Gilman sostiene que, a largo plazo, «el desarrollo de estos sistemas agrícolas de capitalización intensiva provocan la desaparición del mecanismo esencial de fisión del grupo por el cual el orden igualitario se mantenía como tal» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 188). El carácter paulatino del proceso y los riesgos de saqueo, por parte de otros grupos, permiten combinar la idea de unas inversiones accesibles a la tecnología neolítica con la subordinación permanente de las comunidades a sus líderes (*ibidem*).

Frente al énfasis funcionalista en el papel jugado por las elites en el almacenamiento social (Halstead y O'Shea, 1982; Mathers, 1984a, b, por ejemplo), hace notar cómo su función de seguro contra todo riesgo no puede explicar la diferencia en el carácter del liderazgo durante el Calcolítico y la Edad del Bronce (Gilman y Thornes, 1985a, p. 187): «el incremento en la magnitud de las desigualdades, el cambio del enfoque ceremonial de lo comunitario a lo individual, o el incremento del militarismo [...]. Para comprender esos cambios es necesario considerar la función negativa de las elites, la explotación que subyace a cualquier desigualdad social importante» (*ibidem*).

Coherentemente con el abandono del «modelo de desarrollo adaptativo», entiende que «aunque bajo ciertas circunstancias el intercambio tenga una importancia indudable para la comprensión de las trayectorias políticas particulares de las elites [...], considerarlo fundamental en los contextos prehistóricos documentados en el Sureste parece una imposición algo anacrónica» (Gilman, 1987a, p. 33).

Aborda esta cuestión en un estudio comparativo del desarrollo de las culturas de Vilanova de San Pedro y Los Millares. Como se indicó anteriormente, Chapman (1982) había señalado los contrastes entre ellas pero ahora Gilman (1987b) profundiza en su explicación.

El marco de referencia de su exposición es la distinción, definida por Brumfiel y Earle (1987a), entre «dos estrategias financieras, en parte complementarias y en parte alternativas», para el engrandecimiento de las elites: «la obtención de bienes en especie y la distribución de la riqueza» (Gilman, 1987a, p. 22).

En el primer caso, el mecanismo consiste en «conseguir un excedente del campesinado, [lo que] inevitable e invariablemente implica algún grado de coerción». La expansión del sistema «es difícil porque una mayor coerción necesariamente es arriesgada y porque las medidas para incrementar la productividad implican rendimientos a largo plazo» (*ibidem*).

La segunda estrategia estriba en la conversión de un excedente en objetos valiosos por su elaboración artesana o la rareza de sus materiales. Aquí la expansión de la esfera de influencia de una elite puede ser rápida, «en la medida que pueda lograr una serie apropiada de intercambios». Sin embargo, es vulnerable a las modificaciones que se produzcan en los mismos (*ibidem*).

La agricultura de irrigación del Sudeste permitía una afianzamiento

to de las elites a partir de un sistema del primer tipo. En el marco de esa estrategia, la segunda «sería de importancia secundaria: los productos valiosos, obtenidos del exterior (marfil) o producidos localmente (metal), servirían para concentrar, almacenar y exhibir riqueza, pero no serían esenciales para su adquisición. Esto explicaría la participación relativamente pasiva de los centros millarenses en las redes a larga distancia de su época» (*ibidem*, p. 28), en comparación con la de los grupos de VNSP.

El autor reconoce la dificultad de averiguar el volumen relativo de importaciones de productos valiosos en ambas zonas, pero la evidencia disponible sugeriría que pueden haber llegado más allá que a Almería (*ibidem*, p. 26). Esa evidencia reside en el hallazgo de ámbar, marfil y calaíta. El primero y la última son exclusivo (véase *infra*, p. 436) y más abundante, respectivamente, en los contextos portugueses. Por otra parte, «la rareza de menas cupríferas en Portugal central en comparación con el Sureste español contrasta con la abundancia muy similar de objetos metálicos» calcolíticos en ambas zonas. Esto puede indicar que los centros VNSP «necesitaban importar algo de metal» (*ibidem*).

La importancia de los intercambios en estos centros se expresa igualmente en la amplia distribución de una producción tan típicamente portuguesa como el campaniforme marítimo. «No puede decirse que nada con impacto interregional comparable se halla originado en Los Millares» (*ibidem*, p. 27).

Finalmente, las condiciones ambientales favorables para la agricultura en Portugal central hacen pensar que no existían allí las mismas oportunidades de control de la población que en el Sureste (*ibidem*, p. 28).

El autor (*ibidem*) deduce de todo ello que las elites portuguesas «escogieron aumentar su poder mediante una estrategia de distribución de la riqueza. La combinación concreta de circunstancias que les llevaron a esta opción es difícil de especificar a partir de la evidencia disponible». Pero, a su juicio, «los objetivos de individuos emprendedores» pueden ser la respuesta (*ibidem*).

La ausencia de una Edad del Bronce bien identificable a lo largo del Tajo en el II milenio a. de C. se conecta con el cambio de moda expresado en la desaparición de los campaniformes marítimos y con «la vulnerabilidad a la sustitución de importaciones», intrínseca a la estrategia de distribución de riqueza (*ibidem*, y p. 29).

En definitiva, Gilman contrapone la importancia del marco social

en la interpretación de la cultura de VNSP con la determinación más económica de la correspondiente a la de Los Millares ⁹⁶.

En otro orden de cosas, tal como interpreta la dinámica histórica del Sudeste, quedan confirmadas las implicaciones contrastadoras de su teoría sobre el origen de la estratificación social en la Edad del Bronce europea (*idem*, 1981, p. 7). La introducción de la intensificación agrícola precede al desarrollo de la complejidad y esa intensificación es más acentuada en las zonas áridas del Sudeste donde era particularmente necesaria o ventajosa.

Las observaciones finales están destinadas a comentar la posición del autor en relación con la reproducción social. Desde luego, no constituye el núcleo de su obra. A diferencia de otros prehistoriadores (Shennan, 1982a, por ejemplo) se interesa más por el nexo entre los cambios en las condiciones técnicas de producción y en las relaciones sociales de producción (Gilman, 1976, pp. 312 y 314) que por el funcionamiento de estas últimas. Ello no significa, como quiere Shennan (1987, p. 370) (p. 211) que las excluya por completo de su investigación sino, simplemente, que las aborda desde una perspectiva marxista clásica. Su posición queda clara desde el primer artículo como se verá en la exposición que sigue.

La solidaridad grupal requerida para la colonización agrícola de Almería en el IV milenio a. de C. se expresa enterrando a los muertos «en tumbas colectivas con un ritual no elaborado y ajuares utilitarios» (Gilman, 1976, pp. 316-317). «La intensificación [en términos comparativos] de los ritos funerarios colectivos del Calcolítico pretende mediatizar la incipiente diferenciación social del III milenio» (*idem*, 1987b, p. 29, nota). Esta última queda reflejada «en la manufactura de ajuares utilitarios y rituales de materiales valiosos (cobre, marfil) en lugar de los de piedra y hueso» previos (*ibidem*), en el engrandecimiento de las tumbas y en las diferencias de riqueza que contienen (*idem*, 1976, p. 317). En «época argárica las contradicciones se resolvieron por sí solas [...]. La elite de guerreros se entierra ahora en sus ciudadelas con sus efectos personales» (*ibidem*).

⁹⁶ El doctor Gilman tuvo la amabilidad de precisarme sus puntos de vista sobre el tema.

III.3.2. Un modelo materialista-dialéctico para el estudio de la cultura de El Argar: V. Lull

La publicación de la tesis doctoral de V. Lull (1983) es uno de los acontecimientos más significativos ocurridos en torno a la Prehistoria española en los últimos años. Por primera vez, un prehistoriador no encuadrado en un departamento universitario de Antropología y Etnología Americanas (pp. 74-76) creía «prioritario establecer el papel de la arqueología dentro de las ciencias llamadas sociales», introduciendo cuestiones de «ciencia» y «método» (*ibidem*, pp. 15-21).

El estudio de la cultura de El Argar se afronta, como en el caso de A. Gilman, desde «las coordenadas teóricas del materialismo histórico» (*ibidem*, p. 21), pero, ahora, de modo global. Se consideran todas las fases del proceso de investigación desde la elaboración de una tipología, el análisis pormenorizado de yacimientos y propuesta de una periodización. Esta tiene en cuenta tanto los rasgos tecnotipológicos tradicionales como los aspectos económicos, sociales e ideológicos.

Esta obra afecta directamente al tema del libro en varios sentidos. Como sabemos, cualquier trabajo dedicado a la cultura de El Argar influye en los estudios sobre la Edad del Bronce peninsular en su conjunto. Este, en concreto, se ha convertido en una referencia inevitable para la investigación sobre la materia (Molina, 1983, p. 90; Martínez Padilla, 1986, p. 310; Schubart y Arteaga, 1986, p. 290; Gilman, 1987a). Además es una síntesis que está alcanzando una gran difusión universitaria por el atractivo que supone la novedad de su enfoque en el panorama académico y la incorporación de procedimientos estadísticos y de datos ambientales en la línea de la «ciencia en Arqueología». Por otro lado, afronta cuestiones teórico-metodológicas que trascienden, con mucho, la problemática específica de la cultura argárica incidiendo en la propia conceptualización de la disciplina. Finalmente, permite abordar un tema trascendente: las relaciones teoría-práctica en la Prehistoria y, en último término, la compatibilidad entre los distintos modelos posibles de la misma. En efecto, Lull busca indagar los procesos socio-económicos implicados en la dinámica de la formación social argárica a partir de un registro arqueológico generalmente «abierto» y configurado a tenor de las preocupaciones normativas que sabemos.

Sirva todo ello de justificación para el detenido comentario que dedico a este importante libro.

III.3.2.1. *Objeciones de V. Lull a los procedimientos estadísticos y tipológicos clásicos y propuesta alternativa*

La introducción de los procedimientos estadísticos en el estudio de la cultura argárica, iniciada por B. Blance (1971) y proseguida por H. Schubart (1975) y M.^a L. Ruiz Gálvez (1977) tuvo por objeto «aclarar los límites cronológicos de El Argar» (Lull, 1983, p. 146). Las dificultades para lograrlo residen, según Lull, en tres factores: las deficiencias de las tipologías al uso, la inadecuada utilización de la estadística y, por último, la existencia de variables socio-culturales no directamente relacionadas con la cronología, que no eran tenidas en cuenta.

V. Lull (*ibidem*, p. 15) llama la atención sobre la carencia de una «tipología empírica tabulada y desarrollada para todo el material». Desde la investigación llevada a cabo por los Siret, aquélla se define por su carácter restrictivo —únicamente cerámica u objetos metálicos de la necrópolis del poblado epónimo (*ibidem*, p. 52)— y por su escasa estructuración tipológica. Los defectos más generalizados, constatados por el autor, son la falta de explicitación de los criterios morfológicos, técnicos, métricos y ornamentales, empleados en las diferentes sistematizaciones, así como de una clara jerarquización de los mismos. Ello lleva, por ejemplo, a la modificación de los criterios que guían la creación de subtipos por parte de un mismo autor (*ibidem*, p. 54).

La objeción fundamental que cabe hacer a las aplicaciones estadísticas de B. Blance (1971), H. Schubart (1975) o M.^a L. Ruiz Gálvez (1977) reside en que no se consideraron «el número de presencias del tipo, número de enterramientos en general y la frecuencia de la presencia del tipo relacionado con cada sistema de enterramiento» (Lull, 1983, p. 150).

Por el contrario, se fijan «las asociaciones entre “items” y “forma de enterramiento” [...], sacando el tanto por ciento sobre el total del número de presencias del ítem y no sobre el total de posibilidades de presencia de él en una y otra forma de enterramiento [lo que] no es válido estadísticamente» (*ibidem*, p. 153)⁹⁷.

En cuanto a la posibilidad de que las conclusiones de los estudios citados posean «valores cronológicos por sí mismos», Lull (*ibidem*,

⁹⁷ M.^a L. Ruiz Gálvez (Leira y Ruiz Gálvez, 1984, p. 57, n. 1) ha hecho patente

p. 151) advierte que las «distintas presencias se podrían explicar por causas culturales e ideológicas, concretamente por especificidad y diversidad de ritual funerario». Para poder afirmar que son también cronológicas «habría que establecer la estadística entre todos los materiales y contrastarla con los tests de significación».

Por último, hace una serie de observaciones relativas, por un lado, a la posibilidad de generalización de los resultados obtenidos en la necrópolis epónima a otros sitios argáricos y, por otro, a las interpretaciones culturales a las que han dado lugar, que me parecen asimismo del mayor interés.

Según Lull (*ibidem*, p. 255), conviene evitar, en general, la práctica consolidada de hacer depender toda la lectura cronológica de la cultura argárica de dicha necrópolis. Ello «puede llevar a grandes contradicciones [...]. Cada asentamiento puede presentar una dinámica diferenciada y sólo una visión global, basada en estudios individualizados para cada uno, puede servir para elaborar un panorama general sobre el comportamiento cultural» (*ibidem*).

En concreto, señala las diferencias en las pautas de fabricación de la cerámica doméstica y funeraria (*ibidem*, p. 153)⁹⁸.

Finalmente, la cronología clásica plantea problemas insolubles de interpretación cultural. En efecto, resulta

difícil de mantener que, si el apogeo de las urnas se producía a consecuencia de otra tradición cultural [...] procedente del Egeo [como admitía Blance y, con ella, la mayor parte de la investigación,] elementos de la superestructura como los «Jefes» se enterraran precisamente bajo el ritual autóctono tradicional [de las cistas] (*ibidem*, p. 264), mientras que la base popular adquiriría el sistema de enterramiento intrusivo (urna) (*ibidem*, p. 449).

Esto sólo podía explicarse si se trataba de la misma gente en un proceso de desarrollo evolutivo que hizo cambiar sin rupturas los sistemas rituales como también hizo evolucionar el sistema económico a la luz del desarrollo de los medios de producción [*ibidem*, p. 264].

Estos comentarios suponen la primera crítica global a los procedimientos clásicos de estudio de la cultura argárica. Previamente, en

su «total acuerdo con la crítica que del método estadístico empleado [...] en [su] estudio [...] hace el doctor Lull en su libro». La declaración expresa una comprensión de lo que significa el debate científico poco frecuente entre nosotros.

⁹⁸ Otros autores (Schubart, 1975, p. 89; Schubart y Arteaga, 1983c, p. 58) hacían observaciones similares, pero sin correlato en la práctica (p. 357).

el mejor de los casos, como en la síntesis de Coles y Harding (1979, pp. 222-223) sobre la Edad del Bronce europea, se advertía del carácter inadecuado de la periodización en dos fases de El Argar. Sin embargo, no se profundizaba en la crítica a sus fundamentos —lo cual era de esperar dado el carácter de la obra—, pero desalentadoramente se concluía que era aceptable la aparente mayor antigüedad del conjunto material del Argar A respecto al del Argar B.

V. Lull (1983, pp. 57-61) se propone la reestructuración de la investigación sobre el tema mediante diversas líneas de trabajo simultáneas. En el caso de la cerámica refina la tipología tradicional. Al tiempo estudia por separado

los tres subconjuntos cerámicos que generalmente se establecen de poblado, de ajuar sepulcral y urnas de enterramiento, para ver de analizar la dinámica interna de cada grupo, comprobar si existen o no diferencias en las tendencias de fabricación, constatar o no la doble o incluso triple función de los ejemplares, averiguar si cada conjunto exigía unas necesidades morfométricas o no, descubrir si algún subconjunto presentaba normalizaciones restringidas, distribución macros espacial, etc. [*ibidem*, p. 58].

Los cuchillos, puñales, espadas (*ibidem*, pp. 158-175) y alabardas (*ibidem*, pp. 192-200), en cambio, son reclasificados.

El perfeccionamiento de la tipología cerámica consiste en «someter a estadística tipos reconocidos por otros especialistas» con dos objetivos muy concretos: comprobar si «el ordenamiento morfológico» se ajusta a la realidad y «si son empíricamente demostrables las inferencias cronológicas» a las que ha dado lugar (*ibidem*, pp. 51-52). Para ello emplea tests de significación diferentes dependiendo del número de efectivos del conjunto analizado tanto en el estudio estadístico de la variabilidad morfométrica como en la verificación de las «hipótesis de asociación (de una forma a un conjunto, de un tipo a una forma, de una asociación en tumba a una asociación en tumba, etc.)» (*ibidem*, pp. 59-61)⁹⁹.

El hecho de que no estime necesaria una ordenación regional de los materiales, opino, refleja un importante grado de incoherencia en el planteamiento de su investigación. En efecto, Lull (*ibidem*, p. 24)

⁹⁹ Rectifico aquí mis opiniones anteriores (Martínez Navarrete, 1988a, p. 538), expresión de mi escasa preparación para introducirme en temas estadísticos. Agradezco al doctor Lull haberme hecho reparar en que la solución al problema del diferente tamaño de los conjuntos (once ejemplares de la forma 4 frente a ciento cuarenta y cua-

sostiene que no va «en principio a ampliar, gracias a los nuevos descubrimientos, los límites» de la cultura de El Argar que Tarradell estableció, pues su

intención no consiste sólo en detectar la posible expansión argárica, sino reconocerla y explicarla como argárica, al igual que tabular los diversos argarismos del «área cultural» [...]. No consideramos oportuno fijar límites geográficos definitivos hasta que no tabulemos [...] todos los elementos que relacionan medio y formación económico social. [Sólo así] podremos averiguar la existencia de un territorio cultural común producto de cierta organización social homogénea de las comunidades o, por el contrario, la presencia de distintos territorios si se presentan asociaciones de segmentos culturales con diversas características de ocupación, producción y reproducción.

Pienso que, para averiguar si los límites clásicos de El Argar corresponden a un «territorio cultural común», el estudio regional de los materiales es un instrumento de análisis relevante. Como no se contempla este objetivo en la reestructuración tipológica, ni se amplía la documentación con los nuevos descubrimientos se está entendiendo *de facto* que aquellas fronteras son las definitivas. En consecuencia, el propio autor restringe su tesis a una actualización de los aspectos clasificatorios y cronológicos de la versión arqueológica tradicional de la cultura argárica sin llegar a ponerla en cuestión.

Por otro lado, el material arqueológico sobre el que reposa la mayor parte del estudio es la cerámica. La muestra manejada consta de 670 vasos, de los cuales el 67,9% provienen de necrópolis y el 31,2% de poblados (*ibidem*, p. 56), cuya distribución por yacimientos o subáreas geográficas no se facilita.

La situación heredada explica el peso de los objetos funerarios y condiciona la posibilidad de una lectura histórica exenta de las críticas que el propio Lull (*ibidem*, p. 52) dirigía a los estudios clásicos de la cultura.

tro de la 5, por ejemplo) se explicaba con toda claridad en el capítulo correspondiente de su libro.

III.3.2.2. *La estructuración cronológica de la cultura de El Argar: bases para la rectificación*

V. Lull efectúa un estudio pormenorizado de los distintos artefactos argáricos con objeto de matizar en qué medida cada uno de los *items*, propuestos por las tesis clásicas, era exclusivo o preferente en cada fase (A, B) de la cultura. Posteriormente los contrasta con los hallazgos de cinco poblados argáricos con dataciones de C-14: Orce, Monachil, Purullena, el Picacho (Oria), Cabezo Negro (Lorca) para demostrar que las inferencias cronológicas clásicas

no son del todo correctas y exponer que lo que está deteriorado es toda la comprensión general de nuestra cultura [...] la causa de ello no es la falta de visión sistemática de estudios de las estratigrafías [...], sino la plataforma de hipótesis de las que se ha partido para comprender la sucesión cronológica.

La idea de que tenía que haber un Argar B y un Argar A con los *items* propuestos sólo ha servido para enturbiar los trabajos, por otra parte excelentes, de todos estos investigadores (*ibidem*, p. 223).

[Según Lull (*ibidem*, p. 256)], el desajuste de la tesis de Blance con la base empírica es producto de una tipología subjetiva [...] que [...] parte de los tipos con los que la autora clasificó los puñales [de la necrópolis de El Argar].

Para apoyar su crítica a esta investigadora, Lull (*ibidem*, pp. 256-257) recuerda que en su «análisis tipológico, los cuchillos-puñales en general no se pueden diferenciar morfométricamente, porque presentan toda una seriación continua de medidas absolutas y de índices de relación»¹⁰⁰.

Por su parte, propone una nueva ordenación cronológica de los

¹⁰⁰ Tal declaración contrasta notablemente con la que ofrece en dicho capítulo (Lull, 1983, p. 167; también en p. 168): «Morfométricamente existen diferencias entre los puñales y los cuchillos.» Estas diferencias no afectan a la forma de la base, ni al número de remaches (*ibidem*, p. 163), pero sí a la longitud y anchura de las piezas: «los puñales son más anchos y cortos que los cuchillos y siempre la relación de longitud está condicionada por el número de remaches» (*ibidem*, p. 167). «Los cuchillos son más largos y estrechos que los puñales y están normalizados» (*ibidem*, p. 162). En su caso, «el número de remaches [...] no depende estrictamente del tamaño» (*ibidem*, p. 167). No comprendo por qué el autor prescinde de estos datos a la hora de estudiar los ajueres funerarios, máxime cuando el hecho de que señale una «tendencia homogénea para la fabricación de los cuchillos y muy heterogénea (que podríamos leer "personal") para la confección de los puñales» (*ibidem*, p. 165) permitiría distinguir pautas en relación con el ritual funerario.

De hecho, al estudiar las diademas (*ibidem*, p. 207), Lull afirma que «los cuchillos se asocian a mujeres de la misma manera que los puñales se asocian a hombres».

cuchillos-puñales de la necrópolis epónima. Su examen es de enorme trascendencia para comprender la fundamentación cronológica de la cultura de El Argar que subyace en su tesis por tres razones: como en el caso del trabajo de Blance (1971), todo el desarrollo temporal de la necrópolis clásica se ha establecido a partir de esas piezas (Lull, 1983, p. 265). En segundo lugar, dicha necrópolis es el único sitio de la cultura en el que están representadas todas sus fases y, por último, el Sudeste es la única región que dispone de una secuencia (*ibidem*, p. 455).

Esa excesiva dependencia de toda la lectura cronológica de la cultura de El Argar del yacimiento epónimo era uno de los argumentos, empleados por Lull, en su crítica a las tesis clásicas. El mismo (*ibidem*, p. 255) hacía notar los peligros de hacerla extensible a otros sitios, indicando la conveniencia de basar la visión global de la cultura en estudios individualizados de cada uno de ellos (*cf. supra*). Sin embargo, en la sistematización de los asentamientos en las cuencas bajas del Almanzora, Jauro, Antas y Aguas: «Para evitar errores de sucesión histórica y de procesos culturales [establece] paralelos cronológicos en el sentido de presencia o ausencia, comparativamente en todos los asentamientos y necrópolis entre los diferentes *items* de El Argar. Para ello [utiliza] los tipos aislados y analizados en [su] estudio estadístico» (*ibidem*, p. 234).

Ese procedimiento de datación no parece tampoco compatible con la tesis, sostenida por Lull en todo el capítulo II, de que no son los tipos aislados, sino sus asociaciones, las que pueden resultar cronológicamente significativas.

Vemos ahora cuáles son las bases, a partir de las cuales se ha efectuado la ordenación cronológica de los cuchillos-puñales. Lull (*ibidem*, p. 257) «parte no del tipo de enterramiento en que aparece el útil, como propuso Blance, sino de la aproximación o alejamiento entre ellos. Así, partiendo de los pequeños puñales de 2, 3, 4, 5 remaches se observa en los gráficos respectivos (núms. 90, 91 y 92) una seriación evolutiva que ilustra por otra parte afinidades y distancias entre las piezas».

El problema fundamental es cómo reconocer los «pequeños» puñales y cómo establecer «la aproximación o alejamiento entre ellos», si los cuchillos-puñales no se pueden diferenciar morfométricamente, como se objetaba a Blance¹⁰¹.

¹⁰¹ Véase nota 100.

La hipótesis cronológica, que está en la base del establecimiento de la aproximación o alejamiento entre los diferentes cuchillos-puñales, es formulada por Lull como sigue:

los productos metalúrgicos de los orígenes de El Argar deben estar necesariamente menos adaptados a una función y por lo tanto están menos condicionados que los productos del momento de apogeo. No sólo es una gradación de lo simple a lo complejo, sino que aquí interviene el factor de desarrollo tecnológico (hábito en el proceso de trabajo y ahorro de materia prima) [...] de hojas anchas se pasa a hojas estrechas para igual función de cortar o clavar y [...] de bases anchas se pasa a bases estrechas para asegurar el emangamiento sin tanto gasto de materia prima [*ibidem*, p. 257].

Es decir, el autor en vez de hacer un análisis directo del material recurre a premisas económicas dudosas (Martínez Navarrete, 1988, pp. 539-541), ya que en el estudio morfométrico no se plantea tal evolución. El parámetro «anchura» (no se especifica si máxima de la hoja o de la base) (Lull, 1983, p. 162) se contempla dentro de los dos grupos funcionales diferenciados, en principio, por la forma general de los filos (convergente= puñal; paralelo=cuchillo) y, después, estadísticamente¹⁰². El comportamiento de la anchura en relación con la longitud y el número de remaches permite afirmar que «los cuchillos pueden ser anchos o estrechos indistintamente o largos y cortos, para lo cual no importa el número de remaches», mientras que en los puñales (salvo los de menos de tres remaches) «a mayor longitud o anchura, mayor número de remaches» (*ibidem*, p. 167). A nivel de subtipos se observa en ambos casos «una tendencia a hacer [...] cuchillos y puñales con base redondeada y tres remaches» y otros «con base de doble ángulo y dos remaches» (*ibidem*, p. 168). Nada, pues, en relación con un estrechamiento de hojas y bases. Si Lull ha realizado un estudio morfométrico en ese sentido, no lo ha incluido en su libro.

El procedimiento que apunta Lull para el contraste arqueológico de su hipótesis adaptativo-cronológica no acaba de resultar concluyente: «sólo se puede efectuar tras un análisis de la asociación de cada cuchillo-puñal a otros *items* en un mismo tipo de ajuar cerrado. La hipótesis ha quedado confirmada en cuanto a que las asociaciones de los puñales-cuchillos más próximos morfométricamente aparecen en los conjuntos de ajuares también más próximos» (*ibidem*, p. 257).

Pienso, por el contrario, que, sin un referente estratigráfico o de

¹⁰² Véase nota 100.

datación absoluta, un depósito cerrado puede fijar la sincronía de los elementos que lo integran, pero no la posición cronológica del mismo con respecto a otras asociaciones. Además, como el propio autor hace notar en su crítica a las tesis clásicas, «las distintas presencias se podrían explicar por causas culturales o ideológicas» y no sólo cronológicas (*ibidem*, p. 151). Por otro lado, en «los gráficos genealógicos espiriformes de desarrollo (núms. 90 y 91) de los cuchillos-puñales de 2 y 3 remaches» (*ibidem*, p. 257) no he encontrado una explicación de los criterios seguidos en la evaluación de la proximidad morfométrica (¿número de remaches, anchura, longitud, índices?) y de los ajuares (¿cuantitativos?, ¿cualitativos?).

A partir de esos presupuestos, el autor efectúa una lectura diacrónica de la cultura de El Argar, cuyo énfasis varía de modo sustancial, según se refiera a todo el Sudeste o sólo al yacimiento epónimo. En el primer caso, se insiste fundamentalmente en los aspectos sociológicos, mientras en el segundo la información relativa a la evolución social se ve acompañada de una detallada exposición tipológica.

Voy a intentar poner de relieve dos aspectos. En primer lugar, cómo, a pesar de las alusiones a otros sitios, sigue siendo El Argar el yacimiento crucial para la comprensión de la cultura. En segundo lugar, cómo el reducido número de referencias estratigráficas y de fechas absolutas lleva al autor a establecer la cronología a partir de las mismas ideas respecto a la antigüedad relativa de ciertas asociaciones tipológicas que criticaba a los investigadores que le precedieron (*ibidem*, pp. 222-223). No se discute aquí la verosimilitud de las mismas sino su grado de contraste empírico.

El autor (*ibidem*, p. 263) no recoge ninguna fecha para la fase inicial del Sudeste, ni emplea como posible referencia la datación de Orce atribuida al Argar A (1785 a.C.) (*ibidem*, p. 221). Propone una para la fase intermedia (Herrerías, 1720 a.C.) (*ibidem*, p. 263) y tres para el momento pleno (El Picacho, 1440 a.C.; Cabezo Negro, 1580 a.C.), una de ellas obtenida fuera del área clásica (Cuesta del Negro, 1645 a.C.). No se tiene en cuenta, en cambio, la otra fecha granadina disponible (Cerro de la Encina, 1675 a.C. Argar B antiguo) (*ibidem*, pp. 221-222).

El «momento de cambio eneolítico-bronze pleno» sólo estaría documentado por «la fase antigua de Fuente Vermeja y la única fase de Lugarico Viejo» (*ibidem*, p. 263).

Estas adscripciones cronológicas deben matizarse. Lull (*ibidem*, p. 252) señala respecto a Fuente Vermeja que los Siret «determinaron

dos estratos en una de las habitaciones (Siret y Siret, 1890, p. 91), hecho que recoge Arribas (1968, p. 37) para inferir dos fases de habitación sucesivas [...], para Bosch Gimpera (1975, p. 394) representa la fase de transición pre o protoargárica», sugerencia que Lull estima interesante. Por su parte, cree que la localización de las sepulturas «fuera de las unidades de habitación [...] podría interpretarse como arcaico en el sureste si seguimos las inferencias cronológicas del material de Lugarico Viejo» (Lull, 1983, p. 252) (*cf. infra*). Además «las construcciones de la ladera W podrían ser más antiguas que las de la ladera E» (*ibidem*).

Como las apreciaciones sobre la existencia de dos fases no han podido acompañarse de un estudio diferenciado del material no son contrastables y, por tanto, son irrelevantes para la cronología.

En cuanto a la idea de que Lugarico Viejo representa una única fase de ocupación y, además, antigua «se excavó únicamente *una casa* [...] y [...] *el inicio de otra*» (*ibidem*, p. 247). Si a la reducida superficie excavada se añade la falta de referencias estratigráficas de los Siret y la ausencia de localización precisa de los materiales, queda en evidencia la falta de elementos objetivos para su asignación a una fase argárica determinada. De hecho, para otros autores, podría clasificarse en el «Bronce tardío», por lo que el propio Lull reconoce que es «difícil su filiación», aunque «debido a las características del *poblado* [se inclina] por una fecha antigua, es decir, preargárico o argárico inicial» (*ibidem*, pp. 248-249).

La exposición de la secuencia de la necrópolis de El Argar no resulta del todo clara. La primera fase corresponde a la de «formación» de la cultura (1900-1800 a.C.) en la que se incluyen, entre otros, los dos yacimientos citados (*ibidem*, pp. 450 y 455).

Tipológicamente se define por puñales «muy cortos» («como máximo alcanzan 10 cm») de 2 y 3 remaches o «grandes puñales del grupo intermedio con 2» y «5 remaches que serían armas de igual importancia a las alabardas en esta fase» (*ibidem*, p. 265), «aunque no falten los de cinco remaches mayores de 11 cm y los de dos con filos cóncavos y muy largos» (*ibidem*, p. 257)¹⁰³. Junto a ellos aparecen punzones y cerámicas, en las que domina la forma 5. Los ajuares comprenden en un principio:

¹⁰³ La ambigüedad en los criterios de clasificación de estas piezas se comenta en extenso en Martínez Navarrete (1988a, p. 783, n. 171) y en la nota 100.

puñal, punzón, asociación de ambos, con o sin cerámica y para la cerámica, el dominio de la forma 5 y la asociación 5-5. En un momento posterior evolutivo pero no por ello posterior cronológicamente aparece la asociación cerámica 5-8. Los ajuares también presentan en ocasiones alabardas (tipos II y III) y brazaletes que en esta primera fase son símbolos sociotécnicos indicativos [*ibidem*, p. 257].

Las primeras se asocian de manera característica con los puñales. En cuanto a los sistemas de enterramiento predominan «las fosas, simples hoyos excavados en los márgenes fuera del perímetro del asentamiento», aunque «tampoco faltan las cistas». Estos son los procedimientos de inhumación mayoritarios (*ibidem*, p. 265). Sin embargo «no faltan las urnas con ajuar [...] a las que habría que añadir otras infantiles sin ajuar, pues los niños no suelen aparecer en cista, ni en fosa, en este yacimiento» (*ibidem*, p. 263 y también en p. 257).

Esos enterramientos infantiles plantean una cuestión metodológica muy interesante. El único criterio para asignarlos a esta fase es la hipótesis de la progresiva diferenciación social de la población argárica que alcanza su culmen con la aparición de tumbas infantiles con ricos ajuares en el momento de apogeo. Pero precisamente esa hipótesis, en ausencia de elementos de contraste estratigráficos o de cronología absoluta, da lugar a problemas insolubles para la datación concreta de tumbas individuales. De hecho, el autor (*ibidem*, p. 263) señala que en la «fase intermedia» «no deben faltar nuevamente las [urnas] infantiles sin ajuar» o en la «fase de apogeo» las de individuos no especificados (*ibidem*, p. 264).

La lectura socio-económica que se propone para esta primera fase es la siguiente. La población corresponde a «una reducida comunidad autosuficiente de campesinos similar» a la de Lugarico Viejo y Fuente Vermeja, cuya «actividad económica se complementaría con una incipiente metalurgia. Los ajuares sepulcrales serían comunes, es decir, implicarían una sociedad sin diferencias económicas» (*ibidem*, p. 265).

Ello no impide que existan ciertas desigualdades, «sobre todo la presencia de alabardas y puñales largos [del] grupo intermedio parecen indicar los orígenes de *status* diferenciado para ciertos hombres de la comunidad. Las mujeres con ajuar de puñal-punzón y cerámica (asociación de dos vasijas) muestran, por el contrario, una gran uniformidad» (*ibidem*, p. 263).

La segunda fase del asentamiento de El Argar o «fase intermedia»

(1750 a 1650 a.C.) «sería el inicio del apogeo» (*ibidem*, p. 263). «En los ajuares aparecen pendientes y anillos de metal y se presentan asociaciones cerámicas» (*ibidem*, p. 267) y «alabardas de tipo II/I» (*ibidem*, p. 263). «Aquí [se situaría] el predominio de las cistas sobre las urnas y fosas» (*ibidem*, p. 267). Las primeras empiezan «a contener ajuares diversificados. Las urnas comienzan a generalizarse y destacan sobre todo las de ajuares normalizados, como en las cistas y no deben faltar nuevamente las infantiles sin ajuar» (*ibidem*, p. 263).

Como puede verse, en esta fase no se especifican las asociaciones que componen los ajuares con el detalle que en la anterior. Hay un cierto confucionismo respecto al carácter diversificado o normalizado de los ajuares de las cistas. En consecuencia, no hay criterios para emplear la caracterización como hipótesis de partida para el estudio de otros yacimientos o de otras fases en el mismo Argar.

El «desarrollo metalúrgico incipiente potenciará la integración demográfica de la cuenca del Antas en El Argar: Lugarico Viejo se abandona y sólo sobrevive una población residual en Fuente Vermeja» (*ibidem*, pp. 265 y 267) (*cf. supra*).

La tercera fase representa el apogeo. «Cronológicamente habría que llevarla hasta el 1400 a.C.» o, en todo caso, no «más allá del 1300 a.C.» (*ibidem*, p. 264).

En los ajuares se observa una moda de puñales de 2 a 3 remaches, estrechos y largos (entre 10 y 20 cm), la probable sustitución de la alabarda por el hacha y la asociación cerámica 4-8, sobre todo en tumbas femeninas, el gusto por el collar con cuentas de hilos de cobre y plata y una relativa abundancia de adornos de metal. En este asentamiento es más que probable que el hacha sustituya a la alabarda en el ritual sepulcral lo que coincide con el desarrollo del enterramiento en urnas [*ibidem*, p. 267].

Junto a ese sistema, «las cistas no faltan». En este momento hay «enterramientos infantiles con ajuar que, aunque escasos, destacan por la presencia de la plata en algunas ocasiones».

El autor (*ibidem*, p. 264) reconoce tres rangos sociales, a partir de la «diferencia estimativa de riqueza entre las urnas» que, de mayor a menor, son las siguientes: «urnas muy ricas con diadema y espada», «urnas con hachas y puñal» y urnas con «sólo punzón, cuchillo, algunos adornos, sola cerámica o sin ajuar»¹⁰⁴.

¹⁰⁴ A los problemas de adscripción de un enterramiento sin ajuar a una fase cualquiera se añaden los derivados de la incompleta caracterización tipológica de cuchillos

Según la interpretación de la evolución socio-económica de Lull (*ibidem*, p. 267), las fases representarían el paso de una «comunidad autosuficiente, con miembros diferenciados por prestigio» a otra, «formada por miembros con funciones sociales adquiridas (ajuares con asociaciones diferentes)». Los ricos ajuares del momento final «denotan la existencia de un sector de la población que, si bien no se apropia del trabajo del resto [...] (estas tumbas no se asocian a unidades de habitación importantes), sí se distinguen espacialmente de sepulturas más pobres». Ello sugeriría que «controlan de alguna manera los recursos económicos de la comunidad» (*ibidem*, p. 268).

La argumentación se fundamenta en «la planta de quince unidades de habitación independientes [...] con localización de tumbas en cada una» (*ibidem*, p. 264). Tras el análisis de sus ajuares concluye que «todas estas estructuras pertenecen al momento de apogeo» y que «cada unidad de habitación registra un lote de sepulturas con ajuares próximos y de riqueza estimativamente similar. Sólo dos unidades destacan por el gran número de enterramientos y una riqueza apreciablemente superior» (*ibidem*).

En realidad, esas afirmaciones requieren cierta matización¹⁰⁵. No se indican los criterios de individualización de las unidades de habitación. En la figura 5b (*ibidem*, p. 266), al menos seis no ofrecen un espacio bien delimitado. Además, la cronología es más amplia. Según el propio Lull (*ibidem*, p. 265): «El grupo formado por las habitaciones 12 y 15 registraría dos momentos, el de apogeo y justo el anterior o fase intermedia». En tercer lugar, aun suponiendo que las unidades de habitación fueran efectivamente independientes y las tumbas que contienen coetáneas, desconocemos el contenido de las sepulturas halladas en las habitaciones más próximas a las que se están analizando. En consecuencia, los medios para estimar la riqueza comparativa de los ajuares de tumbas efectuadas en distintas estancias son restringidos. Así, por ejemplo, del conjunto formado por las habitaciones 1 a 5 sólo tenemos información de los ajuares de la número 4, describiéndose únicamente los de cinco de las nueve sepulturas allí

y puñales (de nuevo distinguidos). Además, si se considera la definición de Lull de los ajuares de la primera fase (punzón, puñal, etc.) y su afirmación de que las urnas de ese momento tienen ajuar, resulta difícil su diferenciación tipológica de las pertenecientes a individuos de bajo rango de la tercera fase a partir de la sucinta descripción que facilita en esta ocasión.

¹⁰⁵ Se expone de manera pormenorizada la información en Martínez Navarrete, 1988a, p. 784, nota 179.

aparecidas. En definitiva, la muestra disponible consta de veintidós tumbas: doce (57,1%) «resultan indeterminables» (*ibidem*), cinco (23,8%) pertenecen a la fase intermedia y sólo cuatro (19%) a la de apogeo. No parece una muestra suficiente para un buen contraste empírico de la hipótesis propuesta.

Como apuntaba al principio del comentario, la lectura diacrónica de la cultura de El Argar en su conjunto se ajusta a la que se acaba de exponer. Se expresa en un largo texto que, por su carácter sintético, suele ser la referencia para la caracterización de la posición de Lull (*ibidem*, pp. 455-456) ¹⁰⁶:

En los inicios de la cultura [...] El Argar, Lugarico Viejo, Fuente Vermeja —nivel inferior— enterramientos con puñales pequeños de dos y tres remaches de Fuente Alamo, El Oficio, y enterramientos con punzón y asociación cerámica 5 y 5-5 ¹⁰⁷ [...] no existían diferencias de ningún tipo entre unos enterramientos y otros, salvo por cuestiones de edad y sexo ¹⁰⁸. Por contra, en la fase intermedia que únicamente pudo ser precisada en El Argar, los enterramientos presentaban la aparición de elementos sociotécnicos (alabardas de tipo II desarrolladas y puñales del grupo intermedio) ¹⁰⁹ y los ajuares normalizados parecían corresponder a riquezas cualitativamente diferentes entre los adultos de un mismo sexo, mientras que los ajuares infantiles, preferentemente en urnas, seguían sin ajuar.

En la fase de apogeo, observada tanto en El Argar como en La Bastida a niveles absolutos y en el resto de los yacimientos con necrópolis ajenos al foco original, los ajuares característicos se habían diferenciado aún más. Existía un núcleo de población importante sin ajuar funerario de ningún tipo, mientras que unos pocos contaban con materiales de fuerte contenido ideológico. El caso de las espadas (alto costo y uso forzosamente restringido) ¹¹⁰

¹⁰⁶ El comentario puntual de la documentación arqueológica manejada en Martínez Navarrete, 1988a, pp. 785-790, notas 180 a 191.

¹⁰⁷ La cronología se basa exclusivamente en los ajuares funerarios: cinco tumbas en Lugarico Viejo (salvo una, sólo con metal) (Lull, 1983, p. 248) y dos en Fuente Vermeja (una tulipa y un cuchillo) (*ibidem*, p. 252). Fuente Alamo (*ibidem*, pp. 237-238) y El Oficio (*ibidem*, p. 243) no cuentan con análisis de los ajuares por fases.

¹⁰⁸ Recordemos que, en otras ocasiones, el autor (Lull, 1983, p. 263) afirma que «la presencia de alabardas y puñales largos [del] grupo intermedio parecen indicar los orígenes de *status* diferenciado para ciertos hombres de la comunidad» de El Argar.

¹⁰⁹ Llamo la atención, de nuevo, sobre el hecho de que estos elementos ya se señalaban en la primera fase del sitio de El Argar (*cf.* nota 108) y que, además, el autor (Lull, 1983, p. 257) afirma expresamente que las alabardas de tipo II y III y los brazaletes «en esta primera fase son símbolos sociotécnicos indicativos».

¹¹⁰ De «los nueve ejemplares que morfométricamente entran de lleno en el grupo de las espadas», sólo tres se asignan a depósitos cerrados (Lull, 1983, p. 170). En con-

y las diademas mantienen las comunicaciones de importancia por sus ricas asociaciones de material [...] en algunas ocasiones se enterraba ya niños con un rico ajuar, lo que implica a todas luces el paso de una sociedad cuyo sistema de funciones individuales se deben a la actividad, edad y representación de cada uno de sus miembros, a otra donde esos derechos se obtienen. Este fenómeno también coincide con un aumento cuantitativo de los instrumentos de producción argáricos antes comunes en algunas unidades de habitación.

Las casas de El Argar con ubicación de sepulturas en cada unidad de habitación demostraron la hipótesis que expresaban El Oficio, Ifre y La Bastida.

Los ajuares mostrarían diferencias, si no importantes, sí sugerentes de un cambio en las relaciones sociales. El desarrollo demográfico en esta fase tendría aquí su expresión máxima, por ello las diferencias sociales afectarían a la mitad de la población si pensamos que el 50% de las tumbas de El Argar y de Gatas no contenían ajuar metálico ¹¹¹.

Una vez expuesto el desarrollo cronológico-cultural definido por Lull en el sitio de El Argar y en la región del Sureste, se puede hacer un balance general de sus aspectos más objetables.

1. Toda la lectura cronológica del yacimiento epónimo se basa en una evolución tipológica de los puñales cuya hipótesis de partida es discutible, al tiempo que la definición concreta de los tipos adolece de falta de coherencia y, sobre todo, de contraste empírico (estratigrafías o cronología absoluta). De hecho Lull reconoce honradamente que había llegado a unos «resultados provisionales», a unas «premisas de trabajo» que «en ningún caso [permiten] afirmar contundentemente las conclusiones» de El Argar (*ibidem*, p. 268). Su generalización debería «estar basada en tesis demostradas» (*ibidem*) de las que se carece por el momento.

2. Sin embargo, toda la interpretación cronológico-cultural de los poblados (Lugarico Viejo, Fuente Vermeja, El Oficio, Ifre, La Bastida, Gatas), cuyo análisis global iba destinado a lograr que los resultados de El Argar cobraran sentido (*ibidem*), se ha efectuado tomando precisamente como referencia dichos resultados.

secuencia, la hipótesis de su datación tardía es plausible, pero no puede considerarse definitivamente demostrada.

¹¹¹ En Gatas, por ejemplo, se descubrieron dieciocho sepulturas de las cuales sólo seis contenían ajuar metálico (33,3%). El número de tumbas es reducido. No hay datos estratigráficos y los ajuares son poco ilustrativos. Al parecer, la presencia de plata en dos urnas es la base para la adscripción de todo el conjunto a la fase de apogeo (Lull, 1983, p. 271).

3. La evidencia disponible no es en absoluto resolutoria (muestras reducidas, heterogéneas, generalmente sin localización estratigráfica). Los problemas se acrecientan a la hora de abordar aspectos fundamentales para la interpretación de la dinámica socio-económica como las variaciones horizontales del registro (asociación tumbas-vivienda, medios de producción-vivienda) o la datación de las tumbas sin ajuar.

Lull (*ibidem*, p. 232) reconoce que las posibilidades no sólo de cuantificar los instrumentos de producción sino de distribuirlos por unidades de habitación son limitadas. Se desconoce «el registro total de *items*, así como su distribución espacial en cada uno de los asentamientos» (*ibidem*). Si a esto se añaden las especiales dificultades de datación de los objetos domésticos, parece claro que la asignación de un taller a una fase concreta tiene más que ver con la hipótesis general acerca de la dinámica social que con la evidencia a mano.

No queda para concluir este apartado, sino comentar las bases de la cronología absoluta que propone el autor (*ibidem*, pp. 263 y 450). El establece tres fases en el Sudeste y sólo dos en el resto del área argárica.

En el Sudeste, como recordaremos, el período de «formación» se sitúa entre 1900-1800 a.C. La definición es hipotética, ya que no existían excavaciones recientes, ni fechas de carbono 14 que permitieran superar las deficiencias de la información clásica, ni contrastar la ordenación tipológica construida a partir de ella (véanse *supra*, pp. 401-402).

La «fase intermedia» «únicamente pudo ser precisada en El Argar» (*ibidem*, p. 455), donde se fecha entre 1750-1650 a.C. de manera definitiva. Su datación global «debería oscilar entre finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XVII», a tenor de la fecha de carbono 14 de la «cista de Herrerías de 1720 a.C.» (*ibidem*, p. 263).

Esto merece algún comentario. El ajuar descubierto comprende una alabarda de tipo II, dos cerámicas de forma 5 (*ibidem*, p. 246) y un «puñal largo del grupo intermedio con filos cóncavos» (*ibidem*, p. 263)¹¹². Todos esos elementos se encuentran entre los que Lull atribuye a la primera fase del sitio de El Argar¹¹³. Por otra parte, en la caracterización de la secuencia del Sudeste, la forma cerámica 5

¹¹² Véase nota 103.

¹¹³ Véase nota 109.

sólo se menciona expresamente en la primera fase, mientras en la segunda se citan «alabardas de tipo II desarrolladas y puñales del grupo intermedio» (*ibidem*, p. 455), sin otra especificación.

En consecuencia, me parece que la asignación de la fecha radiocarbónica de Herrerías a la fase «intermedia», en vez de a la de «formación» puede tener más que ver con la idea del autor acerca del ritmo de evolución argárico que con datos tipológicos.

El momento pleno se sitúa «entre 1600 a.C. y el 1440 a.C. para el Sureste» (*ibidem*, p. 263).

La asociación tipológica que se propone «tendría una confirmación cronológica en las dataciones de C-14. Tumbas con collar y puñales de dos y cuatro remaches están fechados entre 1645 a.C. y 1440 a.C.» en la Cuesta del Negro y El Picacho, respectivamente y en un nivel de habitación del Cabezo Negro en el 1580 a.C. (puñal de dos remaches) (*ibidem*, p. 263).

Lull (*ibidem*, p. 367) indica que «probablemente de la sep. 2 [de la Cuesta del Negro] procede la muestra analizada», si bien Arribas (1976, p. 152) no asigna la fecha a ninguna sepultura específica de las de la fase I (Argar B antiguo). Es una cuestión que no debe pasar desapercibida cuando se está queriendo confrontar la secuencia tipológica con la radiocarbónica.

La sepultura 2 comprendía un adulto «con puñal de 18 cm y 4 remaches, brazaletes y 2 pendientes de cobre, y 14 cuentas de collar» y dos niños, uno «con un brazaletes y anillo de cobre, y el otro con anillo de cobre», así como una forma 1 B, dos formas 2, una forma 7 y una forma 4 de cerámica y, por último, ofrendas alimenticias (Lull, 1983, p. 367).

De todos los elementos citados, sólo los adornos y alguna forma cerámica (la 4) se consideraron expresamente definitorios de la fase.

Las otras sepulturas, a las que podría atribuirse la datación radiocarbónica, carecen de ajuar (fosa número 1) o éste se restringe a una forma cerámica 5 (fosa 3)¹¹⁴, o un «alfiler de metal con restos de mango» (fosa 4).

Los excavadores establecen una sucesión de enterramientos, pero

¹¹⁴ En el texto de Lull (1983, p. 367), se afirma que está «dañada por la erosión (desconectada estratigráficamente)». Se debe tratar de un error de transcripción del texto original. Según F. Molina y E. Pareja (1975, p. 20) la erosión afectó a las tierras que cubrían la tumba y al sector de la misma opuesto al enterramiento, el cual «no ha sufrido ningún daño».

piensan que «la poca potencia del relleno argárico en esta zona del yacimiento evita la existencia de grandes diferencias cronológicas entre estas cuatro tumbas» (Molina y Pareja, 1975, p. 19).

De ser correcta esa hipótesis, nos encontraríamos con que cabría datar en el 1645 a.C. contextos tanto avanzados (sepultura 2) como iniciales (sepulturas 3 y 4) de la tipología de Lull y no sólo los primeros, como él sugiere.

El hallazgo de El Picacho (Lull, 1983, p. 284) consiste en una urna infantil con «puñal, dos pendientes de cobre y cuentas de collar», descubierta en el interior de una vivienda.

Las fechas de carbono 14 disponibles proceden del nivel III (1500 y 1440 \pm 120 a.C.) y, según Lull (*ibidem*, p. 282), corresponden al inicio y destrucción del único momento de habitación del poblado.

Como no se dan referencias completas del contenido de las otras tumbas descubiertas, no cabe averiguar, a partir del texto, si efectivamente los ajuares «no se diferencian cualitativamente» (*ibidem*, p. 284) y son tipológicamente avanzados.

El Cabezo Negro carece, en realidad, de utilidad para los propósitos del autor. No fecha un ajuar, sino una pieza aislada y ésta, por otra parte, no puede considerarse tipológicamente avanzada. Se trata de «un pequeño cuchillo de dos remaches», descubierto en el nivel de habitación de una vivienda destruida por un incendio en el 1580 a.C. (*ibidem*, pp. 301-302).

A la vista de lo anterior, parece injustificado afirmar que la asociación tipológica, propuesta para el momento pleno del desarrollo de la cultura argárica en el Sudeste, tenga esa confirmación cronológica, por el método del carbono 14, que sostiene Lull.

La lectura cronológica general de dicha cultura, más allá del área clásica, se estructura en dos fases. La primera se corresponde con la del Sudeste englobándose las dos últimas en un momento de «apogeo argárico» que hay que situar «entre el 1700 a.C. y el 1.500 a.C., produciéndose un gran desarrollo y expansión entre el 1650 a.C. y el 1550 a.C. (Argar Pleno)». Ello «se ajustaría [...] a las dataciones absolutas [...] y al proceso cultural que [viene] defendiendo» el autor (*ibidem*).

En definitiva, mi impresión es que Lull no ha podido escapar a la presión disciplinar, en un tema tan consustancial al enfoque historiográfico, como el de la cronología. En efecto, la toma de conciencia expresa de las insuficiencias de la información empírica (carencia de datos contextuales, estratigráficos, cronológicos), los peligros de

la generalización de conclusiones obtenidas en sitios particulares y la incidencia de factores culturales o ideológicos, no necesariamente cronológicos, en las variaciones de los materiales arqueológicos deberían haber implicado, por pura coherencia, la renuncia a una «nueva lectura cronológica» de la cultura argárica para la que no había elementos de juicio. Sin embargo, ésta se emprende confundiendo lo que no son más que hipótesis, más o menos plausibles, no contrastadas empíricamente —e incontrastables, en el estado actual de la cuestión— con hipótesis confirmadas. Para ello se recurre a constantes rectificaciones de las apreciaciones iniciales acerca del valor otorgable a ciertos datos, así como al abandono de los propios principios que inspiraron su crítica a las tesis clásicas (cf. notas).

Veremos estos mismos problemas en la reconstrucción de la organización socioeconómica argárica que comento a continuación.

III.3.2.3. *Una aproximación socioeconómica al estudio de la cultura de El Argar*

V. Lull (*ibidem*, p. 451) se propone efectuar una «lectura social de los asentamientos de la cultura de El Argar», desde las siguientes «premisas teóricas»:

La sociedad está reflejada en los patrones de asentamiento. Estos llevan implícitos el carácter de las relaciones sociales [...]. Es decir, la elección de un marco (macro), de un lugar (semimicro) y la distribución de las diferentes unidades de habitación (micro), implican una concepción del modelo económico propio del grupo, una expresión física de las relaciones sociales y un nivel tecnológico determinado que expresan, por una parte las relaciones técnicas de la producción y por otra el desarrollo de las fuerzas productivas [*ibidem*].

A escala macro, la comprensión del modelo socioeconómico requiere «una idea base de la ecología de la época»: «Para averiguar los recursos potenciales que podían haber fundamentado la economía argárica es necesario elaborar una reconstrucción del paisaje en el espacio que ellos escogieron para su desarrollo» (*ibidem*, p. 31).

A escala semimicro y micro, para establecer la «interacción de la reproducción económica y las relaciones sociales»: «se deben ubicar los sistemas de producción en cada unidad, distinguir las actividades en las distintas estructuras y su distribución, y el nivel tecnológico que lo ha hecho posible» (*ibidem*, p. 452).

En último lugar, el análisis comparado de la riqueza de los ajuares por unidades de habitación permite averiguar si la desigualdad económica de los individuos es de base social (estratificación o *status* diversos) o económica (clases) (*ibidem*).

Los requisitos que debe reunir el registro arqueológico, para lograr una «lectura social», son los siguientes:

1. Localización de los hallazgos a nivel macro, semimicro y micro.
2. Información contrastada, sobre el desarrollo de las fuerzas de producción y de las relaciones de producción.

Veamos a continuación cuál es la metodología y la información empírica disponible para desarrollar tan interesante y ambicioso programa de investigación.

En primer lugar, haré referencia a la *estructuración del registro arqueológico*, emprendida por el autor. Comprende tres aspectos interrelacionados: la delimitación del área cultural argárica y la definición de los aspectos ambientales y económicos de la misma.

La delimitación del área cultural argárica es el requisito imprescindible para trabajar a «escala macro». Lull (*ibidem*, p. 22) no propone una nueva definición de «lo argárico», sino que se ajusta a los criterios convencionales:

- a) Inventario material específico.
- b) Asociación espacial necrópolis-asentamiento.
- c) Asentamiento en cerros estratégicos.

El área geográfica argárica (*ibidem*, p. 48, nota 4) se reconoce por la dispersión espacial de esas características: «analizar las distintas ideas sobre si deben de aparecer las tres asociadas en combinación básica de dos o una sola [...] pueden no bastar para interpretar un yacimiento como argárico». En consecuencia, él cree que una discusión sobre ese tema es «inútil, al no haberse estudiado hasta el momento y en conjunto la interrelación de los diferentes segmentos específicos de la cultura».

Como las diversas correlaciones entre los elementos que afectan al medio y a la formación económico-social «pueden indicar heterogéneas combinaciones culturales», mientras todas ellas no se hayan tenido en cuenta, los límites geográficos de la cultura argárica, definidos mediante esas tres características, no pueden estimarse definitivos (*ibidem*, p. 24). Sin embargo, recientemente sigue manteniendo

su propuesta de área cultural «en base a los yacimientos identificados como argáricos» (González Marcén y Lull, 1987, p. 12).

Con independencia de que tal área se crea o no definitivamente fijada de lo que se trata es de garantizar que la identificación de «lo argárico» se ajusta a unos criterios expresos y, por tanto, es controlable. Sin una toma de postura previa respecto a cuáles deban ser éstos, esos tres o cualquier otro, a su importancia relativa o intrínseca, difícilmente se logrará una delimitación geográfica de la cultura argárica susceptible de contraste empírico. Ese es precisamente el obstáculo para asumir la que Lull presenta.

Lull advierte que algunos de los caracteres escogidos no se dan de manera absoluta.

En relación con el primero de ellos (inventario material específico), como no se ha elaborado una tipología que tuviera en cuenta las eventuales variaciones de raíz local (véase *supra*, p. 397), se ha privado a la tesis de instrumentos de análisis para averiguar si existió o no un territorio cultural común. Es un tema que queda abierto a ulteriores investigaciones y que sería imprescindible explorar, si se quiere llegar a alguna conclusión a ese respecto.

La asociación espacial necrópolis-asentamiento no es total. Reconoce que hay «cierta variabilidad, tumbas bajo pisos de habitación, en rampas o accesos, aprovechando oquedades naturales y en las inmediaciones de los cerros (para algunos autores, las necrópolis no necesariamente están [...] asociadas a los asentamientos)» (Lull, 1983, p. 22).

Finalmente, «la tercera característica no es exclusiva: no todos los asentamientos se encuentran en similares condiciones tipográficas» (*ibidem*).

De la exposición precedente se deduce que ni siquiera los rasgos escogidos para definir «lo argárico» son concluyentes, ya que o están precisados de modo incompleto (la primera) o no se dan en todos los casos (las restantes).

La cuestión más grave me sigue pareciendo la ausencia de una tipología de los materiales que contemple las variaciones debidas a factores locales. Ello implica la imposibilidad de concebir el espacio argárico de otro modo que como un territorio cultural homogéneo, cuando el propio Lull advierte acertadamente que las diversas correlaciones entre los elementos que afectan al medio y a la formación económico-social podían dar lugar a heterogéneas combinaciones culturales.

El reconocimiento, por parte del autor, de diferencias socioeconómicas entre el Sureste y el Interior, primero, reducidas a lo económico (*ibidem*, pp. 428 y 436) y, ahora, ampliadas a «otras esferas socio-ideológicas» (Lull y Estévez, 1986, p. 445), en la medida en que se incluyen en la variabilidad de la formación social argárica no bastan para refutar mi argumentación. El problema crucial descansa en premisas normativas: la identificación de lo «culturalmente» argárico respecto a lo que no lo es. Esa identificación se ha basado fundamentalmente en la cerámica por lo que mi objeción pienso que puede mantenerse.

El segundo aspecto que se tiene en cuenta en la estructuración del registro arqueológico es la *definición del área cultural argárica en sus aspectos ambientales*. La importancia que se concede a la reconstrucción del medio deriva de la información que proporciona sobre los recursos potenciales de la economía argárica. Para acometer tal objetivo, se dispone esencialmente de los análisis faunísticos de las excavaciones realizadas en los poblados del Cabezo Redondo (Villena), Cerros de la Virgen (Orce), del Real (Galera), de la Encina (Monachil), Cuesta del Negro (Purullena), Los Castillejos (Montefrío) y Terrera Ventura (Tabernas). Según Lull (1983, p. 31), su dispersión «nos ilustra sobre otros tantos puntos geográficos que actualmente se articulan dentro de subáreas geográficas distintas, lo que nos ofrece una perspectiva macroespacial importante»¹¹⁵.

Lull (*ibidem*, p. 34) sostiene que «la idea de que el medio no ha cambiado, generalizada actualmente entre los arqueólogos» contrasta con los resultados de los análisis faunísticos. Su esfuerzo (*ibidem*, pp. 34-38) se destina a demostrar que la presencia mayoritaria de especies que tienen como biotopo el bosque, así como de otras que requieren circulación hídrica, supone una mayor humedad ambiental en época preargárica, argárica e incluso postargárica¹¹⁶. Esta transformación ambiental se atribuye

¹¹⁵ En efecto, si comparamos los mapas de las figuras 1 y 2 (Lull, 1983, pp. 26 y 32), correspondientes a las «zonas ecológico-climáticas del Sudeste peninsular» y a la «situación de los yacimientos con estudios faunísticos» respectivamente, observamos que sólo están representadas en realidad 3 de las 7 subáreas geográficas; la comarca interior murciana (Cabezo Redondo), los altiplanos granadinos (Orce, Galera, Montefrío, Purullena y Monachil) y la fachada litoral almeriense (Tabernas). La inclusión de los yacimientos de Almizaraque y Los Millares, sin fauna, pero con datos edafológicos, paleobotánicos o polínicos no modifica la situación, ya que se encuadran en la última subárea mencionada.

¹¹⁶ El autor (Lull, 1983, p. 45) señala que el ambiente del Bronce final, al menos

a una variación del régimen climático (con sus factores calor y pluviosidad) [...] la humedad, la pluviosidad, mantuvieron un bosque mixto extendido mucho mayor que en la actualidad. Los cursos de agua eran más estables y caudalosos. Sin duda existían claros, bien en forma de pradera o de estepa en formación o formados por desecación de lagunas. La acción humana ha sido un factor verdaderamente importante en la desaparición del bosque, factor que unido a los cambios climáticos suprarregionales produjo un aumento progresivo de la estepa [*ibidem*, pp. 46-47].

El autor (*ibidem*, p. 421) trata de evaluar la variabilidad interna de la cultura argárica estructurando el estudio de los yacimientos arqueológicos a partir de los veinte ecosistemas reconocidos en el Sudeste. Cada uno «puede representar uno o varios biotopos y en cada uno de ellos se establece una relación con el medio, en dialéctica bidireccional (Desarrollo Social-Posibilidades del Medio), que tiene expresiones propias en sus diacronías específicas» (*ibidem*).

La definición del área cultural argárica en sus aspectos económicos se fundamenta en una muestra de 159 yacimientos (*ibidem*, p. 21), de los cuales 31 (19,4%) son poblados con «estudios de diversa envergadura»; 68 hallazgos aislados (de los cuales «37 son asentamientos y de 31 no se ha podido determinar naturaleza»), a los que se añaden «60 asentamientos más», identificados por prospección superficial.

«Sólo los 31 asentamientos [...] ofrecen cierta solidez informativa, pero en ningún caso completa.» En ellos se incluyen siete excavados recientemente de los que sólo existen «breves noticias bibliográficas que, como máximo, alcanzan la publicación detallada de un corte estratigráfico» (*ibidem*, p. 22).

La situación es tal que «actualmente siguen siendo los estudios de los hermanos Siret la mayor fuente de información».

Lull reconoce que la realidad es «desencantadora», pero cree que «a pesar de ello [...] contamos con los datos mínimos exigidos» para ofrecer una aproximación a la sociedad y economía argárica (*ibidem*).

Efectivamente hay indicios para esbozar algunos aspectos, pero

en Monachil y Purullena, no experimenta cambios notables respecto al Bronce argárico, cuando en otros casos (*ibidem*, p. 459, n. 9) la «desforestación» se estima el «factor más importante de la degradación del medio argárico, unido al abandono de las áreas de cultivo desmontadas y aclaradas». A ella se atribuye la crisis población-recursos que determinaría la caída de la cultura.

las posibilidades de contraste están severamente limitadas en su alcance temporal, comarcal y funcional. No podría ser de otro modo cuando la investigación del siglo pasado lleva el peso de la documentación arqueológica. El carácter «abierto» de la misma ya se ha comentado (también en Martínez Navarrete, 1988a, pp. 558-560). Además, no se puede valorar la representatividad de los datos publicados porque se desconocen los criterios que guiaron su elección. Finalmente su fiabilidad no es controlable. En algunos casos, las revisiones efectuadas por prospección o excavación han modificado o invalidado, en parte, las primeras interpretaciones de los Siret en relación, por ejemplo, con la extensión de los yacimientos y la identificación y datación de los restos constructivos (Zapata, *cf.* Lull, 1983, p. 292, y Fuente Alamo, *cf.* Arteaga y Schubart, 1980, p. 255). Es evidente que esos obstáculos se acrecientan cuando estamos manejando alusiones a semillas, escorias, restos de fauna, etc.

El autor expone cómo se puede intentar una *reconstrucción económico-social de la cultura de El Argar* en ese marco.

El primer paso fue la reconstrucción ecológica en aquellos biotopos en que era posible. Seguidamente la observación de las posibilidades económicas de reproducción social y la agrupación en conjuntos de los yacimientos que contaban por una parte con una base material cercana y por otra con los mismos recursos energéticos. Las afinidades y distancias entre los asentamientos de los diversos complejos deben explicarse por sincronismos y diacronismos temporales, así como por una relación común con biotopos característicos [Lull, 1983, p. 419].

Teniendo en cuenta todo esto, con los restos materiales y por la configuración característica de cada uno de los hábitats [plantea] la hipótesis de que los grupos argáricos ubicados en las depresiones presentan una base material fundamentada en la agricultura intensiva, mientras que los grupos montanos y de los altiplanos se basan en una agricultura extensiva con rendimientos menos fuertes, pero secundada por una ganadería importante. Esta sería la gran diferencia entre los grupos del sureste almeriense-murciano y los grupos granadinos, [cuyo origen se encuentra en las tradiciones agrícola y pastoril de la Cultura de Almería y de los grupos megalíticos autóctonos, respectivamente] [*ibidem*, p. 422].

En cuanto a la minería, los grupos almerienses y murcianos tienen mayores posibilidades, en general, que los granadinos y, por otra parte, la «explotación de los filones fue más sencilla también en el sureste» (*ibidem*, pp. 422-423).

El tratamiento concreto del registro arqueológico de la depresión Bajo Almazora-Antas-Aguas puede servir como muestra representativa y suficiente de la metodología empleada. Es el área nuclear argárica. Además sus yacimientos «siguen siendo los más ricos y gracias a ello se pudo establecer todo un cuerpo de hipótesis sobre nuestra formación económico-social, que aún ahora utilizamos para explicarla» (*ibidem*, p. 231). La referencia detallada a los sitios de Fuente Alamo y El Argar se completa con un balance general de la información proporcionada por el conjunto de los poblados ¹¹⁷.

En el grupo del Bajo Almazora, el poblado de Fuente Alamo carece de material «localizado en estructuras, por lo que [las] inferencias económicas están referidas a la generalidad. Tampoco se define el material en el tiempo (*ibidem*, p. 235).

La agricultura no se considera «predominante, ya que ninguna de las dos excavaciones [realizadas] ofrece los medios de producción necesarios. Sólo aparecen muchos molinos, escasas piezas de hoz y algunas ollas [...] que pueden ser vasijas de almacenamiento; y también azuelas».

No obstante, esa afirmación se matiza al indicar que «los numerosos restos [...] vegetales [...] podrían sugerir cultivo de hortalizas» (*ibidem*). Como tales restos no han sido identificados las posibilidades son amplias.

Lull (*ibidem*, p. 236) cree que, dada la superficie excavada (630 m²), el desequilibrio entre el número de piezas de hoz (índice, en su opinión, de la «práctica de una explotación directa de la tierra») y de molinos indica un «intercambio de grano». Sin embargo, en el caso de la excavación de Siret, es difícil aceptar que el diferente tamaño de molinos y piezas de hoz y, por tanto, sus variadas posibilidades de recuperación, no interviniera en la desigual representación de unos y otras. Por otro lado, para estar seguros de que la zona excavada garantiza el control horizontal (funcional) del registro habría que conocer la superficie total del poblado y, además, suponer que las catas abiertas son un muestreo representativo de la misma. No parece que las primeras campañas de Fuente Alamo (Arteaga y Schubart, 1980) lo permitan cuando Lull (1983, p. 238) opina que «sería mucho más interesante que en lugar de todos los cortes estratigráficos [...] se excavara cada uno de los niveles en extensión».

¹¹⁷ El análisis pormenorizado de todos ellos que fundamenta ese balance en Martínez Navarrete (1988a, pp. 561-569):

Hay que valorar también las inferencias que se derivan de éstos y de otros elementos que se han relacionado con la agricultura.

Sus determinaciones funcionales de los recipientes de gran tamaño y las azuelas son hipótesis de trabajo. El mismo previene contra ese tipo de interpretaciones, al afirmar que «las sierras de sílex y los molinos planos no implican desarrollo agrícola, ni siquiera agricultura silvestre» (*ibidem*, p. 17). Critica que «la mayoría de los investigadores [establezcan] los rasgos generales de una cultura a partir de conclusiones de primer grado, sin confrontarlas con la realidad social» (*ibidem*, p. 16).

Pone como ejemplo, precisamente, la idea de que «la presencia de gran cantidad de molinos implica desarrollo de la agricultura». Tales conclusiones no son necesariamente erróneas pero sí «intuitivas, [...] no se ha llegado a ellas mediante un análisis científico sino por implicación mecánica». Para aceptar esas hipótesis es necesario su puesta a prueba con el registro empírico (*ibidem*).

La ganadería se caracteriza por «la abundancia de restos de cabras y ovejas», lo cual, según Lull (*ibidem*, p. 236) «relega a la agricultura intensiva y [...] está más de acuerdo con una producción de secano con barbecho largo [...]». La importancia de la industria ósea en el yacimiento [avalaría] también estos comentarios».

La metalurgia está atestiguada por «la presencia de mineral y cobre y escorias», cuya abundancia, naturaleza y proceso de transformación se desconoce todavía (*ibidem*, p. 236). Estos hallazgos, unidos al hecho de que el poblado tenga «accesos cómodos» a zonas de «fácil explotación y transporte de minerales de cobre» (*ibidem*, p. 234) hacen pensar que su estrategia económica «está dirigida a la obtención de materias primas para la industria metalúrgica» (*ibidem*, p. 236). Ahora bien, aunque esa actividad puede ser la principal en el poblado, no cree que fuera exclusiva (González Marcén y Lull, 1987, p. 16).

La propuesta de un intercambio de metales y cereales se distancia de las ideas al uso respecto a los problemas logísticos que el desplazamiento de estos últimos plantearía a la infraestructura de transporte de la Edad del Bronce.

El estudio económico de El Argar (Antas) se ve dificultado por la circunstancia de que el material «se inventaría todo unido y únicamente en un caso (instrumentos de producción metalúrgica) se ubican los *items* en una estructura espacial» (Lull, 1983, p. 253).

Otro problema adicional que Lull no considera es la advertencia

de los excavadores (Siret y Siret, 1890, pp. 155-156) de que, en la meseta, aparecieron restos romanos y árabes (monedas, lámparas, fragmentos de hierro, etc.), así como silos medievales. A juicio de los Siret, «esta ocupación posterior puede engendrar dudas sobre la antigüedad de algunos contados objetos, más no [...] sobre la época de la inmensa mayoría de los hallazgos y sobre todo de las sepulturas». Ahora bien, como la información manejada en la reconstrucción económica es precisamente la del poblado, pensamos que es un factor que debió haberse tenido en cuenta.

Lull (1983, p. 254) sostiene, a pesar de todo, que la cantidad de instrumentos es suficiente «para inferir los diferentes procesos de trabajo del sistema productivo». La presencia de

más de quinientos útiles (piezas de hoz, azuelas, molinos) [...] muestran la destacada posición de la agricultura en el conjunto de la producción.

Sabemos que la explotación cerealista estaba asegurada, la cebada y el trigo ocuparían los campos cuyas zonas más profundas y regadas servirían para conseguir las hortalizas que nos indican los autores. Estamos, pues, ante una agricultura intensiva no selectiva. Las tierras de cultivo estarían situadas sobre el Antas, suponemos que no tan encajonado como en la actualidad y en los campos septentrionales del propio yacimiento (*ibidem*, pp. 253-254).

La lectura del texto de los Siret no lleva necesariamente a esas conclusiones. En primer lugar, es difícil cuantificar los objetos relacionables con la agricultura tanto por la imprecisión de los datos, cuanto por la falta de coincidencia de sus criterios de clasificación con los actuales. Los excavadores (Siret y Siret, 1890, p. 142) señalan, por ejemplo, «trescientas» piezas de hoz («sierras groseras»), algunas de las cuales no pasan de simples lascas (*ibidem*, fig. XVI, núm. 12) o láminas (*ibidem*, fig. XVI, núm. 14) sin retoque, mientras otras responden a tipos distintos (*ibidem*, fig. XVI, núm. 10, troncadura recta). Las «azuelas» son «una treintena» (*ibidem*, p. 142), mientras todo lo que se dice de las muelas y morteros en que aparecieron «en gran número» (*ibidem*, p. 151). En consecuencia, la cifra de «más de quinientos útiles» agrícolas es cuestionable, aun suponiendo que todos los hallazgos pudieran atribuirse a una sola fase de ocupación, cosa que Lull rechaza al establecer una secuencia de la necrópolis.

En segundo lugar, no he sido capaz de encontrar más referencia al tipo de cultivos de El Argar que la mención a «granos» (*ibidem*, p. 202) o «granos de mieses» (*ibidem*, p. 159), en absoluto a «horta-

lizas» o a especies cerealistas. Las consideraciones sobre el tipo de agricultura (intensiva) y la localización de los campos de cultivo es puramente hipotética.

Lull (1983, p. 254) cree que la metalurgia «es la segunda actividad más importante, al menos en el registro arqueológico cuantitativo» de El Argar. «Doblemente importante, pues es una actividad al parecer registrada en sólo una unidad espacial», donde se realiza «todo el proceso metalúrgico final». En cambio, «la reducción del mineral» y «la primera fusión» se efectúan en otro lugar (*ibidem*).

«La gran cantidad de mazos, percutores y picos aparecidos en el poblado parecen indicar la proximidad de los filones». Los más cercanos son los de la Sierra de Bédar, pero como no son ricos en metales y en El Argar los productos cupríferos son abundantes y «el plomo y la plata no faltan», hay que pensar en «una relación de dependencia, interdependencia o intercambio con los asentamientos del Bajo Almanzora, lo que vendría confirmado por la presencia del estaño en El Argar si añadimos que los asentamientos del Bajo Almanzora están a medio camino entre los filones estanníferos y El Argar».

Los Siret (1890, p. 159) no citan el número de moldes y crisoles descubiertos, ni tampoco de martillos (*ibidem*, p. 152). Si tenemos en cuenta «la remoción de tierras que modernamente se ha hecho en El Argar, particularmente intensa en la superficie» (*ibidem*, p. 153), y la mención a «objetos rotos» provenientes de «hornos de fusión y copelación, que datan principalmente de la época romana» (*ibidem*, p. 160), surgen dudas razonables respecto a la posibilidad de vincular la totalidad de los elementos mineros y metalúrgicos de El Argar con la Edad del Bronce.

Finalmente, Lull (1983, pp. 254-255) infiere el desarrollo de la actividad textil, cinegética, ganadera y pesquera [de las] pesas de telar, tejidos de lino, esparto trenzado, puntas de flecha, huesos de jabalí trabajados; industria ósea muy desarrollada [...] y pesas de red. En conjunto sobrepasan los mil ejemplares, pero no sabemos nada de la situación espacial de cada proceso, salvo en el caso de las pesas de telar.

La producción en serie de pesas, concentrado en una unidad espacial responde a la idea, que ya se infirió en el trabajo metalúrgico, de una división del trabajo diferenciada espacialmente.

El texto de los Siret no siempre concreta la cantidad de piezas vinculadas con las actividades citadas. No sabemos el número de «discos agujereados» (¿pesas de red?) (Siret y Siret, 1890, p. 150), ni de

«husos» (*ibidem*, p. 157), aunque sí que se hallaron 650 «objetos de hueso y marfil» (*ibidem*, p. 152) y «cerca de quinientas» y «un centenar» de pesas de telar (*ibidem*, p. 157).

El balance general de la información proporcionada por los poblados de la depresión Bajo Almanzora-Antas-Aguas es desalentador, máxime cuando son «los más ricos» del área cultural argárica. De los 17 sitios recogidos por Lull, sólo Lugarico Viejo (cebada, trigo, leguminosas, bellotas, frutos), Fuente Vermeja (cebada) y El Oficio (cereales sin especificar) (17,6%) ofrecen evidencia directa de cultivos. El caso de la explotación animal es todavía peor. Las identificaciones de fauna doméstica se limitan a Fuente Alamo (ovejas y cabras) y El Oficio (buey y cabras) y las de especies cazadas a El Oficio (jabalí y ciervos), Lugarico Viejo y El Argar (jabalí). Las actividades mineras y metalúrgicas se documentan en Fuente Alamo, El Oficio, El Argar y Gatas.

En consecuencia, la reconstrucción económica de este subárea geográfica se apoya básicamente en esas «conclusiones de primer grado», sin posible contraste con el registro empírico, que él había estimado «no científicas». Se trata de una serie de hipótesis de muy variada índole, generalmente implícitas y, quizá por ello, empleadas a veces de manera contradictoria. Unas relacionan la presencia de ciertos hallazgos con una determinada actividad, mientras otras infieren una explotación económica mecánica de las potencialidades del medio. Así las «piezas de hoz» y las azuelas se interpretan como «útiles de labranza» (Lull, 1983, p. 423) y los molinos y urnas de cierto tamaño como instrumentos de tratamiento y almacenado de los cultivos. Ahora bien, como se recordará, al mismo tiempo reconoce que «las sierras de sílex y los molinos planos no implican desarrollo agrícola, ni siquiera agricultura silvestre» (*ibidem*, p. 17) o que «la escasez de hachas-azuelas no contradice la importancia de los instrumentos de producción relacionados con la agricultura» (*ibidem*, p. 241). Por otra parte, no existe una jerarquización explícita de la significación de esos elementos en la interpretación del alcance de la agricultura. En Fuente Alamo, el predominio de molinos respecto a piezas de hoz supone un intercambio de grano. En cambio, en El Argar, se valora el número de útiles relacionados con la agricultura (piezas de hoz, azuelas, molinos), no su importancia relativa y en Teresa y Las Peñicas Negras la mera existencia de molinos y de tierras potencialmente cultivables. Lull emplea el peso de la industria ósea, como prueba indirecta del desarrollo ganadero en Fuente Alamo (*ibidem*,

p. 236), El Oficio (*ibidem*, p. 241) y El Argar (*ibidem*, p. 254) o como indicador de la práctica cinegética. Lógicamente, sin una identificación específica de los huesos, la industria ósea no permite decidir cuál fue el sistema de explotación animal empleado en un determinado sitio, ni el peso relativo de ganadería y caza en el sistema económico.

Con frecuencia la ausencia de un registro empírico adecuado para la interpretación económica le lleva a intentarla a partir de unas inferencias mecánicas de las posibilidades del medio en el terreno agrícola, ganadero o minero. Así, por ejemplo, la dedicación agrícola de La Pernera (Antas) (*ibidem*, p. 249), La Panalera y La Losa (Turre), La Risca y Cerro Castellón (Sorbas) (*ibidem*, pp. 273-274), así como las tareas mineras de todos ellos, menos el primero, se deducen del emplazamiento de estos poblados. Ahora bien, como Lull (*ibidem*, p. 39) reconoce «no basta en ningún caso acudir a reflexiones deterministas ambientales» para explicar la presencia de un determinado rasgo cultural. Dicha «explicación puede pertenecer al orden económico-social». Sin embargo, no siempre es coherente con este principio.

Lull apunta que la depresión Bajo Almanzora-Antas-Aguas «es una excelente zona de cultivo, sobre todo en los suelos profundos cercanos a los cursos fluviales con mayores posibilidades físicas en las cuencas del Antas y el Aguas. Los asentamientos de estos últimos subgrupos están cerca de los cauces y en ellos no faltan útiles de labranza, molinos y urnas de almacenamiento» (*ibidem*, p. 423).

En este caso, el emplazamiento de los poblados «cerca de los cauces» es índice de dedicación agrícola. Por el contrario, la «situación estratégica de los asentamientos» del Guadalentín con evidencia directa (La Bastida de Totana) o indirecta (los restantes) de la misma dedicación «podría responder más a causas sociales que a causas económicas debido a las peligrosas y más que probables inundaciones que podía producir este curso de agua irregular y a veces turbulento» (*ibidem*, pp. 424-425).

Ello incide en la idea de que la mera localización de los asentamientos no permite extraer conclusiones terminantes sobre la dedicación económica de los mismos. Pero quizá la relación entre emplazamiento-minería resulta más expresiva a este respecto.

Como la aproximación a la sociedad y economía argáricas se efectúa agrupando «en conjuntos [...] los yacimientos que contaban [...] con los mismos recursos energéticos» (*ibidem*, p. 419), la importancia de la actividad minera de una de las subáreas geográficas identi-

ficadas está en relación directa con la proximidad o lejanía de sus poblados a los filones cupríferos. Así, Lull (*ibidem*, p. 422) sostiene que la metalurgia se incorpora a la cultura de El Argar:

desde sus fases iniciales [...]. *La metalurgia en los primeros momentos, fija los asentamientos* en mayor medida que la agricultura, pues los sistemas de cultivo pueden variarse según las posibilidades del medio, mientras que los filones metalíferos exigen en un principio, a falta de una estructuración social fuerte y adaptada [suficiente], una proximidad o cuanto menos unas rutas de comunicación estables y frecuentables que permitan una explotación rentable.

Por ello sorprende que en otras ocasiones (*ibidem*, p. 483) sostenga que «no necesariamente el control de las minas estaría en manos de comunidades cercanas a ellas», añadiendo que «cuando en un sistema de producción la *metalurgia* adquiere valor de actividad primaria, los nuevos asentamientos se verán evidentemente condicionados por ellas, pero cuando este segmento económico *está iniciando su desarrollo no creemos que condicione a priori la elección del lugar de habitación*».

En consecuencia, la «estrecha relación de los criaderos naturales de cobre con los poblados argáricos sólo puede mantenerse para la fase de apogeo de la cultura» (*ibidem*, p. 437).

La importancia de la metalurgia en el sistema productivo (al margen del valor que se la otorgue) no es el único factor que cree puede influir en el nexo establecido entre la economía de un poblado y su proximidad a los filones cupríferos. Señala, además, otros como los medios de transporte y vías de comunicación de que dispone una comunidad que relativizan los conceptos «proximidad» y «lejanía». Lull afirma, por ejemplo, en relación con los sitios granadinos que «se puede sugerir la importante distancia de estos asentamientos a los filones metalíferos y la penuria de los caminos abruptos y escarpados que se deben atravesar, para encontrar un sentido a la abundante presencia de los caballos» (*ibidem*, p. 432).

Esto dicho de otra forma significa que, si la explotación minera es una necesidad para una comunidad, se buscan los recursos culturales para satisfacerla. Aquí se menciona la cría caballar («medio de transporte desarrollado»), pero pueden consistir simplemente en «un control de las comunicaciones» o en intercambios (*ibidem*, p. 445; también p. 453), como se proponía para explicar el hecho de que, en

El Argar, los productos metálicos sean frecuentes, a pesar de que no haya cerca filones suficientemente ricos (*ibidem*, p. 254). Inversamente, si tal necesidad no existe, la cercanía a los filones mineros es irrelevante.

En cuanto a las observaciones de Lull respecto a la importancia relativa de cada actividad en la economía, inevitablemente, multiplican las deficiencias en la identificación, contextualización y datación advertidas en su tratamiento individualizado.

Un aspecto totalmente novedoso en la investigación de los primeros períodos metalúrgicos en el Sudeste es la toma en consideración de la organización del territorio de la cultura argárica por parte de Lull.

En la subárea geográfica que nos ocupa, estima que sus «dieci-nueve asentamientos delimitan una estructura cerrada» (*ibidem*, p. 231), si bien esto no implica una interrelación funcional entre ellos. De hecho cree que sólo los poblados del Almazora (actividad primaria- Minero-Metalúrgica) y los del Jauro-Antas (actividad primaria- Agricultura) podrían pertenecer «a una misma comunidad tribal, al complementarse sus actividades primarias». En cambio, los asentamientos del Aguas serían independientes, ya que «pueden reproducirse económicamente al contar con las dos actividades básicas del desarrollo productivo» (*ibidem*, pp. 233-234).

Dando por buena la especialización económica presumida para cada valle fluvial, no se puede hacer otro tanto con «el supuesto de una sincronía puntual de todos los asentamientos» (*ibidem*, p. 234). Según el mismo autor, el Cabezo de San Miguel (*ibidem*, p. 244), La Panalera, La Losa, Teresa, La Risca, Cerro Castellón y Peñicas Negras carecen de asignación cronológica (*ibidem*, pp. 273-274). En Almazaraque hay un «posible» nivel argárico superpuesto al eneolítico (*ibidem*, p. 232), mientras en Gatas (*ibidem*, pp. 271 y 456), Fuente Alamo (*ibidem*, p. 235), El Argar (*ibidem*, pp. 265-268) y El Oficio (*ibidem*, pp. 244 y 455) presentan dos o más fases.

Sostiene que, para aceptar la existencia de una «comunidad tribal» *entre aquellos que ocupan un mismo ecosistema*, es preciso que desempeñen actividades complementarias (por un lado agricultura, por otro minería-metalurgia). De no ser así, lo que nos encontramos es «un grupo con intereses independientes» (*ibidem*, pp. 233-234).

Ambas situaciones tienen consecuencias, a su vez, en el terreno defensivo. Así, por ejemplo, en los asentamientos que se encuentran en el primer caso «no se busca específicamente una seguridad, pro-

blemente, por estar en el centro de un territorio resguardado por las mismas gentes» (*ibidem*, p. 334). Por el contrario, los segundos vivirían en precario, por la hostilidad de sus vecinos (*ibidem*, p. 372) ¹¹⁸.

Estos criterios de decisión acerca de la complementariedad o interdependencia entre poblados contradicen los que fundamentan la reconstrucción socioeconómica de la cultura de El Argar. Esta se elabora a partir de «la agrupación en conjuntos de los yacimientos que contaban [...] con los mismos recursos energéticos» (*ibidem*, p. 419), entendiéndose que están interconectados formando una misma comunidad (*ibidem*, pp. 341, 374, 380, 389 y 400).

Por otra parte, el propio Lull amplía en otras ocasiones los eventuales indicadores de interrelación funcional: la «circulación restringida» de plata o cobre (*ibidem*, pp. 335, 445 y 453), la visibilidad que se establece entre poblados (*ibidem*, pp. 246, 309 y 330), la posición estratégica de los mismos de cara al control del acceso a determinados recursos económicos (valles, filones cupríferos) (*ibidem*, p. 439). Además opina que, aunque no «deben faltar las avanzadas básicamente mineras, [...] en ningún caso esta producción aparece aislada» (*ibidem*, p. 445).

En definitiva, «las explicaciones para la producción complementaria deben buscarse a niveles sociales y políticos» (*ibidem*, p. 439). La otra alternativa, además de amenazar la coherencia interna de la obra, simplifica en exceso el abanico de posibles relaciones entre grupos humanos y da por sentado un grado de especialización económica en las poblaciones del Sudeste durante la Edad del Bronce poco verosímil.

La concepción de Lull sobre los niveles sociales y políticos es la clave de su tesis acerca de la cultura de El Argar. Las declaraciones sobre este particular son fragmentarias, lo que debe tenerse muy en cuenta a la hora de valorar mi lectura de su obra.

¹¹⁸ Lull tiende a definir las relaciones intergrupales en términos de agresividad, incluso cuando se refiere a las emprendidas entre las mismas gentes que «resguardan un territorio». En efecto, más adelante (Lull, 1983, p. 453) sostiene que «si las gentes de las "acrópolis" [...] son las auténticas argáricas, El Argar, aunque fuera la población de origen, sería una gran tentación por sus escasos recursos topográficos de defensa y los nuevos segmentos independientes difícilmente la dejarían sobrevivir, o cuanto menos no permitirían el desarrollo que demuestra». El hecho de que tal desarrollo tuviera lugar se entiende como «una prueba indirecta» del control político, ejercido por parte de la comunidad de El Argar, sobre las poblaciones de la comarca.

El primer tema importante es el del origen de la cultura. Lull (*ibidem*, pp. 448-449) sostiene que «todos los instrumentos y artefactos argáricos se encuentran en el horizonte eneolítico local»¹¹⁹. Además la existencia de una metalurgia perfeccionada, «en asentamientos anteriores a El Argar» y de ciertas peculiaridades en los ritos sepulcrales de la cultura, le llevan a proponer su carácter autóctono¹²⁰. Su opinión se fundamenta, en último término, en la tesis de que «el desarrollo tecnológico y las nuevas necesidades sociales se bastan para transformar paulatinamente la cultura» (*ibidem*). Se exponen a continuación las hipótesis auxiliares que intervienen en la misma. «Existe una tendencia a adecuar el sistema de explotación al medio circundante, mediante la paulatina especialización en uno de sus polos» (*ibidem*, p. 422). Así, de la «diversificación inicial del sistema agro-silvo-pastoril» se irá a «una especialización racionalizada concreta, según los hábitats» (*ibidem*, p. 436).

El autor «para las zonas originarias defiende el incremento de la producción debido a una agricultura intensiva sin obras hidráulicas, pero con un desarrollo de los tipos de cultivo múltiples, tal como se demuestra en yacimientos de la depresión de Vera» (Chapman *et al.*, 1987, p. 101). Por otra parte, la metalurgia «debido al desarrollo de los intercambios y beneficios que [...] procuró, fue cada vez ocupando un papel más importante en el sistema económico» (Lull, 1983, p. 437).

La metalurgia «obligó a la división técnica del trabajo y conllevó la división y estratificación social» (*ibidem*, p. 265). Su desarrollo requiere o se ve favorecido por factores como «el aumento demográfico

¹¹⁹ La «copa» es el único elemento problemático. En unos casos se afirma «que permanece extraña a la evolución "in situ" de los materiales» (Lull, 1983, p. 448) y en otros se la interpreta como «algo original», desarrollado a partir de los «soportes de arcilla», «vasos de forma 2» o incluso ciertas fuentes campaniformes (*ibidem*, p. 449).

¹²⁰ Hay que advertir que presta más importancia a la discusión de este tema en la fase del Argar B, que en la del Argar A. El sustrato a partir del cual surge la cultura no está bien definido. Acepta una diversidad en los orígenes de la cultura de El Argar en Granada, el Sudeste (Almería, Murcia) (Lull, 1983, pp. 428-429) y Jaén (*ibidem*, p. 444). Así, mientras una veces afirma (*ibidem*, p. 449) que «el desarrollo tecnológico y las nuevas necesidades sociales se bastan para transformar paulatinamente la cultura», otras piensa que «fueron las corrientes culturales argáricas más que sus gentes» las que «invadieron» horizontes de tradición eneolíticas (*ibidem*, p. 444) o, por último, que, en los momentos finales de la cultura argárica, «ciertas jefaturas locales buscarán la propia reproducción de su grupo en otras tierras» (*ibidem*, p. 458; véase también p. 451). No se exponen los criterios de decisión entre alternativas.

co» (*ibidem*, p. 267) o ciertos conocimientos técnicos e infraestructura organizativa (*ibidem*, p. 446). El primero «constatado en las comunidades del Argar Pleno [...] permitirá al nuevo poder desviar mano de obra campesina a [los] sistemas productivos generados por las nuevas exigencias de la economía del comercio dirigido» (Chapman *et al.*, 1987, p. 101; también en Lull, 1983, p. 436). Además provoca una «necesaria privatización» de los medios de producción (Lull, 1983, p. 447) y la conversión del intercambio tradicional (artesánías familiares por bienes de consumo) en un incipiente comercio «con productos que tienen mayor valor de cambio que otros» (*ibidem*, pp. 456-457).

La división del trabajo promovida por la metalurgia favorece el desarrollo de nuevas relaciones sociales que entran en contradicción con las viejas estructuras familiares (*ibidem*, p. 448).

En el Eneolítico, «la familia o clan se agrupaba en una casa comunal que comprende tanto la vivienda como la producción y el almacenamiento». En cambio, en la Edad del Bronce, la estructura de habitación se compartimenta en unidades diferenciadas para atender a la complejidad creciente de las relaciones sociales provocada por el desarrollo de los medios de producción (división del trabajo) (*ibidem*, pp. 289-290).

La división del espacio argárico frente a la unidad eneolítica significa que se «pasa del nivel familiar amplio (entendiendo familia como gente que comparte alguna de las condiciones de alianza, consanguinidad o filiación) o si se prefiere clan, a un nivel familiar nuclear (consanguinidad o filiación restringida), segmento aún inmerso en la estructura familiar general pero que existe y se procura un espacio individualizado» (*ibidem*, p. 455).

Refleja la transformación de «las relaciones sociales del parentesco comunal [...] en unas relaciones sociales de dependencia que sustituirán los *status* individuales tradicionales por otros debidos a las nuevas funciones sociales del individuo» (*ibidem*, pp. 456-457).

La economía de las comunidades tribales originarias se define como «autosuficiente», basada en «el trabajo corporativo simple» (*ibidem*, p. 456) y con una actividad artesanal destinada a «un núcleo familiar reducido» (*ibidem*, p. 267)¹²¹, cuyas producciones «se intercambiarían por bienes de consumo» (*ibidem*, p. 456).

¹²¹ La posición del autor al respecto me resulta confusa. Afirma tanto que «el trabajo corporativo simple» de las comunidades autosuficientes da lugar a «rendimientos

La economía de las fases avanzadas, por el contrario, se caracteriza por la dependencia entre las diversas comunidades que pasan a tener producciones complementarias, entre las que se encuentra la metalurgia que dará lugar, como se indicó, a un «incipiente comercio». El nuevo sistema exige «el control de los recursos, minas, vías, transportes y comunicaciones» (*ibidem*)¹²². Dicho control será ejercido por «una jerarquía directora (seguridad), que debe separarse de la producción directa para pasar a la organización del territorio y a la defensa de unos intereses» y que, además, dirigirá el trabajo con «coerciones extraeconómicas que abocarán en Jefaturas» (*ibidem*). Así, mientras «gran parte de la población perderá sus derechos rituales ancestrales y se enterrarán con escaso ajuar o sin él», la «nobleza concentrará poder» (*ibidem*, p. 457).

El carácter de esta organización política no queda bien definido en el libro (Martínez Navarrete, 1988a, pp. 581-584), pero sí en trabajos posteriores donde se oferta «la posibilidad de considerar El Argar como una formación económico-social de Estado» (Lull y Estévez, 1986, p. 451). Esta alternativa arranca de los resultados del análisis estadístico de «todas las tumbas y necrópolis del registro bibliográfico prospectadas o excavadas en el territorio argárico que poseyeran definición de sus formas de enterramiento» (*ibidem*, p. 442). La evidencia se estima «correspondiente a un solo momento (el tiempo argárico)» (*ibidem*, p. 446). Los conjuntos de ajuares aislados en el análisis se interpretan como reflejo de cinco categorías gentilicias en la estructura social: la clase dominante (categorías 1.^a y 2.^a), miembros de pleno derecho de la comunidad (3.^a categoría), servidores (4.^a categoría) y extranjeros y/o cautivos (5.^a categoría) (*ibidem*, p. 451). Según los autores, «la existencia de una clase dirigente, la asociación de ésta a ítems ideotécnicos de poder/prestigio y el papel de las armas en el ritual funerario expresan [...] la institucionalización

personales que procuran subsistencias comunales» (Lull, 1983, p. 456), como que, cuando el grupo está formado por miembros con funciones sociales adquiridas, los productos resultantes de la actividad artesana son utilizados «por toda la comunidad» (*ibidem*, p. 267).

¹²² No se entiende entonces que el autor (Lull, 1983, p. 446) acepte como hipótesis alternativa a la existencia de «una dirección de campo (agentes que controlan la producción)»: un «alto desarrollo del trabajo corporativo simple que no suponga ni explotación, ni división del trabajo, ni propiedad privada de los medios de producción». Sus respectivas implicaciones en lo concerniente a la caracterización socioeconómica de la cultura argárica son muy distintas.

de la represión por la fuerza en la esfera social, lo que les permite [sugerir esa] organización estatal según la concepción marxista del término» (Chapman *et al.*, 1987, p. 101).

El final de la cultura argárica se revisa también ahora. La primera formulación enfatiza una crisis surgida por la contradicción entre las necesidades de «la coalición agrícola-metalúrgica». Defiende un fuerte impacto ambiental de la metalurgia, un agotamiento de los recursos y una caída demográfica (Lull, 1983, p. 457). En la actualidad, se abandonan estas connotaciones del «Bronce Reciente» como «época oscura», ya advertidas por Gilman (1987a, p. 33).

Sería una etapa de transición en el desarrollo de las comunidades del sudeste, consecuencia de las contradicciones internas de las comunidades argáricas, y que presupone nuevos procesos adaptativos. Posiblemente, durante ese período y a consecuencia de la ruptura de la organización centralizada de El Argar, se produjo una fuerte diversificación local. Algunas comunidades pudieron conservar una organización semejante a la de la etapa anterior, mientras que en otros asentamientos es posible vislumbrar un cierto cambio en las estrategias de mantenimiento y reproducción [Chapman *et al.*, 1987, p. 105].

III.3.2.4. *Comentarios finales*

«La “cultura” de El Argar» del doctor Lull es el proyecto más completo y comprometido acometido hasta la fecha para interpretarla desde sus bases sociales y económicas. Su trascendencia queda resaltada si se tiene en cuenta el momento de su primera formulación (Lull, 1980), el carácter emblemático del tema para la investigación histórico-cultural y la novedad en el contexto académico español, tanto del enfoque teórico escogido, como de los procedimientos incorporados al estudio del registro arqueológico.

Quizá el problema fundamental de la obra es que apenas hay en ella una dialéctica teoría-práctica. Coincido con el autor (*idem*, 1983, p. 233) en que los esfuerzos para tratar las culturas arqueológicas como formaciones socio-económicas deben hacerse por muy deficitaria que sea la información accesible. Ahora bien, cuando como en este caso se enfrenta una situación tan extrema, debieran haberse acentuado las precauciones metodológicas y la prudencia en el enjuiciamiento de los resultados obtenidos.

La reorientación de la investigación empírica hacia la respuesta a las cuestiones culturales pendientes exige una discusión previa de los

modelos explicativos posibles. Sin embargo, Lull no dedica suficiente atención a dicha discusión, ni a la revisión crítica de sus fuentes (Ulreich, 1986) y va mucho más lejos en su estimación positiva de la capacidad de contraste de hipótesis del registro arqueológico de lo que éste, en su configuración actual, autoriza. En este sentido, disiento radicalmente de su afirmación de que «gracias [a la] falta de rigor metodológico» de la mayoría de las excavaciones realizadas en el Sudeste, paradójicamente, «disponemos de una mayor documentación, aunque se haya perdido otra parte [frente a la] visión restrictiva actual» (Lull, 1983, p. 8).

El término «documentación» sugiere una «acreditación» totalmente ajena a las posibilidades de la información heredada. Por el contrario, cualquiera de las precisas excavaciones estratigráficas emprendidas por el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada o el Instituto Arqueológico Alemán en el Sudeste garantizan el contraste de las hipótesis relativas a los segmentos del registro arqueológico a los que afectan. Su carácter restrictivo no puede ser un obstáculo mayor que el correspondiente a la colección Siret. No parece aconsejable constreñir la perspectiva histórica al enjuiciamiento de los precursores, concediendo a nuestros contemporáneos más cualificados menos que a ellos. La investigación en la región lleva trabajando más de medio siglo apenas con media docena de yacimientos, severamente limitados en lo que se refiere tanto al control espacial, funcional y estratigráfico de los hallazgos, como a su carácter y representatividad en el conjunto del territorio argárico. Pienso que, honestamente, no se puede negar que el panorama configurado a partir de los años sesenta supone un salto cualitativo en el estado de la cuestión.

III.3.3. Un modelo materialista cultural para el estudio de la cultura de Los Millares: A. Ramos Millán

A. Ramos Millán pertenece a esa generación de prehistoriadores españoles entre 25 y 30 años en la que se encuentran asimismo F. Nocete (Colegio Universitario de Jaén), F. Criado (Dpto. de Prehistoria. Universidad de Santiago de Compostela), J. M. Vicent (Dpto. de Prehistoria. Centro de Estudios Históricos, CSIC) o A. Hernando (Dpto. de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid), por citar sólo aquéllos a los que me he referido en el texto, que ya docto-

res o a punto de serlo representan la más seria alternativa a los «treintones»¹²³ que hemos accedido al primer nivel del escalafón funcional.

El artículo que comentaré aquí, en su mayor parte, resume las conclusiones de su memoria de licenciatura, inédita, dirigida por el doctor F. Molina (Ramos Millán, 1981, p. 203, n. 1). Como hizo notar A. Hernando (1988, p. 314), es el primero sobre el tema de Los Millares que se aborda por un prehistoriador español desde una perspectiva no normativista. Es el único, que yo sepa, que ha escogido explícitamente un enfoque materialista cultural¹²⁴. Sin embargo, su adopción parece más circunstancial que producto de una reflexión teórica (*ibidem*, p. 317): «el determinismo infraestructural» resultaría «una imposición ante la documentación y análisis limitados de que disponemos» (Ramos Millán, 1981, p. 244). Esto explica, probablemente, el confusionismo con el que se tratan conceptos esenciales como modo de reproducción del sistema, economía doméstica *vs* política, dominio doméstico, etc. (Hernando, 1988, pp. 322-332 y 338).

El autor asume el determinismo infraestructural característico de esa orientación antropológica en su estudio sobre el horizonte de Los Millares. Niega que la metalurgia o la intensificación agrícola puedan explicar «aisladamente, por sí mismas» la aparición de la estratificación social (Ramos Millán, 1981, p. 255). Por el contrario, tiene en cuenta como factores decisivos la presión demográfica y la necesidad de mayor energía alimentaria (*ibidem*, p. 250). Esta se obtendría básicamente del «sistema cereal» (*ibidem*, p. 251), factible dado que se asume «un ambiente más húmedo que el actual» (*ibidem*, p. 244).

El mantenimiento del equilibrio población-recursos se basaría primero en la «expansión del sistema centrada en la colonización de nuevas tierras y en la instalación de nuevos asentamientos». Más adelante se abordaría la intensificación mediante una relación entre cereales, leguminosas y cabaña que evita los barbechos muertos (*ibidem*). El uso de la tracción animal «no se puede aún demostrar, aunque existen los animales apropiados» y «las pautas de trabajo agrícola [...] sólo pueden ser figuradas» (*ibidem*, p. 245). Sin embargo, su alterna-

¹²³ R. Risch (Dpto. de Historia de las Sociedades Precapitalistas y Antropología Social. Universidad Autónoma de Barcelona) me sugirió este término que describe precisa y expresivamente una de las «fases» de la secuencia académica.

¹²⁴ El autor sigue a Marvin Harris de modo estricto, aunque sin citarle (Hernando, 1988, p. 318).

tiva es «prudente ante la documentación disponible» (*ibidem*, p. 246).

Finalmente, la intensificación se obtendría mediante regadío (*ibidem*, p. 251).

Esta dinámica de expansión-intensificación será la responsable de la competencia entre comunidades y del desarrollo de una economía política que progresivamente engloba proyectos de interés comunal (*ibidem*, p. 254). A diferencia de los autores funcionalistas, sostiene (*ibidem*, p. 253) que estos proyectos —entre los que se encuentran el comercio, el programa de fortificaciones y las actividades bélicas— no benefician directamente a sus gestores. Es decir, estas actividades intercomunales no afectarían la distribución igualitaria dentro de la comunidad (*ibidem*, p. 251), aunque darían lugar a una «redistribución estratificada» entre comunidades (*ibidem*, p. 247). La estratificación en la misma comunidad sólo aparecería a largo plazo, incitada por las contradicciones territoriales entre comunidades (*ibidem*, p. 254). Así, durante el Horizonte de Los Millares, esas actividades intercomunales anulan «el posible carácter acéfalo de las aldeas neolíticas, pero la dirección no parece constituir jefaturas ni aun en época campaniforme temprana. Sus competencias parecen más bien responder a “grandes hombres” cuyo poder siempre es posible discutir», pero que «anuncian el desarrollo de genealogías o ramajes, cacicatos o jefaturas argáricas» (*ibidem*, p. 254).

Como en las demás propuestas sobre la naturaleza del cambio político que se han expuesto, defiende el paso de «la sociedad segmentaria definida por grupos de filiación» del Neolítico Reciente-Calcolítico «hacia la pérdida de importancia de los patrones de parentesco y la aparición relativa de otros grados de interés centrados ahora en la concepción de riqueza y en su tenencia o acumulación» (*ibidem*, p. 252).

III.4. *Conclusión*

La introducción de los enfoques funcionalista y materialistas en los estudios del Calcolítico y Edad del Bronce del Sudeste español transforma radicalmente el «contexto problemático» acostumbrado. La explicación predominante o exclusiva de la variabilidad arqueológica en clave cronológica es sustituida por otra que subraya la importancia de los factores socio-económicos y ambientales.

La falta de «una base empírica contrastada» (Molina, 1983, p. 91;

Schubart y Arteaga, 1983a, pp. 19-20) es la objeción fundamental que se opone a las formulaciones evolucionistas. No es privativa de ellas (véase *supra*, p. 358) y, por otra parte, es asumida por sus propugnadores. Es cierto que en ocasiones se ha obviado la perspectiva diacrónica (Chapman, 1981c; Lull y Estévez, 1986). Sin embargo, se ha tenido el suficiente sentido crítico para reconocer que tal decisión carecía de justificación: «la cronología no es el objetivo principal de la arqueología (como algunos de nuestros colegas parecen creer), pero es vital para la medida del cambio» (Chapman *et al.*, 1987, p. 106).

Como indica el equipo del «Proyecto Gatas» (*ibidem*, p. 105), todo los modelos se interesan por la explicación de la transformación experimentada por los grupos asentados en el Sudeste entre los milenios IV y II a. de C., pero no hay acuerdo respecto a los «cambios en el medio ambiente, subsistencia, complejidad social y centralización política, entre otros».

La resolución del debate acerca del «grado de cambio climático y medioambiental (clima árido *versus* clima húmedo)» durante esos períodos es quizá el auténticamente crucial, dadas sus implicaciones en los restantes. En efecto, se estima «básica para plantear la problemática de la subsistencia en la prehistoria» (*ibidem*, p. 106). Interviene igualmente en la evaluación de «los grados de interacción/integración regional e interregional, así como los de centralización política (*ibidem*). Por esa vía se abre paso a un nuevo marco para afrontar el tema clásico de la definición de áreas y subáreas culturales. Prueba de esa sensibilidad hacia el componente ambiental es que, paralela e independientemente y desde perspectivas teóricas antitéticas, Chapman y Gilman sitúen los mecanismos de superación de la aridez en el arranque de la dinámica socioeconómica (Gilman y Thornes, 1985a, p. 29).

A. Hernando Gonzalo (1987, p. 181) destaca la dificultad de llegar a una decisión terminante acerca del significado de las diferencias ambientales advertibles entre el Calcolítico y la actualidad en el Sudeste. «Tanto los estudios faunísticos, como los polínicos y geomorfológicos, etc., demuestran la existencia de unos índices de humedad [...] superiores a los actuales. Ello no significa que hayan sido los cambios climáticos los causantes de dichas variaciones» (*ibidem*). Freitag (1971) «ha puesto en evidencia que los únicos cambios en la vegetación del Sudeste de España, desde el 3000 a.C. se han debido a la interferencia del hombre con el medio» (Coles y Harding, 1979, pp. 269-270, n. 16). Las «múltiples y drásticas consecuencias» de la

deforestación la perfilan «como una de las principales causas de la transformación ambiental» (Hernando, 1987, p. 181). Previamente los problemas de aridez no serían tan intensos como Chapman, Gilman y Mathers sugieren (*ibidem*).

La salida a la disyuntiva ambiental está condicionada por las implicaciones que sus dos polos tienen en relación con la explicación del cambio social. Así resulta expresivo ver cómo se equipara la significación ambiental de la fauna (Lull) con la presencia de endemismos (Chapman) para salvar «dos hipótesis [...] más disimétricas que antagónicas» (Chapman *et al.*, 1987, p. 97) conectadas, sobre todo, con la importancia desigual concedida a la metalurgia en el proceso.

No hay que olvidar tampoco que el Sureste no es una región homogénea. La variabilidad socio-económica intrarregional es uno de los factores clave en el debate. Gilman, Thornes y Mathers la conectan con los diferentes grados de aridez de la región. Lull valora la dinámica histórica específica del Sureste y los altiplanos granadinos, así como sus respectivas condiciones ambientales generales.

El argumento central de Gilman es que los contrastes climáticos importantes existentes entre las tierras costeras áridas y las interiores húmedas son de carácter estructural y, por lo tanto, actuarían también en el pasado.

La dificultad fundamental para evaluar las distintas propuestas es la «falta de precisión en las características de zonas áridas y húmedas y la ausencia de una explicitación suficientemente razonada de las atribuciones de los yacimientos a cada una de ellas» (Hernando, 1987, p. 182). A. Hernando (*ibidem*) fija varios criterios geográficos para comparar la evidencia arqueológica que se maneja como índice de la respectiva complejidad de los mismos, con mayor «precisión, fiabilidad y posibilidad de crítica». Como resultado del análisis y, asumiendo que el medio ambiente del Sureste no presentaba la degradación actual, no encuentra «ningún rasgo cultural que permita suponer que el proceso de jerarquización social tuvo sus inicios o fuera más intenso en la zona árida» (*ibidem*, p. 196). Por el contrario, los menos complejos se sitúan en esta última «a excepción de Los Millares» (*ibidem*).

Esa «falta de contraste en los resultados arqueológicamente visibles de la agricultura entre las zonas áridas y húmedas del sureste» y la propia localización del poblado de Los Millares precisamente en aquella, en cambio, son pruebas para Gilman (1987a, p. 63) de que los agricultores de las primeras «pudieron llegar a resultados pareci-

dos a los de [...] las zonas húmedas, porque sabían compensar la falta de lluvia con el regadío».

Alternativamente, las propuestas que excluyen la aridez como motor de la intensificación introducen la presión demográfica (Ramos Millán) combinada a veces con cambios tecnológicos (Lull).

Además de los «argumentos teóricos contra el uso de la presión demográfica como causa de la transformación cultural» (Chapman *et al.*, 1987, p. 106; por ejemplo en Cowgill, 1975), evaluar la importancia de las variables demográficas requiere una evidencia arqueológica («número de yacimientos, tamaño y función de los mismos, análisis espacial interno de los diversos asentamientos y de restos humanos, etc.») (Chapman *et al.*, 1987, p. 106) apenas disponible hoy. Ello afecta también, lógicamente, a las interesantes propuestas de Chapman y Mathers sobre los efectos de la concentración de la población en torno a recursos críticos (disposiciones relativas al acceso a los mismos, especialización, etc.).

Dos actividades que han recibido un tratamiento muy diferente en cuanto a su intervención en la complejidad social y la centralización política son el comercio y la metalurgia.

Chapman y Mathers valoran el intercambio de objetos de prestigio a escala regional o interregional como un importante mecanismo para hacer frente al fracaso agrícola local, a través de las relaciones sociales que se establecen. Al propio tiempo lo consideran una buena oportunidad para la consolidación o aparición de elites gestoras. Los indicadores arqueológicos son las piezas metálicas y de marfil, las cuentas de calaíta, ámbar y azabache, los huevos de avestruz y la cerámica campaniforme marítima, por citar los más significativos. Lull, por su parte, dota de valor económico a la circulación regional de objetos metálicos y materias primas en la cultura argárica.

Los problemas que plantea el comercio de objetos de prestigio como promotor del cambio son diversos. En primer lugar, hay que demostrar el carácter foráneo de las materias primas. Está claro en el caso del marfil y los huevos de avestruz (Harrison y Gilman, 1977). En cambio, Arribas (*et al.*, 1971), Vázquez Varela (1975) y Huet de Bacelar Gonçalves (1979), por ejemplo, hace más de diez años que pusieron en evidencia el origen local de las supuestas «calaítas» del occidente peninsular a las que, sobre todo, Harrison (1977a y 1980) y, siguiéndole, Gilman (1987b) conceden tanto peso en la configuración de las redes comerciales precampaniformes (*cf.* Villalba *et al.*, 1989). El campaniforme marítimo no ha sido objeto del tipo de es-

tudios (Chapman, 1987a, p. 68) que garantizarían que su producción no es local y, de ser así, que el centro alfarero se localiza en el área del Tajo (Arribas y Molina, 1987, p. 129). Esta última cuestión, como se ha visto (apartado III.2.2.), no puede considerarse cerrada. Tampoco se han publicado análisis de las piezas de ámbar y azabache. En cuanto a los objetos metálicos, la variabilidad de su composición (cobre puro o arsenicado intencionalmente o no) (Harrison, 1974b; Hook *et al.*, 1987) no favorece la hipótesis de que se intercambiaran a escala significativa sino que sugiere, más bien, diversos centros de producción local con tecnologías específicas. Otros factores que apuntan en ese sentido son su «baja diversidad formal y estilística» durante todo el III milenio a. de C. y «la concentración de la producción en asentamientos importantes» (Chapman, 1984, p. 1154).

Un segundo aspecto atañe al volumen de piezas intercambiadas y a su distribución. La situación en los yacimientos calcolíticos y de la Edad del Bronce de Almería, Granada y Murcia puede ser indicativa.

Las cuentas de cáscara de huevo de avestruz sólo aparecen en dos tumbas de Los Millares (Harrison y Gilman, 1977, p. 102). En cuanto al marfil (*ibidem*, p. 101; Hernando, 1987, p. 192), se conoce en siete localidades granadinas y nueve almerienses entre las que destacan por la frecuencia de hallazgos las necrópolis de Los Millares (en siete tumbas) y El Argar (en dieciocho tumbas). La pieza de mayor tamaño es el ídolo de El Malagón (16,6 cm de altura) (Arribas, 1977, p. 64). La mayoría son cuentas y botones con perforación en V. El ámbar y el azabache son exclusivos de la necrópolis de Los Millares y se emplean también para hacer cuentas (Almagro y Arribas, 1961, pp. 118-119, 121, 129 y 160). La metalurgia del III milenio a. de C. ofrece un patrón similar (Hernando, 1987, p. 191). Los datos publicados indican que «la producción y organización eran de pequeña escala» (Chapman, 1984, p. 1147). A escala regional son insuficientes «para fundamentar la inferencia de una especialización artesanal a tiempo completo» (*ibidem*, p. 1149). Finalmente, el campaniforme marítimo se ha identificado en cinco sitios granadinos y tres almerienses (Hernando, 1987, pp. 190-191).

No parece, a la vista de estos indicios escasos, desigualmente repartidos y, muchas veces, sin suficiente control cronológico que el intercambio de objetos de prestigio pudiera estar en la base de las transformaciones advertidas en el Calcolítico del Sureste. «No hay razón para suponer que la obtención de esos bienes exóticos hubiera requerido una organización permanente más allá de la red de alianzas man-

tenida necesariamente por los grupos de parentesco locales» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 186).

Sea como fuere, si se defiende esa opción debería prestarse más atención a la logística de los intercambios, a la naturaleza de los bienes en circulación y la dirección de la misma, así como al nivel de la escala evolutiva social en que los socios se encuentran (Harrison y Gilman, 1977; Ruiz-Gálvez, 1986).

Hay un tercer y último aspecto más. Atañe a los problemas intrínsecos a la propia concepción del «prestigio». Esta depende de valoraciones culturalmente adscritas, difícilmente identificables en el registro arqueológico (véanse *supra*, pp. 219-220). De todos modos, aunque tal obstáculo se superara, «argumentar o incluso demostrar que un artículo era de prestigio, no explica su uso en áreas tan ampliamente separadas de otras» como las que se asumen, por ejemplo, para el campaniforme marítimo (Shennan, 1986, p. 137) o el ámbar. Esa uniformización de significado y uso que se da por sentada implica manejar esos elementos «como reificación del mismo tipo de sociedad, sustituyendo las relaciones sociales por objetos arqueológicos» (Gomes Lisboa, 1987, p. 26). Es una posición que apenas puedo diferenciar de las versiones normativistas más clásicas.

El comercio con valor económico —desde una perspectiva formalista— está directamente vinculado con las hipótesis de Lull concernientes al papel causal de la metalurgia en la promoción del cambio advertido entre el Calcolítico y la Edad del Bronce.

Según Gilman (Gilman y Thornes, 1985a, p. 32) (véanse *supra*, pp. 388-389) y Chapman (1984, p. 1155), durante ese segundo período esa actividad estaba todavía restringida social y espacialmente, aunque el segundo señala «un incremento notable en la producción y una diversificación artefactual» que, sin embargo, no alcanza los niveles de las culturas metalúrgicas contemporáneas de Europa central y noroccidental y el Egeo. «Una producción a escala tan pequeña apenas puede engendrar la transformación de toda una sociedad» (Gilman, 1987a, p. 32).

En segundo lugar, «la producción no parece estar muy especializada» ni en los asentamientos individuales, ni a escala regional (*ibidem*). La propia correlación entre la composición de las piezas metálicas y sus presumidas menas, ya advertida en las del Calcolítico, «argumenta completamente en contra [del] modelo [de Lull], ya que un tráfico de metal a una escala importante igualaría la composición del mismo en la zona de su intercambio» (*ibidem*).

Por último, la falta de instrumentos agrícolas o productivos de cualquier tipo y la presencia mayoritaria del metal en las tumbas, en forma de armas o joyas sugiere, como ya se ha comentado, tanto a Chapman y Mathers, como a Gilman su valor social más que práctico.

[En esas circunstancias] es difícil ver cómo el suministro de esta materia daría a los poderosos la capacidad de explotar a sus seguidores. Los productores directos no se verían seriamente afectados por la amenaza de un bloqueo de una materia a la que [...] apenas tendrían acceso. En resumidas cuentas tenemos que pensar en una industria metalúrgica ocasional, pequeña y encajada en un modo de producción doméstico [Gilman, 1987a, pp. 32-33].

Gilman (*ibidem*, p. 33) piensa que el modelo gerencial de explicación de las elites sería más verosímil si «las hipotéticas mercancías intercambiadas fuesen de mayor importancia práctica (con lo que la masa de la población se vería dañada en caso de bloqueo): la sal o el ganado». El obstáculo, en este caso, reside en la dificultad de contraste de tales propuestas (*ibidem*).

La jerarquización de los asentamientos sería una buena forma de poner a prueba la posibilidad de una centralización administrativa (Gilman y Thornes, 1985a, p. 186). Otra cuestión sería averiguar su origen (intensificación agrícola, intercambio de los bienes citados, etc.) (*cf. supra*) y su carácter (jefatura, Estado, etc.).

El equipo del Colegio Universitario de Jaén (véanse *supra*, pp. 97-98) interpreta la estructura jerárquica que advierte en los poblados calcolíticos del Alto Guadalquivir como una primera formación estatal. Lull hace lo propio con la cultura de El Argar a partir de la presumida complementariedad económica de los asentamientos y los datos funerarios.

Gilman (*ibidem*), por el contrario, no cree que haya en el Sureste tal estructura, si se tienen en cuenta el tamaño de los poblados y los datos sobre su complejidad interna. «Los Millares es mayor que cualquier otro yacimiento de la Edad del Cobre» pero, incluso dejando de lado la cuestión de su prolongada ocupación, «que un sitio sea mayor que una aldea no significa que fuera un centro administrativo. Durante El Argar la evidencia de una jerarquización de poblados es también escasa». Acepta la sugerencia de Chapman de que el mejor indicador de un lugar central fuera «el elevado número de enterramientos localizados en el interior o próximos a unos cuantos de esos sitios (Los Millares y El Argar). Ahora bien ese agrupamiento fune-

rario, lógicamente, todavía está más alejado de una actividad administrativa que el tamaño del poblado correspondiente» (*ibidem*).

La generalización de las excavaciones extensivas y de las prospecciones sistemáticas está proporcionando datos de enorme interés acerca de la complejidad interna de los poblados y su interrelación funcional. Los resultados obtenidos en el «fortín» 1 de Los Millares, El Malagón y Fuente Alamo son expresivos del nuevo panorama que empieza a definirse.

El primero está «integrado en el sistema de defensa planificado desde el poblado de Los Millares» (Molina *et al.*, 1986, p. 183). Dicho sistema «hay que relacionarlo estrechamente con las necesidades del control de un territorio de producción subsistencial» (*ibidem*, p. 199), a juzgar por la distribución espacial de los restos de la última ocupación. Esta refleja dos ámbitos funcionales distintos: doméstico y de producción especializada (taller lítico, metalurgia, molienda de cereal y matanza) (*ibidem*, pp. 197-198). Es importante resaltar que esta última aparece dispersa en diferentes marcos estructurales (*ibidem*, p. 198) combinada de modo variable con las actividades domésticas. La metalurgia no se integra con ellas (*ibidem*, p. 191), pero el taller lítico se localiza en una vivienda (*ibidem*, p. 193) y la molienda y descuartizado son exclusivos de una de las áreas abiertas (*ibidem*, p. 198). Como los molinos son muy frecuentes en otros puntos y en los diversos ámbitos domésticos se sostiene que «los supuestos excedentes se distribuirían en la población existente en el asentamiento principal de Los Millares» (*ibidem*, p. 199).

El poblado de El Malagón (Cúllar-Baza, Granada), en cambio, tendría en conjunto «carácter minero». Se ubica próximo a menas «fácilmente explotables con una tecnología de tipo primitivo» y «los materiales hallados cubren todo el proceso de la producción metalúrgica» (Molina, 1983, p. 74). Esa localización se constata en otros asentamientos millarenses en tierras granadinas (*ibidem*). En ninguno la explotación minera supera «el marco familiar propio de una economía doméstica» (*ibidem*, p. 76).

A diferencia de las opiniones que se han recogido hasta el momento, Molina (*ibidem*) hace notar cómo «en su totalidad los objetos fabricados en El Malagón y en otros poblados contemporáneos tienen un carácter funcional. Se trata de [...] útiles domésticos que sólo en algunos casos pudieron utilizarse como armas». La ausencia de objetos de adorno es otro indicador del «nivel igualitario de la sociedad durante el Cobre» (*ibidem*). Ahora bien, el hecho de que las

piezas metálicas no se consideren de valor primariamente social no significa que se las otorgue especial relevancia económica. Molina (*ibidem*) precisa que «aunque el uso del metal se había difundido ampliamente, el incipiente desarrollo de la metalurgia se demuestra por el hecho de que el cobre no llega a sustituir al utillaje de hueso y piedra» que alcanza ahora su «mayor apogeo desde el Paleolítico».

En cuanto a la ocupación argárica de Fuente Alamo, según Schubart y Arteaga (1986, p. 305), «los resultados [de las excavaciones] constituyen la primera aportación arqueológica objetiva, ilustrativa» de que «en torno al núcleo capital de El Argar funcionaba una organización estatal. No ciertamente una mera "jefatura"».

Los excavadores se basan en elementos muy diversos: el urbanismo, la posición del yacimiento en «la ordenación del territorio del área nuclear argárica» (*ibidem*, p. 289) y el desajuste entre los recursos potencialmente explotables y los restos faunísticos e instrumentos de producción recuperados.

La cima del poblado se reserva «para el emplazamiento de *monumentos destacados*» (énfasis de los autores) y contadas viviendas «inmersas en este ambiente relevante» (*ibidem*, p. 293). Las correspondientes al «grueso del poblamiento, al parecer se hallaban extendidas por las terrazas escalonadas en las laderas meridionales del cerro» (*ibidem*) y no se han excavado todavía.

Los análisis antracológicos indican que el entorno directo no era el apropiado para desarrollar una agricultura cerealista, ni la crianza de las especies domésticas consumidas (*ibidem*, pp. 300 y 304). Además no abundan los dientes de hoz y sí los molinos (*ibidem*, p. 301). Así pues, la minería de la plata y el cobre serían «las únicas [actividades] que pueden argumentarse contando con elementos arqueológicos convincentes» para interpretar la localización del sitio (*ibidem*, p. 304). Dichos elementos «quedan reducidos, de todas maneras, a la documentación de restos de "mena de cobre", tanto en la superficie del terreno, como en los niveles excavados» (*ibidem*). Fuente Alamo estaría destinado a extraer la mena de cobre y remitirla a otro lugar «donde se llevaba a cabo su verdadera "manipulación económica" y tecnológica» (*ibidem*, p. 305).

Los innegables avances en el registro empírico disponible derivados de éstas y otras excavaciones de las mismas características no resuelven, sin embargo, automáticamente los problemas. Como afirma el equipo del «Proyecto Gatas» (Chapman *et al.*, 1987, p. 106), «para proponer alternativas explicativas (modelos teóricos) es necesario

contar con datos claramente controlados (técnicas que evalúen los modelos)». Sin embargo, estos últimos no bastan por sí solos y, por otro lado, el valor de esas alternativas como indicadores de las «áreas de ignorancia» (*ibidem*) del registro no es menos relevante.

Cabe preguntarse, por ejemplo, si no serán precipitados los juicios sobre la función específica del poblado de Fuente Alamo y su valor como prueba de la existencia de un Estado argárico, cuando no se han excavado las viviendas del grueso del poblamiento. Quizá allí se encontraran los instrumentos de producción que faltan en el «área noble».

Es difícil, por otro lado, no encontrar una vinculación entre «las teorizaciones a la moderna» (véase *supra*, p. 358) y los programas actuales preocupados por la identificación de centros políticos, especializaciones productivas entre regiones o asentamientos, escalas de interacción y naturaleza de los cambios (*ibidem*). En ese sentido, la definición de variables como estratificación social, especialización económica y especialización artesanal y sus interrelaciones y la mejora de los métodos para su medición (Chapman, 1984, p. 1155), así como la explicación pormenorizada de conceptos tales como «Estado», «jefatura», «economía doméstica» o «rango», por referirme a los que más se hayan citado, aclararía los términos del debate tanto o más que una secuencia en la que toda la variabilidad arqueológica estuviera contemplada.

No hay que olvidar que, en último término, «el mérito relativo de las posiciones funcionalistas y conflictivas del desarrollo autóctono de las culturas del sureste ha de decidirse no tanto por el acuerdo con el registro que cada uno pueda tener como por la verosimilitud de los procesos que cada teoría invoca, no por su empirismo, sino por su realismo» (Gilman, 1987c, p. 67). Desde esa perspectiva, coincido con Gilman (1987a, p. 31) en que plantear el problema de los modos de explotación sobre la base de «la apropiación de excedentes a través de la recaudación de unos arriendos a los productos agrícolas» es un punto de vista más realista que recurrir al intercambio de mercancías.

IV. SECUENCIA CRONOLOGICO-CULTURAL DEL SURESTE DE LA PENINSULA IBERICA DURANTE EL CALCOLITICO Y LA EDAD DEL BRONCE

IV.1. *Introducción*

Los apartados previos se han destinado a poner de manifiesto la «historia interna» de investigación acerca de los períodos iniciales de la metalurgia en la península Ibérica. Se ha procurado dejar en evidencia las presuposiciones teórico-metodológicas que han determinado que el marco general, la estructura, del «estado actual de la cuestión» sea ésta y no cualquier otra, así como la coherencia de las propuestas elaboradas por los prehistoriadores sobre dicho tema. Me ocuparé ahora de la información más concreta que define la secuencia cultural del Sudeste durante el Calcolítico y la Edad del Bronce. En esta ocasión se manejan sólo los últimos trabajos al respecto. Ahora bien, sólo en un sentido limitado pueden considerarse actualizados. Como lamenta Chapman (1987c, p. 1), «en general, la publicación se retrasa mucho con respecto a la excavación». A veces se carece de cualquier informe y otras se cuenta con unos «preliminares de excavaciones de sondeo que sólo incluyen los hallazgos más “representativos”» (*ibidem*). Las campañas se han sucedido desde entonces sin que se sepa en qué medida sus resultados afectan a los ya dados a conocer. «La información cuantitativa sobre los cambios en los conjuntos culturales sigue siendo rara». En cuanto al radiocarbono, su uso es «desigual espacial y temporalmente» y los contextos estratigráficos de procedencia de las muestras no están claros. La combinación de lo que sabemos por las publicaciones y por las dataciones radiocarbónicas sólo permite «una medida del cambio cultural prehistórico en amplios “bloques” de tiempo» (*ibidem*). Otro problema importante reside en la dificultad de averiguar cómo se resuelve la integración de las nuevas perspectivas de estudio y de los datos obtenidos en las últimas excavaciones, en las síntesis establecidas.

La gravedad de esos desajustes, entre la obtención de información primaria y su incorporación a la comunidad científica, resulta más evidente si se tiene en cuenta que en el Sudeste se concentra la investigación más puntera del país.

El objetivo de este apartado será entonces poner de manifiesto las cuestiones que todavía quedan pendientes para lograr una correcta comprensión de los primeros momentos de utilización del metal en

la región, por lo que sabemos, el centro originario de la metalurgia del actual territorio español.

IV.2. *El comienzo de la metalurgia y el sustrato*

La neolitización del Sudeste y, por tanto, el sustrato de las primeras culturas metalúrgicas carece, hoy por hoy, de definición adecuada. Además, la situación varía según se trate de la Alta Andalucía o las tierras bajas de Almería y Murcia. El Neolítico Antiguo «está bien representado en [...] Alicante y la Alta Andalucía», mientras dichas provincias parecen ser «una isla o todo lo más una zona de paso por sus áreas más septentrionales y occidentales, las [...] de mayor elevación» (Muñoz, 1986a, p. 152). Según A. M. Muñoz (*ibidem*, p. 153), las condiciones ambientales pudieron favorecer «la supervivencia prolongada de las formas de vida cazadoras y recolectoras» en las zonas más bajas.

Sea cual fuere el proceso concreto experimentado por la ocupación en las tierras montañosas y costeras de la región (apartado III.3) es claro que existen marcadas diferencias entre una y otra que hacen aconsejable un tratamiento separado de sus respectivas dinámicas históricas.

Las cuevas de la Carigüela (Piñar, Granada) y los Murciélagos de Zuheros (Córdoba) sirven de referencia para las fases del Neolítico Antiguo y Medio. La secuencia de los Castillejos (Peña de los Gitanos, Montefrío, Granada), por su parte, sigue siendo «la única válida para el estudio del Neolítico Tardío y los comienzos de la metalurgia en el *hinterland* de los focos costeros almerienses» (Arribas y Molina, 1979, p. 8). Pero, además, como «ofrece suficientes elementos de relación con el foco principal de Almería» se emplea habitualmente «en el intento de fijar el proceso de desarrollo del eneolítico» en las tierras bajas (Muñoz, 1982, p. 15).

Mi exposición tratará de diferenciar, en la medida de lo posible, la secuencia de la Alta Andalucía y la «región clásica», siguiendo un orden cronológico: la neolitización primero y el inicio de la metalurgia después.

La formación de las primeras comunidades neolíticas en la Alta Andalucía no es todavía precisable. Los hallazgos aislados de cerámicas cardiales en diversas cuevas granadinas y su estratificación en la Carigüela llevan a F. Molina (1983, pp. 37-38) a sugerir su «origen

inmediato» en «el complejo cardial levantino». La implantación tendría lugar «a mediados del V milenio antes de Cristo, o quizá en un momento ligeramente anterior» (*ibidem*, p. 34).

La evolución autóctona de estas poblaciones del Neolítico Antiguo «conducen a partir del 5000 a.C. al florecimiento de la llamada "Cultura de las Cuevas" del Neolítico Medio» (*ibidem*, p. 38), responsable de la ocupación de «la mayor parte del territorio andaluz, a excepción de la región costera almeriense» (*ibidem*, p. 40). Su estudio se ve severamente limitado por la circunstancia de que sólo en Carigüela se cuente con depósitos intactos (*ibidem*, p. 42). El registro de la cueva de los Murciélagos de Zuheros sirve para atribuir a estos grupos un sistema productivo «basado en el pastoreo y en una agricultura marginal», así como «una existencia seminómada, con poblaciones dispersas» que ocupaban cuevas y abrigos y quizá construían los primeros hábitats al aire libre (*ibidem*, pp. 44-45).

En las tierras bajas la primera colonización agrícola se vincula con la «Cultura de Almería». Arribas y Molina (1979, p. 18) recomiendan valorar con «mucho prudencia» las hipótesis que «intentan explicar [su] formación [...] por una evolución de los horizontes regionales cardiales del Neolítico Antiguo a través de grupos intermedios de transición». Sin embargo «la posibilidad de que gran parte del substrato cultural de las poblaciones andaluzas de la Edad del Cobre pertenezca a la Cultura neolítica de las Cuevas» (*ibidem*, p. 13) permitiría concebir la Cultura de Almería como evolución de los grupos neolíticos que «inician los primeros hábitats sedentarios al aire libre, documentados por el momento en el Sur de la Península» (*ibidem*). La alternativa de una colonización de las tierras bajas costeras desde la Alta Andalucía (apartado III.3) podría explicar su ocupación aparentemente tardía, haciendo innecesario el recurso al siempre acechante factor externo.

De todos modos, el problema fundamental de la Cultura de Almería es su propia configuración. La evidencia para intentarlo no es mucho mejor que la que facilitan los hallazgos aislados, descubiertos en las tierras bajas, paralelizables tipológicamente con otros del Neolítico Antiguo y Medio (Gilman y Thornes, 1985a, p. 18; Martínez Sánchez, 1988).

En efecto, «los yacimientos excavados por E. y L. Siret [siguen] siendo la única base para los esquemas teóricos más recientes», junto con los excavados por Bonsor (1899) (Arribas y Molina, 1979, pp. 7 y 16). En realidad, el término «excavación» no expresa con claridad el

tipo de trabajos efectuados por dichos investigadores. «Los supuestos poblados neolíticos del Sudeste, del tipo del Garcel, no han sido explorados, ni excavados jamás, y por ello los escasos útiles que de los mismos se nos ofrecen [...] no significan sino el resultado de una prospección muy superficial sobre el terreno» (Tarradell, 1962, p. 84; cit. por Arribas, 1967, p. 90).

La inclusión posterior de Terrera Ventura o el Peñón de la Reina (Alboloduy) con materiales sin publicar o muestras escasas tampoco resuelve la situación (Chapman, 1987c, p. 3).

La utilidad de los trabajos de Bonsor (1899) se ve lastrada por el hecho de que «pocas piezas pueden ser localizadas con seguridad» y «las colecciones estén ahora muy dispersas» (Harrison, 1977a, p. 71). En cualquier caso, no parece que haya suficientes datos para hablar de «una cultura de los silos del Guadalquivir» (Arribas, 1976, p. 150).

En cuanto a las sepulturas excavadas por los Siret, la estructuración tipológica propugnada por los Leisner «no ha dado resultados satisfactorios» (Muñoz, 1982, p. 12; también en 1986a, p. 152). Los «stufen» deben considerarse de contenido cultural, no cronológico (capítulo IV.2.2) pero, sea cual fuere la interpretación adoptada, carecen de elementos de datación (*ibidem*, p. 15). En consecuencia, no proporcionan ninguna referencia a ese respecto o, dicho de otra forma, pueden «justificar» cualquier propuesta cronológica. Así, por ejemplo, en un primer trabajo, A. Arribas (1976, p. 150) formula una datación inicial de la fase II de la Cultura de Almería que «rebas los límites del 2600 a.C.» y una final, «en el 2100 a.C.», al tiempo que afirma que «la cultura de los silos del Guadalquivir [...] alcanzaría el 3000 a.C.». Un poco más tarde (Arribas y Molina, 1979a, p. 130; *idem*, 1979b, p. 16), la fase II de Montefrío, paralelizada con la segunda etapa de la Cultura de Almería y con los «complejos neolíticos tardíos del Bajo Guadalquivir», se fecha en el «2800-2600 a.C.».

Otro tanto ocurre con la interpretación cultural de los yacimientos descubiertos por Siret. Así, A. Arribas (1967, p. 91) afirma:

Para nosotros las sepulturas almerienses, del mismo modo que el poblado de El Garcel y sus afines —en los cuales se han encontrado escorias de cobre— deben englobarse dentro del período del inicio del metal en la península. *Esta idea podría cambiar el día en que se hubieran efectuado excavaciones en alguno de estos poblados* y pudiéramos presentar una serie completa desde las primeras fases neolíticas hasta la plena Edad del Bronce. Dicha evolución hoy por hoy no existe.

Casi veinte años después y, sin que se haya producido la condición estipulada por el autor, se encuentran «pruebas positivas» para defender una clasificación «neolítica» de unas y otros (Arribas y Molina, 1979, p. 17).

En primer lugar, es difícil de admitir la supuesta pervivencia de la industria geométrica de sílex arcaica que aparece en poblados como El Garcel [...] desde el VI y el V milenio cuando comienza la neolitización de la región, hasta la Edad del Cobre, en la segunda mitad del III milenio a.C. Asimismo, los ajuares arcaicos de las sepulturas de la fase I de Leisner y de algunos de la fase II contrastan claramente con los de la Edad del Cobre.

Por último, los hallazgos de escorias de mineral de cobre y fragmentos campaniformes en El Garcel y La Gerundia reflejan su ocupación durante la «plena Edad del Cobre» pero no implicarían, como se ha pretendido, que se fundaran entonces (*ibidem*).

Obviamente, las limitaciones de la definición arqueológica de la «Cultura de Almería» no residen en que impida la formulación de hipótesis o se superponga a la de otras «culturas arqueológicas». El problema es que las primeras no son susceptibles de confirmación o refutación, ni hay una base firme para decidir entre los distintos factores (sociales, cronológicos, culturales, etc.) que pueden dar cuenta de la variabilidad observada.

Así las cosas, «sin fechas absolutas con procedencia segura, excavaciones modernas y un cierto número de sitios domésticos y funerarios, es difícil asignar yacimientos a la supuesta fase precalcolítica del sudeste árido» (Gilman y Thornes, 1985a, p. 19). Así, la «indefinición de la cultura de Almería en sus inicios» (Muñoz, 1986a, p. 153) y la ausencia de esas primeras fases en Los Millares (Arribas y Molina, 1987, p. 135) y Almizaraque (Delibes *et al.*, 1985, p. 226) impiden «establecer por ahora el sustrato sobre el que se desarrolló la metalurgia» (Muñoz, 1986a, p. 153).

La posibilidad de una invención autóctona de la misma ha sido aceptada expresamente por algunos autores (Muñoz, 1982, pp. 18-19; Renfrew, 1986, p. 145), aunque es más frecuente la ambigüedad a ese respecto (Arribas *et al.*, 1983, p. 159; Arribas y Molina, 1984a, p. 1040) (véanse *supra*, pp. 295-296).

Chapman (1984, p. 1154) y Almagro Gorbea (1979, pp. 1-2), a partir del supuesto de que «las frecuencias observadas de deposición

metálica regional están relacionadas con las frecuencias de la producción regional en el pasado» (Chapman, 1984, p. 1140) se sirven de la distribución de las hachas precampaniformes para proponer diversos centros independientes de invención. Chapman (*ibidem*, p. 1146) los sitúa en el Sureste y Suroeste peninsulares. Almagro (1979, p. 5) distingue un tercero en el área del Tajo. El primero podría ser el más antiguo, ya que cuenta con algunos precedentes locales de actividades metalúrgicas (El Garcel), si bien «no totalmente documentados». En todo caso, el desarrollo del último fue más importante y prolongado y «posiblemente contribuyó a la transición a la metalurgia campaniforme». El segundo, también importante, es mejor conocido en sus fases iniciales que en las avanzadas.

Según Almagro (*ibidem*), «la metalurgia campaniforme difundida desde esas tres áreas iniciales, representa la generalización de las actividades metalúrgicas por toda la Península».

Los datos obtenidos en las fases correspondientes al Neolítico Tardío y Final de Montefrío son las únicas referencias, aunque sea indirectas, para comprender el contexto cultural previo a su aparición (véase *supra*, p. 443).

A juzgar por la información proveniente del mismo, en la Alta Andalucía, el Neolítico Tardío (segunda mitad del IV milenio y comienzos del III a.C.) corresponde a un período de crisis poco precizable «por falta de documentación estratigráfica firme y de dataciones absolutas» (Molina, 1983, p. 45). Unos grupos de la Cultura de las Cuevas se empobrecen mientras otros alteran sus patrones de comportamiento (*ibidem*). Sustituyen «sus estructuras económicas seminómadas por una creciente sedentarización» en los ambientes más favorables a la agricultura (*ibidem*, p. 51). Allí «inician los primeros hábitats [...] al aire libre [...] con poblados de frágil consistencia» como el de la Fase I de Montefrío (Arribas y Molina, 1979, p. 13), fechado hacia el 3200 a.C. (Molina, 1983, p. 51). Se mantienen, en cambio, las manifestaciones materiales previas (*ibidem*)¹²⁵.

¹²⁵ A. M.^a Muñoz (1982, p. 15) consideraba que la primera datación «en torno al 3000 a.C.» (Arribas y Molina, 1979, p. 12) propuesta para esta fase, era demasiado reciente. En la cueva de Zuheros «un contexto parecido ofrece una cronología del 4240 a. 3890 a. de C.». Por otro lado, la «industria de sílex de tipo microlítico, que los autores relacionan con la de los sepulcros circulares antiguos de Almería (fase I de los Leisner), no [le] parece suficiente para rebajar la cronología al 3000 a.C., sobre todo teniendo en cuenta que no tenemos elementos de fechación para los citados sepulcros almerienses» (Muñoz, 1982, p. 15).

Al iniciarse el III milenio, «las poblaciones campesinas del Neolítico final del Bajo Guadalquivir y de la Cultura de Almería» influyen (*ibidem*, p. 53) o se personan (*ibidem*, p. 45) en las tierras granadinas. «Algo más tarde, hacia el 2700 a.C.» los primeros grupos que entierran en sepulcros megalíticos se superpondrán y aculturizarán a los que aún conservaban la tradición de la Cultura de las Cuevas del entierro en fosa en la misma área de hábitat (*ibidem*, pp. 53-54). Este fenómeno se advierte en las fases II y III de Montefrío.

La fase II (Neolítico Final) se define por «nuevos elementos procedentes del horizonte de los “silos del Campo Real”, desde el Bajo Guadalquivir [...]. Aumenta el área del hábitat, que se convierte en una pequeña aldea autosuficiente, en la que se potencian los recursos agrícolas frente a la economía pastoril del horizonte anterior» (*ibidem*, p. 54) ¹²⁶.

La fase III, «fechada en el Cobre Antiguo» (*ibidem*) se define por la accentuación de las tendencias previas ¹²⁷ y la coexistencia de elementos correspondientes a dos horizontes culturales característicos de la Edad del Cobre en Granada. Unos están vinculados con la tradición megalítica «neolítica y occidental representada por los sepulcros de corredor» (*ibidem*, p. 60). Los otros se conectan con la cultura almeriense de Los Millares (*ibidem*). En Montefrío están identificados, respectivamente, por la construcción de los, quizá, primeros sepulcros megalíticos (*ibidem*, p. 54) y por la aparición de «ídoles y peines de hueso, punzones de cabeza espatulada y escorias de cobre, que atestiguan una rudimentaria metalurgia del cobre» (Arribas y Molina, 1979, pp. 18 y 21).

En términos generales, el «horizonte cultural megalítico» se caracteriza por aldeas estables —en Montefrío es mayor que las previas

¹²⁶ A. M.^a Muñoz (1982, p. 15) creía que la fecha entre 2800 y 2600 a.C. de la fase II (Arribas y Molina, 1979, p. 16) era «excesivamente corta de acuerdo con las fechas de C-14 dadas para el neolítico andaluz, concretamente la de 3115 a.C. para la cueva de Nerja» (Muñoz, 1982, p. 16).

¹²⁷ Según A. M.^a Muñoz (1982, p. 19), es «difícil admitir para el Alto Guadalquivir, en la provincia de Granada, una mayor dependencia de Andalucía occidental». Las «fuentes de borde engrosado y biselado», uno de los indicadores de esta «mecánica de intercambios y relaciones [...] son comunes también a otros poblados del sureste desde Orce a Mazarrón». Posteriormente, el equipo de la Universidad de Granada ha reconocido su importancia «en todos los complejos de la Edad del Cobre peninsular», pero no parece que ello haya llevado aparejada una revisión de sus puntos de vista (Arribas *et al.*, 1983, p. 157).

(¿incremento en la densidad demográfica?)— (Molina, 1983, p. 54). Esto contradice la tesis tradicional que atribuía «la supuesta ausencia de poblados [...] al carácter seminómada de los grupos megalíticos» (*ibidem*, p. 68).

A partir fundamentalmente de los análisis faunísticos, la estructura económica se define por un «mayor desarrollo de la agricultura» (Montefrío) y «un importante componente ganadero [...] con movimientos de trashumancia estacional a cortas distancias» (*ibidem*, p. 69). El modelo propuesto es el de una agricultura extensiva de secano con barbecho largo aprovechado para facilitar pastos a ovejas y cabras y, en zonas de bosque mediterráneo, una agricultura de roza (*ibidem*, y p. 70).

Otros rasgos culturales de este horizonte son «el progresivo aumento del comercio y utilización más acentuada de las vías de comunicación que conectan con el Bajo Guadalquivir, aparición de la metalurgia del cobre y, por último, mayor importancia del ritual funerario cuyo exponente [...] más evidente [es] el sepulcro megalítico de corredor» (*ibidem*, pp. 54-55), así como la introducción del «enterramiento colectivo».

Su empleo en cuevas naturales y artificiales se explica por la dificultad de transporte de la piedra para la construcción de los sepulcros (*ibidem*, p. 68).

Molina (*ibidem*, p. 70) define el proceso de producción, siguiendo a Sahlins (1977), como «modo de producción doméstico» «en el que aún no se pueden precisar diferencias de riquezas o jerarquías en las poblaciones». No hay «ajuares de prestigio» y «la energía empleada en la construcción de [las] tumbas fue similar para cada uno de los segmentos de la población, posiblemente clanes, que las levantaron» (Molina, 1983, p. 70).

Los datos antropológicos, por último, reflejan que «la estructura socioeconómica de estas poblaciones tiene como resultado un modelo primitivo de demografía, caracterizado por una tasa de natalidad muy alta [...] y elevado índice de mortalidad, con especial incidencia en la población infantil y juvenil» (*ibidem*).

En cuanto al horizonte cultural vinculado a la cultura almeriense de Los Millares corresponde a «pequeños grupos de prospectores metalúrgicos que desde el foco nuclear» almeriense y murciano «irrumpen en dirección a las zonas mineras del interior [...] hacia el 2500 a.C. aproximadamente» (*ibidem*, pp. 70-71). El límite de su expansión occidental lo establece la cultura megalítica granadina en la De-

presión de Guadix donde entran en contacto (*ibidem*, pp. 66 y 71). Ahora bien, se trata de un límite flexible. A «unos 3 km al suroeste» del poblado de Los Millares hay una «densa concentración de sepulcros megalíticos», cuya tipología arquitectónica «y el carácter de sus ajuares, relaciona claramente a esta población de pastores megalíticos con el Grupo Megalítico Granadino» (Arribas *et al.*, 1983, pp. 160-161). Estos pastores cuya contemporaneidad con la ocupación de Los Millares quedaría demostrada por los paralelismos en sus respectivos ajuares funerarios explicarían «la complejidad de las defensas» del mismo (*ibidem*, p. 160).

Las comunidades almerienses introducen en las tierras altas «dos innovaciones de la mayor importancia: el conocimiento de la metalurgia ¹²⁸ y la aparición de los primeros poblados fuertemente fortificados» a la manera del sitio epónimo (Molina, 1983, p. 71).

Llama la atención que la potencialidad de las excavaciones en las tierras bajas almerienses puesta de manifiesto, sobre todo, en las efectuadas en Los Millares sólo se haya hecho efectiva en Granada (Chapman, 1987c, p. 1). Las deficiencias generales de la documentación que se comentaban en la introducción son mucho más acentuadas en las primeras. De hecho los yacimientos que están siendo excavados tanto en Almería (valorados en Gilman y Thornes, 1985a, pp. 19-22, y Chapman, 1987c) como en Murcia (Muñoz, 1986b; Walker, 1981; Walker y Lillo Carpio, 1983) no han facilitado, hasta la fecha, ninguna secuencia estratigráfica tipológica y cronológicamente bien caracterizada y, mucho menos, con información ambiental y socio-económica. Se conocen datos preliminares de carácter o muy puntual o, por el contrario, muy general. Esto resulta especialmente evidente en el propio yacimiento de Los Millares, del que se saben las líneas generales del urbanismo (Arribas *et al.*, 1983, Arribas y Molina, 1984a, b), precisiones a propósito de la posición estratigráfica y características de los campaniformes (Arribas y Molina, 1987) (véanse *infra*, pp. 456-457) o los primeros esbozos de lo que depararán los interesantes estudios en curso acerca de la organización funcional del espacio dentro de los yacimientos y, a través de ella, de su dependencia externa (Molina *et al.*, 1986; Moñita *et al.*, 1986) (véase *supra*, p. 439), por citar sólo lo más relevante.

¹²⁸ No queda claro si la referencia a la «aparición de la metalurgia del cobre» entre los elementos definitorios del horizonte cultural megalítico granadino (Molina, 1983, p. 54) significa, entonces, presencia de metal u otra tradición industrial diferente.

El equipo del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada —sobre el que recae el mayor peso de la investigación de los primeros períodos metalúrgicos en Almería y Granada— no ha publicado una exposición del desarrollo histórico en el área nuclear millarensis («costa almeriense y murciana, entre las localidades de Almería y Mazarrón» (Molina, 1983, p. 70)) comparable a la de la Alta Andalucía (Molina, 1983). Ahora bien su caracterización de la colonización millarensis de las tierras altas como un proceso *ex novo* —apoyada en su perfecto conocimiento del registro en ambas zonas— permite considerarla en muy buena medida representativa de la situación en las tierras bajas. En ese sentido, mis referencias a la información específica de estas últimas se ceñirá al problema de la posición del vaso campaniforme en la secuencia.

Molina (*ibidem*, p. 72) señala que «las primeras poblaciones de la Cultura de Los Millares que alcanzan la Alta Andalucía habitan en pequeños poblados» cuyas características ejemplifica el de El Malagón (Cúllar-Baza). Sobre una suave elevación se edificaron varias cabañas de planta circular y unos cuatro metros de diámetro. Las paredes «formadas por altos zócalos de piedra trabados con barro» están rematadas con tapial y cubiertas por una posible techumbre cónica «con un entramado de ramaje impermeabilizado con barro. En el interior de algunas [...] existen bancos corridos adosados a las paredes y grandes hogares, delimitados por un anillo de barro cocido» (*ibidem*, p. 73). Esta única habitación «donde se realizan todas las actividades [...], producción económica y almacenamiento, y sus reducidas dimensiones permiten asegurar que la comunidad tribal tenía como segmento base ya en esta época a la familia nuclear» (*ibidem*). La protección del poblado por «una potente línea de fortificación» y «un pequeño fortín» que domina el asentamiento (*ibidem*) reproduce, simplificándolo, el patrón de tres murallas con bastiones y diez fortines que rematan las colinas que se alinean al sur de Los Millares (Arribas *et al.*, 1983).

El «marco familiar propio de una economía doméstica» se expresa también en el tipo de explotación minera y producción metalúrgica (Molina, 1983, p. 76) (véanse *supra*, pp. 439-440) y es paralelizable con la situación que se advierte en el poblado almeriense no fortificado de Almizaraque (Delibes de Castro *et al.*, 1985, p. 228).

El abandono de El Malagón hacia el 2200 a.C. podría «ponerse en relación con un replanteo del poblamiento en el territorio para conseguir una explotación más intensiva de los recursos del mismo»

(Molina, 1983, p. 76). Eso sugiere «la fundación por esta época del cercano poblado del Cerro de la Virgen en Orce con mayor entidad urbanística [...], localización más alejada de los filones del mineral» y «utilización de un sistema de producción campesino altamente evolucionado, en el que quizá jugara un importante papel la irrigación artificial» (*ibidem*, p. 77). Ahora bien, la «alta tecnología, demostrada por el hallazgo [...] de los restos de una acequia» no justifica la idea de que «el sistema de regadío [fuera la] técnica dominante en la agricultura del Sudeste de la península [...]. Parece más viable la existencia de una agricultura extensiva de secano» que, a diferencia de la del inicio del Calcolítico (véase *supra*, p. 449), será de barbecho anual «y con pequeños huertos de hortalizas y leguminosas regados por acequias» (*ibidem*, p. 79). Como en períodos previos, sin embargo, el «componente básico» de estas economías mixtas «era la ganadería [...] complementada por [...] una aportación cinegética de mediana entidad» (*ibidem*, p. 77). El descenso en las proporciones de ovejas y cabras y el aumento correlativo de caballos y ganado vacuno a lo largo de la Edad del Cobre muestra la creciente importancia de la agricultura en la economía. Al propio tiempo la disminución del cerdo puede deberse «a la progresiva desecación que sufrirá la región a partir de la Edad del Bronce» (*ibidem*, p. 78).

El «ritual funerario del horizonte cultural de Los Millares en [Granada] está escasamente investigado. Sólo pueden conectarse con estas poblaciones los escasos "tholoi" excavados por Siret en el río de Gor» —la zona de contacto con los grupos megalíticos— hoy desaparecidos y apenas publicados (*ibidem*, p. 79). Así pues, los datos del área clásica almeriense sirven ahora, por primera vez, para completar la información granadina. Según Molina (*ibidem*), «la sociedad de la Cultura de Los Millares sigue manteniendo un esquema igualitario». Sin embargo, hay contrastes entre sus rituales funerarios y los de las poblaciones neolíticas y megalíticas. Mientras estas últimas «poseen ajuares funerarios sencillos, compuestos en su mayor parte por elementos utilitarios [...] y por algunos [...] ídolos, en la Cultura de los Millares, especialmente a partir del Cobre Pleno, se introducen ya objetos fabricados con materias primas exóticas o costosas», aunque «no hay todavía una gran desigualdad en los ajuares de las distintas sepulturas colectivas» (*ibidem*, p. 80), en contra de lo que sostiene Chapman (1981c). Esta situación se refleja en Granada en la inclusión, por primera vez, de marfil en las tumbas (Molina, 1983, p. 80), expresión de la participación de sus poblaciones en el inter-

cambio a larga distancia de la época (Harrison y Gilman, 1977).

Molina (1983, p. 80) hace coincidir el «período de máxima expansión de las culturas calcólicas [...] con la aparición en los contextos megalíticos y en los poblados y tumbas del "horizonte de Los Millares" del vaso campaniforme. Su intrusión marca "el inicio de la fase plena de la Edad del Cobre"» (*ibidem*).

En su reciente trabajo sobre el tema, Arribas y Molina (1987) exponen la pluralidad de situaciones existentes: hallazgo sólo del tipo marítimo o del Ciempozuelos, coexistencia de ambos como en el Cerro de la Virgen¹²⁹ y seriación clara de los mismos en los Castillejos de Montefrío (fase IV con marítimo y fase V con Ciempozuelos) y El Manzanil (Loja, Granada) (fase III marítimo y fase IV Ciempozuelos). Por lo que yo sé, es el único lugar de la península donde, hoy por hoy, la sucesión campaniforme se asienta sobre bases estratigráficas¹³⁰, a pesar de su defendida generalización al conjunto del territorio peninsular (figuras 2 y 3).

El campaniforme se emplea como indicador cronológico útil para el establecimiento de la secuencia de Los Millares. Los excavadores que habían asumido inicialmente (Arribas *et al.*, 1983, p. 157) la reinterpretación de la secuencia de los Leisner (Millares 1 y Millares 2) efectuada en la región del Tajo por los investigadores del Instituto Arqueológico Alemán (Martínez Navarrete, 1987, p. 224) señalan ahora que esa división «no puede mantenerse tal y como fue enunciada sobre bases puramente tipológicas» (Arribas y Molina, 1987, p. 129).

¹²⁹ La posición estratigráfica de los dos tipos de campaniformes en este poblado ha sido objeto de controversia. Desde la publicación inicial (Schüle y Pellicer, 1966) se sabe que los campaniformes marítimos y Ciempozuelos estaban mezclados en cada nivel por lo que la prioridad de los primeros sobre los segundos «no está demostrada» (Harrison, 1977a, p. 9; también en Torre y Sáez, 1986, p. 256; Delibes y Municio, 1981, p. 67, y Pellicer, 1986, p. 256). Sin embargo, no se renunciaba (Delibes de Castro, 1978, p. 86), ni se renuncia a querer ver «unos inicios en el Marítimo y posteriormente la entrada del tipo Ciempozuelos» (Arribas y Molina, 1987, p. 130). La reexcavación del sitio, cuyas alteraciones estratigráficas por muy diversas causas (Schüle, 1980, p. 54) pueden estar en la raíz de estos contextos campaniformes «mixtos», es de esperar que zanje definitivamente la cuestión.

¹³⁰ Me he ocupado de este tema en la Meseta (Martínez Navarrete, 1988a, p. 667) y Rodanés (1987, p. 24) en el valle del Ebro. Habrá que esperar la publicación detallada de las excavaciones en el poblado de Moncín (Borja, Zaragoza) antes de aceptar que su «estratigrafía tiene una clara sucesión de los estilos campaniformes marítimo, Ciempozuelos y *Epicampaniforme*» (Harrison, 1988, p. 466, énfasis del autor) y que, por lo tanto, cambia la situación en esa región.

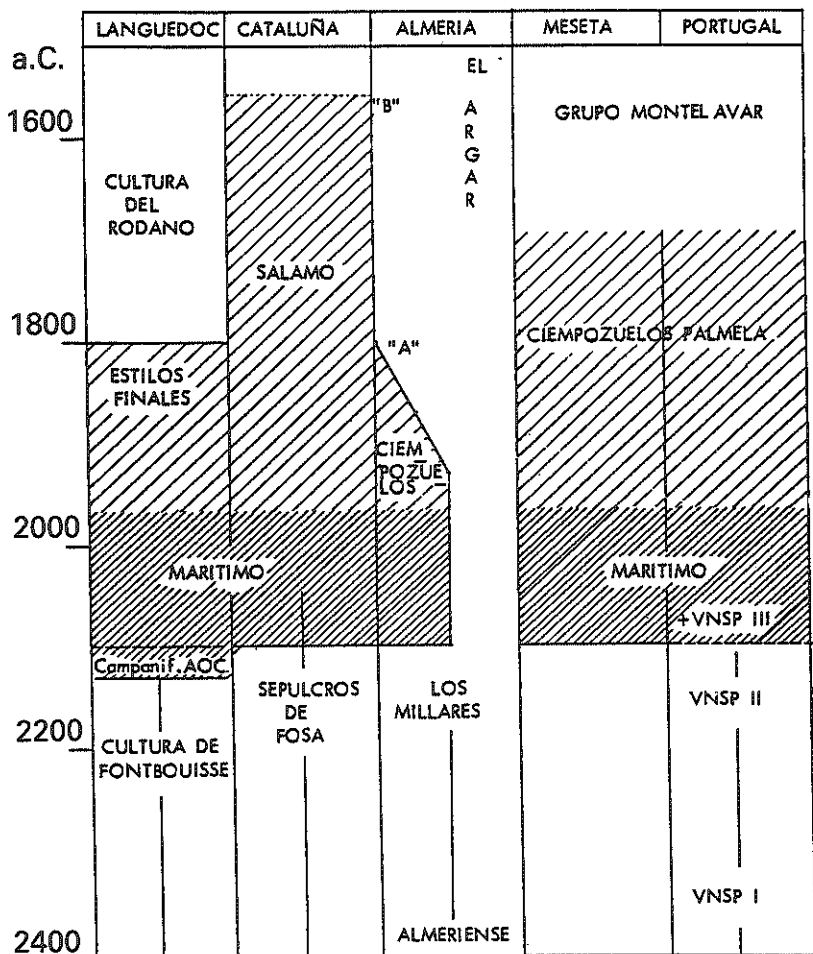


FIGURA 3. Cuadro cronológico de las culturas campaniformes en el Mediterráneo occidental del 2400-1600 a.C., según R. J. Harrison (1980)

Por el momento, no han publicado una periodización alternativa sino una escueta alusión a la estratigrafía más completa descubierta en el yacimiento. Se definió en la trinchera 97, localizada en el área más interior y elevada de la ciudadela correspondiente al borde oriental de la misma (*ibidem*, p. 134). Allí se superponen a la roca base «al menos, nueve fases constructivas de las cuales las cinco inferiores corresponden al desarrollo precampaniforme de la ciudad» (*ibidem*, p. 135)¹³¹.

La secuencia campaniforme se define por una «fase campaniforme antigua» (fases constructivas sexta y séptima) con «27 fragmentos (89% de cerámica a peine frente a un 11% de incisa). Los vasos de estilo marítimo representan un 30% del total» (*ibidem*, p. 136).

La fase siguiente (octava fase constructiva) cuenta con «46 ejemplos bien estratificados, en los que podemos ver un ligero descenso en el porcentaje de la técnica impresa a peine (61%) que contrasta con el aumento de los fragmentos con motivos incisos (39%). El porcentaje de vasos marítimos también desciende» (*ibidem*)¹³². Aquí aparece «el tipo cerámico más característico de la ciudad. Su tipología tiene formas específicas y patrones de decoración que [les] permiten definir en Los Millares un horizonte campaniforme local diagnóstico del existente en el resto del Sudeste peninsular» (*ibidem*, p. 135): el denominado «Campaniforme del Sudeste» (*ibidem*, p. 137). Se trata de grandes cuencos o fuentes de borde biselado decorado al interior, grandes recipientes comunes «posiblemente usados para almacenado» con dos amplias bandas impresas que cubren el borde y el cuerpo del vaso y «grandes cuencos muy numerosos [...], a veces con decoración simbólica o esquemática en las superficies interiores. Por primera vez, hay recipientes decorados con técnicas incisas similares a las del Cerro de la Virgen (Orce), descritas como de estilo Ciempozuelos» (*ibidem*, p. 136).

¹³¹ El texto concreto es «*the lower five correspond to pre-Beaker development of the village during the early and full Bronze Age*» (Arribas y Molina, 1987, p. 135). Supongo que debe haber un error y debería decir «Calcolítico». En otra ocasión se afirma que aunque «por el momento el inicio de Los Millares no está bien definido e incluso no se puede descartar la existencia de un horizonte premetalúrgico en este mismo poblado o en yacimientos cercanos, si sabemos con seguridad que [...] no perduró durante la Edad del Bronce» (Arribas *et al.*, 1983, p. 161; también en Arribas y Molina, 1984a, p. 1041).

¹³² Debe haber un error tipográfico en el texto (Arribas y Molina, 1987, p. 136), porque se le asigna un valor porcentual de un 39%.

Los diecisiete fragmentos (sólo uno marítimo) recuperados en el estrato de la última fase constructiva proceden probablemente de la erosión de la anterior (*ibidem*).

Los autores (*ibidem*) no comentan si la concentración de campaniformes en la ciudadela (112 del total de 122 inventariados) puede deberse a una distribución significativa como la que apunta M. Kunst (1987, p. 591) para Zambujal.

La evaluación del cuadro cronológico del desarrollo campaniforme en el Sudeste que proponen resulta inviable. Ejemplifica el problema general apuntado por Chapman (1987, p. 1): «falta la publicación de una información detallada de los contextos de las muestras radiocarbónicas en las estratigrafías de los sitios». Según Arribas y Molina (1987, p. 138), «la introducción del campaniforme marítimo en Los Millares es posterior a su clímax en el Tajo y no anterior al 2000 a.C.-1900 a.C., siendo en sus primeros momentos un objeto de lujo, importado. Un poco después de la fase de introducción, se crean nuevos modelos que no parecen tener ninguna relación con los precedentes, como los platos de borde biselado con decoración interior».

Esta situación tiene diversas implicaciones en relación con la idea tradicionalmente admitida acerca de la presencia campaniforme en el Sudeste. En primer lugar, la opinión (Muñoz, 1982, p. 20; Arribas *et al.*, 1983, p. 158) de que «los campaniformes no tuvieron una amplia aceptación [... ya] no puede mantenerse» (Arribas y Molina, 1987, p. 138). En segundo lugar, «ya no hay que recurrir al contacto e intrusiones desde la Meseta para explicar la aparición de los ricos conjuntos campaniformes de Los Millares o el Cerro de la Virgen» (*ibidem*, p. 137). Se habría producido «un fenómeno evolutivo local similar a los que tuvieron lugar en [...] el estuario del Tajo o la Meseta» (*ibidem*). Así, «los campaniformes de estilo inciso e impreso en zigzag numerosos en la fase II A del Cerro de la Virgen e interpretados como Ciempozuelos, son realmente una variación de los que usaron la técnica impresa a peine y estuvieron en uso durante un período muy corto de tiempo» (el denominado «Campaniforme del Sudeste») (*ibidem*). Ello no excluye, sin embargo, que en dicho yacimiento «los campaniformes marítimos florecieran en su relación con el horizonte Ciempozuelos» (*ibidem*, p. 138), ni que ese estilo campaniforme meseteño sea identificable también en otros yacimientos granadinos (*ibidem*, pp. 130-131)¹³³. Por último, frente a las posi-

¹³³ Quizá se siga considerando esos recipientes «como un elemento de carácter ét-

ciones clásicas que establecían una sucesión campaniforme Ciempozuelos-Bronce Antiguo (fig. 4) se confirman aquéllas otras (fig. 5) que defendían su contemporaneidad (*ibidem*, p. 131; Molina, 1983, p. 85).

IV.3. *La Edad del Bronce*

El contraste advertido entre la documentación existente para el estudio del Calcolítico en la Alta Andalucía y la región almeriense y murciana se repite durante la Edad del Bronce. Sin embargo, gracias a las excavaciones emprendidas por el Instituto Arqueológico Alemán en el poblado de Fuente Alamo (Cuevas de Almanzora) conocemos casi por completo el desarrollo de la cultura de El Argar en «uno de los nichos originarios» de la misma (Schubart y Arteaga, 1986, p. 289, énfasis de los autores). La información publicada es todavía preliminar pero supera con mucho en sistematización y amplitud de perspectivas la de cualquiera de los yacimientos calcolíticos de las tierras bajas.

La dinámica histórica de una y otra zona presenta especificidades, sobre todo en lo que concierne a la mayor complejidad de las tradiciones advertidas en la Alta Andalucía. Como en el período previo no es factible, por el momento, averiguar en qué medida esto responde a la disimetría del registro, a la perspectiva desde la que se aborda su estudio o a una variabilidad real del mismo no imputable a factores cronológicos o de cualquier tipo no estrictamente «cultural». En todo caso, la cultura de El Argar actúa como denominador común. Su influencia en las tierras altas, al igual que la de la cultura de Los Millares, se deja sentir tanto por procesos de aculturación como por la fundación de «asentamientos plenamente argáricos» (Molina, 1983, p. 92).

La exposición que sigue se centrará en los problemas generales de definición de la cultura más clásica de la Edad del Bronce antes de pasar a comentar sus manifestaciones en los ámbitos del hábitat, eco-

nico que identificaría a las comunidades pastoriles de la Meseta, estando su difusión relacionada con actividades ganaderas de trashumancia entre el centro de la península y las regiones de la periferia» (Molina, 1983, pp. 84-85). Esta defensa de la trashumancia a larga distancia contrasta con su aparente asunción de las críticas de Chapman (1979) a movimientos de ganado de estas características en época prehistórica, expresada en su propuesta de desplazamientos de carácter estacional y corto alcance (Molina, 1983, pp. 68-69) (véase *supra*, p. 449).

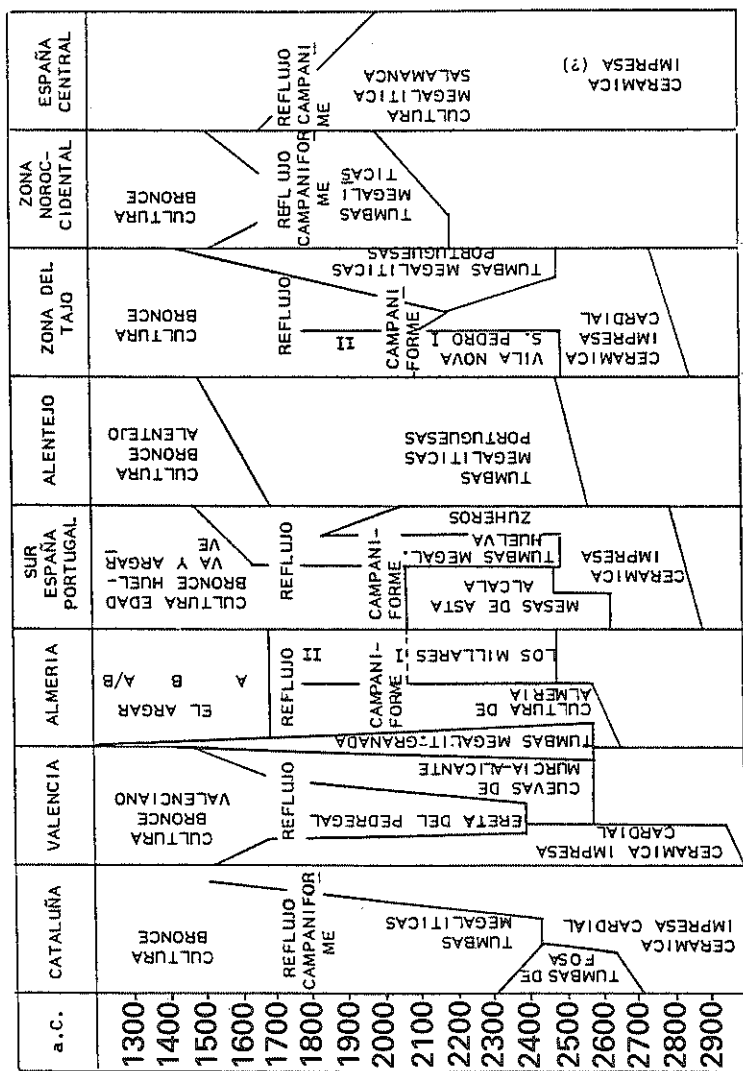


FIGURA 4. Evolución de las culturas peninsulares durante el tercer milenio, según B. Blance (1971)

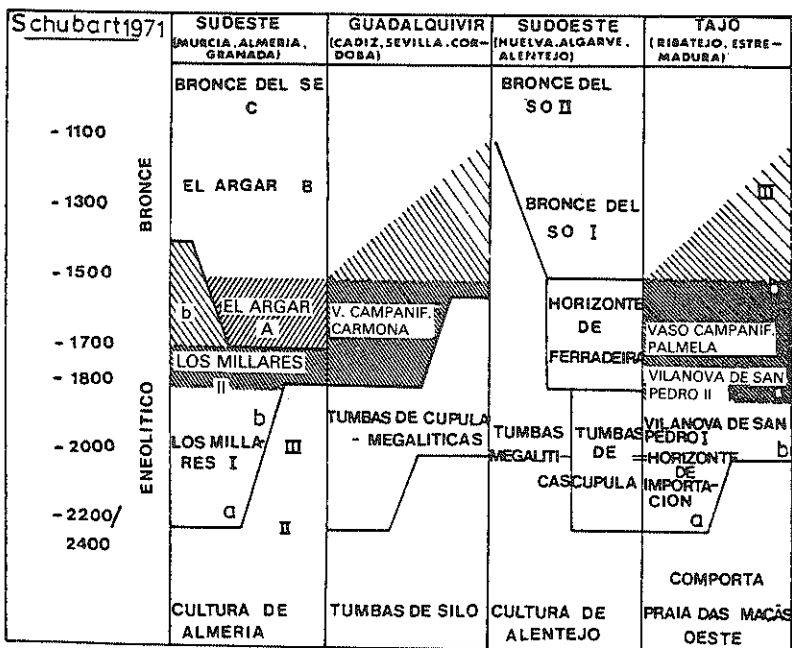
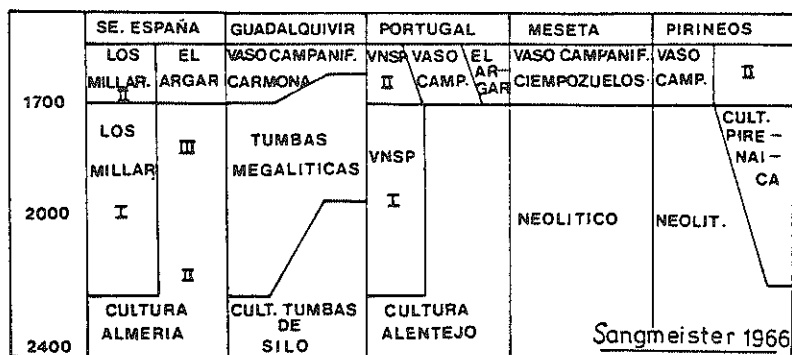


FIGURA 5. Cuadros cronológicos del Calcolítico (según Sangmeister, 1966) y Calcolítico y Edad del Bronce (según Schubart, 1971) peninsulares

nomía, demografía o sociedad y sus nexos en la Alta Andalucía con los grupos culturales allí reconocidos.

Me ceñiré al período comprendido entre el Bronce Antiguo y Tardío. La individualización de este último respecto al Bronce Medio es difícil, al tiempo que el Bronce Final ve «la consolidación de una nueva cultura [...] que en pocos de sus rasgos recuerda a la anterior Cultura del Argar» (*ibidem*, p. 108). Las síntesis de F. Molina (1977, 1978) siguen siendo la referencia para las revisiones más recientes (Pícazo y Sanahuja, 1987).

El proceso de formación de la cultura argárica, lo mismo que el de su crisis, carece de una base sólida que permita situarlos debidamente en su dimensión temporal y social (Martínez Padilla, 1986, p. 308). Los poblados de Los Millares (Arribas *et al.*, 1983, p. 161) y Almuzaraque (Delibes de Castro *et al.*, 1985, p. 226) se abandonan tras la ocupación campaniforme, sin perdurar durante la Edad del Bronce, por citar aquellos que, por ahora, parecen contar con las secuencias más completas publicadas. A su vez, los primeros habitantes de Fuente Alamo tienen una cultura argárica ya constituida (Argar A) (Schubart y Arteaga, 1986).

En esas circunstancias, el tema se aborda a partir de fuentes de información muy diversas. La vinculación con el sustrato calcolítico (Muñoz, 1982, p. 21) se infiere de los resultados de las excavaciones sistemáticas modernas de la Alta Andalucía (Martínez Padilla, 1986, p. 308). La identificación del «núcleo original de la cultura argárica» se basa en las apreciaciones de Siret sobre la cronología de una serie de poblados sin mayores garantías que la datación que proponía para los de la Cultura de Almería (Tarradell, 1962, p. 84). Así, salvo Mathers (1984b, p. 1188) que lo delimita de modo amplio (noreste de Almería y sur de Murcia) o Gilman y Thornes (1985a, pp. 22-24) que no entran en el tema, continúa «centrado en la cuenca baja del río Almanzora» (Molina *et al.*, 1980, p. 162; Molina, 1983, p. 88; Lull, 1983, p. 263). Un argumento que sí parece sólido a la hora de definir esa localización es que

la cerámica del poblado y [...] funeraria de Fuente Alamo parecen diferenciarse mucho menos entre sí que en las provincias vecinas de El Argar, donde especialmente en la zona de Granada las formas de vasos de El Argar «clásico» son menos frecuentes y determinan un carácter especial de la cerámica funeraria frente a la [...] del poblado, que sigue en parte también tradiciones más antiguas (Arteaga y Schubart, 1980, p. 268; también en Schubart y Arteaga, 1983c, p. 59).

De todos modos, para saber cuánta razón asiste (Schubart y Arteaga, 1986, p. 289) a quienes sitúan el foco originario en el Bajo Almanzora falta evidencia de contraste.

Se piensa generalmente que, desde allí, la cultura argárica «inició su expansión ya en un momento antiguo de la Edad del Bronce, extendiéndose hasta el valle del Andarax» (Arribas *et al.*, 1983, p. 161). Este valle es una de las principales vías de penetración a las minas de cobre y plata de la vertiente septentrional de Sierra Morena, objetivo final supuesto para la incursión en la Alta Andalucía, a tenor de los numerosos yacimientos que jalonan el camino de acceso a las minas (Molina *et al.*, 1980, p. 164). Hipótesis similares se han propuesto para explicar «las causas de la "internada" argárica en la sierra» en otras zonas (Schubart y Arteaga, 1986, p. 303, por ejemplo) (véase *supra*, p. 440).

Según P. González Marcén y V. Lull (1987, p. 18), solamente Gilman (1981) y Lull (1983) «intentan formular una hipótesis de la desintegración argárica en función de factores causales en clave de contradicciones internas no superadas» (*cf.* pp. 468 y 470). En general, las explicaciones presentan dos rasgos dominantes: «el Bronce Tardío, inicio de la "época oscura" del sudeste es considerado como consecuencia lógica del desarrollo alcanzado por las comunidades argáricas, y característica de la inevitable decadencia que afecta a toda sociedad. Al mismo tiempo, y por la misma línea de razonamiento, se define como un período generador de una nueva etapa dorada, caracterizada, en este caso, por la explotación de los recursos metalíferos de Andalucía occidental (Chapman *et al.*, 1987, p. 105).

En segundo lugar, «la aparición de nuevos rasgos culturales se da siempre en clave de aculturación [...] o bien [...] de penetración de grupos étnicos extranjeros al área del sudeste» (*ibidem*; *cf.* Molina, 1983, pp. 107-113).

Por su parte, el equipo del Proyecto Gatas (Chapman *et al.*, 1987, p. 105) lo interpreta «como una etapa de transición en el desarrollo de las comunidades» allí implantadas «consecuencia de las contradicciones internas de las comunidades argáricas, y que presupone nuevos procesos adaptativos» (véase *supra*, p. 429). Su análisis requiere programas de investigación específicos que contemplen las interrelaciones entre los asentamientos de las diversas áreas del Sudeste (*ibidem*).

La cronología de El Argar tiene en cuenta, con reservas, las bases tipológicas (Blance, 1971) criticadas por Lull (1983) (véanse pp. 346,

394, 398) y los resultados de las primeras excavaciones emprendidas en los poblados granadinos del Cerro de la Encina (Monachil) (Arribas *et al.*, 1974) y la Cuesta del Negro (Purullena) (Molina y Pareja, 1975), así como el conjunto de los obtenidos en los trabajos en el sitio almeriense de Fuente Alamo (Schubart y Arteaga, 1986). En los dos primeros la estratigrafía está caracterizada tipológicamente y la documentación gráfica es importante, pero en Monachil corresponde a uno solo de los cortes abiertos y las dataciones en ambos son escasas. Posteriormente se han dado a conocer cuatro más en ese mismo yacimiento (Molina, 1983, p. 36), pero no se indica su contexto preciso (González Marcén y Lull, 1987, p. 13). Fuente Alamo, en cambio, cuenta con una amplia serie de fechas radiocarbónicas pero sus excavadores prestan más atención a los espectaculares restos constructivos y tumbas que a las piezas arqueológicas de las que se ofrece una precisa selección.

Según Schubart y Arteaga (1983*b*, p. 60), «Resulta claro que [el] cuadro [de Blance], realizado en base al estudio de sepulturas, no siempre contrastables de una manera estratigráfica precisa, puede ser en algunos aspectos revisado. Sin embargo, en su generalidad presenta elementos confirmados en la secuencia de Fuente Alamo».

Arribas (1976), en su día, y estos investigadores hasta la actualidad (Schubart y Arteaga, 1986) manejan normalmente la distinción Argar A y Argar B. Por el contrario, F. Molina (1977, 1983), F. de la Torre (1978) y Lull (1983) prescinden de ella. Los esfuerzos han ido destinados a la precisión de la secuencia incorporando los materiales domésticos, las fechas C-14 (Arribas, 1976; Schubart y Arteaga, 1983*b*, pp. 60-61 y 1986) e individualizando una tercera fase denominada «Bronce Tardío [Argar C o Argar Tardío]» (Molina, 1978, p. 199; Torre, 1978, pp. 154-155; Arteaga y Schubart, 1980, p. 357)

Los factores de variabilidad no cronológica advertidos en el registro (véase *supra*, p. 357) han llevado a pensar que lo prudente es «abrir un paréntesis de espera, hasta que vayan tomando cuerpo las excavaciones en otras áreas referidas a la Cultura de El Argar, para poder matizar posibles equivalencias o diferencias, entre unos desarrollos materiales y otros» (Schubart y Arteaga, 1983*b*, p. 60). Se reivindica así «una concreción cronológica y material de los asentamientos excavados sistemáticamente, procurando prestar la máxima atención a los contextos culturales de las muestras cronológicas» (González Marcén y Lull, 1987, p. 14). Sin embargo, el conocido retraso en la publicación de esa documentación da lugar a que las secuencias

publicadas hace diez años sean manejadas todavía. Por ello no está de más comentarlas.

La sistemática de Arribas (1976) mantiene la estructuración de la cultura argárica de Blance (1971), pero modifica su cronología mediante la combinación de fechas radiocarbónicas y datos de cronología arqueológica. En el momento de publicación de su artículo el inicio del Argar, en el Sudeste se situaba «en el 1700 a.C., ya sea a continuación de la etapa de Los Millares II y de la Cultura paralela a aquélla de Almería III, ya sea (Sangmeister, 1966), retrotrayendo el inicio de Los Millares II a la misma fecha del 1700 y por lo tanto como paralelo del inicio del Argar. Esta fecha sostenida por Sangmeister se apoyaba en estudios de carácter tipológico realizados por Blance (1971)» (Arribas, 1976, pp. 151-152) (véanse figuras 4 y 5).

Desde esa misma «perspectiva tipológica se [había] venido fijando la fecha del 1500-1400 para el Argar B, sobre todo por el apoyo logrado por la cronología de las cuentas de pasta vítrea de Fuente Alamo (Blance, 1971)» (Arribas, 1976, p. 152).

A. Arribas (1976, pp. 152-153) emplea las fechas radiocarbónicas obtenidas en Orce (1785 a.C. Argar A), Monachil (1675 a.C. Argar B antiguo) y Purullena (1670 a.C. Argar B antiguo y 1120 a.C. y 1185 a.C. «para el final del Bronce Ultimo») ¹³⁴ como referencia para completar los límites cronológicos de las fases, mediante procedimientos arqueológicos. En realidad, como veremos, las del «final del Bronce Ultimo» de Purullena son las únicas que se tienen en cuenta.

Según el autor, si se aceptara la primera (1785 a.C.) «habría que hacer más viejo el origen de Argar en Almería teniendo en cuenta que Orce se halla fuera del área nuclear argárica» (*ibidem*, p. 152).

Por su parte, propone remontarlo al 1900 a.C. (*cf. infra*): «Las fechas de Monachil y Purullena [para el Argar B] se complementan entre sí y dejan un margen de desarrollo del Argar A entre 1900-1800 y 1650 a.C.» (*ibidem*).

En cuanto a las dos fechas restantes de Purullena (1120 a.C. y 1185 a.C.), «sellarán ¹³⁵ la fase III o Bronce Final. Pero del contexto de la estratigrafía y la superposición de estructuras así como del aná-

¹³⁴ R. de Balbín (1978, p. 99, n. 10) advierte un error en la conversión de la fecha de Purullena Gr. N. 7286 3620 ± 35 B.P., cuya corrección se incorpora al texto.

¹³⁵ Más adelante Arribas (1976, p. 153) añade «si aceptamos la cronología basada en la estratigrafía y tipología, el final del Bronce Final de Purullena debería situarse hacia el 900 a.C. (falta de cerámica a torno)».

lisis tipológico, deberíamos aceptar una vida mínima de 300 años para esta etapa del Bronce Final, lo que situaría [su] inicio [...] (aceptando las fechas C-14 para su final) en el 1500» (*ibidem*, p. 152).

A propósito del marco temporal sugerido para el Argar B, el autor sostiene que, de aceptarse un inicio del Bronce Final en el 1500 a.C. «habría que hacer más viejo el inicio del Argar B y retrotraerlo hacia el 1700-1600, ya que habría que reservar (vista la potencia de estratos) unos 200 años para su desarrollo y clímax. Con ello la fecha del inicio del Argar A alcanzaría a un 1900 a.C. que es lo que [...] habría que proponer en el caso de tomar en consideración la fecha de 1785 para el Argar A del Cerro de la Virgen de Orce» (*ibidem*, p. 152)¹³⁶.

En realidad, la datación radiocarbónica de Orce sólo proporciona una referencia cronológica precisa para dicho yacimiento por la ausencia de una serie bien establecida por procedimientos radiocarbónicos para la cultura de El Argar que permitiera averiguar en qué momento de su desarrollo debería encuadrarse.

En conclusión, A. Arribas propone la siguiente secuencia del Argar: el Argar A queda comprendido entre 1900-1800 y 1650 a.C.; el Argar B, entre 1650 y 1500 a.C. y el Bronce Final, entre 1500 y 900 (Purullena) o 700-600 a.C. (Monachil).

La serie se fundamenta, pues, en las fechas de carbono 14 del Bronce Final de Purullena y las duraciones de dicho período calculadas por procedimientos arqueológicos. En efecto, las *dataciones del final* del Bronce Final de la Cuesta del Negro (1120 a.C. y 1185 a.C.) sitúan la *fase media* del período, en torno al 1200 a.C. A partir de una estimación de 300 años para su desarrollo, su inicio se establece en el 1500 a.C. y su final en el 900 a.C., límites resultantes de sumar y restar, respectivamente, al 1200, esos 300 años. Una vez situado el inicio del Bronce Final en el 1500 a.C. se vuelve a recurrir a los mismos procedimientos arqueológicos para fijar, esta vez en 200 años,

¹³⁶ Como indica A. M.^a Muñoz (1982, pp. 23-24), si se quiere defender una fecha de 1900 a.C. para el inicio del Argar A resulta «curioso que en Montefrío, donde el final del estrato VIII se fechaba en 1899 a.C. con cerámica campaniforme de tipo Ciempozuelos, pero también con formas carenadas a media altura y grandes ollas y orzas de almacenamiento de tipo argárico, Arribas [descarte] calificarlo de argárico precisamente porque [considere] que esta fecha [al ser] demasiado alta obligaría a remontar las del Argar de Almería». Como se recordará, esto último es lo que se aducía en relación con la datación del 1785 a.C. de Orce para envejecer el comienzo de la cultura argárica.

la vida del Argar B. En consecuencia, éste retrotrae su comienzo al 1700 a.C. Por último, presumiblemente, puesto que no se ofrece ningún argumento para defender la fecha (*cf. supra*), se evalúa de modo convencional, en otros 200 años, el desenvolvimiento del Argar A, con lo cual, el origen de la cultura argárica alcanza el 1900 a.C. Una vez construido este marco, se procede a encajar en él las demás fechas radiocarbónicas. Represento gráficamente el proceso en el esquema inferior:

ARGAR A	1900	
1785 a.C. Orce		200 años
ARGAR B	1700	
1675 a.C. Monachil y 1670 a.C. Purullena		200 años
BRONCE FINAL	1500	
1120 a.C. y 1185 a.C. Purullena	1200	
		300 años
	900	

Los procedimientos arqueológicos consisten en recurrir a la potencia estratigráfica, la superposición de estructuras y el análisis tipológico para calcular la duración de las fases. Sin embargo, es imposible cualquier cuantificación susceptible de contraste de la vida de una fase de ocupación a partir de esos criterios. El hecho de que el propio Arribas (*ibidem*) los utilice para defender fechas distintas pone de manifiesto la inconsistencia de las cronologías establecidas sobre esas bases (Picazo y Sanahuja, 1987, p. 27).

F. Molina (1977, pp. 5 y 18)¹³⁷ asume la tesis de Arribas de un origen temprano de la cultura argárica en el Sudeste, así como todos los procedimientos, empleados por él, para la elaboración de la cronología. Sin embargo, cuestiona la periodización clásica, de la que se había servido Arribas en su artículo. Según Molina (1977, p. 5), estando «basada en los ajuares funerarios del yacimiento epónimo [...], sólo puede aplicarse con reservas a las áreas de expansión que rodean el núcleo central de la cuenca de Almanzora». Además, «como toda clasificación efectuada sin bases estratigráficas y exclusivamente sobre hallazgos funerarios, adolece de una generalización excesiva, ofreciendo numerosas lagunas difíciles de salvar por el momento» (*ibidem*).

¹³⁷ Su trabajo posterior (Molina, 1978) no modifica el primero.

El, por su parte, trata de lograr ese objetivo, en la «etapa final de esta cultura que, en numerosas ocasiones, se había hecho perdurar hasta la implantación de la colonización fenicia» (*ibidem*), definiendo una nueva fase el «Bronce Tardío». Tiene un carácter de transición de la cultura del Argar. Se inician ciertos cambios tipológicos y nuevas relaciones que apuntan claramente hacia la problemática del final de la Edad del Bronce. Este horizonte [...] está bien representado estratigráficamente en la secuencia del Cerro de la Encina» (*ibidem*, p. 6).

Se le puede reconocer asimismo en el Cabezo Redondo (Villena), El Oficio y Fuente Alamo (Almería). Queda fechado por «las relaciones estratigráficas del Cerro de la Encina [...] (fase IIb), aproximadamente en los siglos XIV-XII a.C.». Tipológicamente se caracteriza por «diversos tipos de fuentes con carena alta y fondo curvo o aplanado [...] botellas, la paulatina desaparición de [...] las copas y la intrusión en un momento avanzado del mismo de los primeros elementos del horizonte cultural Cogotas I de la Meseta» (*ibidem*).

A su vez, se «producen ciertos cambios en el trazado urbanístico de los poblados y en los recursos económicos» (predominio de bóvidos y caballos, sobre ovicápridos) (Muñoz, 1982, p. 25)¹³⁸.

El margen cronológico, propuesto por Molina (1978, p. 6) para el Bronce Tardío (s. XIV-XII a.C.), coincide parcialmente con el del «Bronce Final» (1500-900 a.C.) de la secuencia de Arribas (1976, p. 144) quien, por otra parte, incluye esta fase II de Monachil en el Argar B (*cf. infra* cuadro de correlaciones).

La periodización específica del grupo argárico granadino, desde la perspectiva crítica adoptada por F. Molina, corre a cargo de un compañero de su Departamento, F. de la Torre Peña (1978):

El primer período, «Cobre final/Argar inicial (2000-1800 a.C.)» (*ibidem*, p. 152): se caracteriza por «la intrusión, en los complejos megalíticos del Cobre Final, de algunos tipos metálicos y de cerámica, exclusivamente» funerarios. Las «fechas vendrían avaladas por la estratigrafía» y datación radiocarbónica de 1890 a.C. (estrato VIII) de

¹³⁸ M. Picazo y M.^a E. Sanahuja (1987, p. 28) advierten que: «No obstante, durante el Bronce Final el caballo queda relegado en último lugar en Monachil y en Galera los bóvidos y équidos desaparecen casi bruscamente.» Tampoco están de acuerdo con la «generalización efectuada a partir del estudio de los restos óseos del Cerro de la Encina, Cuesta del Negro y Cerro del Real principalmente, cuyas implicaciones hipotéticas no han sido, por el momento, validadas» (*ibidem*, p. 29).

Montefrío. Este yacimiento es la base para la definición de los aspectos constructivos y económicos de la etapa.

El *segundo período*, «Argar Antiguo (1800-1600 a.C.)»: es «el momento en que ya han tomado plena identidad los elementos de esta Cultura, aunque aún perduran elementos indígenas en los poblados aculturizados» (*ibidem*).

Los yacimientos más característicos de esta fase son Orce (estrato III A) Laborcillas (fase III), Purullena (fase I, c. 1700 a.C.) y Monachil (fase I, c. 1600 a.C.) (*ibidem*, pp. 153-154). Existen ya enterramientos en fosa en el área del poblado, objetos de oro y plata, así como copas. Desaparecen elementos todavía presentes en la fase anterior, como cerámica campaniforme (Orce) o las fuentes y platos calcolíticos, mientras se elevan notablemente los porcentajes de los vasos «tipo tulipa». En cambio, «la cerámica doméstica seguirá la tradición anterior». En los casos en los que se cuenta con identificaciones faunísticas, las proporciones de las especies representadas (bóvido, caballo, oviscaprido, cerdo) varían de unos poblados a otros.

El *tercer período* o «Argar Pleno (1600-1300 a.C.)» (*ibidem*, p. 154): es el «momento de apogeo» de la cultura. Está presente en muchos yacimientos de la provincia (Orce, Purullena, entre otros), pero «queda especialmente caracterizado en la fase II a del Cerro de la Encina [...]. Se asiste a una clara imposición de las tipologías argáricas», incluso en «los niveles de habitación», pero con elementos específicos del argárico granadino como «las copas de pie cuadrado [...], los cuencos parabólicos con buenos bruñidos y espatulados y con una o más series de mamezones en el labio, las botellas también con mamezones sobre el diámetro máximo de sus paredes, etc.».

«La base ganadera es prácticamente la misma de la fase anterior.»

El *cuarto período* o «Argar Tardío (1300-1100 a.C.)»: definido por F. de la Torre (*ibidem*, pp. 154-155), no ofrece más diferencia respecto al caracterizado por F. Molina (1977), que el ascenso en un siglo de su fecha inicial.

La serie propuesta por F. de la Torre tiene diversos rasgos característicos. En primer lugar, comprende cuatro fases convencionales de 200 años (salvo el Argar Pleno con 300 años). No se explica cómo se ha logrado la determinación de sus límites cronológicos pero, si se considera que el investigador es miembro del equipo del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada y se sirve de los datos manejados previamente por Arribas (1976) y Molina (1977),

cabe pensar que los procedimientos no difieran de los que ya conocemos. Hay dos novedades notables, respecto al trabajo del primero de ellos. Una consiste en que, ahora, las fases argáricas de Monachil y Purullena se adscriben unas al «Argar Antiguo» (Torre, 1978, pp. 153-154) (fase I) y otras al «Argar Pleno» (*ibidem*, p. 154) (fase II), en vez de globalmente al «Argar B» (Arribas, 1976, pp. 144 y 148). En segundo lugar, mientras la fase II de Purullena se incluye en conjunto en el «Argar Pleno», la de Monachil se subdivide, atribuyendo la fase IIA al «Argar Pleno» y la IIB al «Bronce Tardío», con lo que se sigue el mismo criterio que F. Molina (1977, p. 6). Es decir, que los materiales del Cerro de la Encina que Arribas (1976, p. 144) situaba en el «Argar B», según F. Molina y F. de la Torre, corresponden, en parte, al «Bronce Tardío» (*cf. infra* cuadro correlaciones). Esto podría sugerir que los procedimientos empleados para la observación no son suficientemente rigurosos (Picazo y Sanahuja, 1987, p. 27).

El segundo rasgo definitorio de la secuencia argárica granadina es su dependencia expresa de las influencias almerienses. Las etapas identificadas expresan así el proceso de aculturación, experimentado por los grupos calcolíticos del interior. La aparición en la fase del Argar Pleno (Torre, 1978, p. 154) de cerámica de tipología argárica, entre otros rasgos, incluso en los niveles de habitación demostraría la plena asimilación de las influencias almerienses por las poblaciones granadinas.

La fase del Bronce Tardío ha sido objeto de estudio específico por parte de H. Schubart y O. Arteaga (1983c, p. 62), con ocasión de las excavaciones de Fuente Alamo (Almería). Su importancia reside en que no es «un fenómeno de transformación cultural exclusivamente del Sudeste sino, [con] connotaciones diversas en el resto de la Península y en el Continente». Si en esa primera formulación no queda claro su carácter de «nueva cultura» o de continuidad respecto a lo argárico, recientemente se interpreta taxativamente como resultado de las transformaciones *in situ* «operadas en el seno de la sociedad argárica» (Schubart y Arteaga, 1986, p. 306). Fueron «las estructuras socioeconómicas sobre las cuales se apoyaba el poblamiento del Bronce Pleno las que acabaron agotadas, sumidas en sus propias contradicciones» (*ibidem*).

Schubart y Arteaga (1983c, p. 62) distinguen dos fases en su evolución: una etapa inicial de «transformación de la cultura del Bronce Medio, alrededor del siglo XIV-XIII a.C. que, en Fuente Alamo se fe-

cha por radiocarbono en el 1330 ± 70 a.C., y otra «de desarrollo» que, en dicho yacimiento está «plenamente formada» a partir de 1300 ± 70 a.C. y en las comarcas vecinas, «alrededor de los siglos XIII-XII a.C. sobre todo»¹³⁹.

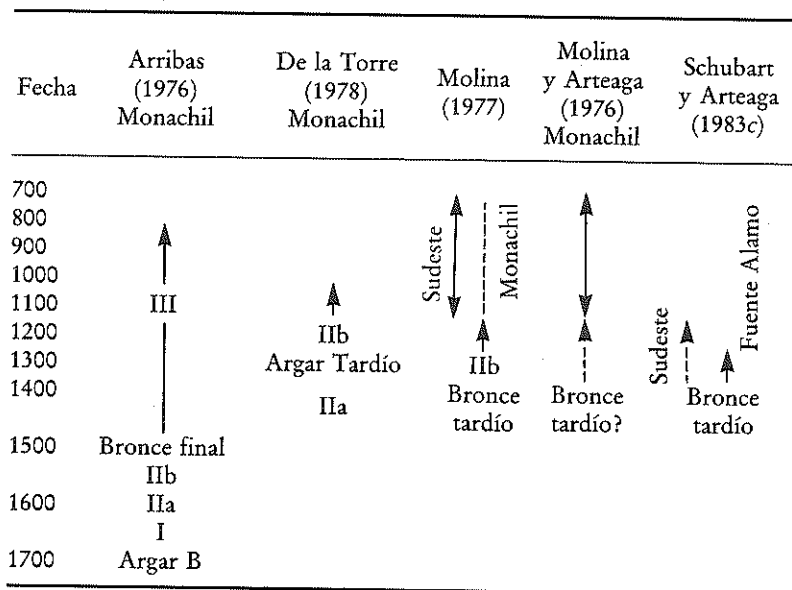
Esta cronología supone retrotraer el «Bronce Tardío» un siglo, respecto al límite defendido por F. de la Torre (1978, pp. 154-155), retomando las márgenes (s. XIV-XII a.C.) apuntados por F. Molina (1977, p. 6). La caracterización tipológica de la cerámica coincide con la de este último investigador —sustitución de las formas del Bronce Medio por «fuentes y cazuelas de carena alta y fondo plano»—, pero ahora se alude a la «propagación de otros elementos metálicos, de tipología diferente [a la argárica], que muchas veces podían haber procedido de otros centros productores, apartados del Sudeste» (Schubart y Arteaga, 1983c, p. 63). En Fuente Alamo, el período se identifica también por «la desaparición de las sepulturas del área del poblado», frente a «la continuidad de los sistemas arquitectónicos y constructivos» y del funcionamiento del hábitat, «similar al argárico» (*ibidem*). No hay todavía datos faunísticos que permitieran averiguar los cambios ocurridos en las especies, respecto a la ocupación argárica.

El cuadro 7 permite comparar las distintas secuencias que se han comentado y apreciar su grado de coincidencia y divergencia.

La superación de la clásica división Argar A y Argar B por parte de F. Molina (1977) y F. de la Torre (1978) en sus estudios de la Edad del Bronce granadina es introducida por V. Lull (1983) en el propio «núcleo originario» de la cultura. Sustituye dicha división por una periodización dual o tripartita que enfatiza los aspectos socioeconómicos, sobre los tecnológicos convencionales (véase apartado III.3.2.2). Comprende una «fase de transición», entre el 1900 a.C. y el 1800 a.C. Una «intermedia», restringida por ahora al sitio epóni-

¹³⁹ Los yacimientos del Bronce Tardío son «la fase II del Cerro de la Encina», «los niveles superiores de la Cuesta del Negro», «algunas evidencias documentadas en El Cabezo Redondo» y el «Bronce postargárico» de Fuente Alamo (Arteaga y Schubart, 1980, pp. 277-278). Resulta novedosa, respecto a los sitios considerados por F. Molina (1977, p. 6), la incorporación de la Cuesta del Negro y la exclusión del Oficio. El poblado de Purullena corresponde cronológicamente a esta fase («entre mediados del siglo XIII y el X a.C.») pero, según el autor (*ibidem*, p. 10), culturalmente es un poblado intrusivo de «gentes de Cogotas I», que entran en relación «con los indígenas del Argar Tardío y Bronce Final del Sudeste». M. Picazo y M.^a E. Sanahuja (1987, pp. 27-28) han expuesto cómo esa hipótesis carece todavía de contraste empírico.

CUADRO 7. Correlación de las principales secuencias del final de la Edad del Bronce del Sudeste. Las líneas discontinuas indican que en la publicación citada no se concreta la fecha inicial o final del período



mo, cuyos márgenes cronológicos se sitúan entre 1750-1650 a.C. Por último, la «fase plena» se desenvuelve entre 1600 a.C. y 1440 a.C. (Lull, 1983, pp. 455 y 263). En otras ocasiones, sin embargo, se suprime la fase intermedia, reduciendo el desarrollo a una «fase de formación» (1900 y 1800 a.C.) y otra «de apogeo» (1700 a.C. y 1500 a.C.), «produciéndose un gran desarrollo y expansión entre el 1650 a.C. y el 1550 a.C. (Argar Pleno)» (*ibidem*, p. 450).

Las objeciones a la fundamentación de esta secuencia, ya fueron expuestas en el apartado citado.

A. M.^a Muñoz (1982, p. 24) sintetiza el estado de la cuestión sobre el tema, en los siguientes términos: «De momento varios autores admiten un período de formación de la cultura argárica entre 1900 y 1800 a.C., en gran parte contemporánea al desarrollo del vaso campaniforme. Su apogeo sería entre el 1700-1500, centrado en fechas tradicionales, 1600-1550, intuidas de antiguo a base de [...] las cuentas

de pasta vítrea. El momento final vendría dado en torno al 1400 a.C., de acuerdo con las fechas del Picacho de Oria.»

En realidad, dada la variabilidad que las nuevas excavaciones están sacando a la luz en el registro arqueológico de la cultura argárica y el ritmo de la investigación, parece que todavía estamos lejos de lograr una definición de la misma generalizable a todo su territorio y asumida por todos los investigadores.

Los avances más llamativos corresponden a la caracterización de las formas de vida. La visión tradicional que abordaba el estudio de los yacimientos como si de entidades aisladas se tratasen, ha sido sustituida por la creencia en una organización territorial a diferentes escalas, responsable de los patrones observables.

El emplazamiento en «pequeños llanos amesetados que suelen terminar en forma de espolón» del Calcolítico se abandona en las zonas costeras de Almería y Murcia, por lo general (El Argar es una excepción), por «auténticos “cabezos”, delimitados por profundos barrancos en la zona alta de los valles» (Molina *et al.*, 1980, p. 162). «El hábitat con casas de planta circular aisladas y dispersas por el terreno», defendidas a veces por fortificaciones complejas, del período previo se cambia por otro con viviendas de planta rectangular, agrupadas «en núcleos compactos que se escalonan sobre terrazas en las laderas empinadas de los cerros [...]. Tan sólo las zonas de más fácil acceso al poblado se protegían con lienzos de muralla» (*ibidem*). Poblados como el de Fuente Alamo demuestran la complejidad alcanzada en la organización del espacio interno (Schubart y Arteaga, 1986). El tamaño de los asentamientos es «reducido, aunque existen otros de mayor envergadura como los [...] de El Argar, El Oficio y Fuente Alamo» (Molina *et al.*, 1980, p. 162). Molina (1983, p. 90) valora «el gran incremento en el número de poblados argáricos localizados en Granada [como] prueba indudable de un creciente desarrollo demográfico durante la Edad del Bronce».

Las prácticas funerarias quedan bien atestiguadas en Fuente Alamo. Se advierte «un proceso evolutivo entre las primeras manifestaciones sepulcrales del Argar A (1900 a.C.) (*covachas artificiales, cista con dromos de acceso*) y las propias del momento final del Argar B (1450-1400 a.C.)» (*urnas y cistas* «de menor tamaño que las primeras conocidas en el yacimiento») (Schubart y Arteaga, 1986, p. 306). Las pautas iniciales reflejan «una sociedad aristocrática, cuyo núcleo fundamental era la institución familiar, monogámica». Más tarde, la «generalización de los enterramientos en cistas y seguidamente en urnas

van traduciendo una creciente diferenciación, tendente a la mostración de un mayor papel del individuo: como depositario de pobreza y de riqueza» (*ibidem*).

Las actividades económicas de este asentamiento al que se atribuye una dedicación minera ya se han comentado (véase *supra*, p. 440).

Según Molina (1983, p. 92): «Al iniciarse la Edad del Bronce en [...] Granada, las poblaciones pertenecientes a la Cultura Megalítica y al Horizonte de Los Millares, sufren una importante transformación, al tiempo que en regiones como las Depresiones de Guadix y Baza se fundan los primeros asentamientos plenamente argáricos, habitados por pequeños núcleos de población.»

Esta diversidad de situaciones dará lugar durante el período a «tres complejos culturales diferentes» (*ibidem*). Me ocuparé sólo del propiamente «argárico».

La documentación básica para el estudio del denominado Grupo granadino de la Cultura del Argar procede de las excavaciones en la Cuesta del Negro y el Cerro de la Encina. El primero es «una primera fundación» (*ibidem*, p. 95) iniciada hacia el 1800 a.C. que inaugura el modelo urbanístico que identificará a dicho grupo. Consiste en «un recinto fortificado de planta rectangular, formado por gruesos lienzos de muralla» situado en la «zona central del yacimiento» y «cabañas con endebles paredes de material orgánico y barro, adosadas a los altibajos del terreno» en las lomas y laderas contiguas. «Las defensas se completan con un pequeño fortín [...] aislado del hábitat en la zona superior de la cuesta, donde protege el camino de entrada al poblado» (*ibidem*).

Como en los sitios clásicos almerienses «la necrópolis se sitúa en el área de habitación, a menudo bajo las mismas viviendas». Salvo dos entierros infantiles en urna, se escogen fosas, con un pozo de «acceso a una pequeña cámara lateral [...] en cuyo interior se depositaba el cadáver y las ofrendas funerarias» (*ibidem*). El estudio estadístico de estas últimas ¹⁴⁰ muestra «una clara diferenciación de [las mismas] en relación con el sexo de los enterrados» y «una incipiente estratificación social» (*ibidem*, p. 96). El estudio antropológico indica un patrón demográfico primitivo con fuerte mortalidad infantil (un ter-

¹⁴⁰ Molina (1983, pp. 95-98) no introduce precisiones cronológicas, aunque el poblado se ocupó «durante un amplio período de tiempo —tres o cuatro siglos—» (*ibidem*, p. 95).

cio de la muestra), seguida de la de individuos entre 20 y 30 años (33%), seis superan los 40 años y uno sólo los 60 (*ibidem*, p. 98).

La dedicación agrícola, deducida de los datos ambientales (localización y fauna), molinos y dientes de hoz, incluiría secano y regadío y se completaría con un pastoreo importante de ovejas y cabras, bóvidos para carga y tracción, cerdos y algún caballo (*ibidem*, p. 99).

La existencia de «una importante actividad metalúrgica» (*ibidem*) es lo único que rompe el marco de autosuficiencia general del poblado. Otra artesanía constatada es la textil (lana y esparto) (*ibidem*, p. 100).

La asociación de las tumbas con unidades de habitación ha permitido abordar el tema de la estratificación social sobre bases sólidas. Esta «es clara, aunque incipiente, pues [...] las sepulturas más ricas no se concentran en un área determinada del poblado, sino que aparecen mezcladas con enterramientos de menor categoría (*ibidem*).

Concluiré este apartado con algunas observaciones sobre el Cerro de la Encina, que completará el panorama general de la información proporcionada por el nuevo enfoque de la investigación.

El asentamiento forma parte del sistema interdependiente de poblados argáricos de la Vega de Granada (*ibidem*, p. 101). «Entre todos [...] ocupa un lugar excepcional por sus dimensiones, importante arquitectura defensiva y privilegiado lugar de emplazamiento» (*ibidem*).

Demuestra «una mayor diferenciación social y económica en la población, en virtud de una estratificación de los ajueres funerarios que se acentúa especialmente en el Bronce Pleno» (*ibidem*, p. 103). Los enterramientos son aquí en cuevecilla excavada en la roca, cista o fosa sencilla (*ibidem*, p. 104). El hallazgo de una sepultura infantil con un rico ajuar metálico (oro, cobre, plata) «demuestra que ya ha emergido un grupo dirigente, consolidándose una evidente división de clases con prerrogativas sociales y económicas» (*ibidem*, p. 104).

Como en otras ocasiones, los cultivos se presumen a partir de evidencia indirecta, destacando «la posibilidad de un policultivo de tipo mediterráneo, en el que se asociaría al cereal el olivo y diversos tipos de leguminosas». El ganado bovino y caballar fue «utilizado con seguridad para la tracción y otras actividades agrícolas» (*ibidem*). Además, ese último «muy superior a las necesidades de un grupo humano sólo puede explicarse convincentemente por su utilización como símbolo de riqueza» o porque representara «un importante papel en la sociedad argárica de la Vega granadina como elemento de inter-

cambio» (*ibidem*, p. 105). Es la primera vez que un prehistoriador español plantea esta interesante alternativa que permitiría abordar el problema del comercio prehistórico sobre bases formalistas.

IV.4. Conclusión

Las posibilidades de unos programas de investigación a largo plazo como los diseñados por los doctores Arribas y Molina (Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada) o los doctores Schubart y Arteaga (Instituto Arqueológico Alemán de Madrid) han quedado patentes en la extraordinaria mejora cuantitativa y cualitativa de la información disponible. Los exhaustivos estudios emprendidos por el Institut für Palaeoanatomie, Domestikations forschung und Geschichte der Tiermedizin de la Universidad de Munich, dirigido por el profesor J. Boessneck, juegan un papel primordial en este contexto (Molina, 1983, p. 77). En ellos se basan la inmensa mayoría de las observaciones relativas al medio ambiente y la economía de los grupos del Sureste durante el Calcolítico y la Edad del Bronce.

Quedan pendientes cuestiones importantes que se han ido comentando en el curso de la exposición. La heterogeneidad y desigual distribución del registro publicado y su parcialidad respecto al que queda por publicar se expresa en ciertos ámbitos con especial gravedad. Los procesos de formación y cambio de los grupos neolíticos y de las culturas de Los Millares y El Argar carecen de una definición adecuada.

Las inferencias económicas reposan de manera predominante, y generalmente exclusiva, en los análisis faunísticos, la presencia de dientes de hoz de sílex o molinos y los recursos potencialmente explotables. Suelen resultar dos lecturas alternativas. La primera propone una explicación sensiblemente parecida para cualquier tiempo y lugar: pequeños huertos en los ríos, cultivo extensivo de secano con barbechos más o menos largos aprovechados por los importantes rebaños de ovejas y cabras, incorporación de bóvidos y, a veces, caballo a las tareas agrícolas como animales de carga y tiro. La segunda destaca una especialización económica, normalmente ganadera (contraposición fundamental entre los grupos megalíticos granadinos y los millareses) o bien minero-metalúrgica.

En relación con la reconstrucción paleoambiental es claro que la primera lectura no da cuenta de la variabilidad observada y la segun-

da contradice el marco de autosuficiencia económica fundamental advertible durante todo el Calcolítico y la Edad del Bronce —en este último período, al menos, en Granada. Dicha reconstrucción requiere «la disección de tres variables fundamentales: los recursos del [...] territorio doméstico, ya sean alimentarios o no; la población que explota dichos recursos, y los instrumentos de producción utilizados para ello» (Picazo y Sanahuja, 1987, p. 29). Las tres son aludidas en los trabajos que se vienen comentando, pero se desconocen los procedimientos aplicados para su respectiva evaluación. Si los autores emplean análisis de captación de territorios en la línea de los emprendidos en la región (Gilman y Thornes, 1985*a*), las estimaciones cuantitativas de los recursos potencialmente explotables por yacimientos y épocas no se incluyen en las publicaciones. Otro tanto sucede con las relativas a las variables demográficas o con las interpretaciones funcionales de los objetos arqueológicos.

En este contexto el tratamiento de la ganadería y la trashumancia merece una atención especial correlativa a la que se la dedica en las síntesis al uso. No se advierte «la definición detallada de las limitaciones ecológicas regionales y locales para pasto y cultivo», ni «el desarrollo de una metodología arqueológica para la medición de la trashumancia prehistórica» (Chapman, 1985, p. 170) o, en general, de la importancia relativa de las distintas especies que componen la cabaña ganadera, ni de su incardinación con la agricultura. En esas condiciones parece que la especialización ganadera fuera más bien un recurso en pro de determinadas interpretaciones histórico-culturales a partir de contextos insuficientemente controlados, que una realidad arqueológicamente bien definida.

Los procedimientos de estudio del material no permiten en muchos casos la clara discriminación entre tipos y subtipos que sería necesaria para la identificación de tradiciones culturales. El caso de la cerámica campaniforme —alternativamente producida localmente («Campaniforme del Sudeste») o importada («Ciempozuelos») — es paradigmático.

En general, se echa en falta en ese apartado la generalización de las técnicas analíticas —que tantos elementos de contraste están proporcionando en relación con el estudio de la metalurgia— a los demás objetos. Sin duda su aplicación sería fundamental para asentar la discusión del intercambio, las influencias culturales y la especialización sobre bases más sólidas que las actuales.

En cuanto a la cronología, se advierte una preocupación por la

precisión de las fases (un siglo, dos siglos) que no parece justificada ni por la dinámica histórica de los primeros períodos metalúrgicos, ni por los instrumentos disponibles para su consecución. Las estimaciones calendáricas a partir de potencias estratigráficas y similares son desaconsejables, a menos que el metro llegue a ser una unidad de medida temporal y no sólo de longitud. Los problemas del carbono 14 para esos momentos ya se han indicado (Case, 1987; Harrison, 1988). Las detalladas y fiables estratigrafías que se están definiendo, gracias a las nuevas excavaciones, deben ser las referencias fundamentales para la seriación.

En suma, entiendo que, en el marco de la «perspectiva ecléctica» empirista, no se presta suficiente atención a las relaciones de causalidad entre las variables que se manejan. Se aíslan factores de cambio como el incremento en la densidad demográfica (a partir del número de poblados), la degradación ambiental por sobreexplotación agrícola, ganadera y minera o un genérico agotamiento de los recursos sin que se argumenten esas inferencias, ni tampoco qué circunstancias hacen especialmente significativos a unos en vez de a otros. Se menciona la organización en rangos, la estratificación social o la aparición de clases pero no se explican. Da la impresión de que se adoptan las propuestas evolucionistas como descripciones al día del registro obviando sus contrapuestas implicaciones en el ámbito de la causalidad cultural.

Puede decirse que la dialéctica entre teoría y registro empírico siempre ha estado severamente limitada en la investigación prehistórica del Sureste y, por extensión, dado su valor representativo, en el conjunto de la Prehistoria española. Si en la primera fase apenas era posible el control de la teoría por los hechos, a partir del impacto de la «ciencia en Arqueología» pareciera creerse —quizá por el salto cualitativo innegable respecto a la situación anterior— que «las cosas son en sí mismas y por tanto significan por sí mismas, como si tuvieran implícitamente “capacidad conceptual”» (Lull, 1988, p. 66). Confío que estas páginas hayan servido para poner de manifiesto la urgente necesidad de conseguir que la dialéctica sea, por fin, efectiva.